UNA ESPERANZA MÁS PODEROSA QUE EL MAR

MELISSA FLEMING

montena

Melissa Fleming

Una esperanza más poderosa que el mar

Traducción de **Elena Macian Masip**

montena

Para Peter, Alessi y Danny,
mis padres y los más de sesenta y cinco millones de personas
que se han visto obligadas a huir de sus hogares

Uno

Una niñez en Siria

La segunda vez que Doaa estuvo a punto de ahogarse se encontraba a la deriva en medio de un mar hostil que acababa de tragarse al hombre al que amaba. Tenía tanto frío que no se sentía los pies, y tanta sed que se le había hinchado la lengua en la boca. Su pena era tan honda que, de no haber sido por las dos pequeñas que tenía en brazos, apenas vivas, habría dejado que el mar se la llevase a ella también. No avistaba tierra alguna; a su alrededor no había más que restos del naufragio, un puñado de supervivientes que rezaban por ser rescatados y docenas de cadáveres hinchados que flotaban.

Trece años antes, en lugar del vasto océano, había sido un pequeño lago el que había estado a punto de engullirla, y aquella vez había estado allí su familia para salvarla. Entonces tenía seis años y era la única de la familia que se había negado a aprender a nadar. El agua la aterrorizaba; solo verla le infundía terror.

Durante las excursiones a aquel lago cercano a su hogar, Doaa se sentaba sola y miraba cómo sus hermanas y sus primos chapoteaban, se zambullían y daban volteretas en el lago para refrescarse del calor abrasador del verano sirio. Cada vez que intentaban convencerla de meterse en el agua, ella se negaba categóricamente, y experimentaba, al resistirse, una sensación de poder. Ya de pequeña era testadura. «Nunca nadie puede decirle a Doaa lo que tiene que

hacer», decía su madre a todo el mundo con una mezcla de orgullo y exasperación.

Pero, una tarde, el primo adolescente de Doaa decidió que se habían acabado las tonterías y que ya era hora de que Doaa aprendiese a nadar. Cuando ella estaba sentada, distraída, dibujando en la arena con los dedos y mirando cómo los demás chapoteaban, él se le acercó por detrás con sigilo, la agarró de la cintura y se la llevó en volandas mientras ella chillaba y pateaba. Ignoró sus gritos, se la echó sobre el hombro y la llevó hacia el lago. Mientras, Doaa, con la cara apretada contra la parte alta de la espalda de su primo y las piernas colgando justo por debajo de su pecho, le propinaba fuertes patadas en las costillas y le clavaba las uñas en la cabeza. Él alargó entonces los brazos y la dejó caer en el agua turbia mientras los demás niños se reían. Doaa cayó al lago, boca abajo y en plancha, presa del pánico. El agua solo le llegaba al pecho, pero, petrificada de miedo, era incapaz de colocar las piernas de modo que hiciera pie. En lugar de flotar hasta la superficie, se hundió, intentando coger aire pero tragando agua en su lugar.

Un par de brazos la sacaron del lago justo a tiempo para luego llevarla a la orilla, hasta el regazo reconfortante de su asustada madre. Doaa tosió y expulsó todo el líquido que había ingerido sin dejar de sollozar y prometió, en aquel momento y en aquel lugar, que jamás volvería a acercarse al agua.

En aquel entonces, en su mundo no había nada más que temer, no cuando su familia siempre estaba allí para protegerla.

La Doaa de seis años no recordaba ni un momento de su vida en el que hubiese estado sola. Vivía con sus padres y sus cinco hermanas en una única habitación, en la casa de dos plantas de su abuelo. Las otras habitaciones las ocupaban los tres hermanos de su padre y sus respectivas familias, así que en la vida de Doaa no había un momento en el que no estuviese rodeada de parientes: dormía al lado de sus hermanas, comía con toda la familia y escuchaba animadas conversaciones todo el tiempo.

La familia Al Zamel vivía en Daraa, la ciudad más grande del sudoeste de Siria, situada a unos pocos kilómetros de la frontera con Jordania y a unas dos horas en coche al sur de Damasco. Daraa está sobre un altiplano volcánico de tierra roja y fértil. En el 2001, cuando Doaa tenía seis años, era famosa por la plétora de frutas y verduras que daban sus tierras: granadas, higos, manzanas, olivas y tomates. Se decía que con la cosecha de Daraa se podía alimentar a toda Siria.

Años después, en 2007, una sequía devastadora asoló los campos. En los tres años que duró, obligó a muchos campesinos a abandonar sus tierras y mudarse

con sus familias a ciudades como Daraa en busca de trabajo. Algunos expertos creen que fue este desplazamiento masivo lo que dio lugar al descontento que en el 2011 se traduciría en una oleada de protestas y, más adelante, en el levantamiento armado que rompería en pedazos la vida de Doaa.

Pero en el 2001, cuando Doaa era pequeña, Daraa era un lugar pacífico donde la gente vivía su vida y donde había nacido una nueva esperanza para el futuro del país. Bashar al Asad acababa de suceder en la presencia a su padre, el represor Hafez al Asad. Las gentes de Siria albergaban la esperanza de que se avecinaban tiempos mejores para su país y creían, en un principio, que el joven presidente rompería con las políticas opresoras de su padre. Bashar al Asad y su elegante esposa se habían educado en Inglaterra y su matrimonio era visto como una unión: él pertenecía a una rama minoritaria del Islam, a la de los alauíes, mientras que su esposa, Asma, pertenecía a la mayoría suní, igual que Doaa y su familia. Sus políticas eran seculares y se había extendido la esperanza, sobre todo entre las élites cultas de Damasco, de que bajo su liderazgo se revocaría la Ley de Emergencia, que ya contaba cuarenta y ocho años y que su padre había heredado y mantenido para acabar con la disidencia, y de que se retirarían las restricciones a la libertad de expresión. Con el pretexto de proteger la seguridad nacional de los militantes islámicos y los rivales externos, el Gobierno había usado sus poderes extraordinarios para restringir severamente los derechos y libertades individuales y para permitir que las fuerzas de seguridad ejecutasen arrestos preventivos con poca posibilidad de recurso.

Lo que deseaba la parte más pobre y conservadora de la población, como la que vivía en Daraa, eran sobre todo mejoras económicas, pero la mayoría aceptaban sin rechistar la forma en que las cosas funcionaban en su país. Esa conformidad silenciosa era el resultado de la dura lección que los sirios habían aprendido en 1982 con lo sucedido en la ciudad de Hama. El presidente Hafez al Asad había ordenado el asesinato de miles de ciudadanos a modo de castigo colectivo por el auge del movimiento de los Hermanos Musulmanes, que desafiaba a su Gobierno. Aquella brutal represalia todavía estaba fresca en la memoria del pueblo sirio, pero una nueva generación había llegado al poder, y esperaban que el hijo de Hafez al Asad suavizara algunas de las restricciones que dificultaban su día a día. Sin embargo, para decepción de la gente a lo largo y ancho del país, las reformas se quedaron en meras palabras en boca del nuevo presidente y no se produjo casi ningún cambio. Después de Hama, pocos se atrevían a desafiar al régimen autoritario.

Los sábados, cuando Doaa era pequeña, el viejo mercado de la ciudad, o zoco, se llenaba de vecinos y de visitantes del otro lado de la frontera con

Jordania que acudían a comprar productos de gran calidad a buenos precios y a vender herramientas y los frutos de la agricultura. Al estar situada en la principal ruta de comercio hacia el golfo Pérsico, Daraa atraía a gente de toda la región, ya fuera como destino último o como un alto en el camino. Sin embargo, en el fondo, su población estaba formada por una estrecha comunidad de familias extensas y de amistades que se remontaba generaciones.

Los niños de Daraa, igual que en el resto de Siria, vivían con sus familias hasta bien entrados en la edad adulta. Los hijos se quedaban en el hogar familiar después de casarse y se llevaban a sus esposas para que criaran a sus hijos. Los hogares sirios como el de Doaa estaban repletos de miembros de la misma familia; varias generaciones vivían bajo un mismo techo y compartían una sola casa. Cuando una familia crecía hasta abarrotar las habitaciones de la primera planta de la vivienda, se añadía una segunda para ampliar la casa en sentido vertical.

En casa de Doaa, parte de la planta baja pertenecía a su tío Walid, a su tía Ahlam y a sus cuatro hijos. A su lado vivía el tío Adnaan, con su familia de seis, y el abuelo y la abuela de Doaa, Mohamed y Fawziyaa, tenían también su propia habitación. En la planta superior, el tío Nabil tenía una pequeña habitación junto a su esposa, Hanadi, y sus tres hijos y dos hijas. La familia de Doaa, de ocho miembros, compartía la habitación de la planta baja más cercana a la cocina, el lugar más concurrido y ruidoso de la casa. Todas las habitaciones principales estaban dispuestas alrededor de un patio abierto, típico de las viejas casas árabes, donde los niños entraban y salían corriendo y jugaban después de la escuela y entre las comidas. La azotea era otro de los lugares de reunión de la familia; en las calurosas noches de verano descansaban allí hasta la madrugada: los hombres fumaban de sus pipas de agua, las mujeres charlaban, y todos bebían té sirio dulce. En las noches más tórridas, toda la familia sacaba sus colchones para dormir bajo las estrellas, seducida por la brisa fresca de la azotea.

Todos —tías, tíos y primos— comían juntos en el patio, sentados en una alfombra en círculo alrededor de platos humeantes de comida. Doaa y sus hermanas devoraban con voracidad todo lo que podían, cogiendo la comida con pedazos de fino pan de pita que se sostenían con las puntas de los dedos.

El padre de Doaa adoraba esas comidas familiares, ya que eran el único momento del día en que podía pasar tiempo con sus hijas. En cuanto terminaban de comer y él se había bebido los últimos posos de su té azucarado, volvía en bicicleta a la barbería donde trabajaba hasta la medianoche.

El amor, los conflictos, las alegrías y las penas de vivir en un clan de ese tamaño afectaban a la vida diaria de Doaa en todos sus aspectos. Y bajo el tejado

de aquella familia que tanto se quería habían empezado a aflorar algunas tensiones.

Cuando Doaa nació sus padres ya tenían tres hijas, y el resto de la familia les presionaba para tener un hijo varón. En la sociedad siria, conservadora y patriarcal, a los niños se les daba más valor que a las niñas, pues se consideraba que ayudarían a mantener a la familia, mientras que las hijas acabarían por casarse y dedicarse a su marido y a su familia política. Shokri, el padre de Doaa, era un hombre apuesto, con el pelo negro y rizado. Había sido barbero desde los catorce años, y también había trabajado en el extranjero, en Grecia y Hungría. Shokri tenía pensado volver a Europa para encontrar un trabajo y una esposa extranjera, pero cambió de idea tras conocer a Hanaa, la madre de Doaa. Se habían conocido en la boda de un vecino, cuando ella estaba a punto de terminar el instituto. Era menuda, tenía el pelo largo y ondulado y unos penetrantes ojos verdes. Shokri y ella se sintieron atraídos el uno por el otro de inmediato. A ella le pareció más sofisticado y seguro de sí mismo que los demás chicos de la zona y le gustó la forma en que iba vestido, con unos vaqueros acampanados, y que supiese tocar el ud, un instrumento de cuerda considerado un precursor de la guitarra.

Shokri y Hanaa se casaron cuando ella tenía solo diecisiete años. Sus primeros años juntos estuvieron repletos de amor y de paz, pero las cosas fueron cambiando poco a poco. La primera vez que Hanaa oyó a su suegra, Fawziyaa, quejarse de que su hijo y su nuera no tuvieran ningún hijo varón fue después de que diese a luz a su tercera hija. Hanaa se quedó impactada cuando oyó a los familiares de Shokri decirle que debería buscar una nueva esposa para que le diera un hijo. Pese a haber tenido que luchar contra unas expectativas y unos prejuicios profundamente arraigados, Shokri estaba orgulloso de sus hijas. Sin embargo, su madre no dejaba de criticar a Hanaa e insistía en que él merecía tener hijos varones. El hogar familiar, que antaño había sido un santuario para la pareja, no tardó en convertirse en un escenario de conflicto: algunas de las cuñadas de Hanaa empezaron también a chismorrear y cuchichear sobre su incapacidad para engendrar hijos varones junto a la madre de Shokri.

Cuando nació Doaa, el 9 de julio de 1995, Hanaa recibió las felicitaciones poco entusiastas habituales y los murmullos de «la próxima vez, *inshalah* (si Dios quiere) quizá sea un niño» de parte de la familia de Shokri. Sin embargo, cuando ella miraba a aquella bebé tan seria y solemne, sentía que la pequeña tenía algo especial. Un día fue a visitarla una amiga de la familia que vivía fuera de la ciudad y que era rica y muy respetada, y ella ayudó a establecer el lugar de Doaa en la familia. Aquella amiga, que no podía tener hijos, era muy instintiva y

percibía enseguida las dinámicas familiares. Se dio cuenta de que Hanaa estaba bajo mucha presión por tener un varón, así que decidió ayudarla. Cuando la familia se reunió en la cocina para dar la bienvenida a aquella invitada tan especial, esta cogió a Doaa con cuidado y la sostuvo en su regazo. Miró el rostro serio de la pequeña bebé, le puso un dedo sobre la frente y anunció:

—Esta es especial. —Y, haciendo referencia al significado del nombre de Doaa, añadió—: No cabe duda de que es una oración de Dios.

Antes de marcharse, le dio a Hanaa diez mil libras sirias —una pequeña fortuna— como regalo para Doaa. Los demás miembros de la familia se quedaron perplejos. El estatus exótico de aquella mujer, una adinerada ciudadana de los países del golfo Pérsico, infundía respeto. Tras aquel episodio, la madre de Shokri insistía siempre en tener a Doaa en brazos, y durante un tiempo Hanaa no tuvo que soportar más insultos.

A medida que se hacía mayor, Doaa cautivaba a todo el que la conocía. Era extremadamente tímida, a diferencia de sus hermanas, más extrovertidas, pero la gente siempre parecía decidida a tratar de sacarla de su cascarón. Había algo dulce en ella, y cada vez que Hanaa salía con la niña a la calle, la gente con la que se cruzaba hacía comentarios sobre sus bonitos ojos de color chocolate, enmarcados por largas pestañas, o su porte tranquilo. «Supimos desde el principio —recuerda Hanaa— que traería suerte a la familia».

Tres años después del nacimiento de Doaa, Hanaa dio a luz a su quinta hija, Saya, y dos años después, a una sexta, Nawara. De repente, los comentarios sobre «el pobre Shokri», que no tenía ningún hijo, volvieron a hacer acto de presencia. Además, en aquel entonces, los ocho miembros de la familia vivían en una habitación de veinte metros cuadrados con una sola ventana.

Los demás núcleos familiares también habían crecido, ya que los tíos y las tías de Doaa también habían tenido más hijos. En Siria son habituales las familias grandes, ya que se considera que el nacimiento de un hijo trae buena suerte, y las familias con mucha descendencia son señal de que una pareja es feliz y una garantía de que habrá quién los cuide durante la vejez.

Sin embargo, con casi treinta personas viviendo en una sola casa, entre las mujeres habían empezado a nacer algunas tensiones. Era imposible cocinar para tanta gente a la vez, así que las comidas familiares que tan felices les habían hecho antaño llegaron a su fin, y las distintas familias empezaron a hacer turnos en la cocina. Hanaa tenía el primero, así que cada día debía ir corriendo al mercado, pelar y trocear verduras y cocinarlo todo a tiempo para servirlo cuando Shokri tenía su descanso en la barbería, a las tres de la tarde. Era la comida principal del día para la familia, y para Hanaa era importante que fuese especial.

Para ella, prepararla siempre le había resultado placentero, un motivo de orgullo, pero ahora no le quedaba más remedio que hacerlo a toda prisa y evitar cualquier conflicto con su familia política.

Doaa y su familia empezaron a tomar el desayuno, la comida y la cena en su pequeña habitación, sobre un hule que extendían en el suelo, en el centro. Esa estancia se había convertido en el centro de su universo: hacía las veces de dormitorio, salón y comedor; toda la actividad familiar se desarrollaba entre aquellas cuatro paredes.

A medida que las muchachas crecían, les resultaba cada vez más difícil contener sus vidas allí dentro. Por la noche, Doaa y sus hermanas sacaban sus colchones y, una tras otra, los extendían en el suelo ocupando todo el espacio que había, como las piezas de un puzle. Doaa siempre elegía el lugar que había bajo la ventana, para poder mirar las estrellas hasta que se le cerrasen los ojos. Cuando por fin se dormían, Shokri y Hanaa pasaban por encima de un mar de brazos y piernas enredados para llegar a su esquina de la habitación.

Para Hanaa, el ambiente en aquella casa tan abarrotada se había hecho insoportable. Sus cuñadas la criticaban a menudo por no haber tenido hijos varones. Una noche que las oyó en la cocina, chismorreando sobre ella por enésima vez, decidió que ya había suportado suficientes insinuaciones, riñas por la cocina y ruidos incesantes. Más tarde, cuando Shokri volvió a casa del trabajo, se la encontró de pie en la puerta de brazos cruzados y con lágrimas a punto de escapar de sus ojos.

—O buscas otra casa donde vivir o te buscas otra esposa —sentenció—. No podemos seguir aquí. —Dio un paso hacia su marido—. No es solo por mí. Ayat tiene quince años y Alaa, trece. ¡Son adolescentes! Están hartas de compartir habitación con todos nosotros. Necesitan intimidad. Si no encuentras otro lugar para vivir te dejaré y pediré el divorcio.

A Shokri no le habían pasado desapercibidas las tensiones crecientes y las dificultades que la familia tenía para compartir la pequeña habitación. Tras dieciséis años de matrimonio, también se dio cuenta de que Hanaa hablaba muy en serio. Sus labios apretados y aquel ceño ferozmente fruncido le indicaban que cumpliría con su amenaza de dejarlo. Supo que tenía que encontrar un trabajo mejor pagado para que pudieran mudarse a una casa mejor.

Doaa, que entonces tenía seis años, vivía ajena a las tensiones que bullían a su alrededor y no tenía ni idea de que estaba a punto de descubrir, por primera vez en su vida, que su mundo no era tan seguro como parecía. Para ella, aquella casa tan grande seguía siendo un lugar repleto de buenos recuerdos: los intensos olores a carne cocinándose y a especias aromáticas; las risas y los juegos eternos

en el patio con sus primos, rodeados de las fragantes flores del jazmín; las noches cálidas en la azotea, cuando escuchaba el rumor de las conversaciones de los adultos y de las caladas a los narguiles...

La de barbero era la única profesión que Shokri conocía, pero preguntó por ahí para ver si podía usar su viejo Peugeot amarillo para transportar productos a través de la frontera con Jordania. El «submarino amarillo» era el único medio de transporte de la familia, y también el chiste familiar. Oxidado y destartalado, solía estropearse durante los viajes de fin de semana, pero seguía siendo la alegría y el orgullo de Shokri. Y ahora era también la esperanza de su familia para poder salir de aquella casa sofocante y abarrotada.

Shokri conoció a un hombre de negocios jordano que ofreció pagarle por llenar el coche de paquetes de galletas producidas en Siria y llevárselas a los clientes al otro lado de la frontera con Jordania. Durante los dos siguientes meses, Shokri salía de casa al amanecer para conducir hasta la fábrica de Daraa, donde llenaba hasta los topes el Peugeot de cajas de galletas y pastas. A veces, llevaba el coche tan lleno que apenas veía por el retrovisor. Si no había mucho tráfico en la frontera, podía recorrer todo el trayecto en cinco horas y llegar a casa a tiempo para comer con su familia antes de empezar su turno de tarde en la barbería. A Doaa y a sus hermanas les encantaba el nuevo trabajo de su padre: siempre que volvía a casa les llevaba regalos de Jordania. Lo esperaban en la puerta para que les diera *kubz ishtiraak*, una clase de pan de pita muy fino que no se conseguía en Siria, y patatas fritas de la marca Barbi, que les gustaban más que las que se vendían en su país. También les llevaba vestidos y prendas de ropa más a la moda que las que tenían.

Pero una tarde Shokri no volvió a casa. Pasaban las horas y seguían sin recibir noticias suyas. Hanaa y las chicas estaban preocupadas: Shokri nunca pasaba más de unas pocas horas fuera de casa sin avisarlas antes. Hanaa pidió ayuda a todos los miembros de la familia. Recurrió a sus vecinos y amigos. Por fin, tras horas de frenéticas llamadas de teléfono, la tía de Doaa, Raja, se enteró por un amigo de Jordania de que lo habían detenido. Los policías fronterizos habían descubierto que cargaba en su coche más de los cien kilos permitidos. Además, los documentos que el dueño de la fábrica le había dado y que le permitían pasar bienes por la frontera eran falsos. Shokri estaba encerrado en una prisión jordana.

Su familia sabía que las condiciones en una cárcel podían ser terribles, y les consumía la preocupación. Lo imaginaban durmiendo en el suelo de una celda abarrotada, hambriento, sin poder lavarse ni hacer ejercicio. No podían permitirse un abogado, así que no sabían cómo enfrentarse a la complejidad del

sistema judicial jordano.

Su preocupación aumentaba a medida que iban pasando los días. No solo estaban asustadas por el bienestar de Shokri; tampoco podían permitirse vivir sin él. Apenas se las arreglaban con el dinero que llevaba a casa, y ahora no tenían ninguna fuente de ingresos. La familia de Hanaa tomó cartas en el asunto; les daban comida y todo el dinero extra que podían. Al ser una familia pobre, los Al Zamel no conocían a gente influyente en el Gobierno que les pudiera ayudar, y tampoco se atrevían a alertar a las autoridades locales de que Shokri estaba en una cárcel jordana, por miedo a que eso le causara más problemas legales a su vuelta.

No se les permitía visitarlo en la cárcel ni hablar con él por teléfono; solo recibían noticias suyas de forma esporádica gracias a sus contactos en Jordania, pero la mayoría de ellas eran confusas, y solo hacían que se angustiasen más debido al trato que estaba recibiendo. Doaa y sus hermanas lloraban todos los días, y por la noche, cuando las niñas dormían, era Hanaa quien sollozaba, mientras se preguntaba si su marido volvería a casa algún día.

Al final, la familia de Shokri encontró una forma de sacarlo. Cuatro meses después de su encarcelamiento, un amigo de su hermano llamado Adnaan pagó a un abogado de Jordania con buenos contactos diez mil libras sirias (el equivalente a quinientos dólares) para ayudar a Shokri. El abogado conocía el sistema judicial jordano, así como a los guardias de la prisión y al juez que había que sobornar para que soltaran a Shokri.

Con aquellas diez mil libras, Adnaan compró el aceite de oliva sirio más puro que encontró (con valor de doscientas libras por kilo) para los funcionarios a cargo del caso, y cortes de la mejor carne para el juez. Lo convenció de que a Shokri lo había engañado el dueño de la fábrica y de que solo era un hombre humilde que estaba intentando mantener a su familia. Los sobornos funcionaron y, por fin, pusieron a Shokri en libertad.

Doaa y su familia casi no reconocieron a aquel hombre flaco y barbudo que se presentó en la puerta de casa un día, a altas horas de la noche. Al oír su voz familiar, las niñas corrieron hacia él para abrazarlo, gritando de alegría. Tras cuatro meses, Doaa había recuperado a su padre y no quería volver a separarse de él nunca.

Tras la liberación de Shokri no tardaron en recuperar su vida normal. Él volvió a su trabajo en la barbería mientras Hanaa siguió preparando la comida de la familia. Todavía soñaban con tener su propio hogar, y al final encontraron un piso que se podían permitir en una zona más barata de Daraa, hicieron las maletas, cogieron a sus hijas y se mudaron.

El segundo hogar de Doaa era un piso de tres habitaciones en el barrio conservador, pobre y subdesarrollado de Tareq al Sad. Shokri y Hanaa tardaron nueve meses en encontrar aquella vivienda sucia y sombría y en unas condiciones deplorables. Sin embargo, allí no tenían que preocuparse de molestar a tías ni a tíos, y las niñas podrían correr libremente y ser ellas mismas. Las chicas pronto se pusieron manos a la obra y ayudaron a sus padres a limpiar las habitaciones y a darles un poco de alegría.

Las hermanas de Doaa enseguida se hicieron a su nuevo hogar. A Doaa, sin embargo, le costó acostumbrarse. Odiaba los cambios y echaba de menos a sus primos. Extrañaba sobre todo su antiguo colegio. Había tardado mucho tiempo en abrirse a sus profesores y compañeros de clase, y ahora tenía que volver a empezar de cero. En su nueva escuela, se quedaba apartada tímidamente mientras sus hermanas hacían nuevos amigos, y a menudo fingía estar enferma para no tener que ir a clase. Sin embargo, Doaa era de esa clase de niños que provocan la bondad en los demás, y poco a poco, con el paso del tiempo, empezó a hacer amigos y a disfrutar de su nuevo entorno.

En el 2004 la familia celebró el nacimiento del hermano pequeño de Doaa, Mohamad, al que apodaron Hamudi. ¡Por fin había nacido un varón! Las niñas lo adoraban y se peleaban para ver quién cuidaba de él. Ahora que había un niño en la familia, las tías y los tíos de Doaa los invitaron a volver a la casa familiar, pero Hanaa se negó. Ya estaban instalados en su nuevo hogar y habían echado raíces en su nuevo barrio.

Sin embargo, cuando Doaa cumplió catorce años, recibieron la noticia de que el dueño del piso al que tanto cariño le habían cogido volvía a necesitarlo, así que tuvieron que mudarse de nuevo. Doaa, que odiaba los cambios, tendría que construir su vida de nuevo en otro lugar.

Encontrar un nuevo hogar con el modesto salario de Shokri parecía un desafío insalvable. Cada vez más gente se trasladaba a Daraa en busca de un trabajo y el precio de los alquileres no hacía más que subir. No obstante, tras una búsqueda de tres meses, la familia de Doaa encontró por fin un lugar que superaba sus expectativas: un modesto piso de tres habitaciones en el arbolado barrio de Al Kashef, con una pequeña y luminosa cocina y una azotea rodeada de parras. Shokri y Hanaa tenían su propia habitación y las chicas dormían en un cuarto que hacía las veces de salón durante el día. Para entonces, la mayor, Ayat, se había casado y se había ido a vivir con su familia política.

Doaa, en cambio, no encontraba en su nuevo barrio nada prometedor; para ella no representaba más que la pérdida de los amigos que había hecho en el anterior, de las personas que la comprendían sin que ella tuviera que esforzarse.

Una vez más, en un nuevo entorno, la timidez la superaba.

En su nuevo colegio se negaba a hablar y sus notas se resintieron. Al principio, se resistía a cualquier gesto de amistad. Por mucho que sus hermanas mayores, Asma y Alaa, le insistieran para que hiciera amigos, Doaa se retraía, demostrándoles que nadie podía obligarla a hacer nada que no quisiera. Tanto su timidez como su feroz testarudez la protegían, y le permitían controlar las situaciones con las que no estaba familiarizada. Doaa tardó mucho tiempo en confiar en los demás, y en permitir que nadie viera quién era en realidad.

Pero poco a poco, con el paso del tiempo, los muros con los que Doaa se protegía empezaron a derrumbarse, igual que había pasado en los otros vecindarios, y acabó por salir de su cascarón. Hizo nuevas amigas y a menudo salía con ellas a pasear por el barrio, o iban unas a casa de otras para estudiar, cotillear y hablar sobre chicos. Otras veces subían a la terraza de Doaa —su lugar preferido de su nuevo barrio— para tomar el sol. Al anochecer, entraban en casa para poner música pop árabe y bailar en un corro, cantando las canciones al unísono.

Aunque al final Doaa llegó a ser feliz en su nuevo barrio y con sus nuevas amigas, era evidente que la vida de una muchacha siria tradicional no sería suficiente para ella. Su testarudez infantil evolucionó hasta transformarse en una determinación por llegar a ser algo en la vida. Daraa era una comunidad tradicional, pero ella sabía por las telenovelas y por algunas películas que había mujeres que estudiaban y trabajaban, incluso en su país. El Estado sirio se había declarado oficialmente a favor de la igualdad de las mujeres y había empezado a aflorar la tensión entre dos facciones: aquellos que pensaban que debían ser amas de casa sumisas que obedecieran a sus padres y a los maridos que se dispusieran para ellas, y aquellos que creían que tenían derecho a recibir una educación superior, ejercer una carrera profesional y elegir a sus esposos. La profesora favorita de Doaa era una mujer que decía a sus alumnas: «Debéis estudiar mucho para ser las mejores de vuestra generación. Pensad en vuestro futuro, no solo en el matrimonio». Cuando Doaa escuchó sus palabras, algo se removió en su interior, y sintió la necesidad de romper con lo que la gente pensaba de ella y vivir de forma independiente.

Después del sexto curso, los chicos y las chicas ya no iban a la misma clase. Doaa y sus amigas hablaban sobre chicos; sin embargo, que se dirigieran a ellos no era aceptable en su cultura. A sus catorce años, ella y sus amigas se acercaban a la edad tradicional para casarse. Las demás apostaban sobre cuál de ellas sería la primera en hacerlo; sin embargo, cuando Doaa pensaba en su futuro y en lo que le aguardaba, lo único que ocupaba sus pensamientos era ayudar a su

familia.

Además de la escuela y de su casa, su lugar favorito era la barbería de su padre. Quería demostrarle que podía ser una trabajadora útil y eficiente, aunque no fuese un chico. Desde que había cumplido ocho años, Doaa iba a ayudar a Shokri en su trabajo siempre que podía. Mientras él cortaba y afeitaba, ella barría el pelo que caía al suelo y aparecía justo en cuanto él terminaba con un afeitado con una toalla limpia y seca en la mano. Cuando llegaban nuevos clientes, Doaa iba a la pequeña cocina que había al fondo de la barbería y salía con una bandeja de té caliente o tacitas de amargo café árabe.

Los jueves, después de la escuela, Shokri dejaba que Doaa lo afeitara con la maquinilla eléctrica. Se reía de la expresión de seriedad que adoptaba al concentrarse en su tarea, y la llamaba «mi profesional». A ella, este apodo la hacía sentir henchida de orgullo y solo la reafirmaba en su decisión de llegar a ganar dinero un día para ayudar a su padre.

Así que, cuando sus hermanas Asma y Alaa se casaron a los diecisiete y dieciocho años y su familia empezó a chincharla («¡Eres la siguiente!»), Doaa les hizo saber de inmediato que era mejor que dejasen el tema, pues no tenía ningún interés en casarse a corto plazo. Tras la sorpresa inicial, sus padres aceptaron que Doaa tomaría un camino diferente al de las otras muchachas, y a veces soñaban con que tal vez fuese la primera de la familia en ir a la universidad. Hanaa siempre lamentaba no haber tenido esa oportunidad y le encantaba la idea de que una de sus hijas cumpliera sus sueños profesionales.

Doaa sorprendió a todos cuando anunció que quería ser policía.

—¿Policía? —preguntó Hanaa—. ¡Deberías ser abogada o profesora!

Shokri también odiaba la idea. No soportaba imaginar a su hija patrullando las calles, mezclándose con gente de todas las clases sociales y enfrentándose a criminales. Además, la policía no le inspiraba mucha confianza. Shokri estaba chapado a la antigua y creía que era a los hombres a quienes les correspondía la tarea de proteger a la sociedad, especialmente a las mujeres, y no a la inversa. Sin embargo, Doaa insistía y decía que quería servir a su país y ser de la clase de personas a las que la gente recurre cuando tiene problemas.

Pese a que su padre no aprobaba que soñara con ser policía y sus hermanas se rieran de ella, Hanaa no se metía nunca con su hija, sino que hablaba con ella e intentaba comprender sus motivaciones. Doaa le confesó que se sentía atrapada por ser una chica. ¿Por qué no podía ser independiente y construir su propia vida? ¿Por qué esta siempre tenía que ir unida a la de un hombre?

Hanaa le confesó a su hija que, pese a que se había enamorado de Shokri, se arrepentía de haberse casado a los diecisiete años. En la escuela había sido la

primera de su clase, y había destacado en las asignaturas de matemáticas y economía; había albergado la esperanza de estudiar en la universidad, pero en aquellos años las mujeres no tenían muchas opciones más allá de casarse y formar una familia. Sin embargo, pensaba que quizá para Doaa las cosas podían ser distintas.

Cuando las tías de Doaa la invitaron a Damasco, la cosmopolita capital del país, Shokri le dio permiso para ir con la esperanza de que el viaje satisficiera su necesidad de vivir aventuras. Sin embargo, no hizo más que acrecentarla. La ajetreada ciudad la cautivó: se imaginó paseando por sus calles, visitando la preciosa mezquita de los Omeyas, regateando en el concurrido zoco y caminando por los pasillos de aquella universidad en expansión en la que esperaba estudiar un día. Damasco le abrió los ojos y la hizo decidirse por un futuro diferente al que la tradición dictaba para ella.

Sin embargo, sus sueños pronto se romperían en pedazos. El 19 de diciembre de 2010, después de recoger los platos de la cena, la familia se reunió frente a la televisión, como de costumbre, para ver las noticias en los canales por satélite. Al Yazira abría el noticiario con una noticia de Túnez, donde un joven vendedor ambulante llamado Mohamed Buazizi se había prendido fuego después de que la policía le confiscara su carrito de verduras. La falta de oportunidades económicas en el país lo había obligado a vender frutas y verduras, y cuando le habían arrebatado aquellos últimos retazos de dignidad, había puesto fin a su vida en aquella protesta pública y terrorífica. Era el principio de lo que se conocería como la Primavera Árabe. En la región todo estaba a punto de cambiar.

Y también en Daraa, pero no de la forma que esperaba la gente de la ciudad natal de Doaa.

Dos

Estalla la guerra

Todo empezó con unos grafitis que un grupo de escolares pintaron en la pared.

Era febrero de 2011, y hacía ya meses que las gentes de Daraa eran testigos de cómo los regímenes represores de Oriente Medio eran desafiados y derrocados. En Túnez, jóvenes privados de derechos que se identificaban con la desesperanza de Mohamed Buazizi reaccionaron a su inmolación incendiando coches y rompiendo escaparates, presas de la frustración y la desesperación. La respuesta del inflexible presidente tunecino, Zine al Abidine Ben Ali, que llevaba en el poder desde 1987, fue prometer a los ciudadanos más oportunidades laborales y libertad de prensa y asegurar que dejaría su cargo en el 2014, cuando terminase su mandato. Sin embargo, sus proclamas sirvieron de poco para apaciguar al pueblo. Por todo el país estallaron disturbios que exigían la dimisión inmediata del presidente, que respondió con la declaración del estado de excepción y la disolución del Gobierno. Su control sobre el país se debilitó y su círculo de seguidores en el ejército y el Gobierno se puso en su contra. El 14 de enero, menos de un mes después de que Mohamed Buazizi acabase con su propia vida, el presidente dejó el cargo y huyó a Arabia Saudí con su familia.

Por primera vez en la historia de los países árabes, una protesta popular había conseguido derrocar a un dictador. Desde Siria, familias como la de Doaa

observaban lo que sucedía maravilladas. Nadie imaginaba que fuese posible desafiar al régimen sirio. Nadie estaba de acuerdo con todo lo que hacía el Gobierno —la Ley de Emergencia, que seguía en vigor; las condiciones económicas, que no dejaban de empeorar; o la falta de libertad de expresión—, pero el pueblo había aprendido a vivir con ello. Todo el mundo pensaba que no había nada que se pudiera hacer al respecto. Un aparato de seguridad que todo lo veía había penetrado en todos los barrios y vigilaba a los alborotadores. Los activistas de Damasco que habían exigido reformas tras la muerte del anterior presidente, Hafez al Asad, habían terminado en prisión, y eso había hecho que la gente se sintiera intimidada y no se atreviese a criticar al régimen, y menos aún a reclamarle nada... hasta entonces. El levantamiento de Túnez había hecho que los sirios de a pie pensaran que todo era posible.

Doaa, que entonces tenía dieciséis años, y sus hermanas empezaron a pedir insistentemente a sus padres que les dieran detalles de lo que estaba ocurriendo en la región y se preguntaban si algo así podía pasar también en Siria. Su padre acalló su entusiasmo, temeroso de alentarlas. Les dijo que Siria era diferente de Túnez, que tenía un gobierno estable. Lo que había sucedido en Túnez era flor de un día. O eso pensaba él.

Luego vino Egipto, y después Libia y Yemen. En cada país las protestas seguían un guion distinto, pero en todos clamaban por una misma cosa: la libertad. La protesta desesperada de un solo hombre había avivado las llamas de la revuelta en todo Oriente Medio. Había nacido la Primavera Árabe, que había despertado la esperanza en los descontentos, sobre todo en los jóvenes, y el miedo en aquellos que los gobernaban. Las revueltas se extendieron por todo Egipto, y eso llamó especialmente la atención de los sirios, pues ambos países se habían unificado durante un corto periodo de tres años en la República Árabe Unida. Siria la había abandonado en 1964, pero los lazos culturales que los unían seguían siendo fuertes. Así pues, cuando el presidente egipcio Hosni Mubarak se vio obligado a dejar su cargo el 11 de febrero de 2011, muchos sirios descontentos celebraron su derrota como si fuese la de su propio líder.

Doaa y su familia veían las noticias en la televisión y se asombraban por la alegría con que los miles de manifestantes congregados en la plaza Tahir de El Cairo celebraban su caída. Ellos también aclamaban, repitiendo los cánticos de «*Alahu Akbar*» (Dios es grande) y «*Misr hur*» (Egipto es libre) que oían desde la pantalla del televisor.

Daraa siempre se había considerado un bastión del presidente Asad y su partido Baaz. Sin embargo, tras la caída de Mubarak, los ciudadanos de Daraa empezaron a murmurar sobre su propio régimen opresor. «¿Quién se atrevería a

enfrentarse al Gobierno sirio?», se preguntaban. Asad era famoso por responder a la disidencia con una violencia aplastante. Quizá, que la gente de a pie se levantara contra un sistema todopoderoso podía cambiar las cosas en otros países, pero no en Siria, de eso estaban seguros.

Los primeros disidentes en llamar la atención del público sirio serían un grupo de jóvenes desafiantes, muchachos en la cúspide de la pubertad. Una tranquila noche de finales de febrero de 2011, inspirados por los lemas que más se habían coreado en la Primavera Árabe, pintaron un grafiti en el muro de su instituto: *Ejak Al Dor ya Duktur* (Tú eres el siguiente, Doctor), en referencia a Bashar al Asad, que había estudiado oftalmología. Cuando terminaron, los chicos corrieron a sus casas, riendo y bromeando, emocionados por lo que para ellos era una broma inocente, un desafío menor. Sabían que quizá el grafiti enfurecería a las fuerzas de seguridad, pero jamás imaginaron que aquel pequeño acto provocaría una revolución en la propia Siria que desembocaría en una guerra civil que dividiría y destruiría el país.

A la mañana siguiente, el director del colegio descubrió el grafiti y llamó a la policía para que lo investigara. Uno a uno, detuvieron a los quince muchachos y se los llevaron para interrogarlos a la comisaría local de la Dirección de Seguridad Política, el brazo del aparato de inteligencia sirio que controla de forma estricta la disidencia interna. Luego los trasladaron a una de las cárceles de inteligencia más temidas de Damasco.

La familia de Doaa conocía a uno de los chicos y a sus parientes. Casi todo el mundo tenía relación con alguno de ellos: en una ciudad con un entretejido como el de Daraa, todo el mundo estaba conectado de algún modo, ya fuera a través del matrimonio o de una comunidad. Nadie sabía con seguridad cuál de los detenidos había pintado el grafiti, si es que había sido alguno de ellos. Presionaron a varios de los muchachos para confesar o implicar a sus amigos; a otros los interrogaron solo porque sus nombres estaban garabateados en los muros del colegio desde mucho antes de que se pintase aquel grafiti. Nadie podía creer que hubieran arrestado a aquellos críos por un acto de tan poca importancia.

Alrededor de una semana después, las familias de los chicos visitaron a Atef Nayib, primo del presidente Asad y líder de la rama de Inteligencia Política, para pedir que los dejaran libres. Según algunos testimonios no confirmados que acabarían convirtiéndose en leyenda, Nayib les dijo a los padres que deberían haber enseñado mejores modales a sus hijos. Se dice que se rio de los hombres y que les dijo: «Mi consejo es que se olviden de que tuvieron a esos niños. Vuelvan a casa, acuéstense con sus mujeres y traigan otros hijos al mundo, y si no son

capaces, tráigannoslas a nosotros y haremos el trabajo por ustedes».

Para la gente de Daraa, aquel fue el insulto definitivo. El 18 de marzo los manifestantes tomaron las calles para exigir que los muchachos fuesen puestos en libertad. Esto sucedió tres días después de que cientos de personas participaran en una poco habitual protesta en la ciudad vieja de Damasco en la que pedían reformas democráticas, el fin de las leyes que regulaban el estado de excepción y la liberación de todos los presos políticos. Coreaban: «Pacífica, pacífica» mientras marchaban para anunciar la naturaleza del movimiento. Se dice que ese día detuvieron a seis manifestantes.

El 18 de marzo, los habitantes de Damasco, Homs y Baniyas, así como los de Daraa, tomaron las calles en una acción coordinada para exigir la liberación de los niños de Daraa, en la que corearon el lema: «Dios, Siria, libertad».

Doaa estaba en la puerta de casa, desde donde observaba pasar a los manifestantes, que gritaban: «Terminad con la Ley de Emergencia» y exigían la puesta en libertad de los presos políticos, los chicos de Daraa incluidos. Se quedó en el borde de la acera, justo delante de la puerta de su casa, mientras los manifestantes pasaban por delante de ella, tan cerca que podría haber alargado un brazo para tocarlos. La energía que se respiraba en aquella manifestación tan prometedora la entusiasmaba. Durante toda su vida le habían dicho que la gente de Siria jamás desafiaría a su Gobierno y que ella tenía que aceptar las cosas tal y como eran. Sin embargo, mientras estaba allí de pie, mirando cómo los manifestantes pasaban por su lado, sintió por unos momentos la necesidad de bajar de la acera y unirse a ellos, de formar parte de lo que sería una nueva Siria. Pero de repente, para su sorpresa, la policía empezó a disparar gas lacrimógeno a los manifestantes y a acribillarlos con cañones de agua de alta presión que salían de unos camiones enormes. Su emoción se convirtió en horror al ver a los manifestantes correr en todas direcciones, chillando, o caer al suelo indefensos. En apenas un instante, su calle se había convertido en un lugar de enfrentamiento. Horrorizada, se refugió en la seguridad de su casa.

Ese mismo día, ante la mezquita Omari, situada en el centro de la ciudad, los manifestantes hicieron una sentada en la que declararon su protesta del viernes como el Día de la Dignidad y exigieron la puesta en libertad de los muchachos y la dimisión del gobernador de Daraa. Esa vez, las fuerzas de seguridad que había en la mezquita no se conformaron solo con lanzar gas lacrimógeno. Dispararon abiertamente a los manifestantes y mataron al menos a cuatro personas.

Fueron las primeras víctimas de una guerra que acabaría con la vida de 250.000 personas y obligaría a la mitad del país a abandonar su hogar: más de cinco millones de sirios se convertirían en refugiados en el extranjero y casi seis

millones y medio, en desplazados dentro del mismo país. Gran parte de la población de Daraa acabaría por verse obligada a abandonar sus hogares, y las escuelas, las casas y los hospitales quedarían reducidos a escombros.

Las crónicas sobre el uso de la fuerza contra los manifestantes pacíficos en Daraa fueron noticia en todo el mundo y la respuesta de la comunidad internacional no se hizo esperar. En las Naciones Unidas, en Nueva York, el secretario general Ban Ki Moon publicó un comunicado a través de su portavoz en el que afirmaba que el uso de fuerzas letales contra los manifestantes era inaceptable e instaba «a las autoridades sirias a abstenerse de usar la violencia y a cumplir sus compromisos internacionales con los derechos humanos, que garantizan la libertad de opinión y expresión, incluyendo la libertad de prensa y el derecho a reunirse pacíficamente».

El secretario general dijo que creía que era «responsabilidad del Gobierno de Siria escuchar las legítimas aspiraciones del pueblo y responder a ellas con un diálogo político inclusivo y reformas genuinas, no con represión».

Sin embargo, el Gobierno sirio tenía una versión distinta de los hechos. Según la agencia de noticias estatal de Siria, SANA, «la tarde del viernes, unos infiltrados aprovecharon una reunión de ciudadanos cerca de la mezquita Omari de la ciudad de Daraa para provocar el caos con actos de violencia, lo que resultó en daños a la propiedad pública y privada». SANA aseguró que los infiltrados habían prendido fuego a coches y tiendas y habían atacado a las fuerzas de seguridad.

Pese a la violenta reacción del Gobierno, las manifestaciones siguieron extendiéndose por toda Siria; los ciudadanos, furiosos, seguían exigiendo reformas. El día de la Madre, que en Siria cae en el 21 de marzo, SANA publicó una noticia en la que se citaba a una fuente de la administración de Asad que aseguraba que se había formado un comité para investigar los enfrentamientos violentos de Daraa y que habían decidido poner en libertad a varios «jóvenes».

A los chicos de Daraa les devolvieron su ropa y sus mochilas y los llevaron a casa. Los soltaron en la plaza de Al Saraya ante miles de manifestantes que los vitoreaban. Sin embargo, la emoción no tardó en convertirse en horror: era evidente que a varios de ellos, algunos de los cuales tenían solo doce años, los habían torturado. En la espalda se les veían heridas abiertas provocadas por cables eléctricos que los guardias habían usado a modo de látigo. Tenían quemaduras de cigarrillos en la cara y a algunos les faltaban uñas de las manos. Cuando se corrió la voz de las condiciones en las que estaban los muchachos, la ira de la población se acrecentó. Torturar a niños era algo inaceptable incluso para un régimen conocido por su represión de la disidencia. Los muchachos de

Daraa se convirtieron en un icono de la revolución que estaba floreciendo, y las protestas se incrementaron.

El Gobierno, que esperaba que la liberación de los chicos acallara el movimiento, mandó a un enviado de parte del gabinete de Asad para que hablase con la multitud de manifestantes. Este recordó a la gente que el presidente había liberado a los jóvenes prisioneros y que estaba enterado de las demandas de los manifestantes. El representante también dijo que se estaba investigando quién había instigado la violencia que había estallado después de los arrestos, pero que se creía que los responsables eran personas que se habían hecho pasar por las fuerzas de seguridad. Añadió que el presidente Asad iba a enviar representantes personales para que presentaran sus respetos a las familias de los manifestantes fallecidos.

Aquellos gestos no satisficieron a nadie, y, cuando las protestas continuaron, el Gobierno acusó a los manifestantes de ignorar sus acciones con el objetivo de derrocar el Estado. Un gran número de hombres de las fuerzas de seguridad empezó a entrar en la ciudad, y en las noticias de los medios estatales se acusó a los manifestantes de estar relacionados con terroristas. Culparon a «criminales» como Ribal Rifaat al Asad, primo del presidente, que se había exiliado de Siria de niño y criticaba abiertamente al Gobierno, o Abdulhalim Jadam, un exvicepresidente de la oposición que se había vuelto contra el Gobierno en 2005 y había huido a Francia, desde donde pedía un cambio de régimen. Asad también aseguraba que había agentes extranjeros que pretendían destruir el país.

Aquel día de la Madre, el mundo de Doaa cambió para siempre. Cada año, siguiendo la tradición familiar, ella, su madre, sus hermanas y su hermano pequeño visitaban a su abuelo para almorzar juntos e ir luego al cementerio a leer el Al Fatiha, el primer capítulo del Corán, frente a la tumba de su abuela. Era un ritual muy importante para Doaa. Tras la lectura, los niños repartían galletas *ma'amul* rellenas de dátiles y flores de sus ramos a los demás visitantes del cementerio, y recibían presentes similares a cambio.

Ese día, el instinto de Hanaa le dijo que se quedasen en casa. Tras la puerta de su casa, en la calle, por lo general repleta de viandantes y vendedores, reinaba un silencio inquietante. Se oía hablar de francotiradores, controles militares y enfrentamientos entre los manifestantes y las fuerzas del Gobierno. Para llegar a casa de su padre, Hanaa y sus hijos tenían que adentrarse en el centro de la ciudad, donde los enfrentamientos eran más violentos que en ningún otro lugar. Además, Shokri estaba en el trabajo y no podría acompañarlas hasta mucho más tarde.

Sin embargo, Doaa no quería ni oír hablar de quedarse en casa. Le encantaba

ir a la vieja casa de su abuelo, que tenía un jardín en flor donde jugaba con sus primos pequeños. Se esperaba que acudiesen al menos treinta familiares suyos, y era una ocasión que no se quería perder.

—Mamá, vamos cada año —insistió—. No podemos dejar de hacer aquello que amamos.

Hanaa acabó cediendo, consciente de que si no la llevaba era probable que Doaa tratase de ir sola, y ella tuviese que quedarse en casa preocupada. Pese a la agitación que había en Siria, quería dar a sus hijas y a Hamudi una sensación de normalidad. Sin embargo, nada sería normal en el trayecto que las esperaba.

Hanaa decidió que la forma más segura de llegar hasta casa de su padre era en taxi. Vestidas con sus mejores galas y cargando con cuidado unas cajas que contenían un pastel de chocolate y galletas surtidas, salieron de casa.

Al principio, los miedos de Hanaa parecían infundados. Hanaa, Doaa, Saya, Nawara y Hamudi echaron un vistazo a su calle del barrio de Al Kashef: había menos gente que de costumbre, pero en las tiendas seguían atendiendo a sus clientes y todo el mundo parecía estar a lo suyo, como siempre. Doaa vio que los vecinos se habían reunido a la sombra de la plaza, como era habitual; el popular establecimiento de falafel Abu Yusef tenía, como cada día, una larga cola de gente esperando su turno para pedir, y la tienda de la esquina, donde Doaa y sus hermanas solían comprar dulces y patatas fritas, tenía la puerta abierta de par en par. Durante unos pocos minutos, la familia se pudo olvidar de la violencia que estaba arrasando la ciudad y perturbando la paz de sus vidas. Doaa caminaba por la calle sonriente, pensando en visitar la tumba de su abuela y pasar el día junto a su familia.

La casa de su abuelo estaba solo a unos quince minutos en coche. Por lo general, pasaban muchos taxis y eran baratos: unas 35 libras sirias para llegar al centro de la ciudad. Sin embargo, aquel día los pocos coches que pasaban por su lado llevaban las ventanillas subidas y no se detenían cuando Hanaa les hacía señas con la mano. Por fin, uno se paró y el conductor bajó la ventanilla para decirles el precio: doscientas cincuenta libras, un incremento del seiscientos por ciento. Argumentó que era su «tarifa de riesgo». Doaa estaba consternada, pero si querían llegar a casa del abuelo no les quedaba más remedio que pagar aquel precio tan alto.

Entraron en el taxi con cuidado de no aplastar el pastel ni arrugarse la ropa. Doaa se miró en el retrovisor y se alisó el velo estampado de vivos colores. Quería tener el mejor aspecto posible para la celebración.

El joven conductor estaba muy nervioso: le costaba respirar y miraba constantemente hacia atrás. Cuando se adentraron en las zonas militarizadas de

Daraa oyeron disparos. El conductor dio un respingo y Doaa pensó que tal vez los miedos de su madre no fuesen infundados. Cada vez que giraban tenían que detenerse en un control militar de carretera. El conductor intentaba sortearlos tomando caminos alternativos y prometió acercarlos a su destino todo lo que pudiera.

Cuando ya estaban más cerca del centro de la ciudad, Doaa vislumbró una columna de humo gris oscuro a una manzana de distancia. Al doblar la esquina, vio una comisaría en llamas. El fuego ascendía por encima del tejado y salía con violencia por las ventanas, y el olor del humo empezó a llenar el taxi y a arderle en la garganta. Cuando distinguió a los agentes de policía salir corriendo del edificio para escapar de las llamas, el conductor pisó el freno de golpe.

—Los manifestantes le han prendido fuego —gritó por encima del rechinar de las ruedas.

Sin embargo, Doaa apenas lo oía a causa del rugido de las llamas y los gritos de la gente de la calle. Observó la escena a través del retrovisor y de repente vio a través del humo que los manifestantes tiraban rocas y gritaban a los agentes de policía que intentaban huir. Se apretujó contra la ventanilla para tratar de ver con claridad lo que estaba pasando.

—¡Esto se va a convertir en una batalla campal! —El terror que emanaba de la voz del conductor asustó a Doaa—. Lo siento, pero tienen que bajar. No se separen de las paredes o les dispararán.

Doaa no se podía creer lo que estaba oyendo. ¿De veras el taxista las iba a abandonar en medio de aquel caos? ¿Y por qué le iba a disparar su propio Gobierno solo por estar en la calle? Hanaa pagó a regañadientes y toda la familia bajó del vehículo. La mujer mantenía a Hamudi a su lado mientras las chicas se apretujaban la una contra la otra. Empezaron a alejarse de allí lo más rápido posible, acuciados por el calor del fuego, sin dejar de mirar recelosos a su alrededor. A Doaa el corazón le latía desbocado; se había dado cuenta de que su madre tenía razón. Todo se estaba desmoronando. Los manifestantes ya no llevaban ramitas de olivo ni lanzaban piedras, ahora encendían fuegos y las fuerzas de seguridad luchaban contra ellos con cañones de agua, gas lacrimógeno y artillería real. Doaa y su familia estaban justo en medio, y era ella quien había insistido en ir. Era la razón por la que su familia estaba en peligro.

Perseguida por la cercanía de los restallidos de los tiros, Hanaa cogió a Hamudi de la mano y todos echaron a correr hacia el primer edificio que vieron con la cabeza gacha. Se sentían expuestos, así que se apretujaron contra la pared. Las balas rebotaban por encima de sus cabezas; no veían de dónde venían y tampoco sabían cómo esquivarlas. A Doaa no le cabía en la cabeza que hubiese

gente disparándoles. Parte de ella no se podía creer lo que estaba sucediendo, que en un solo instante su vida tranquila y normal hubiese cambiado hasta ese punto, hasta verse junto a su familia en aquella situación, en la que debían apretujarse los unos contra los otros, asustados, con las balas que pasaban zumbando por el aire y los incendios que ardían por toda la calle. Otra parte de ella mantenía la cabeza fría e intentaba trazar un plan para proteger a su familia. Sabía que tenían que seguir avanzando. Volver a casa era tan peligroso como continuar, así que decidieron seguir hasta casa del abuelo. En un momento dado, se pusieron de rodillas y gatearon por la calle.

—¡No os separéis de la pared! —avisó Doaa a sus hermanas, que iban delante de ella. Hamudi y Nawara empezaron a llorar. Doaa ignoró el mal sabor de boca que le ocasionaba el miedo y trató de reconfortarlos—: No tengáis miedo. Levantaos y corred, ¡ahora!

Sabía que si se dejaban llevar por el pánico era más probable que acabasen muertos. Tiraron el pastel, se levantaron y avanzaron con cuidado sin separarse de la pared. Se refugiaban en los callejones antes de avanzar el siguiente tramo de la calle. Tardaron una hora en hacer un recorrido que debería haberles costado diez minutos.

Al llegar, por fin, a la casa del barrio de Abasiya, aporrearon la puerta con desesperación. Abrió el tío de Doaa, que los hizo entrar de inmediato, pálido de la preocupación por ver a su familia en medio de un tiroteo.

—¿Estás loca? —le gritó a Hanaa cuando todos estaban ya dentro y a salvo —. ¿Es que no sabías lo que estaba pasando?

Saya, Nawara y Hamudi estaban en estado de shock. Se retiraron enseguida a la parte de atrás de la casa para alejarse de los ruidos de los disparos y la muerte, temblando de terror. Sin embargo, Doaa sentía que necesitaba saber qué estaba pasando. Unos minutos después de saludar a sus parientes dejó una bolsa de galletas sobre la mesa y corrió a la azotea, consciente de que desde allí se vería la plaza en la que estaban teniendo lugar los enfrentamientos. Hanaa le pidió a gritos que no fuera, pero Doaa la ignoró.

Subió el resto de los escalones, abrió la puerta de un empujón y corrió hacia el muro que rodeaba el borde de la azotea, que le llegaba al pecho. Jadeante, miró hacia la plaza que había frente a la casa de su abuelo. Durante su niñez, Doaa había pasado horas y horas en aquella azotea, observando la tranquila plaza rodeada de negocios y viviendas. Echó un vistazo al resto del vecindario, fascinada con los manifestantes que se habían congregado allí, que coreaban: «Queremos libertad» mientras marchaban con carteles y ramitas de olivo hacia una línea de hombres de las fuerzas de seguridad vestidos de negro. A diferencia

de las protestas a unas manzanas de distancia, la manifestación de la plaza de enfrente era pacífica.

Los manifestantes estaban a apenas quinientos metros de Doaa. Gozaba de una posición estratégica perfecta para observar cómo se desarrollaba la protesta. La gente estaba de pie en filas y, mientras cruzaban poco a poco la plaza, las fuerzas de seguridad empezaron a lanzarles gas lacrimógeno. Latas de metal volaron por los aires y golpearon a algunos manifestantes antes de caer al suelo y liberar el gas que contenían. Algunas personas huyeron, pero otras continuaron marchando y coreando: «No a la Ley de Emergencia» y «El pueblo sirio no será humillado». Muchos cayeron de rodillas, frotándose los ojos escocidos; el gas no les dejaba respirar. Entonces Doaa vio, horrorizada, que los agentes levantaban sus rifles y disparaban directamente contra la multitud. Se oyó gritar: «¡Dios santo!» antes de que una oleada de gas lacrimógeno la alcanzara y le abrasara la garganta. Los químicos le ardían en los ojos; empezó a toser descontroladamente. Sintió que se desmayaba y se agarró al borde de la tapia de la azotea, mientras observaba a la gente caer, algunos heridos y otros del todo inmóviles. Pese a la distancia, Doaa estaba segura de que los habían matado, y empezó a sollozar ante la brutalidad de sus muertes. El Gobierno al que siempre había querido servir como policía disparaba ahora a su propio pueblo, a la gente del barrio de su abuelo. Se dio cuenta de que todo lo que había creído siempre sobre su país era un error.

—¡Baja! —Doaa oyó los gritos aterrorizados de su madre desde las escaleras.

Medio cegada por el humo y las lágrimas, Doaa corrió hacia ella. En cuanto llegó, se derrumbó entre sus brazos, sin aire por culpa del gas lacrimógeno y temblando del horror. Era la primera vez que Doaa veía morir a alguien y odiaba no haber podido hacer nada para evitarlo. No era más que una espectadora impotente.

Con los ojos llenos de lágrimas, Doaa y su madre bajaron las escaleras y entraron en la casa. Se retiraron a un dormitorio a recomponerse y a intentar encontrar un sentido a lo que Doaa acababa de ver. Tras unos minutos, su abuelo la persuadió para salir. Quería continuar con los rituales de su almuerzo del día de la Madre, así que la familia empezó a comer rodeada de un hondo silencio. Cuando Doaa se llevó el tenedor a la boca sintió náuseas y dejó el plato, repleto de sus manjares favoritos, intacto. Shokri apareció en la puerta justo cuando se disponían a comer el postre. Se unió a ellos para tomar el café y los dulces, pero anunció que se marcharían antes de que oscureciese. Aunque los disparos habían cesado y los manifestantes se habían retirado, el ambiente aún estaba cargado de tensión.

—Ya iremos a visitar la tumba de la abuela otro día.

Esta vez, Doaa no protestó.

Cuando se fueron, acurrucados los unos contra los otros, vieron manchas de sangre en el suelo, donde se había producido el tiroteo. Las calles estaban desiertas, excepto por unos cuantos hombres que estaban metiendo a los heridos en coches para llevárselos. A todos les habían empezado a escocer y llorar los ojos debido al gas lacrimógeno que seguía en el aire, invisible. Shokri los guio hacia una calle adyacente y concurrida que no parecía haber sido afectada por la revuelta ni la violencia que se había producido a solo una manzana de distancia y paró un taxi para llevarlos a casa.

Más tarde se enteraron de que los manifestantes también habían prendido fuego a la sede del Partido Baaz y a un juzgado. Dos sucursales de Syriatel, la compañía de teléfonos que pertenecía al primo millonario del presidente Asad, Rami Majluf, también habían sido un objetivo. Según los testigos, ese día murieron quince manifestantes y hubo veintenas de heridos. El Gobierno de Damasco, con la esperanza de contener las revueltas subsiguientes, anunció que investigaría las muertes, pero culpó de inmediato a los agentes de Daraa. Después de aquello las protestas no hicieron más que aumentar en número de adeptos y se produjeron más enfrentamientos entre la policía y los manifestantes. Mientras tanto, el número de víctimas no hacía sino crecer. Como reacción a la brutalidad del Gobierno, de aquel movimiento de protesta pacífica emergió una facción de oposición armada.

Poco después del incidente del día de la Madre, Hanaa acompañó a su hermana a visitar a una amiga de ambas, la madre de Ahmad, uno de los muchachos a los que habían detenido, que tenía catorce años. Hanaa volvió a casa llorando, muy afectada. Ahmad estaba consumido y demacrado; se había convertido en un fantasma del chico que había sido.

—Cuando llegó a casa casi no lo reconocimos —le confesó su madre a Hanaa.

Al saludar al chico, vio que estaba sentado sin moverse, con la mirada perdida, y que era incapaz de responder cuando se le hablaba. Tenía la cara hinchada y cubierta de heridas rojas y brillantes, y los brazos repletos de moratones. Además de eso, se le veían cortes en los nudillos y le faltaban las uñas. Su madre les explicó que le habían pegado con cables en las manos para castigarle por el grafiti.

A medida que se corría la voz del maltrato y el abuso que habían sufrido los muchachos en la cárcel y el número de manifestantes muertos se incrementaba, más gente se iba uniendo a las protestas semanales en la mezquita, y los manifestantes empezaron a añadir más demandas a las que habían hecho en un

principio, cuando pedían el fin de la corrupción y la Ley de Emergencia. Ahora exigían un cambio en el régimen. Las manifestaciones crecían en tamaño y en frecuencia, y cada vez llegaban más soldados de Damasco para sofocar el movimiento.

Doaa se enteró de que animaban a las mujeres a participar en las manifestaciones. Después de lo que había visto desde la azotea, y de que su madre le describiese el cuerpo amoratado y apaleado de Ahmad, estaba ansiosa por unirse. Algo había cambiado en ella. La muchacha tímida que antaño tanto miedo tenía a los cambios se sentía ahora llamada a formar parte de la revolución.

Una de las manifestaciones se celebró en su barrio, y acudió mucha gente del campo y de los alrededores a participar. El ambiente que se respiraba era de júbilo: las gentes de Daraa empezaban a creer que podrían marcar la diferencia en su país. Cuando Doaa oyó que los gritos de los manifestantes se acercaban a su casa, reunió a sus hermanas, a su hermano Hamudi y a sus amigas Amal y Hoda y se unió a una hilera de mujeres y otras chicas jóvenes que iba al final de la multitud. Doaa estaba eufórica: por primera vez en su vida sentía que estaba viendo algo con un propósito mayor, y estaba decidida a formar parte de lo que tenía la esperanza de que fuese un movimiento para un cambio pacífico en el país que amaba.

El atrevimiento de Doaa aumentaba junto al número de manifestaciones en las que participaba. Encontró diversas formas de contribuir a la causa. Una de sus funciones en una protesta fue ayudar a la gente que había sufrido los efectos del gas lacrimógeno exprimiendo limón en un trapo que podían colocarse sobre los ojos irritados, o cortando cebollas por la mitad para que provocasen lágrimas que limpiasen los restos de la sustancia química. Una de sus tareas más peligrosas fue la de recoger latas del gas y lanzárselas a las fuerzas de seguridad. Las latas calientes le quemaban las manos y se arriesgaba a que todo el gas le diera en la cara si le estallaban en las manos. También corría el riesgo de llamar la atención de las fuerzas de seguridad, pero le daba igual: para entonces, su compromiso con la revolución era total, y, además, sus amigas también estaban empezando a involucrarse en ella.

Las protestas acabaron por convertirse en un acontecimiento social en el que los jóvenes se reunían para compartir sus esperanzas para el futuro. A menudo, Amal y Hoda acompañaban a Doaa y a sus hermanas a las manifestaciones después de la escuela o durante los fines de semana, cuando sus madres les daban permiso. Sin embargo, casi todas las amigas de Doaa estaban recluidas en sus casas y esperaban con impaciencia el momento de verse, para que esta les

contase todo lo que había pasado. Las conversaciones de Doaa y sus amigas ya no eran sobre chicos ni matrimonios ni sobre los cotilleos del barrio. Ahora solo hablaban de resistencia y de rebelión.

Por la noche, Doaa ya no veía la televisión, sino que pasaba su tiempo libre pensando en lemas que corear y eslóganes que escribir en pancartas que llevaba a las manifestaciones para los demás participantes. También empezó a hacer pulseras y anillos con cuentas de los colores de la bandera de la revolución: rojo, negro y verde. Tardaba varias horas en terminarlos, y cuando se le acaban las cuentas tenía que rogarle a su padre que le comprase más. Al principio, Shokri se negaba, preocupado porque Doaa se pusiera en peligro haciendo joyas inspiradas en la revolución, pero al final, como casi siempre, acababa cediendo. Doaa llevaba pulseras en ambas muñecas y se las regalaba a sus amigos, a los que recomendaba escondérselas bajo las mangas cuando las fuerzas de seguridad hiciesen la ronda. Sabía que ser descubierta con esa clase de joyas era peligroso, pero estaba decidida a colaborar con la causa fuera de la forma que fuese. Su madre estaba paranoica porque alguien se enterase de que Doaa hacía esos pequeños símbolos de la rebelión y tenía miedo de que la arrestaran, así que empezó a esconderle los materiales cuando salía de casa. Sin embargo, Doaa siempre acababa por encontrarlos y por la noche, mientras sus padres dormían, volvía a fabricar joyas.

—De lo contrario me volveré loca —explicó a sus padres. Por la noche no podía ir a las manifestaciones, pues a esas solo iban los hombres, pero no soportaba quedarse de brazos cruzados.

Las protestas tenían lugar tan cerca de su casa que oía los lemas de los manifestantes, y cada vez que llegaban a sus oídos sentía que debía unirse a ellos. Durante el día se ponía unos vaqueros y un suéter y se echaba la bandera de la revolución sobre los hombros, preparada para salir. Cuando su madre la veía vestirse le imploraba que se quedase en casa, a salvo.

—*Hayati* (vida mía) —le rogaba Hanaa—, no vayas, por favor. Las fuerzas de seguridad te reconocerán y se vengarán.

Pero Doaa no le hacía caso.

—Mamá, no podemos quedarnos en casa de brazos cruzados.

Hanaa sabía que si intentaba evitar que Doaa saliera de casa provocaría una discusión y, en el fondo, estaba orgullosa del coraje de su hija y de su determinación por ser parte de la revolución que podía cambiar Siria, así que la dejaba ir.

A medida que pasaban los días, Hanaa percibió una transformación en Doaa. En lugar de ser tímida, temerosa y siempre reacia al cambio, Doaa lo aceptaba

ahora con los brazos abiertos. Cuando les contaba las historias de las marchas del día y lo que había pasado en ellas su entusiasmo flotaba en el aire.

Shokri escuchaba las historias de Doaa horrorizado. Sentía auténtico terror por sus hijas. Había oído algunas historias que corrían por ahí sobre mujeres a las que los hombres de las fuerzas de seguridad habían desnudado y violado delante de sus familias. Otras, simplemente, habían desaparecido. Esa era su peor pesadilla. Cada día, cuando se iba a trabajar, se sentía asfixiado de preocupación por dejar a Hanaa y las chicas solas en casa; cuando él estaba allí, insistía en que sus hijas se quedasen dentro todo el tiempo excepto para ir a la escuela. Sin embargo, Doaa se resistía.

—*Baba*, nos dices que tenemos que luchar por nuestros derechos, pero no nos dejas salir para participar en las manifestaciones —se quejaba.

Shokri negaba con la cabeza.

—Protegeros a tus hermanas y a ti es mi trabajo. Deja las manifestaciones para los hombres de esta ciudad.

Empezó a insistirle a Hanaa para que no dejase salir a nadie mientras él estuviera en el trabajo, pero Doaa desafiaba sus órdenes. Chillaba y se enfurruñaba; se negaba a comer o a hablar durante días. Encerrada en casa se sentía inútil.

A veces, cuando Doaa se sentía más inquieta de lo habitual, se escapaba para participar en alguna manifestación. Shokri se enfurecía cuando descubría que su hija no estaba, pero poco podía hacer al respecto. Al final se rindió, y dejó de intentar encerrarla en casa, lejos del peligro. Simplemente, Doaa era más testaruda que él.

En el barrio, las protestas se convirtieron en parte de la vida cotidiana. Hombres, mujeres y niños se unían para participar en ellas o para mirar. Doaa a menudo se encontraba con primos y amigos del colegio, y siempre que veía a sus mejores amigas, Amal y otra chica que también se llamaba Doaa, les daba la mano y marchaban juntas, cantando y coreando al unísono.

El 30 de marzo de 2011 el presidente Asad dio un discurso en el Parlamento en el que mencionó por primera vez las revueltas que estaban asolando el país. Cuando entró en la cámara, los miembros del Parlamento se pusieron de pie, aplaudieron con entusiasmo y corearon: «Dios, Siria y Bashar». Cuando Doaa se dispuso a ver las noticias sobre el discurso, esa noche, en el telediario, tenía la esperanza de que cediera ante las exigencias de los manifestantes. Sin embargo, pese a admitir que, en efecto, en Daraa había habido muertes, se refirió a ellas como casos aislados y un «error». Reconoció que los ciudadanos tenían quejas y que su gobierno estaba trabajando para resolverlas, pero advirtió que había

«conspiradores» que actuaban en favor de los intereses de los israelís y que estaban influenciando a aquellos que se habían lanzado a la calle de buena fe. Llamó «agentes extranjeros» a quienes estaban detrás de aquella conspiración, etiquetó a los manifestantes como «terroristas» y aseguró que los canales árabes de la televisión por satélite eran parte de una trama que consistía en «crear el caos con la excusa de las reformas». Anunció que quizá tomaría en consideración hacer algunos cambios en el sistema, pero solo después de que el país recuperase su estabilidad y la economía mejorase. Aseguró que los vídeos y las fotografías que los medios estaban publicando, que mostraban cómo las fuerzas de seguridad reprimían a los civiles, eran falsos, y prometió que no cedería ante las exigencias de aquellos a los que consideraba terroristas. El primer ministro, que lo observaba, coreó «Dios, Siria y Bashar», dando así su aprobación.

Doaa se quedó confundida tras ver las noticias. Cuando Asad hablaba de «terroristas», ¿acaso se refería a sus amigos, su familia y sus vecinos? «¡No somos terroristas!», pensó con firmeza. Pero cuando se trataba de los disparos a los manifestantes desarmados de Daraa, lo único que Asad tenía que decir era que se habían cometido «errores» y que «no todos los manifestantes eran conspiradores». No había condenado los actos de brutal represión que habían llevado a cabo las fuerzas de seguridad. En ese momento, Doaa se dio cuenta de que la lucha apenas acababa de empezar y de que su país se estaba desmoronando.

Tras el discurso en el Parlamento, los disturbios continuaron extendiéndose por Siria: estallaron más protestas en las ciudades de Damasco, Homs, Alepo, Duma y Latakia. Durante un tiempo, dio la impresión de que los vientos cambiaban para ir a favor de la oposición, ya que gente de toda Siria se volvía contra el Gobierno. Los manifestantes, envalentonados, prometieron que continuarían marchando hasta que se satisficieran sus demandas. Entonces, para su sorpresa, el 21 de abril, solo dos meses después del incidente del grafiti, el presidente Asad anunció en la televisión estatal que aboliría la Ley de Emergencia que llevaba en vigor desde 1963.

Para el movimiento opositor, esta concesión llegaba demasiado tarde y era insuficiente. Ya no bastaba con la abolición de la ley; ahora el objetivo del pueblo era un cambio de régimen. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que el presidente Asad ya estaba trabajando en otra transformación: la de fortalecerse en el poder reemplazando el viejo sistema que había heredado de su padre con uno nuevo, bajo el pretexto de luchar contra el terrorismo. Asad cambió las leyes para que cualquiera cuyas acciones pudieran ser percibidas como perjudiciales para el estado de la nación o como insultantes hacia el partido en el poder o sus líderes, o cualquiera que participase en las manifestaciones o tuviese armas,

pudiera ser acusado de ayudar o ser cómplice de los «terroristas».

Como respuesta a este anuncio, las protestas se incrementaron. Al día siguiente, día que sería conocido como el «Gran Viernes», se celebraron manifestaciones simultáneas en más de veinte ciudades y pueblos de todo el país. Una vez más, las fuerzas de seguridad lanzaron gas lacrimógeno y dispararon con munición real para reprimir a los manifestantes.

En las calles de Daraa, los pulsos entre los manifestantes y los soldados del Gobierno eran cada vez más violentos, pero eso no disuadió a Doaa, que decidió salir de todos modos. Una tarde, cuando una protesta en la que participaban Doaa, Nawara, Ayat y Saya empezaba a despejarse, las fuerzas de seguridad aparecieron de repente y avanzaron contra la multitud, apuntándola con sus rifles. Todo el mundo sabía lo que iba a pasar a continuación: gas lacrimógeno, palizas, quizá incluso la muerte. La gente se dejó llevar por el pánico y empezó a chillar y a correr hacia todas partes y, en medio de aquel caos, Doaa perdió a sus hermanas. A medida que la gente se dispersaba en todas direcciones, oyó que alguien la llamaba a gritos. Era uno de los organizadores.

—Esconde el megáfono y la *tabla* (tambor) —le gritó, tendiéndoselos de un empujón—. ¡Si nos pillan con ellos nos arrestarán!

Cualquiera que fuese descubierto con objetos de la protesta sería relacionado con la manifestación y, por lo tanto, clasificado como cómplice de los terroristas o como terrorista incluso.

Sin pensárselo dos veces, Doaa cogió el tambor y el megáfono y se los metió debajo de la *abaya*. Por aquel entonces, Shokri obligaba a sus hijas a ponerse una *abaya* si se empeñaban en salir a la calle, una túnica larga y negra que las tapaba de la cabeza a los pies. Las mujeres que las vestían llamaban menos la atención y, además, también les permitía mezclarse entre las demás mujeres que había por la calle, lo que les aportaba una capa más de protección. Al principio, Doaa se resistió: odiaba esa prenda calurosa y sin forma que escondía su identidad. Sin embargo, aquella noche se alegró de llevarla puesta. Tapar el tambor y el megáfono con la *abaya* le permitiría llevarlos a un lugar seguro. Su casa estaba a solo dos calles, así que dio media vuelta y echó a correr hacia allí.

Tras haber dado solo unos pocos pasos, dos coches se detuvieron delante de ella de un ruidoso frenazo. Uno estaba lleno de manifestantes; el otro, de agentes de las fuerzas de seguridad que los perseguían. Cuando los policías bajaron del coche para detener a los manifestantes, Doaa se dio cuenta de que estaba en un aprieto. Si la descubrían con la *tabla* y el megáfono también la arrestarían a ella, o algo peor. Esforzándose por mantener el pánico a raya, miró a su alrededor, desesperada, y vio un edificio abandonado a medio construir justo detrás de ella.

Echó a correr hacia él; las fuerzas de seguridad, concentradas en capturar a los manifestantes, no repararon en ella. Con el corazón latiéndole desbocado, Doaa corrió hasta una habitación vacía de la segunda planta y se escondió detrás de una columna. Esperó allí en silencio mientras intentaba recuperar el resuello. Sin embargo, unos instantes después, el edificio se llenó de policías que buscaban manifestantes. Doaa contuvo el aliento; no se atrevía a moverse. Tenía la boca seca, sentía una opresión en el pecho, le dolían los dedos y le temblaban los brazos, lo que hacía que flaqueara la fuerza con que agarraba la *tabla* y el megáfono. Si se le caían al suelo la descubrirían seguro. Doaa empezó a rezar entre dientes para que Dios le diera fuerzas.

Tras unos minutos de agonía, oyó que los policías salían del edificio para volver a lo que quedaba de la manifestación. Suspiró de alivio y dejó el tambor y el megáfono en el suelo para dar un respiro a sus doloridos brazos. Observó desde el interior del edificio cómo la policía buscaba a gente que arrestar en las tiendas y los restaurantes cercanos. Por fin, cuando ya no había más agentes a la vista, Doaa recogió los dos objetos y salió corriendo a la calle para volver a casa. Sin embargo, se dio cuenta de su error en cuanto puso un pie en la calle. Uno de los agentes no había abandonado la zona y estaba justo fuera del edificio, a unos cien metros de donde ella se había escondido. Cuando salió corriendo del edificio, la descubrió de inmediato.

—¡A por ella! —gritó, señalándola—. ¡Es una de las manifestantes!

Doaa corrió tan rápido como pudo, aterrorizada. No solo seguía escondiendo la *tabla* y el megáfono, sino que además llevaba una bandera de la independencia sobre los hombros. Si la atrapaban no habría forma de evitar su detención. Dobló una esquina a toda velocidad y la policía la perdió de vista momentáneamente. Aporreó la primera puerta que vio.

—¡Déjenme entrar! —rogó a través de la rendija de la puerta—. ¡Por favor, escóndanme o me detendrán!

Cuando la puerta se abrió, fue como si el mismísimo Dios hubiese oído sus plegarias. Una mujer de más o menos la misma edad que su madre la abrazó y la hizo entrar enseguida. Cerró la puerta mientras se oían los disparos y llevó a Doaa al fondo de la casa a toda prisa.

—Cámbiate de ropa ya. Toma, ponte la *abaya* de mi hija y elige otro velo. Si vienen les diré que eres mi hija.

Pero Doaa no quiso aceptar la ropa que le ofrecía. No quería quedarse mucho tiempo ni tampoco exponerla a un mayor peligro. Se acurrucó en una esquina de la habitación, sola y temblorosa, hasta que el sonido de las balas de fuera se extinguió. Cada pocos minutos, la mujer entraba para ver cómo estaba.

—Quédate hasta que anochezca, *binti* (hija mía), entonces será seguro que vuelvas a casa. Podemos esconder tus cosas hasta otro día.

Cuando se hizo de noche, una hora más tarde, Doaa le dio las gracias a la mujer por haberle salvado la vida. Sabía que debía volver a casa. Abrió la puerta de entrada, temerosa, y dio un paso hacia el exterior. Los guardias de seguridad seguían patrullando las calles, pero ahora, sin la bandera de la independencia, y vestida con su *abaya,* Doaa no parecía sospechosa. Lo único que veían los oficiales era una muchacha siria normal y corriente que caminaba con la cabeza gacha en señal de modestia. La casa de Doaa estaba a pocos pasos de su escondite, y ahora, estando tan cerca de un lugar seguro, caminaba tan rápido como podía sin llamar la atención. Vio a su hermana mayor, Ayat, de pie en la calle.

—Doaa —le gritó Ayat—. ¿Dónde has estado? ¡Estábamos preocupadísimos por ti!

Los guardias de seguridad se volvieron hacia Doaa y ella se dio cuenta que la miraban con repentino interés. Aterrorizada porque la descubrieran, echó a correr hacia su casa. Agarró a su hermana del brazo en cuanto llegó hasta ella.

—Cállate la boca, ¿quieres? —le espetó entre dientes mientras miraba hacia atrás—. Estás llamando su atención.

Ahora, los hombres las miraban y las señalaban. Doaa y Ayat siguieron caminando hacia la casa, y Hanaa las empujó hacia dentro en cuanto llegaron a la puerta. Abrazó a Doaa con fuerza; se había preocupado muchísimo cuando sus otras hijas habían vuelto a casa sin ella y tenía miedo de que la hubieran detenido.

La familia se reunió alrededor de Doaa y esta contó lo que le había pasado. Sus hermanas se quedaron impresionadas con su valentía, y Hanaa se sentía demasiado aliviada como para enfadarse.

—*Habibti* (mi amor) —dijo Hanaa, y abrazó a Doaa y le acarició el pelo—, sé que eres valiente, pero no dejas de ser una chica, y solo Dios sabe lo que te harán si te cogen. Debes tener cuidado.

Doaa se volvió hacia su padre, esperando que la abrazara igual que había hecho su madre. Pero él estaba de pie, inmóvil, con los puños apretados y el rostro rojo de furia. Dio un paso hacia él, pero entonces, al reconocer la ira en su lenguaje corporal, se detuvo. Shokri no sacaba su carácter muy a menudo, pero cuando lo hacía era aterrador. Doaa jamás había visto tanta ira en los ojos de su padre y supo que esa vez había ido demasiado lejos.

—Te prohíbo terminantemente que vuelvas a ir a una manifestación —bramó.

Saya y Nawara se apartaron de él, encogidas, y miraron a su hermana mayor con recelo. Hanaa trató de calmar a su marido, y Doaa se echó a llorar de frustración. No soportaba la idea de mantenerse alejada de las protestas. Sin embargo, Shokri se mostró inflexible. Le aterrorizaba lo que podría haberle pasado a su hija de haber sido arrestada. Se rumoreaba que habían violado a algunas chicas en la calle, delante de sus padres, por haberse pasado de la raya y haber desobedecido la ley. Otras mujeres habían sido arrestadas y no se había vuelto a saber nada de ellas. Shokri decidió que, con tal de mantener a su hija alejada de las calles y evitar que se pusiera en peligro, la encerraría si era menester. Por primera vez en la vida de Doaa, sus lágrimas no tuvieron ningún efecto en él.

—Es mi última palabra —sentenció, decidido.

Pese a su testarudez, en el fondo, Doaa era una muchacha siria tradicional, y sabía cuándo debía obedecer a su padre. Supo que esa vez no se saldría con la suya, así que accedió a quedarse en casa a regañadientes. Sin embargo, su conformidad no duraría mucho: su corazón seguía estando del lado de la revolución.

Tres

El asedio de Daraa

El lunes, 25 de abril de 2011 empezó como cualquier otro luminoso día de primavera. Doaa iba de camino a la azotea para tender la ropa, la única tarea del hogar de la que no le importaba encargarse, puesto que le permitía charlar con su mejor amiga, Amal, cuyo balcón daba a la azotea. También era una oportunidad para ver qué se estaba cociendo en el barrio desde un mirador privilegiado.

Esa mañana, abrió la puerta de la azotea empujándola con una cadera, mientras balanceaba el cesto de plástico lleno de vestidos, pañuelos y camisetas recién lavados en la otra. El calor del sol le daba en la cara y una brisa fresca le arrugaba el velo. Cuando movió el pesado cesto para cogerlo mejor, oyó un ruido sordo y estruendoso. Sobresaltada, dejó el cesto en el suelo y corrió hacia el borde de la azotea para mirar. La cuarta planta ofrecía buenas vistas de las calles de Al Kashef: Doaa veía la panadería de enfrente, las aceras donde jugaban los niños del barrio... Sin embargo, en aquel momento, en lugar de esa tranquilidad tan familiar, vio a gente correr en todas direcciones, presas del pánico. En la distancia, distinguió unas siluetas grandes y negras que avanzaban hacia la ciudad. Se inclinó más sobre el muro de la azotea para ver mejor. Cuando esas siluetas se acercaron y pudo distinguirlas con más nitidez, reconoció que lo que rodaba poco a poco en dirección a su casa eran tanques militares. El peso de

aquellos vehículos gigantescos parecía aplastar la superficie de la calle, y Doaa sentía que la azotea temblaba bajo sus pies. Al lado de los tanques marchaban cientos de soldados armados, mientras los sobrevolaban en círculos helicópteros militares que engullían los sonidos habituales de la ciudad con sus ruidosas hélices.

Doaa se agarró con fuerza a la tapia, tanto que el duro cemento le rascó las manos. Recordó las historias que había oído sobre la ciudad de Hama y lo que había sucedido allí tres décadas antes y la invadió una sensación de terror. El presidente Hafez al Assad había aplastado la revuelta entonces, ordenando a sus tropas que sitiaran la ciudad. Se estima que aquel golpe acabó con la vida de diez a cuarenta mil personas. En Siria, la masacre de Hama funcionaba como una historia aleccionadora, y la Ley de Emergencia había sido reforzada para acabar con la disidencia.

Mientras observaba horrorizada cómo los tanques entraban en su ciudad, Doaa no pudo evitar preguntarse si el presidente Bashar al Asad seguiría los pasos de su padre y mataría a cualquiera que se atreviese a desafiar su autoridad.

Mientras Doaa observaba lo que ocurría pegada al muro de la azotea, su padre estaba trabajando en la barbería y su madre, de visita en casa de unos familiares. Hamudi y las chicas se encontraban en la calle, jugando delante de casa, vigilados por la hermana mayor de Doaa, Ayat, que había ido a pasar la tarde allí con sus dos hijos. Todos ellos estaban en mitad del camino que recorrían los tanques y los hombres armados que se acercaban.

Doaa cruzó corriendo la azotea y bajó los escalones de dos en dos. Salió de golpe por la puerta principal para avisar a sus hermanos.

—¡Entrad, por el amor de Dios! —chilló—. ¡Os van a matar a todos!

Cogió a Hamudi del brazo y tiró de él hacia adentro. Sus hermanas la siguieron. Enfadada y confundida, Ayat cogió a sus dos pequeños e irrumpió en la casa tras los demás.

—¿Es que te has vuelto loca? —gritó—. ¿Qué tripa se te ha roto? ¿Qué pasa?

Doaa tiró de Ayat hacia la ventana que daba a la calle.

—¡Eso pasa! —exclamó mientras señalaba los tanques con el dedo—. ¡Nos van a masacrar!

Parecían todavía más amenazadores a medida que se iban acercando. Doaa veía las siluetas de los hombres vestidos de negro, con las caras tapadas con pasamontañas que escondían su identidad, de pie en lo alto de las escotillas de los soldados de artillería. Daba la impresión de que apuntaran directamente a la casa donde vivían Doaa y su familia.

Muerta de miedo, Doaa corrió al teléfono para llamar a su madre, pero no

obtuvo respuesta. Marcó el botón de rellamada una y otra vez, pero el teléfono solo sonaba y sonaba. Su padre no tenía móvil, y la barbería tampoco disponía de teléfono, así que Doaa siguió llamando a Hanaa, desesperada, con la mirada fija en el aparato, como si así pudiera hacer que ella respondiera.

Con los soldados marchando por la ciudad por un lado y los hijos de Ayat llorando por el otro, Doaa empezó a dejarse llevar por el pánico. «¿Dónde están mis padres? ¿Están a salvo? ¿Y si no vuelven a casa?», se preguntaba, aterrada. Se refugió con sus hermanos en la habitación del fondo, la más alejada de la calle, y se acurrucaron juntos. Doaa odiaba sentirse tan indefensa, pero no podía hacer nada para proteger a su familia de la amenaza que había al otro lado de la puerta.

De repente, tras lo que le parecieron años, su madre irrumpió en el piso. Aunque solo estaba a unos minutos, el taxi había tardado más de una hora en pasar por todos los controles militares para llevarla a casa. Parecía exhausta; su mirada, colmada de preocupación, fue de Ayat y sus nietos a Hamudi, Doaa, Saya y Nawara, para asegurarse de que todos estaban a salvo. Hamudi fue corriendo hacia ella, que se arrodilló para atraerlo contra su pecho. Las chicas la rodearon y la abrazaron todas a la vez.

—Parece el día del Juicio final ahí fuera. ¿Dónde está Shokri? —preguntó, sin aliento, mientras oteaba la habitación y reparaba en la ausencia de su marido.

La familia se temía lo peor. ¿Y si habían detenido a Shokri en medio de todo aquel caos y lo habían metido en la cárcel? Esperaron durante horas pegados a la ventana de la parte delantera de la casa, intentando que la vista les alcanzase tan lejos como fuese posible. Doaa trató de convencerse de que su padre solo se había retrasado en los controles militares, como le había pasado a su madre, pero la preocupación la consumía. Por fin, las chicas lo avistaron desde la ventana, encorvado y empujando su bicicleta a toda prisa hacia la casa. Su ropa, por lo general inmaculada, estaba arrugada y tenía el cabello oscuro empapado en sudor. Hanaa corrió a abrirle la puerta. Cuando entró, miró a su alrededor igual que había hecho su esposa y se sintió aliviado al ver que toda su familia estaba a salvo. Se reunieron a su alrededor y él les contó que había visto soldados en lugares estratégicos por toda la ciudad, preparados para atacar en cuanto se lo ordenaran. Miró a Ayat y a sus hijos.

—Es demasiado peligroso que te vayas a casa. Tendrás que pasar la noche aquí.

Cuando el cielo empezaba a oscurecerse, Doaa intentó encender una lámpara para alumbrar la habitación, pero no sucedió nada. Probó con otras dos, sin éxito, y se dio cuenta de que habían cortado la electricidad. Hanaa fue a la cocina a

preparar un poco de té, pero solo cayeron unas gotas de agua del caño: también habían cortado el agua corriente. Confundida, volvió al salón y se sentó a Hamudi en el regazo, mientras Doaa, Saya y Nawara miraban por la ventana. Observaron con aprensión que los soldados que había en la calle parecían estar instalándose para un largo tiempo, apoyados en los tanques que habían aparcado justo en su puerta. Poco a poco, la familia entera empezó a darse cuenta de que la situación sería más permanente de lo que habían pensado.

Shokri encendió una radio que funcionaba a pilas y sintonizó las noticias para informarse más.

«Daraa está bajo asedio —anunció el locutor—. Han enviado allí al ejército para erradicar a los terroristas que están intentando destruir el país».

Cuando comprendieron lo que aquella noticia significaba, la atmósfera de la casa familiar se ensombreció. Empezaron a preguntarse cómo afectaría esa situación a su vida cotidiana.

Más tarde, cuando todos se fueron a dormir, Doaa se quedó despierta, tumbada en la cama, incapaz de ignorar la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo terrible. Se quedó tan quieta como pudo, escuchando la respiración profunda de Saya y Nawara, que estaban a su lado, y el eco de las risas y los gritos de los soldados del exterior. Por fin se durmió, solo para que la despertara, a las 4.30 de la madrugada, el despertador que había puesto para la oración de la mañana. Alargó una mano hacia el reloj y justo cuando apretó el botón para parar la alarma, las pocas luces que había prendidas cuando habían cortado la electricidad se encendieron de repente. Debía de haber vuelto la luz justo cuando le había sonado el despertador. Doaa se sentó unos instantes en la cama, desorientada; mientras intentaba aclararse las ideas, oyó unos gritos y el sonido de unos disparos en la calle. Alertada por esos ruidos tan perturbadores, corrió hacia la ventana y vio que había gente corriendo y que los tanques se estaban moviendo. Ayat fue junto a ella, y pronto toda la familia estuvo allí reunida, observando horrorizada que las fuerzas de seguridad habían empezado a irrumpir con violencia en las casas de la gente. En la calle, arrestaban a hombres y niños, algunos de no más de once años; los obligaban a poner los brazos detrás de la espalda y a caminar con las cabezas gachas. Los soldados los metían en coches a empujones mientras les gritaban que eran terroristas.

Impactados por lo que habían visto, Doaa y su familia decidieron buscar consuelo en el Corán. Se obligaron a apartarse de las ventanas y se reunieron en el salón, donde intentaron leer juntos sus oraciones matinales. Se habían percatado de que aquel asedio no terminaría pronto.

Más tarde, aquella mañana, Hanaa empezó a planear cómo podrían

arreglarse con lo que tenía en la cocina: algunos pedazos de queso que habían sobrado, yogur y ensalada en la nevera, junto con algunas cosas que guardaba en la despensa: mermelada, pepinillos, aceitunas y algunas verduras enlatadas. Encontró un paquete de arroz, pero entonces recordó que no había agua con la que cocinarlo. Por si fuera poco, Ayat y sus hijos todavía no podían volver a casa, así que la poca comida de que disponían debería alcanzar para alimentar tres bocas más. Tras hacer inventario y evaluar la situación, Hanaa decidió enseguida que toda la familia tendría que conformarse con una modesta comida al día hasta que pudieran salir de casa para conseguir más viandas.

Cada vez que se sentaban a la mesa, Hanaa hacía lo posible para repartir lo poco con lo que contaban. Daban pequeños sorbitos de un único vaso de agua que compartían entre todos y que iban rellenando de las botellas de agua que les quedaban. Por las noches había cortes de electricidad y no podían ver la televisión, así que se sentaban a la luz de las velas y hacían turnos para leer el Corán. A menudo empezaban con el verso de Ayat al Kursi, el verso del trono, con el que le pedían a Alá que los protegiera durante la noche.

Cuando se gastaron todas las velas, empezaron a sentarse en la oscuridad y a escuchar en silencio y acurrucados el ruido de los disparos, las explosiones y los gritos. A veces incluso oían los impactos de las balas al rebotar contra las paredes de su casa. Cada noche se acostaban hambrientos, preguntándose cuánto tiempo más duraría su encierro.

Pasó una semana en la que su único contacto con el exterior tenía lugar cuando hombres armados, con uniformes y botas fangosas aporreaban y pateaban su puerta, exigiéndoles que les dejaran entrar a registrar la casa. Este ritual tan perturbador e intrusivo tenía lugar hasta tres veces al día. Cada vez que sucedía, Shokri se ponía de pie para dejarles entrar y se mostraba dispuesto a colaborar y obediente para proteger a su familia. A veces, los soldados los apuntaban con sus armas al entrar, uno por uno.

—Buscamos terroristas —informaban.

«Se refieren a mí», pensaba Doaa, al darse cuenta de que el Estado calificaba como terrorista a cualquiera que hubiese participado en una protesta. Estaba segura de que sabían que ella y sus hermanas habían salido a manifestarse y de que estaban intentando asustarlas para que confesaran.

En una ocasión, uno de los soldados miró a Doaa a los ojos y dijo:

—¿Queréis libertad, perros? Pues os vamos a dar libertad.

Y entonces, sus hombres y él empezaron a tirar las cosas de las estanterías, a tumbar libros y romper jarrones y otros objetos. Luego entraron en la cocina y derramaron su última y valiosa botella de aceite de oliva y arrojaron al suelo los

tarros de conservas de frutas y verduras. La familia de Doaa tuvo que limpiar todo el desastre, asustada, pensando en cómo iban a lograr sobrevivir ahora que casi ya no les quedaban provisiones.

En otra ocasión, durante un registro, los soldados le quitaron el móvil a Doaa y lo revisaron en busca de fotos o vídeos que la implicaran en las protestas. Ya la habían avisado de que podía verse comprometida si hacía fotos de las manifestaciones, así que había tenido el sentido común de no documentar su participación.

Un soldado incluso apuntó con su revólver a Hamudi, que entonces solo tenía seis años y que se aferró a su madre, temblando de miedo. A Hanaa le aterrorizaba que lo arrestaran, como habían hecho con otros niños. Lo protegió con sus brazos y rezó para que los soldados los dejasen en paz. Cuando por fin se fueron, Hanaa sintió un gran alivio. Sin embargo, el miedo a que se llevaran a algún miembro de la familia resurgía cada vez que les registraban la casa.

Un día, mientras Doaa cerraba la puerta después de que salieran unos soldados que acababan de efectuar un registro en la vivienda, otro grupo de militares la abrió de un empujón, exigiendo que les dejasen entrar. Uno de ellos le clavó el rifle en la barriga y la empujó hacia el suelo.

—¿Por qué nos cierras la puerta en las narices? —rugió, sin retirar el arma.

La joven se quedó inmóvil.

—Sus compañeros se acaban de ir —respondió, mirándolo—. Acaban de terminar un registro.

Tras unos segundos, bajó el arma y volvió su atención hacia Shokri.

—Llévame a vuestra azotea —ordenó.

Insistió en que toda la familia subiera las escaleras delante de ellos, para que si había rebeldes arriba tendiéndoles una emboscada les dispararan antes a ellos. Shokri iba primero, y el resto de la familia lo seguía. Doaa se volvió y fulminó con la mirada al soldado, que estaba detrás de su madre. La rabia crecía en su interior. Aquel era su hogar, su familia. ¿Qué derecho tenía aquel militar a darles órdenes y amenazarlos? No soportaba ver a su padre, un hombre tan orgulloso, obligado a obedecer a aquellos abusones; tuvo que morderse el interior de las mejillas para no insultarlos. Los soldados no tardaron en descubrir que en la azotea no había nada y Doaa suspiró aliviada cuando se marcharon, como había hecho el grupo anterior. Su familia había sobrevivido a una redada más.

Cada vez que registraban su casa, Shokri temía que los soldados secuestraran a sus hijas, así que pidió a Doaa y a sus hermanas que durmieran con las *abayas* puestas para que estuvieran totalmente tapadas por si había una redada en mitad de la noche, algo que ya empezaba a ser habitual. También les dio un cuchillo a

cada una para que pudieran protegerse.

—Apuñalad a cualquier hombre que se os acerque demasiado —les aconsejó, y les dijo que los escondieran debajo de las *abayas* durante los registros.

La noche después de que les diera aquellos cuchillos, Doaa reunió a sus hermanas para que sellaran un pacto.

—Si un soldado intenta violarnos —susurró para que sus padres no la oyeran — debemos estar preparadas para matarnos. No podemos vivir con esa vergüenza. El honor es lo único que nos queda.

Saya, de trece años, y Nawara, de diez, la cogieron de las manos y asintieron con expresión sombría.

No mucho después, unos soldados entraron en la casa para inspeccionar la habitación donde Doaa y su familia estaban sentados. Uno de ellos, que debía de tener poco más de veinte años y lucía una melena negra, larga y despeinada, miró a Doaa de una forma que a ella le pareció inapropiada. Ella se movió, incómoda bajo la mirada lasciva del militar. Pese a que Shokri les había indicado que se quedasen en silencio durante los registros y que no contrariasen a nadie, esta vez Doaa no se pudo contener. Lo fulminó con la mirada sin molestarse en esconder el desprecio y la ira que sentía.

—¿Por qué me miras así? —preguntó el soldado.

—Soy una persona libre —contestó ella con actitud desafiante y el rostro lívido de rabia—. Puedo hacer lo que me dé la gana.

Doaa sabía que la palabra «libre» lo haría saltar. Molesto, se abalanzó hacia ella y le ordenó que le mostrase una identificación.

—No tengo —admitió ella.

—¿Qué no tienes? ¿Cómo que no? ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Y por qué todavía no tienes carnet de identidad?

—Lo he intentado. Solicité uno en el Registro Civil, pero se negaron a expedir uno para mí.

El soldado se echó a reír al oír su respuesta.

—¿Y por qué no vas a una manifestación para quejarte de eso?

Doaa comprendió perfectamente que su participación en las protestas no era ningún secreto. Al darse cuenta de ello sintió que el corazón le daba un vuelco, pero no tenía intención de mostrar su miedo.

—Pues sí, quizá lo haga —contestó como si tal cosa.

El soldado levantó el rifle a modo de advertencia con un brillo de ira en los ojos.

—No me contestes —ordenó.

Toda la familia se quedó paralizada de miedo, esperando el estallido de ira del soldado, pero tras fulminar a Doaa con la mirada unos segundos, por fin bajó su rifle, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, mascullando:

—Más vale que te controles, porque nosotros te estamos controlando a ti, no lo olvides.

Cuando la puerta se cerró de un portazo tras él, Hanaa se enfureció.

—¡Que no se te ocurra volver a hablar así a los soldados! ¡Te estás poniendo en peligro!

—¡Nos estás poniendo a todos en peligro! —le espetó Shokri, furioso, mientras se ponía de pie y se le acercaba—. De ahora en adelante, cada vez que entren te quedarás en silencio —ordenó.

Doaa estaba demasiado afectada y furiosa para responder. Ni siquiera se molestó en asentir para indicar que lo había entendido. Se limitó a agachar la cabeza y a mirar al suelo con rebeldía. En el fondo, se alegraba de haber desafiado al militar, pero era muy consciente de que jamás podía admitir tal cosa ante su familia. Sin embargo, más tarde, ese mismo día, se sintió orgullosa, pues sus hermanas le dijeron en susurros que respetaban su valentía y expresaron su asombro ante la persona en que su tímida hermana se había convertido.

La mañana del 5 de mayo, once días después de que empezase el asedio, Hanaa miraba la despensa vacía, desesperada: no sabía cómo alimentar a su familia. De repente, oyó una voz amplificada al otro lado de la ventana. No se atrevió a abrirla, puesto que iba contra las normas del asedio, pero toda la familia se acercó al cristal para escuchar el anuncio del coche de policía que pasaba por el barrio.

«Hoy hay toque de queda. Deberán permanecer en sus casas desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde. De la una a las dos de la tarde, las mujeres tienen permiso para salir de casa a comprar comida. Todas las mujeres que salgan serán cacheadas. El toque de queda se reanudará a las dos».

Habían levantado el asedio, si bien solo durante un breve espacio de tiempo.

Hanaa suspiró aliviada. Solo pensaba en los alimentos que por fin podría llevar a casa para su hambrienta familia. Sin embargo, Shokri estaba furioso. En el Islam, tocar a las mujeres se considera inaceptable, y pensaba que la orden de cachearlas era una provocación para los hombres de Daraa, un intento desesperado del Gobierno para controlar a la población.

—No dejaré que te pongan jamás una sola mano encima, no mientras yo viva —sentenció, incrédulo.

No quería dejar salir a Hanaa, pero ella se mostró inflexible: sus hijos estaban cada día más flacos, y los pequeños de Ayat lloraban de hambre sin parar.

—Tenemos que alimentar a nuestra familia. ¡No nos queda nada en casa! —rogó Hanaa con suavidad, mirando a su marido a los ojos—. Si para ello he de sufrir la humillación de que me cacheen, lo haré.

Shokri miró a su alrededor, a su debilitada familia, y accedió a regañadientes.

Cuando Hanaa por fin puso un pie fuera de casa descubrió que el barrio estaba atestado de soldados, tanques y armas. A unos cientos de metros de su casa había un grupo de más de cien militares, sentados en largas mesas repletas de comida. Se dio cuenta de que mientras su familia y los demás ciudadanos de Daraa se morían de hambre, los soldados se estaban dado un festín justo al otro lado de sus puertas.

Hanaa, insegura, empezó a cruzar la calle en dirección a la panadería. No había dado más que unos pasos y ya sentía el peso de las miradas de los soldados, que la vigilaban. De repente, sintió que todos los militares que había en la zona la estaban observando a ella. Se sentía incapaz de seguir adelante, aterrorizada ante la posibilidad de que la cachearan. Temblando, decidió volver a la seguridad de su hogar y se apresuró a entrar.

Unos momentos después llamaron a la puerta. Shokri la abrió una rendija, vacilante.

—¿Quién es la mujer que acaba de salir de esta casa? —preguntó un hombre —. Quiero hablar con ella.

Shokri llamó a Hanaa, que acudió a la puerta y se encontró a un general del ejército alto y de aspecto severo. Estaba de pie, con la ametralladora sujeta en un costado.

—Era yo, general. Quería comprar pan para mi familia.

—Si es así, ¿por qué ha dado media vuelta de repente?

—Me he asustado, general. —Hanaa mantenía la mirada gacha como muestra de respeto—. Había demasiados hombres en la calle.

Mientras la escuchaba, en los ojos del general brilló un destello de empatía.

—Insisto en que salga a comprar comida para su familia —dijo, con voz más amable—. Pero debe ir ahora, cuando no haya francotiradores. Nunca están entre el mediodía y las cuatro de la tarde.

Hanaa y Shokri no podían creer que aquel hombre los estuviera ayudando.

—Gracias, general, gracias. *Alah ma'ak* (Que Dios le acompañe) —respondió Hanaa.

Cogió su bolsa de la compra y salió tras el militar. Él volvió con su grupo de soldados, pero observó cómo Hanaa entraba en la tienda y volvía a salir con las seis hogazas de pan que le correspondían. Cuando pasó junto a él al volver a

casa, le preguntó con amabilidad:

—¿La ha molestado alguien? —Ella negó con la cabeza sin alzar la vista—. Bien —continuó él—. Ahora debería volver a casa.

Hanaa le obedeció rápidamente. Ya en su cocina, mientras sacaba el pan y el resto de la familia se reunía para un humilde festín, observó:

—Todavía queda algo de humanidad.

Con el paso del tiempo, la familia de Doaa fue descubriendo que muchos jóvenes soldados no tenían la intención de hacerles daño. Había cuatro en especial —Ali, guapo y de complexión oscura; Bahaar, de ojos verdes; Nero, bajito y aniñado; y Abdulaziz, muy alto— que estaban apostados frente a su casa y siempre eran amables con toda la familia. Ali era el más agradable de todos: a menudo, cuando estaba de servicio, le daba a Hanaa una hogaza de pan y unos tomates con una tímida sonrisa. Cuando les tocaba a ellos registrarles la casa, lo hacían sin mucho ahínco: solían pasar rápidamente por las habitaciones, no tocaban las estanterías ni abrían los cajones. A veces se quedaban un rato en la casa para cargar sus teléfonos móviles y charlar sobre las noticias del día, o para jugar con los pequeños de Ayat. En un par de ocasiones incluso le dieron a Shokri dinero para comprar comida. Doaa y sus hermanas se sentían, de algún modo, protegidas por ellos, y no se aferraban a sus cuchillos del mismo modo que cuando eran otros militares los que entraban en su casa. Doaa se daba perfecta cuenta de que aquellos jóvenes y amables soldados no querían estar allí, del mismo modo que su familia tampoco quería que estuvieran.

Un día llamaron a la puerta con desesperación. Doaa fue a abrir, preparada para enfrentarse a una redada más, pero se sorprendió al encontrar al otro lado a un joven de poco más de veinte años temblando de miedo. Llevaba una pistola y la cara tapada con una kufiya, un pañuelo de cuadros blancos y negros.

—¡Ayúdame! —suplicó—. Estoy con el ELS y el régimen me persigue. ¡Estos soldados van a matarme!

Doaa ya había oído que muchos hombres que habían participado en las manifestaciones se habían unido para formar un grupo de oposición armada al Gobierno al que habían llamado Ejército Libre Sirio.

—Entra —respondió Doaa de inmediato, mientras miraba a un lado y a otro de la calle.

No podía dejarlo en la calle para que lo mataran, pero tampoco podía permitir que la descubrieran refugiando a un soldado del ELS, así que pensó rápidamente en un plan para esconderlo. Saya y ella sacaron cuatro cajas de cartón y le pidieron al joven que se sentara en una esquina de una habitación que estaba repleta de colchones y mesitas. Colocaron las cajas a su alrededor y las

taparon con una manta para que parecieran una silla. Tenía un aspecto un poco tosco y desmañado, pero pensaron que, si quienes se encargaban del siguiente registro eran los soldados amables, podía funcionar.

Una hora después oyeron la indefectible llamada a la puerta. Para su alivio, era Ali quien estaba al otro lado, pero le sobrevino el pánico cuando, justo detrás de él, vio a un oficial al que no conocían.

Los soldados entraron y tras echar un rápido vistazo a la habitación, Ali anunció:

—Aquí no hay nadie.

Doaa estaba segura de que la nueva «silla» no se le había pasado por alto, pero no dijo nada. Contuvo el aliento, esperando a que los soldados se marchasen, pero entonces el que no conocía le pidió a Ali que los llevase a la azotea. Marcharon por las escaleras mientras la familia de Doaa esperaba en la planta baja. Volvieron tras unos minutos, satisfechos con su registro, y por fin se marcharon. Cuando la puerta se cerró, Doaa y Saya apartaron las mantas y desmontaron la silla. El joven, que estaba de cuclillas, se levantó. Hanaa le trajo un vaso de agua y él le besó la mano cuando se acercó a ella para cogerlo.

—Gracias. ¡Me han salvado la vida! —dijo a toda la familia.

Tras una rápida despedida, subió a la azotea y escapó por un lado del edificio.

Mientras lo observaba huir, Doaa se sintió henchida de una sensación de triunfo y satisfacción. Tras semanas de agachar la cabeza ante los soldados y de sentirse impotente, había conseguido una pequeña victoria contra los hombres que habían ocupado su hogar. Empezó a preguntarse qué más podía hacer.

Tras once días de asedio y por primera vez desde que había empezado la revuelta, la agencia de noticias del estado, SANA, anunció que el Gobierno había concluido su misión de echar a «elementos de grupos terroristas» y había restablecido «la seguridad, la paz y la estabilidad en Daraa». El general Riad Hadad, el director de la división política del ejército, anunció que retirarían sus seis mil tropas en varias fases y que la ciudad volvería a la normalidad. Sin embargo, durante aquellos once días en los que Doaa y su familia habían permanecido encerrados en casa, el mundo había reparado en su situación y las noticias habían empezado a dar detalles sobre las más de doscientas muertes y las mil detenciones que se habían producido durante el asedio. Según los medios estatales sirios, también habían muerto unos ochenta soldados. Cuando las noticias llegaron al resto del mundo, la secretaria de Estado de los Estados Unidos, Hillary Clinton, advirtió al Gobierno de Siria de que aquella «brutal represión tendría consecuencias», y los líderes europeos empezaron a hablar de la

posibilidad de imponer sanciones. Grupos de derechos humanos informaron de que al menos seiscientas personas habían muerto en Siria durante las siete semanas que habían pasado desde que había empezado la represión contra los manifestantes, y otras ocho mil habían sido encarceladas o habían desaparecido.

Doaa se dio cuenta, aliviada, de que los tanques aparcados junto a su casa empezaban a abandonar sus posiciones, y de que el número de soldados armados que patrullaban las calles era menor. Pese a todo, era evidente que las cosas estaban lejos de haber vuelto a la normalidad. En las calles seguían tirados cadáveres en descomposición de los manifestantes, sin que nadie los recogiera, y el hedor a carne podrida flotaba en el aire. Y, además de la muerte, también había destrucción. Las chicas no habían ido a la escuela desde el comienzo del asedio, y estaban ansiosas por volver a ver a sus amigas y reanudar sus estudios. Sin embargo, la escuela continuó cerrada y la carretera que antaño recorrían para llegar estaba ahora bordeada de edificios llenos de disparos, algunos de ellos abandonados, con puertas abiertas que dejaban al descubierto espacios que en otro tiempo habían sido íntimos, donde en el pasado se habían vivido vidas.

Pese a todo, Shokri estaba ansioso por volver al trabajo: durante el asedio se les había acabado todo el dinero. Sin embargo, cada día, cuando se iba a su barbería, su familia se preguntaba si volvería vivo. Habían oído historias de crueles francotiradores del Gobierno que parecían considerar un juego el hecho de disparar a personas, fuera cual fuese la edad o el género de la víctima. Cuando la gente salía de casa para recoger los cuerpos de los muertos que habían dejado en las calles, también a ellos les disparaban. Nadie estaba a salvo de aquella locura. Hanaa le pidió a Shokri que tuviera cuidado y le recordó que ella misma había visto cómo mataban a un hombre de un disparo al salir de la mezquita. También habían visto un vídeo de una mujer embarazada, muerta, tirada en la calle con un disparo en la barriga.

Asustado, pero decidido a mantener a su familia, cada día Shokri pasaba por todos los controles militares con su bicicleta y abría la barbería. Sin embargo, la mayoría de sus clientes tenían demasiado miedo como para ir. Su negocio estaba en el corazón del barrio de Al Saraya, el centro de operaciones del régimen en el casco viejo, que se había convertido en el objetivo de la oposición, que ahora ya estaba armada. Sentado en su barbería, Shokri contemplaba las batallas entre las fuerzas del Gobierno y las de la oposición, que se producían alrededor del juzgado y otros edificios gubernamentales.

—¿La ciudad está en guerra y pretendes que la gente venga a cortarse el pelo? ¿Estás loco? —le preguntaban sus vecinos.

Sin embargo, Shokri estaba seguro de que algunos de sus clientes vendrían

para su afeitado y corte habituales, y necesitaba el trabajo desesperadamente para poder alimentar a su familia.

—Moriré cuando lo decida Dios —contestaba él.

Una tarde, a finales de junio, Shokri oyó unos tiros mientras le cortaba el pelo a un cliente. Se alejó de él un instante para asomarse y vio a un grupo de hombres que huía de los disparos.

—Ya estamos otra vez —comentó, y volvió junto al hombre para seguir con su tarea. Para entonces, Shokri ya se había acostumbrado a las detonaciones y se enorgullecía de seguir trabajando pese a los disturbios que había a su alrededor.

—Un día más en la revolución —contestó el cliente, hastiado—. Pero necesitaba un corte de pelo de todos modos, hacía meses del último. Que Dios los maldiga a todos ellos.

De repente, ambos hombres oyeron un estruendo. En el reflejo del espejo vieron un vehículo enorme que se acercaba, despacio pero directo hacia la barbería. Daba la impresión de que estaba a punto de atropellarlos. El cliente saltó del sillón, chillando de terror, se quitó la toalla que llevaba alrededor del cuello y la tiró al suelo.

—¡No he terminado de cortarle el pelo! —suplicó Shokri para tratar de tranquilizarlo.

Sin embargo, el hombre dobló la esquina corriendo y desapareció con el pelo a medio cortar. Inmediatamente después, el tanque giró hacia el centro de la plaza.

Mientras tanto, Doaa estaba aprendiendo a evaluar el estado de la ciudad según el número de casquillos de bala que encontraba en su calle cada mañana. Ya no participaba en las manifestaciones, que una vez concluido el asedio habían vuelto a celebrarse, aunque eran más pequeñas y habían dejado de ser pacíficas. El ambiente festivo había desaparecido, reemplazado por la ira y la desesperación. Doaa sabía que su padre jamás le daría permiso para volver.

Cuando la mayoría de los tanques y los militares se hubieron marchado de la ciudad, surgió una nueva amenaza: las bombas. Doaa y su familia iniciaron un extraño ritual: en las noches de verano se sentaban en la calle, junto a su casa, y observaban cómo otros barrios de la ciudad se encendían con la caída de los misiles. Contaban cuánto tiempo tardaban las bombas en aterrizar y adivinaban qué clase de destrucción habrían provocado según las nubes en forma de hongo que de ellas surgieran. Los sonidos de la artillería pesada y las explosiones sustituyeron al canto de los pájaros.

—*Alhamdulilah* (Gracias a Dios), no ha caído aquí —se decían.

Se sentían culpables por lo mucho que la guerra los había endurecido. A

veces observaban cómo el Ejército Libre Sirio disparaba una granada propulsada por cohete, y todos vitoreaban con la esperanza de que alcanzara su objetivo.

Durante aquellos días, lo único que Doaa y sus hermanas tenían permiso para hacer era cruzar la calle para comprar comida en el supermercado o pan en la panadería. Sin embargo, los precios casi se habían doblado y la comida de buena calidad era todavía más cara.

Un día que se les había terminado el pan, Doaa, Saya y Nawara salieron para intentar comprar. De camino a la panadería, los soldados les gritaron:

—¿Adónde vais? ¡Volved a casa!

—Solo vamos a comprar pan —contestó Doaa.

Pero los soldados seguían insistiendo en que debían volver. Las muchachas se pararon en medio de la calle y formaron un corro.

—¿Qué hacemos, damos media vuelta? —susurraron.

Tenían tanta hambre que les dolía el estómago. Pese al miedo que les daba desobedecer a los soldados, no podían soportar la idea de estar un día más sin comer. Tras un apresurado debate, decidieron fingir que volvían a casa. Habían oído que en un campo de refugiados palestinos que había en un barrio a unos treinta minutos de allí se podía encontrar comida y decidieron probar suerte allí, así que doblaron la calle en aquella dirección. Cuando les faltaban unos doscientos metros para llegar al campo, los soldados las descubrieron de nuevo. Furiosos porque les hubieran desobedecido, empezaron a gritarles:

—¡Volved, perras!

Ese comentario hizo estallar a Doaa. Sus hermanas y ella no estaban protestando ni amenazándolos, solo estaban tratando de evitar que su familia se muriese de hambre, y aquellos soldados se lo estaban impidiendo sin ninguna razón, solo porque eran unos abusones. Sin darse la vuelta, les gritó:

—¡Tenemos que comer! ¡Nos estáis matando de hambre!

—¡Solo queremos comida! —añadió Saya.

Antes de que los soldados respondieran, las chicas oyeron unos tiros que iban en dirección a ellas y el sonido de un tanque al desplazarse en su misma dirección. No sabían si se habían convertido en el objetivo de los francotiradores por haber desobedecido las órdenes de los soldados o si de repente se habían visto en medio de fuego cruzado. Se tiraron al suelo de inmediato, golpeándose contra el asfalto. Doaa presionó la cara contra el suelo, sintió que se le vaciaban los pulmones de aire y oyó las balas que pasaban zumbando sobre ella como abejas furiosas. Nawara sintió la punzada de dolor que le provocó una que le pasó rozando la espalda. Si hubiera pasado medio centímetro más abajo podría haberla matado.

En cuanto los disparos pararon, Doaa y Saya ayudaron a Nawara a levantarse y corrieron por las calles laterales hasta el campo, donde se escondieron en los callejones hasta que sintieron que era seguro volver a casa. Renunciaron a conseguir comida, puesto que el miedo a que les dispararan era mayor que el hambre. Para cuando ya estaban cerca de casa, las tres estaban pálidas y temblorosas, conscientes de lo cerca que habían estado de la muerte. Nawara tenía una quemadura en la camiseta, donde la bala la había rozado. Ali estaba patrullando alrededor de su casa y sus compañeros y él se dieron cuenta de inmediato de que las chicas estaban disgustadas. Con el rostro apuesto y amable arrugado de preocupación, les preguntó qué había sucedido. Saya y Nawara corrieron al interior de la casa, a los brazos de su madre, pero Doaa se detuvo para contarle que no habían conseguido nada de comida porque les habían disparado; se sentía un fracaso por volver a casa con las manos vacías. Una hora después, Ali llamó a la puerta y le dio a Hanaa una hogaza de pan y una bolsa de plástico llena de tomates maduros. Hanaa aceptó el regalo, agradecida, y entró corriendo para preparar la cena para su familia y reconfortar a sus asustadas hijas.

Ahora que habían levantado el asedio y que las protestas continuaban, Doaa empezó a pasar mucho tiempo en la azotea para enterarse de lo que sucedía en la calle. Si no podía participar en persona en las manifestaciones, tendría que conformarse con eso.

Ella y sus hermanas se unían a los cánticos de «*Alahu Akbar*» (Dios es grande) y luego «¿Cómo podéis matar a vuestros propios hijos?» y «¡Libertad!». Gritar desde la azotea era una forma de participar. Doaa sabía que debían tener cuidado de que no las vieran: estar en la terraza las convertía en un objetivo de los francotiradores que tal vez estuvieran vigilando a la multitud desde lo alto. Cada vez que un soldado miraba hacia ellas le daba un vuelco el corazón. Sin embargo, pese al miedo que sentía, estar allí arriba y poder ver a los manifestantes y corear con ellos la hacía sentirse vinculada a la oposición.

Un día, cuando estaba, como de costumbre, inclinada sobre el borde de la azotea entonando las consignas con los manifestantes, la vio un soldado que estaba en un edificio cercano, apostado para observar a la multitud y disparar a las calles de vez en cuando.

—¡Abajo, *irhabiya* (terrorista)! —le gritó. Cuando Doaa no se movió, la amenazó—: ¡Entra o te disparo!

En aquella ocasión, Doaa se sintió envalentonada por su propio miedo.

—¡El terrorista eres tú! —le gritó—. ¡Eres tú quien está matando gente! ¡Te he visto!

El hombre levantó su rifle y apuntó a Doaa. Enseguida se dio cuenta, horrorizada, de que aquel soldado tenía intención de dispararle. Corrió hacia la puerta y mientras lo hacía sintió una ráfaga de aire: una bala le pasó junto a la oreja y rebotó contra la puerta de hierro que tenía delante, donde dejó una hendidura, y luego cayó al suelo. Un centímetro más cerca y la habría matado.

Abrió la puerta de golpe y corrió hacia la seguridad de su hogar. Mientras recuperaba el resuello, se sorprendió al darse cuenta de que pese a que la bala casi la había rozado, no estaba asustada. Se preguntó si se estaría haciendo inmune al miedo. Cada día se enteraba de que las fuerzas del Gobierno habían matado a gente que conocía, pero de algún modo, en aquel momento, tuvo la intuición de que su hora todavía no había llegado. Sintió que su destino estaba en manos de Dios, y que la mejor forma de servirle era hacer lo que ella creía correcto y seguir las instrucciones que recibía en sus oraciones. Doaa no quería que el miedo la venciera ni a ella ni a su familia, y estaba decidida a seguir viviendo de aquel modo.

Durante el otoño y un largo invierno de violencia y escasez de comida, agua y electricidad, los Al Zamel, como todas las familias, hicieron todo lo posible para sobrevivir en una ciudad que se había convertido en una zona de guerra. Shokri traía a casa el dinero justo para comprar comida, y las familias y los vecinos hacían todo lo que estaba en su mano para ayudarse los unos a los otros.

Entonces, un día de junio de 2012, cuando Shokri llegó a su barbería, descubrió que le habían caído encima dos misiles que habían reducido el fondo del establecimiento a escombros. Durante treinta años, la barbería Al Fananin había sido su fuente de ingresos y una parte de su identidad, y ahora de ella no quedaban más que ruinas.

Evaluó los daños, barrió los pedazos rotos de espejo y limpió los restos de las sillas destrozadas. Sacó sus tijeras y sus cepillos, les limpió el polvo meticulosamente y luego los colocó con cuidado en la estantería medio rota. Después barrió los pedazos del techo hacia los extremos de la barbería, trasladó al centro la única silla que quedaba entera y esperó todo el día a que entrase algún cliente. No acudió nadie.

Esa noche, cuando llegó a casa, Doaa notó un cambio en él. Tenía los hombros encorvados y el rostro inexpresivo y, de algún modo, parecía más pequeño de lo habitual.

—*Baba*, ¿qué tienes? ¿Qué ha pasado?

—La barbería... —fue lo único que acertó a decir.

Su familia trató de consolarlo; le dijeron que estaban aliviadas de tenerlo todo el día en casa para no tener que preocuparse todo el tiempo por si estaba

sano y salvo, pero a él no le reconfortaron sus palabras. Perder su barbería destruyó su espíritu. Se pasó el resto del día sentado en el mismo sitio, en un rincón de la casa, fumándose un cigarro detrás de otro. Solo hablaba cuando alguien le hacía una pregunta. Doaa tenía la sensación de que, para él, perder su modo de ganarse la vida era como perder su hombría, y deseaba fervientemente encontrar la forma de ayudarlo. Sin embargo, lo único que podía hacer era intentar animarlo.

—Pronto terminará, *baba*, debemos ser pacientes.

El negocio de Shokri no era el único que habían destruido. La famosa tienda de *blaklava* que el marido de Ayat tenía al final de la calle también se había derrumbado tras la caída de una bomba. Ese día él había llegado tarde a trabajar, minutos después de que hubieran lanzado el misil.

—Dios me ha salvado —le dijo a su familia. Unos días después, otra bomba destruyó su coche—. Era todo lo que tenía —se lamentó.

Luego le confesó a Ayat que planeaba marcharse al Líbano, donde vivía su hermano. Él lo ayudaría a encontrar trabajo y entonces podría enviar dinero para ella y sus hijos. El marido de Ayat no tenía ningún interés en tomar parte en la lucha armada por ninguno de los bandos. Solo quería seguir ganándose la vida para mantener a su familia, así que pasó a engrosar el grupo de sirios que pagaban sobornos en los puestos de control para lograr salir del país e ir al país vecino, el Líbano, y esperar a que la guerra terminara. Ayat y los niños no tardarían en seguirlo, tras pagar a un traficante de personas para que los llevase a la frontera y decir a los soldados de los controles que encontrasen en el camino que iban a visitar a unos parientes.

Cada vez más gente se iba de Daraa, aunque a Doaa jamás se le había pasado por la cabeza la idea de huir de su hogar. Estaba convencida de que el levantamiento terminaría pronto y de que podrían empezar de nuevo, reanudar sus vidas. Sentía que la gente que huía estaba abandonando una causa más importante que la de seguir con vida, y no se imaginaba jamás escapando del hogar que tanto amaba.

Sin embargo, cada día en Daraa se había convertido en una lotería en la que todos se jugaban la vida y la muerte. Las tensiones de la supervivencia habían empezado a hacer mella en la familia entera. Las chicas sufrían de insomnio y ataques de ansiedad, y siempre estaban con el alma en vilo, nerviosas y riñendo por tonterías. Hamudi se echaba a llorar cada vez que oía un ruido, y los sonidos de las bombas lo ponían histérico. Estaba siempre pegado a las faldas de Hanaa y la seguía por toda la casa, temeroso de perderla de vista.

Doaa también había empezado a sentir los efectos físicos del estrés. Había

perdido el apetito y estaba extremadamente delgada; Hanaa sospechaba que tenía anemia. Le habían empezado a salir orzuelos y una mañana, al despertar, descubrió que tenía el párpado totalmente hinchado.

—Tenemos que ir al médico ahora mismo, *hayati* —decidió Hanaa cuando la vio—. Tienes el ojo infectado.

Sin embargo, ir a la clínica era peligroso: tendrían que cruzar zonas de batalla para llegar y tardarían al menos una hora. Pero, pese al riesgo, Hanaa llamó para pedir cita para ese mismo día y buscó un taxi que las llevara. Había fuerzas de seguridad en todas las esquinas, y solo unos pocos civiles habían salido a la calle. Hanaa y Doaa entraron corriendo a la clínica al llegar.

El médico, que era un paciente lejano, echó un vistazo al ojo de Doaa y dijo que tenía que drenarlo de inmediato. Hanaa le explicó que no tenían dinero y no podían permitirse las quinientas libras que valía la operación.

—No te preocupes, querida, lo haré gratis. Al fin y al cabo, somos familia —repuso el médico, y sonrió a Doaa—. Además, no quiero que pierdas ese ojo tan bonito.

Doaa se agarró con fuerza de la mano de su madre; estaba demasiado nerviosa por el procedimiento como para devolverle la sonrisa.

Al ver la enorme aguja que el médico tenía que usar para inyectarle la anestesia en el ojo, y la hoja con la que tenía que operarle el orzuelo, rompió a llorar. El médico la tranquilizó y le indicó que cerrase los ojos y fingiera estar dormida. Doaa obedeció y él se puso a trabajar. Le inyectó la anestesia en el orzuelo y le tapó el ojo con una venda. Después le dio una receta para un antibiótico y dijo a Doaa y a su madre que ya podían marcharse, pero que tendrían que volver al cabo de una semana.

La operación no había durado más de una hora, pero en aquel lapso de tiempo había estallado una batalla en las calles. No había ningún taxi a la vista para llevarlas a casa, y Doaa empezaba a sentirse mareada después de la intervención. La hermana de Hanaa vivía a unos quince minutos a pie, así que esta la telefoneó para avisarla de que iban hacia allí y se pusieron en marcha. Lo único que Doaa quería era sentarse en la acera y esconder la cabeza entre los brazos. Se sentía débil e indefensa, y para poder andar tenía que apoyarse en el hombro de su madre y cogerla de la mano. Por el camino, se les acercó un coche lleno de hombres que parecían funcionarios del Gobierno y disminuyó la velocidad.

—¿Adónde vas, preciosa? —le dijeron a Doaa, asomándose por la ventanilla —. ¿Qué te ha pasado en ese ojo tan bonito?

Hanaa estrechó la mano de su hija y susurró:

—No contestes, *habibti*. No levantes la vista.

Doaa, con la boca seca del miedo y todavía débil de la operación y la anestesia, obedeció a su madre.

—Eh, contestad cuando os hablamos —gritó uno de los hombres—. No contestar es de mala educación.

Hanaa y Doaa siguieron mudas, aterrorizadas de que cualquier gesto que hicieran no sirviera más que para alentarlos. La casa de la tía de Doaa estaba al otro lado de la calle, pero los hombres estaban perdiendo la paciencia con ellas y empezaban a mostrarse realmente furiosos.

—Eh, zorra —gritó—. Ya te lo he dicho, contéstame cuando te hablo.

Los demás hombres se rieron. Era evidente que aquello se había convertido en un juego para ellos.

Doaa miró a su alrededor en busca de ayuda, pero en la calle no había nadie más, así que siguieron caminando, seguidas de cerca por el coche. Cuando estaban a unos pasos de la casa de su tía, oyeron que se abría la puerta del vehículo. Los hombres estaban bajando del coche. El juego había llegado a su fin e iban a por ellas.

Ambas se dieron cuenta de que tenían que huir, así que echaron a correr hacia la casa.

—¡*Ujti* (hermana)! —gritó Hanaa mientras aporreaba la puerta—. ¡Abre, están intentando secuestrar a Doaa!

En unos segundos, Imán, la tía de Doaa, abrió la puerta y tiró de ellas hacia dentro.

—Estaba rezando porque llegarais sanas y salvas —les dijo mientras cerraba de un portazo.

Doaa estaba blanca del miedo y Hanaa temía que se desmayase. La llevó hacia la silla más cercana e Imán corrió a la ventana para ver si el coche seguía allí.

—Estás a salvo, ya se van —les aseguró.

—Ahora descansa —dijo Hanaa para tranquilizar a Doaa—. El toque de queda está a punto de empezar. Aquí estamos a salvo.

—No sabéis lo afortunadas que sois —intervino Imán—. Justo ayer los vi llevarse a unas chicas a ese parque que hay al otro lado de la calle. ¡Están torturando a gente! Todas las noches oigo gritos que vienen de allí.

Al oírla, la imaginación de Doaa se disparó. Si se la hubiesen llevado, habría usado su cuchillo para acabar con su vida. Jamás soportaría la humillación de lo que aquellos hombres tuvieran pensado hacerle.

Pero Doaa estaba a salvo, de momento, aunque su calvario aún no había

terminado.

Cuando anocheció, Hanaa y Doaa decidieron volver a casa. Que las atraparan incumpliendo el toque de queda era peligroso, pero era urgente que comprasen los antibióticos para el ojo de Doaa, ya que si no corrían el riesgo de que se infectase de nuevo. Decidieron jugársela y volver a casa por un camino alternativo. Imán les puso un poco de comida en una bolsa y les dio quinientas libras a cada una. Salieron con cautela, rodeadas de oscuridad.

Durante el camino de vuelta encontraron una pequeña farmacia que todavía tenía la luz encendida. Doaa entró detrás de su madre dando tropiezos y cogieron a la farmacéutica desprevenida. Se quedó perpleja al verlas a esas horas.

—Es peligroso estar en la calle ahora. ¿Qué hacen?

—Necesitamos medicamentos. Acaban de operar a mi hija —le contestó Hanaa.

Al ver el ojo de Doaa, la farmacéutica cogió enseguida la receta. A cada minuto que pasaba, Doaa se sentía más mareada. No estaba segura de poder seguir manteniéndose en pie, y luchaba contra las lágrimas de ira y frustración.

La farmacéutica les dio el medicamento y las apremió:

—Váyanse rápido. Acaban de matar a un hombre ahí fuera. He oído los tiros y cómo después tiraban el cuerpo al contenedor.

Aterrorizada, Hanaa sacó el dinero para pagar e irse de inmediato, pero la mujer lo rechazó.

—*Alah ma'aku* (que Dios esté contigo) —se despidió—. Caminen con la cabeza gacha y no miren al lado, donde está el contenedor.

Sin embargo, no pudieron evitar echar un vistazo. De la rendija del contenedor goteaba sangre. Doaa se sintió enferma al darse cuenta de lo que acababa de suceder, pero siguieron adelante. Un poco después, oyeron el sonido de un coche que se acercaba, así que se escondieron corriendo entre las sombras del edificio más cercano. Esperaron y vieron a un grupo de hombres salir del vehículo, abrir el maletero y arrastrar otro cuerpo para tirarlo en el contenedor.

—Dispárale otra vez para asegurarnos de que esté muerto —oyeron decir a uno de ellos, y entonces los tiros resonaron en la noche. Los hombres entraron de nuevo en el coche y se marcharon.

Doaa y su madre salieron de las sombras y continuaron su camino hacia casa.

—Mamá —se quejó Doaa de repente, mareada—. No puedo caminar. Me voy a desmayar.

Hanaa sostuvo a su hija.

—*Hayati*, tienes que seguir. Iremos despacio, yo te ayudaré.

Doaa hizo acopio de todas sus fuerzas y siguió a su madre. Pasaron una hora

arrastrándose por las paredes, tratando de camuflarse con los edificios. Cuando por fin vislumbraron las luces de su casa, Doaa creyó que se iba a desmayar de alivio y Hanaa rezó una oración para dar gracias. Jamás habían pasado más miedo que ese día.

Esa noche, mientras sus hijos dormían, Hanaa y Shokri decidieron que era hora de abandonar Siria. Era una ingenuidad creer que sus vidas volverían a la normalidad, y eran conscientes de lo cerca que habían estado de perder a Doaa ese día. Shokri ya se había quedado sin su forma de ganarse la vida, y temía que le quitaran a sus hijas fuera solo cuestión de tiempo. Su barrio estaba cada día más vacío. Todos los hombres en edad de luchar habían desaparecido bien para unirse al Ejército Libre Sirio, bien porque los habían detenido o asesinado.

A la mañana siguiente, Shokri descolgó el teléfono para llamar a la única persona que conocía con los contactos y los medios económicos para ayudarles: su cuñado, Islam, que vivía en Abu Dabi. Cuando este contestó al teléfono, Shokri le dijo:

—Nos vamos. Ayúdanos a llegar a Egipto.

Cuatro

La vida como refugiada

Doaa se arrodilló en el asiento trasero del coche. Miró por la ventana trasera y vio, a través de las lágrimas, cómo su país se desdibujaba en la distancia. Saya, Nawara, Hamudi y ella viajaban apelotonados, lo que dificultaba que pudiera respirar profundamente. Sus padres compartían el asiento de delante con Jaled, un amigo de su padre que los iba a sacar del país, que miraba al frente. De vez en cuando, oía algún disparo lejano al otro lado de la ventanilla. Comprendió, mientras su desesperanza iba en aumento, que aquello no sería un corto viaje familiar. A medida que asimilaba que su partida era real y que quizá duraría para siempre, sollozaba cada vez más.

Ella no quería marcharse. Se había prometido que no abandonaría jamás la revolución, y le había suplicado a su padre que le diera permiso para quedarse:

—Marcharme de Siria sería como arrebatarme el alma —le había dicho con voz temblorosa.

—Soy tu padre y tengo que encargarme de que tu alma siga con vida —había contestado él.

La noche anterior a su partida solo los habían avisado con unas pocas horas de antelación. Habían tenido que decir adiós a sus amigos en un santiamén y la despedida con la hermana mayor de Doaa, Asma, que se quedaba en el país con

su marido y sus hijos, había sido desgarradora. Habían telefoneado también a Ayat, que se había marchado hacía unas semanas al Líbano para estar con su marido.

La llamada de Islam, el marido de la otra hermana de Doaa, Alaa, tuvo lugar a las diez de la noche. Dijo que les iba a transferir dinero para los billetes del ferri de Jordania a Egipto y les aconsejó que se marchasen ya al país vecino. Doaa, Saya y Nawara hicieron las maletas sin dejar de sollozar. Abrazaban a Asma y a sus primos una y otra vez.

—Volveréis —les aseguró Asma. «Pero ¿cuándo?», se preguntaba Doaa mientras miraba el rostro de su hermana e intentaba memorizarlo.

A la mañana siguiente, a las nueve, metieron el equipaje en el maletero del coche del amigo de Shokri y entraron en el vehículo. En el último puesto de control de camino a la frontera, Doaa masculló en voz alta:

—Es como si estuviesen cerrando la tapa de mi ataúd. —Miró por la ventanilla y empezó a despedirse en susurros de todo lo que veía—. Adiós, calles. Adiós, árboles. Adiós, Daraa. Adiós, clima. Adiós.

Cuando se asomó a la ventana para respirar, una lágrima cayó en el asiento del coche.

Shokri se dio la vuelta en su asiento para mirar a su hija, y se le llenaron los ojos de angustia al ver lo triste que se encontraba. Sabía que su familia estaba muy disgustada, pero había tomado la difícil decisión de dejar atrás la vida que habían construido juntos para protegerlos. Sabía que quizá Doaa y sus hermanas no lo comprendían ahora, pero quería que se diesen cuenta de que estaba tratando de hacer lo correcto.

—¿Creéis que yo quiero irme de Daraa? —preguntó, luchando porque no le temblase la voz. Habría hecho cualquier cosa para ahorrarle a su familia aquel dolor—. No tengo elección. No puedo arriesgarme a que os secuestren.

Para entonces, las tres muchachas estaban llorando. Jaled intervino para apoyar a su amigo.

—Vuestro padre tiene razón en alejaros de esta locura. Él solo piensa en manteneros a salvo.

Doaa confiaba en Jaled, una persona que conocía de toda la vida, y parte de ella sabía que estaba en lo cierto. Le agradecía que ayudase a su padre a cuidar de su familia y se esforzó al máximo por esconder su decepción. En aquel momento, nadie de los presentes lo imaginaba, pero meses después se enterarían de que Jaled, que volvió a Daraa, había muerto en la guerra.

En los quince kilómetros de carretera que los separaban de la frontera había siete controles militares. En uno de ellos, los guardias de seguridad abrieron el

maletero y después las maletas, para revolver entre las pertenencias de la familia. En otro los interrogaron. Los soldados querían saber por qué se iban de Siria.

—Mi marido está enfermo —mintió Hanaa—. Tenemos que irnos para que reciba el tratamiento que necesita.

Una pequeña parte de Doaa deseaba en secreto que no los dejaran pasar para poder volver a casa, pero tras la respuesta de su madre el guardia se encogió de hombros y les hizo un gesto para que pasaran. Cuando por fin llegaron a la frontera con Jordania, Doaa miró hacia atrás para contemplar su hogar, intentando retenerlo todo en la memoria.

—Envidio a las montañas, los árboles y las rocas, porque, a diferencia de mí, ellos podrán respirar el aire de Daraa —susurró, mirando su país con anhelo por última vez.

Era noviembre del 2012, un año y ocho meses después de que estallara la violencia en Siria. Aunque los números varían en gran medida según quién lleve la cuenta, el Observatorio Sirio para los Derechos Humanos, que contabiliza el número de víctimas del conflicto, estima que para entonces habían muerto unas cuarenta y nueve mil. Era imposible saber cuántas habían desaparecido, o cuántas estaban ocultas tras los barrotes de las cárceles del régimen. La guerra solo se haría más mortífera, y cuando entrara en su quinto año, según estimaciones de las Naciones Unidas, habría ya más de doscientos cincuenta mil muertos y un millón de heridos. Mientras tanto, cinco millones de sirios, entre los que se encontraba la familia de Doaa, se verían obligados a huir al otro lado de alguna frontera, mientras que seis millones y medio se convertirían en desplazados en el interior del país. A menudo, estos últimos se verían obligados a trasladarse varias veces a otras partes de Siria, a lugares donde encontraban breves remansos de seguridad. En el 2016, los sirios se habían convertido en la población desplazada más numerosa del mundo.

Cuando el vehículo de Jaled llegó al paso fronterizo de Nasib, Doaa y su familia vieron unos doscientos coches haciendo cola para entrar en Irbid, el pueblo fronterizo de Jordania. Avanzaban poco a poco, mientras veían que algunos coches cruzaban la frontera y otros se veían obligados a dar media vuelta. A medida que se acercaban al principio de la fila, Doaa observó que la tensión aumentaba en los hombros de su madre y en la rigidez de la mandíbula de su padre, que estaba intranquilo en el asiento delantero. Doaa llevaba tanto tiempo sentada en el coche, en silencio, que quería gritar. Cuando por fin llegaron al control, el agente le dijo a Shokri que cruzar les costaría diez mil libras por persona. A él solo le quedaban siete mil libras sirias y trescientas libras egipcias. Intentó negociar con la guardia fronteriza, pero no sirvió de nada: los

agentes se cruzaron de brazos y negaron con la cabeza. Doaa deseó poder gritarles a esas caras de indiferencia. Cuando les ordenaron que dieran media vuelta, Jaled sugirió que aparcaran en un lado para pensar en un plan, y Shokri y Hanaa accedieron, cansados. Habían salido de casa a las nueve de la mañana, y debido a todos los controles militares y las colas de coches que querían marcharse, ya era casi medianoche. Aparcaron a un lado y salieron del vehículo, temblando bajo el frío aire de noviembre, para intentar trazar una nueva estrategia.

Doaa era incapaz de pasar un minuto más en silencio, apretujada contra sus hermanas en el asiento de atrás. En cuanto pararon, salió del coche de inmediato y estiró los brazos por encima de la cabeza; tenía los músculos agarrotados y doloridos después de haber pasado tantas horas en el coche. Se paseó por el aparcamiento y observó hileras y más hileras de coches llenos de gente atrapada, como ella. A todos les habían denegado la entrada a Jordania, pero nadie quería poner el motor en marcha y dar media vuelta. Entre la multitud oía mujeres que lloraban y bebés que aullaban. Hombres y mujeres pululaban por entre los coches aparcados, pidiendo ayuda, intentando desesperadamente encontrar la forma de cruzar la frontera; mientras tanto, los niños estaban sentados en el suelo, demasiado exhaustos tras el largo viaje como para jugar. Parecía que media Daraa estaba atrapada en la frontera. Doaa contempló la escena y deseó estar en cualquier parte antes que en aquel aparcamiento abarrotado y rebosante de desesperanza. Entonces, para su asombro, vio a su tío Walid, el hermano de su madre, sentado en una mesa desvencijada sobre la que había un montón de periódicos. Había sido ingeniero, pero había perdido su trabajo al empezar la guerra y había recurrido a vender periódicos en la mismísima frontera. Durante un instante Doaa se limitó a mirarlo fijamente; no se podía creer que fuese él. Luego se le acercó a toda prisa. Estaba concentrado en la lectura y no reparó en Doaa hasta que no la tuvo delante de sus narices. Walid levantó la vista de su periódico, sorprendido, y al reconocer a su sobrina una sonrisa le iluminó el rostro. Ella señaló el coche y empezó de inmediato a explicarle lo sucedido; hablando tan rápido como podía. La expresión de su tío se fue tornando seria a medida que le contaba su historia. Luego, él tomó las manos en las suyas y la acercó a él.

—Vuelve al coche y espera —le indicó—. No vayáis a ninguna parte.

Doaa volvió corriendo junto a los demás y les contó a sus padres lo que había pasado, y todos hicieron lo que su tío había dicho. Al cabo de una hora, la familia Al Zamel estaba en una lista de personas a las que se les permitía la entrada en Jordania. Dieron por hecho que Walid había pagado un soborno que les había

permitido exiliarse como refugiados.

Doaa y su familia tuvieron suerte. Era bien sabido que cruzar la frontera era una misión llena de peligros y dificultades: eran necesarios sobornos y varios intentos para lograrlo. A medida que la guerra continuase haciendo estragos, cruzar se iría convirtiendo en una tarea cada vez más ardua. El número de refugiados en países vecinos a Siria, como Jordania, el Líbano y Turquía, así como en Egipto e Irak, no hacía más que crecer, y encontrar asilo era cada vez más complicado. Estos países, preocupados por la seguridad y recelosos ante la cantidad de refugiados de los que debían ocuparse, empezaron a controlar sus fronteras con más severidad y a permitir cruzar solo a algunos casos humanitarios.

Así pues, los Al Zamel fueron muy afortunados por conseguir marcharse entonces. Después de entrar en Jordania se dirigieron a la ciudad fronteriza de Irbid, donde los recogió uno de los hermanos de Shokri, que vivía allí. Salieron del coche de Jaled y se despidieron, agradecidos, pues él debía volver a Daraa. Doaa y su familia pasaron los tres siguientes días en aquella ciudad, esperando al ferri que los llevaría a Egipto. Shokri era el que más ansioso estaba por marcharse; tras el tiempo que había pasado en la cárcel, desconfiaba de pasar mucho tiempo en Jordania.

El día 17 de noviembre de 2012, al alba, Doaa y su familia se subieron al bus que los llevaría hacia la costa. Cruzaron toda Jordania bordeando la frontera con Israel, y dejaron el mar Muerto atrás hasta llegar por fin al puerto de Aqaba, desde donde partían los ferris hacia Egipto.

Nerviosos, esperaron para embarcar. Durante la larga cola para pasar la aduana, Doaa iba cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro y Hamudi se aferraba al brazo de su madre, mientras que Saya y Nawara esperaban sentadas en sus maletas. Solo se levantaban cuando la cola avanzaba un poco. Sentían que el viaje consistía solo en esperar. Los agentes de la aduana de Jordania parecían seleccionar a los sirios para los registros de seguridad. A los familiares de Doaa les pidieron que se acercasen con su equipaje mientras dejaban pasar a un grupo de viajeros egipcios. Doaa puso su maleta en la mesa frente al aduanero y, cuando la abrió, observó lo que había elegido llevarse a toda prisa, durante las últimas horas pasadas en su hogar y que tan abrumadoras y emotivas habían sido: dos vestidos, dos pares de pantalones, dos americanas, unas cuantas faldas, varios velos y algunos accesorios. Se quedó mirando el exiguo contenido de su maleta y recordó los libros que había tenido que dejar porque pesaban demasiado: uno sobre la interpretación de los sueños, varias novelas, la poesía de Nizar Qabbani y un libro de ejercicios de gramática inglesa. Recordó su osito de

peluche, que se encendía y emitía un ruido de besos cuando lo apretaba, y sus bocetos de la ropa que soñaba ponerse en un futuro que ya no tenía.

De repente, apartó la vista de la maleta abierta y parpadeó para evitar que le cayeran las lágrimas. «¡He dejado mi vida en Siria!», se lamentó en silencio, para sí misma. No quería cargar a su familia con más de su tristeza, y recordó que sus preciadas pertenencias estaban ahora guardadas en casa de su abuelo. Esperaba que quizá su presencia allí protegiera a su ciudad natal, que la mantuviera a salvo en su ausencia. Esperanzada, pensó que si dejaba una parte de ella en Daraa, sin duda tendría que volver algún día.

El ferri se retrasó cuatro horas debido al mal tiempo. Doaa las pasó sentada, esperando a que el tiempo cambiase. Le tenía pavor a la siguiente etapa de cinco horas de su viaje, en la que cruzarían el golfo de Aqaba. Nunca había conseguido superar su miedo al agua, ni tampoco había subido en barco. Las olas eran altísimas y rompían contra los lados del casco, haciendo que se balanceara de un lado a otro, ya cuando estaba amarrado al muelle. Pese a que el ferri era de gran tamaño y de aspecto estable y eso la tranquilizaba un poco, puesto que parecía que el viaje sería seguro, seguía asustada. Cada vez que una ola embestía la nave y esta chirriaba al chocar contra el muelle, Doaa daba un respingo al oír el estrépito. Cuando llegó el momento, tuvo que hacer acopio de todo su coraje y testarudez para obligarse a embarcar.

Su madre se instaló con el equipaje en la planta inferior, junto a Hamudi, mientras que Doaa y sus hermanas corrieron a cubierta para disfrutar de las vistas. Saya y Nawara asomaron por la barandilla del barco para mirar el mar, pero Doaa, en cambio, se alejó del borde todo lo que pudo. Durante la primera hora del viaje, mientras las orillas de Jordania se iban difuminando en el horizonte, sus hermanas contemplaban el mar emocionadas, admirando el paisaje, mientras Doaa permanecía inmóvil en el centro de la cubierta, agarrada a los lados de un banco en el que se había sentado para no perder el equilibro. Cuando se le agarrotaron los dedos cambió el peso de lado, pero no se atrevió a soltarse.

Saya se dio la vuelta para ir a buscar a su hermana mayor y, cuando le vio la cara, se preocupó.

—¡Doaa, tienes la cara blanca como un papel!

—Es que ya no se ve tierra —explicó, mientras miraba hacia la orilla ya invisible e intentaba ser valiente. Aunque no sabía nadar, que hubiera tierra a la vista la tranquilizaba, ya que pensaba que de algún modo podría volver a la orilla si era necesario. Al adentrarse más en la inmensidad del mar, Doaa por fin admitió ante sus hermanas:

—Tengo miedo.

Les pidió que la ayudaran a bajar a la cubierta inferior, con su madre y Hamudi. Saya y Nawara así lo hicieron, y toda la familia se reunió abajo, donde compartieron un pequeño pícnic acurrucados.

Por fin llegaron al puerto de Nuweiba en la península del Sinaí. Cuando los Al Zamel se bajaron del ferri y pisaron Egipto, Doaa estaba tan agotada que sentía capaz de dormir una semana entera. Unos agentes les dieron la bienvenida con una sonrisa y echaron un vistazo a sus pasaportes sin prestarles demasiada atención, los sellaron y les explicaron que tenían automáticamente un permiso de residencia de seis meses que podía renovarse. En aquel entonces el presidente era Mohamed Morsi, y su gobierno tenía una política de puertas abiertas para todos los refugiados que llegaban de Siria.

Toda la familia esperó en la fila de inmigración y observó cómo pesaban las maletas de los demás pasajeros. Se dieron cuenta de que a muchos de ellos les cobraban por exceso de equipaje. Shokri miró inquieto todos los bultos que llevaba su familia; le preocupaba que tuvieran que pagar una tasa por todo lo que habían traído. Doaa reparó en la preocupación de su rostro y deseó tener algún modo de consolarlo. Sabía que no tenían dinero suficiente para pagar nada. Se acercaron a los agentes de aduana con aire dubitativo.

—Somos sirios buscando asilo en Egipto —le explicó Shokri—. Esto es lo único que nos queda.

Hanaa dio un paso al frente para ponerse a su lado, mientras Doaa y sus hermanos observaban el rostro de los agentes desde atrás para ver su reacción. Doaa contuvo el aliento, esperando un insulto más de otro agente apático.

Para su sorpresa, el aduanero que operaba la balanza les sonrió y les dijo que no tenían que pagar nada, pese a que sus maletas se excedían del peso permitido.

—Venís escapando de la guerra y el sufrimiento —les dijo—. Siria y Egipto están unidos, como una familia.

Entonces otro agente de aduanas los ayudó a llevar su equipaje hasta el autobús con destino a El Cairo. Les deseó suerte y una familia que estaba de pie en la orilla viendo cómo la gente subía al autobús les gritó:

—¡Bienvenidos, queridos sirios!

Saya susurró que se sentía como una reina. Por primera vez en meses, Doaa se sentía bienvenida y a salvo. Habían oído que Egipto los aceptaría como refugiados de mil amores, y aquí, por fin, estaba la prueba de que era cierto. Sin embargo, pese a aquella cálida bienvenida, a Doaa le angustiaba tener que empezar de cero, esta vez en un país nuevo y desconocido. Su instinto le decía que le esperaban tiempos difíciles. Miró a su alrededor, ya dentro del autobús,

para empezar a reconocer su nuevo entorno, y se detuvo en seco al ver la expresión de su hermano. Por primera vez en mucho tiempo, el pequeño Hamudi sonreía.

Llegaron a El Cairo tras un recorrido de tres horas por un camino desértico y plagado de baches. Desde allí, tuvieron que viajar otras cinco horas hasta la ciudad norteña de Damieta, situada en la costa mediterránea, donde el cuñado de Doaa, Islam, se había encargado de conseguirles alojamiento en el distrito de Gamasa. Un amigo de Islam, Abu Amad, había llegado allí como refugiado un año antes que ellos, así que tomaron un taxi desde El Cairo hasta su casa. Tras ofrecerles una modesta comida, Abu los llevó hasta un apartamento cercano que les había encontrado. El piso, situado en la planta baja de un edificio alto, tenía dos dormitorios y un salón con muebles desvencijados, una cocina y un cuarto de baño. Islam había pagado el alquiler de un mes por adelantado. Con solo trescientas libras egipcias en el bolsillo (el equivalente a cuarenta dólares), tras haber pagado el viaje de su familia hasta El Cairo, Shokri ya estaba preocupado por cómo conseguiría el alquiler para el mes siguiente.

El piso estaba mugriento, pero esa noche Doaa y su familia se fueron a dormir sin preocuparse de limpiar o deshacer las maletas: el viaje los había dejado exhaustos, y aún no estaban preparados para enfrentarse a su nuevo entorno.

Aquella noche, Doaa dio muchas vueltas en la cama. Era un poco peculiar respecto a la limpieza y no podía dejar de imaginar bolas de polvo en el suelo que rodaban hacia ella. A la mañana siguiente, toda la familia fue a un mercado local para comprar algunos productos de limpieza y algo para desayunar. Luego volvieron a casa para barrer y limpiar el piso, y todos contribuyeron. Les resultaba agradable mantenerse ocupados y tener algo en lo que pensar más allá de la inquietud que sentían en aquel entorno desconocido. Doaa se concentró en su tarea y limpió con ahínco, pues era lo único que podía hacer para tomar control de aquella nueva situación.

Por la tarde, los vecinos empezaron a pasarse por su nuevo piso con los brazos llenos de comida preparada o casera: queso *domiati* salado, pollo frito, arroz hervido, bandejas de *baklava* y cestas llenas de fruta fresca. También eran refugiados; habían venido de Damasco, Homs y algunos incluso de Daraa. Los Al Zamel no tardaron en hacerse amigos de sus nuevos vecinos: los unían las historias de la emoción de la revolución y el terror de la guerra que los había llevado a abandonar su país y trasladarse a Egipto. Cuando aquellas personas

estaban en su salón, en este reinaba una atmósfera festiva, cálida y acogedora. Doaa se descubrió sonriendo y riendo con sus nuevos vecinos, aliviada de estar entre su gente.

La familia de Doaa fue parte de la primera ola de sirios que huyeron a Egipto desde el inicio del conflicto, en 2011. La mayoría de ellos fueron a reunirse con amigos y familiares sirios que trabajaban allí. Otros tenían contactos de negocios o personales que podían alojarlos. Para sobrevivir, casi todos los refugiados recurrían a sus ahorros, encontraban pequeños trabajos temporales o abrían negocios, y muchos de ellos lograron ser autosuficientes. Esa era la esperanza que albergaban también los padres de Doaa; sin embargo, poco después de su llegada, la mayor afluencia de refugiados trajo consigo más competencia en el mercado laboral, lo que les dificultó aún más llegar a fin de mes. Durante la primera mitad de 2013, el número de refugiados sirios se incrementó radicalmente. Un año después de que los Al Zamel llegasen a Egipto, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) registró 125.499 refugiados sirios en el país, y según el Gobierno egipcio, si se contabilizaban todos los sirios no registrados, el número se acercaba más a los trescientos mil.

Las comunidades de apoyo que se formaban en torno a los refugiados les echaban una mano durante la transición, y a Doaa le ayudaron a sentirse menos sola, aunque echaba desesperadamente de menos su hogar. «¿Y si este traslado no es temporal?», se preguntaba a menudo, preocupada. ¿Y si tenía que quedarse para siempre en aquel lugar extraño? ¿Cómo se acostumbraría? Odiaba los cambios.

Las calles de su nuevo barrio estaban sucísimas y olían a basura en descomposición. Había perros y gatos callejeros que comían de los desechos amontonados en las calles, y las moscas zumbaban y revoloteaban en la porquería que parecía haber por todas partes. «¿Dónde están las farolas y las papeleras?», se preguntaba Doaa mientras paseaba por la ciudad. La gente de Daraa siempre se había enorgullecido de la limpieza de sus calles, y a Doaa le impactaba la desidia de su nuevo vecindario. Por otra parte, Gamasa tenía una costa y una playa encantadoras, y le contaron que en verano se transformaba en una ciudad de vacaciones para la clase trabajadora. Cuando miraba a su alrededor y veía las calles llenas de basura, a Doaa le costaba creérselo.

Se sentía fuera de lugar y añoraba su hogar, y pasaba mucho tiempo preocupándose por el futuro de su familia. Sabía que a su padre se le estaba acabando el dinero. Como sus tres hermanas mayores, Alaa, Ayat y Asma, ya estaban casadas y vivían en Abu Dabi, el Líbano y Siria, Doaa se había convertido en la mayor de la familia. Con este papel venían unas responsabilidades que no

tenía ni idea de cómo cumplir; se sentía impotente.

Sabía que su familia y ella estaban a salvo en Egipto, y trató de convencerse de que estaban mejor allí. Intentó concentrarse en su nueva sensación de seguridad y normalidad y disfrutaba al oír los sonidos cotidianos de la ciudad en lugar de los disparos y las bombas. Pero, pese a todo, a Doaa le costaba ignorar la indolencia que se había adueñado de ella. En Daraa, al menos, tenía un propósito. Era reconocida como miembro de una comunidad solidaria que luchaba por unos valores que estaban siendo atacados. En Egipto, en cambio, se sentía como una invitada a la que toleraban y que vivía de la empatía de los demás: una refugiada, una más de un grupo creciente de gente indefensa. Y, lo que era peor, a veces sentía que había abandonado a su país, pese a que sabía que permanecer en Siria podría haberla matado. Pero ¿quién era ella sin su comunidad? ¿Qué contribución significativa podía ella hacer allí, mientras su país se autodestruía? Doaa intentaba esconder su tristeza de su familia. A menudo se recordaba: «Ten paciencia, esto es un nuevo desafío. Tu familia necesita que seas fuerte por ellos. Para ti no hay nada más importante que su bienestar».

Un mes después de su llegada se quedaron sin dinero, y la depresión que había hundido a Shokri tras la destrucción de su barbería empeoró. Le subió el colesterol y la tensión arterial, y se pasaba las horas sentado en un cojín en el salón, fumando o bebiendo té azucarado, sin moverse ni hablar. Doaa sentía que su padre estaba desapareciendo delante de sus ojos. Sabía que pensaba que había fallado a su familia y que era demasiado orgulloso para hablar de ello. Sus padres nunca se quejaban ni discutían delante de sus hijos, pero Doaa veía claramente que las presiones a las que se encontraban sometidos en su nueva vida les estaban afectando, sobre todo tras darse cuenta de que quizá tendrían que quedarse en Egipto durante todavía más tiempo del que habían pensado. Cuando veían las noticias, que informaban de más enfrentamientos y bombardeos en Siria, Hanaa decía: «Gracias a Dios que nos fuimos». Sin embargo, Shokri insistía en que no tardarían mucho en poder regresar y les recordaba el periodo de transición que había tenido lugar en Túnez tras la revolución, así como en Egipto, después de que los Hermanos Musulmanes llegasen al poder. Pero, por mucho que Doaa quisiese creer a su padre, sabía que era su desesperación la que hablaba: todo lo que mostraban las noticias demostraba que tardarían mucho en poder volver a casa.

Antes, en febrero de 2011, una protesta popular que había tenido lugar en Egipto había derrocado a su presidente autocrático, Hosni Mubarak. Con el tiempo, los Hermanos Musulmanes habían ido ganando popularidad en el país y

habían llegado al poder. Los grupos de población seculares y no musulmanes se sentían muy incómodos con el desarrollo de los acontecimientos, y en junio de 2012, unos meses antes de que Doaa y su familia llegasen a Damieta, el presidente de los Hermanos Musulmanes, Mohamed Morsi, ganó las elecciones a la presidencia con el 51 % de los votos en los primeros comicios democráticos que se celebraban en Egipto. Morsi había prometido liderar un Gobierno «para todos los egipcios», pero sus críticos no tardaron en acusarlo de conceder posiciones clave a los islamistas, y le reprocharon no haber introducido las reformas económicas y sociales que había prometido durante su campaña.

Cuando Doaa y su familia llegaron a Egipto, desconocían en su mayor parte la oposición pública que se había empezado a gestar contra los Hermanos Musulmanes y el presidente Morsi solo meses después de que ascendiera al poder. A los Al Zamel les preocupaban más las noticias de su país natal, y, además, el Gobierno de los Hermanos Musulmanes era el que les había concedido asilo y les había ofrecido la ayuda que tanto necesitaban en aquellos tiempos de crisis. También sabían que Morsi había mostrado públicamente su apoyo a la oposición siria en su rebelión contra el presidente Asad. Hasta aquel momento, en lo referente a los Al Zamel, las acciones del Gobierno egipcio habían sido positivas en su mayoría.

Funcionarios de la rama local del Gobierno de los Hermanos Musulmanes visitaban con frecuencia los edificios en los que se alojaban refugiados sirios para ver cómo estaban. Tras las angustiosas redadas que habían sufrido en Siria, la primera vez que Doaa y su familia oyeron que llamaban a la puerta se quedaron paralizados de miedo, ya que desconfiaban de las visitas inesperadas. Doaa se puso junto a su padre cuando este fue a abrir la puerta, dispuesta a apoyarlo. Sin embargo, en lugar de agresivos soldados con pistolas, lo que se encontraron en el umbral fueron dos soldados sonrientes, uno con una bolsa de plástico y el otro con un puñado de mantas.

—Son bienvenidos aquí. Son nuestros hermanos —dijeron al ofrecerle a Shokri lo que habían traído.

Doaa echó un vistazo desde detrás de su padre y descubrió que la bolsa que llevaban estaba llena de pasta, azúcar, arroz y otros productos básicos. El hombre con la bolsa de plástico se la tendió a Shokri, mientras que el que llevaba las mantas se agachó para dejarlas en el suelo, justo delante de la puerta. Shokri les dio las gracias tartamudeando, sorprendido.

Este tipo de donativos les eran de gran ayuda, pero la familia de Doaa seguía sin tener dinero para pagar el alquiler. Dos semanas después de llegar, Shokri empezó a preguntar por ahí para ver si encontraban un sitio más barato donde

vivir. Se quedó perplejo al oír hablar de un propietario de un hotel egipcio que quería ayudar a los refugiados sirios ofreciéndoles alojamiento gratis durante la temporada de invierno, cuando su hotel se quedaba vacío. De mayo a octubre, el barrio de Gamasa de Damieta se llenaba de egipcios de clase trabajadora que iban en tropel a las playas y los hoteles baratos de la costa mediterránea para sus vacaciones de verano, pero la zona se quedaba desierta durante el invierno.

Doaa y su familia no se podían creer que alguien les ofreciera un lugar donde vivir gratis, así que Shokri fue a echar un vistazo. Al volver, se mostró muy optimista. Así pues, los Al Zamel volvieron a hacer sus maletas y tomaron un *tuk tuk*, un medio de transporte barato con tres ruedas, hasta el hotel Amira. Estaba en un camino de tierra, al lado de una de las mezquitas más grandes de Gamasa. Lo rodeaba una cerca de madera pintada de blanco y azul, aunque la pintura estaba descascarillada y algunos trozos de la cerca derrumbados, como si un vehículo se hubiese chocado contra ella. Jalid, el encargado, salió a recibirlos con su esposa y sus hijos. Les invitaron a echar un vistazo a las instalaciones y a elegir una suite familiar. Eran los primeros huéspedes sirios refugiados en el hotel, así que podían escoger la que quisieran.

En el interior del hotel había más pintura descascarillada y camas individuales que crujían, pues eran viejas y usadas. Los electrodomésticos de la pequeña cocina y el baño estaban oxidados y medio rotos, pero las habitaciones tenían un amplio balcón que daba al jardín, donde podían ver el césped, una enorme palmera, esculturas hechas con setos y unos acogedores bancos. Aquel hotel era para ellos un refugio de humanidad y se sentían muy agradecidos. Eligieron una suite con dos dormitorios adyacentes y Jalid les dio las llaves.

El propietario del hotel, Fadlon, se pasaba por allí de vez en cuando y ofrecía a la familia de Doaa su comprensión y su respeto. Cuando los Al Zamel expresaban su agradecimiento por su generosidad, siempre les aseguraba que estaba encantado de ayudarles, y cada vez que se topaba con el pequeño Hamudi, que entonces tenía nueve años, cuando estaba solo, le deslizaba unos billetes en la mano, consciente de que el orgullo de Shokri y Hanaa no les permitiría aceptar dinero suyo. Las historias sobre la generosidad de Fadlon fueron de boca en boca y el hotel no tardó en llenarse de familias de refugiados sirios. Por las tardes, los huéspedes se reunían en una gran mesa de pícnic que había en el jardín y se contaban historias de sus vidas antes de la guerra, y del dolor y el sufrimiento que esta había traído consigo. Los vecinos y los grupos religiosos que se compadecían de los sirios dejaban ropa y mantas en el hotel. Los egipcios siempre los hacían sentir bienvenidos.

Una tarde, cuando los Al Zamel ya llevaban un mes viviendo allí, Jalid los

invitó a cenar a su casa. Él, su esposa y sus cuatro hijos vivían en un pequeño barrio residencial que estaba a alrededor de una hora en coche llamado Kfar Algab. La esposa de Jalid preparó sopa, ensalada y pato con arroz. Tras la cena, él los llevó a visitar el barrio y los presentó a sus vecinos como sus amigos sirios. Aquel hombre fue el primer amigo que los Al Zamel hicieron en Egipto, y Doaa tuvo la reconfortante sensación de estar en casa por primera vez desde que había abandonado Siria.

Cuando terminó el invierno y el hotel empezó a llenarse de huéspedes, Doaa y su familia tuvieron que abandonar su refugio. Buscaron un nuevo alojamiento, pero esta vez no encontraron ningún propietario comprensivo que quisiera ayudarles. Los arrendadores a menudo ponían unos alquileres desorbitados a los pisos que alquilaban a los sirios para aprovecharse de su desesperación.

Shokri ganaba un poco de dinero en trabajillos que iba consiguiendo, pero no era mucho. Pronto, toda la familia se mudó a un pequeño piso en una zona muy ruidosa de Gamasa que estaba llena de basura y de barro, pues la calle no estaba asfaltada. La primera vez que la vio, a Doaa se le cayó el alma a los pies. El ruido les molestaba día y noche, ya que los egipcios que habían ido de vacaciones se quedaban levantados hasta tarde, ponían música y hablaban alto en la calle. A menudo Doaa no podía dormir y se quedaba en la cama despierta, añorando las noches tranquilas de Daraa antes de la guerra.

Las hermanas de Doaa se hicieron amigas de las chicas del barrio, pero ella cayó en una depresión: era incapaz de comer y se pasaba los días enteros metida en aquel sombrío apartamento, viendo las noticias de Al Yazira, Orient News TV y las del canal del Ejército Libre Sirio. Anhelaba estar en su hogar y participar en la revolución. Intentaba desesperadamente contactar con sus amigos de Siria, pero la mayoría de las líneas telefónicas estaban cortadas o sobrecargadas y casi nunca lo conseguía. De vez en cuando, lograba hablar con su hermana Asma unos minutos por Skype.

Un día, Doaa recibió un mensaje suyo que la dejó muy preocupada. Asma se lo leyó en voz alta. «Te echo de menos. El barrio te echa de menos. Es muy difícil vivir aquí sin ti. Todo el barrio llora. Eres la luz que ilumina el barrio; se ha quedado a oscuras sin ti». En su país cada día moría más gente, en los supermercados ya no había casi nada que vender y cada semana bombardeaban más edificios, de los que no resistían más que los cimientos. Doaa le suplicó a su padre que los llevase de vuelta a Siria, donde podrían contribuir de alguna manera, en lugar de sentirse inútiles en Egipto. Shokri miró a su hija con incredulidad:

—No pienso llevarte de vuelta allí para que mueras —le contestó, negándose

a sus ruegos. Doaa discutió y suplicó, pero él no dio su brazo a torcer.

Cuando Shokri enfermó demasiado como para trabajar, Saya y ella decidieron que les correspondía a ellas mantener a su familia. No podían empezar a ir a la escuela hasta el año siguiente, así que pensaron que dedicarían su tiempo libre a ayudar a su padre, aunque solo tuvieran quince y diecisiete años.

Encontraron trabajo en una fábrica que producía sacos de arpillera. El propietario les dijo que en realidad no necesitaba más empleados —allí ya trabajaban alrededor de cien hombres y unas cuantas mujeres—, pero que quería aportar su granito de arena y ayudar a los sirios. Cada mañana, a las 7, las chicas cogían un autobús hasta la fábrica y se pasaban el día cosiendo sacos, contándolos y cargándolos a una báscula donde los pesaban para luego apilarlos. A Doaa, que pesaba solo cuarenta kilos, le costaba mucho esfuerzo mover una carga tan pesada. Las jornadas de trabajo eran largas y duras; solo disponían de un descanso para la oración del mediodía y trabajaban hasta muy tarde. No tenían nada que comer durante la jornada; en su lugar de trabajo solo servían té.

Doaa y Saya eran dos de las pocas mujeres que trabajaban en la fábrica, pero sus colegas las trataban con respeto y amabilidad. La mejor parte del trabajo eran los amigos que hicieron. Doaa y Saya bromeaban y cuchicheaban con algunas de sus jóvenes compañeras egipcias. Una vez, una de ellas le dio el brazo a Doaa y le dijo:

—Adoro a Bashar al Asad porque nos ha dado la oportunidad de conocerte.

Doaa echaba de menos a sus amigas de la escuela de Daraa, y disfrutaba de cada oportunidad de charlar con muchachas de su edad que se le presentaba. La ayudaba a imaginarse un futuro en el que quizá en Egipto se sentiría más como en casa.

A medida que Doaa se fue habituando al trabajo, empezó también a sentirse menos impotente y desfavorecida. Ahora llevaba a casa dinero para su familia y se había ganado el respeto de la gente para la que trabajaba. Ya no se sentía como alguien que había huido de la lucha por su país, sino como una joven que cuidaba y mantenía a su familia. Cada vez que daba dinero a sus padres se sentía henchida de orgullo. Su madre notó el cambio de actitud de su hija y experimentaba tranquilidad y satisfacción al observar cómo se transformaba en una joven capaz.

Doaa también llamaba la atención de los hombres jóvenes a su alrededor. Durante los tres meses que trabajó en la fábrica, dos egipcios le propusieron matrimonio, pero ella rechazó a ambos, pese a estar en la edad en la que las chicas solían casarse. El matrimonio era lo último que Doaa tenía en mente. Si se casaba, sería con un hombre sirio y cuando hubiese vuelto a casa.

Un día, Doaa se tomó un día libre en el trabajo para cuidar de su madre, que estaba enferma. Mientras le preparaba el té y atendía a Hamudi, no dejaba de preocuparse por la posibilidad de perder su trabajo o de que el propietario le descontara el día del sueldo, así que cuando volvió a la fábrica al día siguiente fue directamente a hablar con el encargado para ofrecerse a recuperar las horas.

Entró al despacho con la mirada gacha y se disculpó por haber faltado al trabajo. Sin embargo, en lugar de reprenderla, como ella esperaba, él le sonrió con amabilidad y le pidió su dirección. La tarde siguiente, sonó el timbre y al otro lado de la puerta estaban el encargado y su asistente, preguntando por Hanaa con una cesta llena de frutas y dulces. Se sentaron con la familia de Doaa y dijeron que habían ido para desearle una pronta recuperación.

—Adoramos a los sirios. Son bienvenidos en nuestro país, estamos con ustedes —le dijo el encargado a Hanaa y a Shokri, inclinándose hacia ellos—. Y no se preocupen por sus hijas. Yo cuido de ellas en la fábrica.

Doaa estaba conmovida.

Por la noche, cuando se relajaba tras la dura jornada de trabajo, sus pensamientos regresaban a Siria. Se pasaba las noches haciendo zapping entre los canales de noticias, esperando a que informasen sobre la guerra. Se mandaba mensajes con su mejor amiga, Amal, que seguía en Daraa, y le preguntaba por las novedades. Doaa le dijo a que lo único que quería era volver a casa, pero ella le advirtió:

—Es mejor que no vuelvas, Doaa, la situación va de mal en peor. Es peligroso para todos. Ahora que no estás aquí ya ni siquiera voy a las manifestaciones.

Las conversaciones por mensaje con Amal siempre la hacían sentir dividida. El peligro de volver a Siria no la asustaba, pero dejar a su familia sin su apoyo económico, sí. No podía abandonarlos. Se dio cuenta de que allí la necesitaban más que en su país.

Mientras tanto, Hanaa se daba cuenta de que Doaa anhelaba volver a Siria, así que le escondía el pasaporte y no le quitaba ojo de encima. Hanaa leyó en su móvil mensajes de sus amigos en los que le pedían que volviera a Siria y se uniera a la lucha. Cuando Hanaa le preguntó a su testaruda hija al respecto, esta le aseguró que no pensaba abandonar a su familia. En ese momento, Hanaa se dio cuenta de que Doaa había madurado en los últimos meses, desde que habían dejado Siria. Se había responsabilizado de su familia y hacía lo posible por ayudarlos a sobrevivir en aquella vida de exilio, y eso era lo único que importaba.

Sin embargo, el trabajo en la fábrica empezaba a afectar a la salud de Doaa, que estaba cada día más débil. Cuando se encontraba angustiada y cansada no

era capaz de comer, y volvía a estar anémica. Shokri se enteró de que había un empresario sirio, Mohamed Abu Bashir, que podía dar trabajo de costureras a sus tres hijas por quinientas libras egipcias más (cincuenta dólares) al mes a cada una, que era más dinero del que ganaban por manufacturar los sacos. Las chicas no se lo pensaron dos veces.

Mohamed había convertido un pequeño piso en una planta baja en espacios de trabajo para sus diez empleadas. Había instalado grandes máquinas de coser industriales y tablas de planchar en las habitaciones. Saya y Nawara trabajaban en las máquinas de coser y hacían faldas y pijamas, y Doaa se encargaba de planchar.

Las chicas trabajaban las tres solas en una habitación, y podían charlar y bromear juntas durante la jornada. El jefe hacía la ronda varias veces al día y solía alabar el trabajo de Doaa, lo que la hacía sentir útil y apreciada pese a que las nóminas de las chicas no llegaban nunca a las quinientas libras egipcias, tras unas misteriosas deducciones que hacía el propietario.

Aunque Doaa todavía anhelaba volver a Siria, tras seis meses en Egipto empezaba poco a poco a encontrar su lugar y a aceptar el destino de su familia. Tenían los ingresos justos para pagar el alquiler y con los vales de comida de ACNUR podían comprar los ingredientes para la comida que Hanaa preparaba. Poco a poco, también pudieron pagar sus deudas con los miembros de la comunidad siria que les habían ayudado a su llegada.

Doaa se daba cuenta de que cuanto más tiempo pasaba en Egipto, más fuerte era la sensación de que sus viejos sueños se le escapaban de las manos. En Siria, antes de la guerra, tenía intención de ir a la universidad. Todavía le quedaba un año de instituto, pero ahora, en Egipto, no tenía una forma clara de continuar con su educación. Lo más que podía hacer era asistir a algunas clases para estudiantes refugiados que organizaban profesores sirios en una escuela local en horario de tardes.

Doaa trataba de consolarse pensando en los progresos que su familia y ella habían hecho en Egipto. Pese a que no tenían mucho, su situación había mejorado, y la tensión constante que sentían en Siria había empezado a desaparecer. El pequeño Hamudi, que al llegar a Gamasa no se despegaba del lado de Hanaa, había comenzado a hacer amigos y por la noche dormía plácidamente: su angustia y sus pesadillas iban poco a poco remitiendo. Doaa se dijo que, por el momento, lo único que deseaba era paz, felicidad y comida en la mesa de su familia.

Cinco

Amor en el exilio

Tras seis meses como refugiados, la familia Al Zamel empezaba a acostumbrarse a vivir en Egipto. La hermana de Doaa, Asma, y sus dos hijas se habían trasladado allí también. Asma se había marchado de Daraa cuando los bombardeos se habían incrementado y su barrio se había convertido en una zona de muerte. Sin embargo, pese a haberle rogado que se fuese con ellas, su marido se había quedado allí para luchar con el Ejército Libre Sirio.

El número de sirios que huía del país para conservar la vida no hacía más que crecer, y también buscaban asilo en Egipto, Damieta incluida. Los fines de semana, los Al Zamel salían a caminar al paseo marítimo, también conocido como la *Corniche*, igual que las familias egipcias. Los lugareños veían claramente que eran extranjeros, pero comprendían que era la guerra la que los había llevado hasta allí, y los aceptaban. Durante esos paseos, las miradas de los Al Zamel se encontraban con las de los demás transeúntes, que asentían a modo de reconocimiento, como si les estuvieran diciendo: «Lo sentimos por vosotros». Las mujeres sirias eran fácilmente reconocibles por la forma en la que llevaban el velo, que era distinta a la de las egipcias, así que a menudo los hombres les decían: «¡Sois bienvenidas!». Y, otras veces, bromeaban: «¿Quieres casarte conmigo?».

A medida que les iban llegando noticias de su hogar, los Al Zamel empezaron a aceptar que se tendrían que quedar en Egipto mucho más tiempo de lo que habían pensado. Sus amigos de Daraa les habían contado que algunos de sus vecinos habían muerto en el conflicto, y que su barrio, antaño tan lleno de vida, se había quedado desierto. Un misil había caído en casa de Asma poco después de que huyera del país, y de la casa de enfrente no habían quedado más que escombros. La familia de Doaa estaba preocupada por los amigos que habían dejado atrás y les enviaban mensajes todos los días para ver si seguían vivos. Doaa buscaba en las noticias señales del fin de la violencia y la vuelta a la paz para poder regresar a casa, pero era en vano.

A principios de mayo, seis meses después de su llegada a Egipto, el primo de veinticuatro años de Doaa, Maisam, fue a darles una noticia. Él y su esposa habían llegado a Egipto dos meses después que los Al Zamel y vivían en el piso de arriba. Ese día, mientras tomaba el té sentado al lado de Hanaa, anunció emocionado:

—Mi mejor amigo, Basem, va a venir a quedarse con nosotros. ¡Te va a encantar, tía Hanaa! Todo el que lo conocía en Daraa lo quería mucho.

Basem contaba veintiocho años y había tenido, hasta el estallido de la guerra, una peluquería muy próspera en el centro de la ciudad que había comprado él mismo con sus ahorros. Cuando la guerra llegó finalmente a Daraa y su negocio tuvo que cerrar, decidió unirse a la oposición y había empezado a luchar para el ELS. Sin embargo, lo descubrieron. Había pasado dos meses en la cárcel en los que lo habían torturado. Lo habían atado de las manos, lo habían obligado a dormir de pie y le habían negado el agua. Maisam sospechaba que había tenido que soportar cosas incluso peores, pero él no quería hablar de ello. Cuando por fin lo soltaron, se había enterado de que habían matado a su hermano, que también luchaba para el ELS, y de que este llevaba en ese momento el carnet de identidad de Basem en la cartera. Por esta razón, ya no era solo un hombre con antecedentes, sino alguien que el Gobierno seguramente había registrado como un enemigo muerto en combate. Sin un carné de identidad válido, era imposible pasar por los puestos de control del ejército que había desplegados por toda la ciudad. A Basem ya lo vigilaban de cerca después de haber estado en la cárcel, pero ahora, cada vez que saliera de casa, su vida correría aún más peligro.

Así pues, Maisam había convencido a Basem de abandonar Siria para que no corriera la misma suerte que su hermano. Informó a su tía de que su amigo llegaría en unos días.

Unas noches más tarde, Maisam llamó a Hanaa para pedirle que preparase algo de comer.

—Hoy es un día de celebración—proclamó—. ¡Ha llegado mi amigo Basem!

Hanaa le pidió a Doaa que calentara unas sobras y las llevase al piso de arriba, ya que Shifaa, la esposa de Maisam, estaba embarazada de gemelos y necesitaba ayuda.

Doaa hizo lo que su madre le pedía y, con cuidado, les llevó unos platos de comida caliente. Shifaa sonrió agradecida al abrir la puerta y ver a Doaa con las viandas.

—¡Gracias! —exclamó, y le dio un breve abrazo—. Y dale las gracias también a tu madre. Casi no puedo moverme, ¡mucho menos cocinar!

Doaa la besó en la mejilla y sonrió al contemplar su barrigota, y luego, al saludar a su primo Maisam con la cabeza, vio también al recién llegado.

La primera vez que Doaa vio a Basem, este no la impresionó demasiado. La modestia y la tradición le impedían mirar a aquel desconocido a los ojos, así que, cuando entró en el piso, mantuvo la mirada gacha y empezó a colocar rápidamente los platos de comida en un mantel en el centro del suelo, donde habían dispuesto los cubiertos. Doaa se las arregló para echarle un vistazo al joven, que estaba de perfil, y no le encontró nada especial.

Tras unos minutos, se disculpó y dijo a Maisam y a Shifaa que tenía que ir a ayudar a Asma y a sus hijas a hacer las maletas porque al día siguiente se iban a Jordania. Como el marido de Asma seguía en Siria, habían decidido instalarse en Irbid para estar más cerca de él. Doaa abrazó a Shifaa, salió del piso y enseguida se olvidó del joven refugiado amigo de Maisam.

A la mañana siguiente, Shokri, Doaa y sus hermanas ayudaron a Asma a bajar las maletas por los cinco pisos de escaleras y a meterlas en un taxi. Les esperaba un trayecto de cuatro horas hasta el aeropuerto de Alejandría.

Cuando llegaron al mostrador, los agentes miraron el billete de Asma y se dieron cuenta de que era solo de ida, pese a que ella no tenía visado. Le dijeron que solo podría marcharse si compraba un billete de vuelta por otros quinientos dólares. Asma rompió a llorar al oírlo: no tenía tanto dinero. Shokri le explicó al agente de la aerolínea que eran refugiados pobres y que su hija necesitaba volver con su marido.

—Déjela ir y pagaremos más adelante, por favor —le suplicó.

El empleado de la aerolínea se conmovió al oírlo y les dijo:

—Podemos darles dos días para conseguir el importe. Les cambiaré el billete, solo tienen que traer el dinero.

Asma mandó un mensaje a su marido, que estaba en Siria, para avisarle de lo sucedido y pedirle que enviase dinero, y toda la familia hizo el largo viaje de vuelta a casa.

Una vez allí, Doaa y sus hermanas cogieron una maleta cada una y empezaron a subirlas por las escaleras como buenamente podían. Mientras Doaa, que iba en último lugar, remontaba el equipaje escalón a escalón, soltándolo en cada uno de ellos para descansar, Basem entró en el edificio. Ella llevaba puesto un velo rojo, uno de sus preferidos, y un vestido largo y vaporoso, y estaba sonrojada del esfuerzo.

—¿Te ayudo? —se ofreció él, alargando un brazo para coger la maleta.

Al ver el gesto, Doaa se agarró al asa con más fuerza y lo rechazó con educación. Basem, impresionado al ver a esa mujer tan menuda subiendo un equipaje pesado por las escaleras con tanta determinación, intentó insistir, pero eso solo hizo que Doaa se mostrase más inflexible y decidida a hacerlo ella misma.

—Puedo sola —contestó escuetamente.

No estaba acostumbrada a hablar con hombres que no conocía, pero, además, se enorgullecía de su capacidad de encargarse de sus propios asuntos y no soportaba la idea de que alguien se compadeciera de ella, sobre todo por ser una chica. No pensaba permitir que un hombre que apenas conocía pensase que era débil, así que continuó arrastrando la maleta con testarudez, escalón a escalón, hasta llegar a casa.

Doaa no le dio más importancia al suceso, pero Basem se quedó cautivado. Subió corriendo a casa de Maisam, jadeando del esfuerzo pero también de la emoción, y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu prima, esa tan guapa, la del velo rojo?

—¡Esa es Doaa! —respondió Maisam—. Ya te lo dije la noche que llegaste, cuando nos trajo comida. ¿O fue Saya? Ya no me acuerdo.

—¿Está comprometida?

Maisam sonrió.

—No. —Luego añadió—. Ninguna de ellas lo está.

—Bien. Quiero que sea mía. —Basem sonrió—. Tiene algo especial. Me tiene totalmente cautivado.

Maisam se encogió de hombros. Le pareció que su amigo se había convertido en un romántico sin remedio, pero se alegraba de verlo emocionado por algo. Al ver que Basem iba por casa más animado y alegre, pensó que cortejar a Doaa sería un buen entretenimiento. Desde su llegada a Egipto, se había mostrado solemne y reservado; se negaba a hablar de lo que le había sucedido en prisión y de la muerte de su hermano. Parecía querer dejar esa experiencia confinada en el pasado. Si cortejar a su prima lo ayudaba a seguir adelante, Maisam estaba dispuesto a ayudarlo en lo que hiciera falta.

Unos días después, los dos amigos empaquetaron lo poco que tenían en el piso para mudarse. Maisam y Shifaa habían encontrado otro edificio con un piso en alquiler que también se podían permitir y que estaba en una planta más baja, para que ella tuviera menos dificultades cuando nacieran los gemelos, y habían invitado a Basem a mudarse con ellos.

Una vez instalados en su nuevo hogar, invitaron a la familia Al Zamel a comer. Cuando Basem les abrió la puerta, Doaa reparó en que se había vestido para la ocasión. Llevaba una camisa recién planchada y unos pantalones de vestir, se había peinado el pelo negro hacia atrás con gomina y se había recortado la barba en una pronunciada perilla, un look muy moderno. Fijó sus oscuros ojos almendrados en Doaa en cuanto esta entró en la habitación, y se encargó de animar la conversación durante toda la comida, haciendo reír a sus invitados. Doaa sentía que su mirada iba hacia ella todo el tiempo, como si buscara su aprobación y su reconocimiento.

Durante el camino de vuelta a casa, Doaa se volvió hacia sus hermanas y les preguntó:

—¿Por qué nos miraba así?

—¡Creo que le gustas! —contestó Saya con una sonrisa. Doaa pensó que su hermana pequeña tenía mucha imaginación y le hizo una mueca.

Al día siguiente, Maisam fue de visita a casa de los Al Zamel, como hacía todas las tardes. Entró en la cocina mientras Doaa preparaba el té, se inclinó tranquilamente sobre la encimera y cogió una galleta de un plato.

—Oye, Rana —dijo, usando el mote con el que llamaba a su prima—, ¿qué te parece Basem?

Doaa lo miró con el rostro inexpresivo. Lo cierto es que no había pensado mucho en él. Al ver el silencio de su prima, Maisam exclamó:

—¡Doaa! Basem bebe los vientos por ti. ¡Quiere pedirte matrimonio!

Doaa dejó la tetera que estaba llenando sobre la mesa y miró a su primo, perpleja.

—¿Qué? ¿Tan rápido? ¡Si solo me ha visto dos veces!

En la cultura árabe tradicional, cuando una pareja se compromete, ambos firman un acuerdo formal que les permite salir juntos abiertamente para luego decidir si el matrimonio es la opción adecuada para ellos. Sin embargo, a Doaa no le interesaba nada de esto.

—Pues dos veces han bastado para que se convenza de lo que siente por ti. —Maisam empezó a dar argumentos a favor de su amigo—: Escucha, Doaa, Basem es muy trabajador; en Siria era un hombre de éxito. Tiene ahorros y no me cabe duda de que conseguirá un buen trabajo.

Doaa negó con la cabeza.

—Basem no sabe nada de mí y, en cualquier caso, no estoy interesada. Por favor, díselo con educación —respondió, convencida de que el tema terminaría ahí.

En el fondo, Doaa estaba molesta con Maisam. Pensaba que era él quien había animado a su amigo a declararse tan rápido. Sentía rechazo por lo que le parecía un plan urdido por su primo. Tras aquella charla, pasó una semana entera sin hablarle.

Este volvió a casa y le contó a su amigo lo sucedido. Le sugirió con amabilidad que tal vez fuera mejor que se fijase otra persona. Doaa era obstinada y había dejado claro que no estaba interesada. Basem se tomó su rechazo mal. Según todo el que lo conocía, él obedecía siempre a su corazón. Era muy apasionado, ya fuera a la hora de luchar por su país o de enamorarse, pero también ferozmente protector con la gente que le importaba, y había querido cuidar de Doaa desde la primera vez que la vio. Había llegado a Egipto solo y de duelo, y ella había sido el primer rayo de luz en la oscuridad de su vida como refugiado. En ella veía esperanza para el futuro, y se había convencido de inmediato de que era la única persona que podría hacerlo feliz. Nunca antes había sentido eso por ninguna muchacha; además, su rechazo lo confundía: Doaa era la primera chica que le decía que no. Hasta entonces, siempre habían sido ellas quienes se habían acercado a él. Ese día, se marchó de casa de Maisam muy disgustado.

Durante los días siguientes, no hizo nada más que pasearse por casa deprimido. Maisam y Shifaa intentaron consolarle y le pidieron que tuviera paciencia. No podía pretender que una chica que acababa de conocer lo aceptase a la primera de cambio. Sin embargo, Maisam estaba convencido de que Doaa y Basem harían buena pareja, así que se ofreció a hablar con Hanaa de su parte. Seguro que ella haría entrar a su hija en razón.

Al principio, su tía se quedó de piedra, pero enseguida le confirmó que su hija no tenía interés en comprometerse con nadie. Le prometió que hablaría con Doaa sobre Basem, pero ella se molestó cuando le sacó el tema.

—Ya le dije a Maisam que no tengo ningún interés en su amigo, mamá, es más, ¡no tengo ningún interés en casarme!

Doaa tenía otras cosas en la cabeza. Trabajaba muchas horas para mantener a su familia, y el resto del tiempo lo dedicaba a contactar con sus amigos en Siria para que la informaran sobre la situación. Además, tenía otros sueños de futuro y esperaba poder regresar al camino que la llevaría a cumplirlos.

—¿Cómo me voy a comprometer con él, mamá? No abandoné nuestro país

solo para casarme sin terminar mis estudios.

—Claro, cariño. —Hanaa abrazó a su hija—. Te entiendo y te apoyo.

Aliviada porque su madre estuviera de su parte, Doaa dio el asunto por terminado. Basem no era el primer hombre que le pedía matrimonio y, además, tampoco creía que fuese en serio. Los anteriores que se lo habían propuesto tampoco se lo habían tomado en serio; todos se habían rendido en cuanto ella les había dicho que no y, después de eso, Doaa se había vuelto a dedicar a su trabajo en la fábrica de costura.

Sin embargo, Basem no solo no se rindió, sino que empezó a trazar un plan. Convenció a Maisam para que le diera el número de teléfono de Hanaa y así hablar directamente con ella. La primera vez que la llamó, le dijo que solo quería que tuviera su número por si algún día necesitaba algo. Pero después empezó a llamarla a diario; a veces le preguntaba por Doaa y otras veces se limitaba a preguntar por la familia. A Hanaa le caía bien, y cuanto mejor lo conocía más empatizaba con él. Era inteligente, fuerte, devoto y de buen corazón, igual que Doaa. Hanaa empezó a pensar que era la pareja perfecta para su terca hija. Sabía que era obstinada y que le costaba confiar en la gente; de niña, su testarudez y su miedo le habían dificultado hacer nuevos amigos, y Hanaa temía que también le obstaculizaran abrirse a la posibilidad de amar.

Un día, tres meses después de que Basem y Doaa se conocieran, él fue a hablar con Hanaa.

—Hoy he visto a Doaa cuando volvía del trabajo y parecía exhausta. Por favor, haga que deje de trabajar —suplicó—. Yo le daré lo mismo que está ganando para compensarlo.

Hanaa ya había oído lo generoso que Basem era con otros sirios: les pagaba los gastos y les compraba cosas que necesitaban. En la comunidad de refugiados se cuidaban los unos a los otros, y a Hanaa la conmovió que se ofreciera a ayudar a Doaa y al resto de la familia; sin embargo, su hija se puso furiosa cuando se enteró. Odiaba que alguien la considerase débil; para ella era crucial que la gente supiera que era capaz de cuidar de sí misma y de su familia, y que no necesitaba la ayuda de nadie. Cuando Hanaa le habló de la oferta de Basem, Doaa se enfadó, aunque sabía bien que decir que estaba exhausta era quedarse corto. Sufría mareos casi a diario y se desmayaba con frecuencia. A veces, después de un largo día de trabajo, le costaba comer, pero pese a todo eso no tenía ninguna intención de aceptar limosnas. La oferta del joven no hacía sino aumentar su determinación de seguir trabajando.

—Estoy bien —insistía, tratando de ignorar los desmayos, los constantes mareos y la depresión que había empezado a asediarla.

Parecía que todos los habitantes de Gamasa sabían que Basem estaba enamorado de Doaa y que ella había rechazado su proposición. Pronto, en el pueblo empezaron a llamarlo Romeo Basem. A las hermanas de Doaa les caía muy bien y acabaron por ponerse de su lado, e intentaron persuadir a Doaa para que cambiara de opinión y aceptara el compromiso. Incluso el propietario de la fábrica donde trabajaba la interrumpió un día mientras planchaba y le preguntó:

—¿Por qué no quieres casarte con Basem?

Aquella insistencia solo hacía que Doaa se obcecara más en su rechazo. Odiaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

—No puedo amarlo —dijo a su familia—. Y además no quiero casarme fuera de Siria.

Hanaa estaba preocupada por el rechazo categórico de Doaa. Temía que el agotamiento y la depresión que sentía la hicieran cerrarse en banda ante cualquier posibilidad de amar o ser feliz. Su hija, antaño tan llena de vida, se mostraba siempre seria y triste. Hanaa era consciente de que jamás podría obligarla a hacer nada, pero, como madre, sentía la responsabilidad de saltar las barreras que su obstinada hija había levantado a su alrededor en aquel asunto. Gracias a todas las llamadas de teléfono y los paseos por el barrio había llegado a conocer bien a Basem y confiaba en la sinceridad del muchacho. La testarudez de Doaa empezó a irritarla.

—¡Es sirio! —le espetó un día—. Y es una buena persona que quiere ayudarte, Doaa. Por favor, ábrele tu corazón.

Doaa sentía que todo el mundo estaba en su contra. No entendía por qué debía aceptar la proposición de Basem solo porque los demás pensasen que era una buena idea. Cuando descubrió que él había encontrado un bonito piso en la planta baja del edificio donde vivía por si su familia quería mudarse allí, le pareció que todo era parte de un elaborado plan para conseguir que aceptase, así que siguió rechazándolo y ganándose la vida lo mejor que podía en Egipto ella sola. Sin embargo, esa vida estaba a punto de hacerse mucho más dura.

Doaa y su familia no habían prestado mucha atención a las noticias egipcias, ya que estaban demasiado ocupados asistiendo al espectáculo de horror en que se había convertido la destrucción de su país. Pero el 30 de junio de 2013, en el primer aniversario de la investidura del presidente Morsi, las manifestaciones masivas en El Cairo y Alejandría contra su Gobierno habían llegado a unos niveles que ya no podían ignorar. La creciente frustración y desencanto con el Gobierno habían hecho que millones de personas se lanzaran a la calle para quejarse de que se hubieran apropiado de la revolución que había derrocado al presidente Mubarak dos años antes. Las condiciones de vida se estaban

deteriorando y los políticos laicos estaban siendo aislados de su propio Gobierno. Además, el borrador de la Constitución de Morsi tenía un enfoque islamista que preocupaba a gran parte de la población. A los egipcios empezaba a inquietarles que hubiera un estallido de violencia en su país, igual que había ocurrido en Siria. Las protestas en Egipto continuaron durante cuatro días y luego, el 3 de julio de 2013, ocho meses después de que los Al Zamel llegasen a Damieta, Mohamed Morsi fue destituido por el ejército. El general Abdelfatah al Sisi orquestó un golpe de Estado que sacó a Morsi del poder y la actitud del país hacia los refugiados sirios cambió de la noche a la mañana, fue arrastrada por la misma ola que había barrido a Morsi y a los Hermanos Musulmanes. Al haber acogido Morsi a los refugiados sirios, la gente los consideraba parte de su movimiento y pensaba que eran sus seguidores.

No había nada que la familia de Doaa pudiera hacer, más que observar cómo los presentadores de las noticias empezaban a acusar a los sirios de ser terroristas en potencia y de estar aliados con los extremistas que habían empezado a surgir en Siria. Y si no los consideraban terroristas, los veían como seguidores de Morsi. Acusaron a los Hermanos Musulmanes de haber pagado a los refugiados sirios para que participasen en manifestaciones de apoyo a Morsi. Yusef al Huseini, un famoso presentador de un programa de la televisión estatal, mandó un mensaje amenazante a los sirios: «Si eres hombre, deberías volver a tu país y solucionar el problema que tienes allí. Si interfieres en Egipto, te golpearán treinta zapatos». En la cultura de Oriente Medio, se considera que pegar a alguien con un zapato es un desprecio, así que aquel mensaje asustó y ofendió a la población siria a partes iguales. La política de puertas abiertas de Egipto llegó a su fin cuando se anunció que se requeriría un visado a todo sirio que quisiera entrar en el país, y los que ya estuvieran en Egipto pero no tuvieran los papeles de residencia serían detenidos y posiblemente deportados.

Para los sirios, en aquellos tiempos la atmósfera de Egipto cambió radicalmente. Ya no los saludaban cálidamente por la calle, solo los miraban con frialdad. La ayuda que recibían de la comunidad local de los Hermanos Musulmanes se agotó, y los lugareños empezaron a acusarles de llevar el país a la ruina.

Las chicas comenzaron a sufrir acoso cada vez que salían de casa. Un día, mientras Doaa y su madre iban al supermercado, un hombre que pasaba en moto disminuyó la velocidad al acercarse a ellas. Se inclinó, casi tocando a Doaa, y dijo en tono de mofa:

—Eh, chica, ¿quieres casarte conmigo?

Luego se volvió a Hanaa y añadió:

—¿Dejarías que me casara con ella? Es muy guapa.

Recorrió el cuerpo de Doaa con mirada lasciva mientras hacía ruidos de besos con la boca. Doaa se alejó de él al oler su aliento agrio, disgustada y asustada. El hombre las rodeó dos veces con la moto y luego se alejó riéndose del miedo que sentían. Doaa y su madre sabían que en Egipto el acoso sexual era algo generalizado, pero nunca lo habían sufrido en sus propias carnes, y ahora parecía estar dirigido sobre todo a las mujeres sirias. Doaa y sus hermanas ya no se sentían seguras en su barrio. El país que antaño había sido un refugio para ella y su familia se había convertido en un lugar amenazante más.

Mientras tanto, Basem cada vez estaba más desesperadamente enamorado de Doaa. Un día, uno de sus compañeros de piso fue a casa de los Al Zamel para decirle a Hanaa que creía que si no lograba casarse con su hija se iba a suicidar, y que había encontrado una botella de veneno en su habitación. Hanaa fue a ver cómo estaba, y cuando él le abrió la puerta no quiso mirarla a los ojos. Estaba pálido y delgado. Hanaa lo apartó para pasar, entró en su habitación y encontró una botella de veneno para ratas.

—No te puedes hacer esto —lo reprendió furiosa, mientras le meneaba la botella delante de la cara—. Los hombres no pueden ser así.

Él miró al suelo, avergonzado, y le confesó que si no podía estar con Doaa no quería seguir viviendo.

—Si no acepta mi proposición volveré a Siria a luchar. Aquí ya no hay nada para mí.

Por la calma y la certeza con que pronunció la frase, Hanaa lo creyó muy capaz de hacerlo. Basem se había convertido en un hijo para ella y no soportaba la idea de que muriera en la guerra. Intentó animarlo a tener fe:

—¡Ten paciencia! Puede que cambie de opinión, pero, mientras no lo haga, debes ser fuerte.

Cuando Hanaa se marchó, se llevó con ella el veneno para ratas, que tiró a la basura de inmediato, y prometió regresar para ver cómo estaba él. Al llegar a casa, le pidió a Doaa que se sentara con ella en el salón y le contó hasta dónde estaba dispuesto a llegar Basem para convencerla de su amor, incluso hasta quitarse la vida. Tomó las frías manos de su hija entre las suyas. Siempre que estaba exhausta o trabajaba demasiado se le ponían las manos congeladas.

—Cuando un hombre se humilla por una mujer, significa que la ama de verdad —le aseguró—. ¿Pensarás al menos en aceptar el compromiso?

La desesperación de Basem hacía sentir culpable a Doaa. No quería que fuese tan infeliz, pero tampoco le gustaba la presión a la que la sometían sus acciones.

—No me merezco esto —respondió a su madre—. Y no quiero su amor.

Saya, que estaba escuchando, intervino:

—Ojalá alguien hiciese eso por mí. Debe de estar muy enamorado.

Sin embargo, Doaa ignoró a su hermana. Se negaba a dejarse presionar ni engatusar para aceptar a hombre alguno.

Al día siguiente, cuando Doaa salió de casa, se sorprendió al encontrarse a Basem vestido con un traje nuevo y el pelo recién cortado. Olía a loción para el afeitado.

—Doaa —le dijo—. Sé que lo que he hecho está mal. No mereces esa clase de presión. Por favor, perdóname.

En ese momento, Doaa empezó a enternecerse, y se preguntó si no sería su testarudez la única cosa que le impedía que le gustase. Tras aceptar sus disculpas, se descubrió con una actitud tímida y callada, como cuando era pequeña. Lo único que acertó a decir fue:

—Gracias por venir.

Unos días después, una calurosa tarde de julio, Doaa sintió que se desmayaba. De repente, perdió pie y se golpeó la cabeza contra el suelo. Al principio no supo que cuando Hanaa se la encontró sola e inconsciente en casa, la primera persona a quien pensó en llamar fue Basem. Él le dijo que la llevase a un hospital privado.

—Evita un hospital público por todos los medios —la advirtió—. Yo correré con todos los gastos.

Los hospitales públicos eran famosos por su terrible atención, y eso si te asistían: a veces, los pacientes debían esperar durante horas para que al final no los visitase nadie. Así pues, Hanaa y su hermana Feryal, que entonces estaba de visita, llevaron a una Doaa medio consciente hasta un taxi y dieron al conductor la dirección de una clínica privada. Basem llegó poco después. Se las arregló para colarse diciendo al personal del hospital que era parte de la familia, y consiguió llegar hasta su habitación. Se hizo cargo de la situación de inmediato. Buscó una farmacia y compró los medicamentos que Doaa necesitaba. El médico les dijo que la salud de la muchacha era muy delicada. Estaba demasiado débil y delgada y, con un estado tan frágil, era vulnerable ante muchas enfermedades peligrosas. Cuando le dijo a la familia que tenía que descansar y que ellos tendrían que cuidarla y vigilar de cerca su estado de salud, Basem insistió en que haría lo que fuese necesario por cuidar de ella.

—Yo pagaré para que a Doaa la vean los mejores médicos de Alejandría, o de El Cairo si es necesario. Usaré todos mis ahorros para asegurarme de que esté bien —le aseguró a su madre.

Cuando se despertó y su madre le contó lo que Basem había hecho por ella,

algo cambió dentro de Doaa. Sus hermanas le dijeron que había estado paseándose por la sala de espera, nervioso y preocupado, y que había hecho muchas preguntas mientras esperaban al diagnóstico. Doaa, tumbada en su cama de hospital, empezó a pensar en aquel joven que estaba dispuesto a hacer tanto por ella. Su dedicación la convenció de que su afecto era sincero. Estaba acostumbrada a ser ella quien cuidaba de los demás, y no la persona a quien los demás cuidaban. Un sentimiento nuevo empezó a aflorar en su interior, algo que nunca antes había experimentado. Por primera vez desde que se había visto obligada a huir de su hogar, sintió que su corazón empezaba a abrirse, y que lo que sentía era algo más que compasión. ¿Afecto, quizá? ¿Gratitud? Amor no podía ser; de eso estaba segura.

El día que Doaa recibió el alta del hospital, una hora después de que llegaran a casa, sonó el teléfono de Hanaa. Era Basem, que quería hablar con Doaa. Esta le quitó el teléfono para llevárselo a la oreja, sorprendida de su propio entusiasmo.

—Solo quería darte las gracias —dijo con timidez, y le devolvió el teléfono a su madre.

Doaa no tardó en volver al trabajo, pese a las advertencias del médico. Seguía sintiéndose responsable de cuidar de su familia; quería contribuir. Aunque se sentía a salvo con su empleador sirio, la actitud que predominaba en Egipto, tan contraria a sus compatriotas, la afectaba profundamente. Su padre estaba perdiendo clientes en la barbería en la que había empezado a trabajar, y con ese estrés añadido, Doaa empezó a sentirse letárgica. Dormía mucho y, cuando estaba despierta, se quedaba mirando a la nada y daba vueltas al hecho de que su sufrimiento se había multiplicado por dos. Primero habían tenido que soportar la guerra en su país y ahora los egipcios los rechazaban. Una noche de insomnio se dedicó a observar a su familia, que dormía. Sentía que la ansiedad y la desesperación la devoraban. «No tenemos futuro», pensó. No importaba lo duro que trabajase, no podía darle un futuro a su familia. Sentía el peso del mundo en sus delgados hombros y no la dejaba dormir.

Un día se desmayó en el trabajo, y cuando se despertó en el hospital público el médico la informó de que sufría anemia severa y la advirtió de que tenía que quedarse en casa al menos un mes, para comer bien y descansar. A regañadientes, Doaa dejó de ir a trabajar, siguiendo las órdenes del doctor, pero no tenía apetito. Recuperar la salud no le importaba. Desde su balcón veía a Basem, que salía por la mañana para trabajar en la peluquería y volvía por la noche. Sus hermanas le contaban que cuando se lo encontraban por la calle les compraba pequeños regalos y siempre les preguntaba por ella.

Aunque todas las mujeres de la casa y muchos de sus vecinos sabían lo que

Basem sentía por Doaa, de algún modo, Shokri no parecía estar enterado. Hanaa y las chicas le habían ocultado todo el drama, pero conocía al joven y a menudo comentaba lo bien que le caía. Hanaa cada vez se mostraba más impaciente con su hija, y más preocupada. No le había contado que Basem tenía pensado volver a Siria a luchar, pero estaba inquieta y cada vez la presionaba más para que lo aceptase. Le dijo que era probable que la causa de su mala salud fuese su testarudez, y que su pretendiente podía hacerla feliz y cuidar de ella. Hanaa le imploró que volviese a pensar en el compromiso, que abriera su corazón y que rezase, que quizá eso la ayudaría a tomar una decisión de una vez por todas.

Y Doaa rezó, pidiendo ayuda. Sabía que su madre solo quería lo mejor para ella, y no comprendía del todo por qué pensar en aceptar a aquel hombre la disgustaba tanto. Le preguntó a Alá qué camino elegir. Rezaba noche tras noche, pero no obtenía respuesta.

Una noche, Hanaa llamó a Doaa para que se sentase junto a ella. La mujer tenía un aspecto inestable y cansado poco propio de ella. Sin andarse con rodeos, le preguntó:

—¿Por qué no te gusta Basem? Es un muchacho estupendo y nos apoya.

Doaa sabía que su madre tenía razón, y no era capaz de darle una buena respuesta. Apartó la vista, avergonzada. Hanaa la cogió de la barbilla y la obligó a mirarla a los ojos.

—Ya es suficiente —insistió con severidad.

Doaa no comprendía qué era, pero se daba cuenta de que había algo que tenía a su madre muy nerviosa.

Unas horas más tarde, Doaa se preparó para acostarse, se arrodilló para recitar sus oraciones y luego, como de costumbre, le dio las buenas noches a su madre, que estaba en la habitación contigua. Al no obtener más que un silencio por respuesta, lo volvió a hacer. Su madre siempre le respondía, pero esa vez no lo había hecho. Doaa se puso de pie de golpe, presa de una sensación de pánico y horror, y corrió a la habitación de sus padres, golpeando el suelo con los pies fríos y descalzos. Se encontró a su madre sentada en un estado como de trance, con la mano sobre los ojos. Temblaba descontroladamente y respiraba de forma entrecortada. Doaa zarandeó a su padre para despertarlo y juntos llevaron a Hanaa a la calle para parar un taxi, mientras ella gemía en voz baja, apenas capaz de mantenerse en pie.

En aquel momento, Basem estaba sentado en el balcón, disfrutando de un cigarrillo. Cuando vio a la familia Al Zamel en la calle, les gritó, preguntando qué sucedía. Doaa, que estaba llorando muy asustada, le contestó:

—¡No está bien, está casi inconsciente! ¡La llevamos al hospital!

La preocupación en los ojos de Basem enterneció a Doaa unos instantes. Subió al taxi junto a sus padres y se alejaron a toda velocidad.

El médico examinó a Hanaa y dijo a su familia que estaba mental y físicamente exhausta. Necesitaba descansar y su familia debía cuidar de ella. Les dijo que tal estado no era infrecuente en pacientes refugiados tras todo lo que habían sufrido en Siria y después en Egipto.

—Es mejor que no se le den malas noticias —advirtió—. Quizá no pueda soportarlas.

Doaa sentía que el médico la estaba mirando a ella cuando decía eso, y que, de algún modo, la enfermedad de su madre estaba relacionada con su rechazo a Basem y lo preocupada que estaba por ella.

Para cuando volvieron a casa ya casi había salido el sol. El teléfono de Hanaa sonó casi inmediatamente después de su llegada, y Doaa vio que en la pantalla aparecía el nombre de Basem.

—Lo siento mucho —dijo él cuando ella descolgó—, pero creo que sé por qué tu madre está enferma. ¡Es por nosotros!

A Doaa le sorprendió que hubiese llegado a la misma conclusión que ella.

—Sí —contestó con la voz entrecortada. No podía soportar ser la causa de la enfermedad de su madre—. Es culpa nuestra.

Pero antes de que pudiera decir nada más, él la interrumpió.

—Doaa, quiero contarte algo que solo le he dicho a tu madre. He decidido volver a Siria para luchar con la oposición. Si muero, al menos sabré que te tendré en el cielo, ya que no puedo tenerte en esta vida. Todavía no me voy; esperaré a que tu madre mejore para poder despedirme, pero me marcharé en unos días.

Doaa se quedó perpleja al oír la noticia. Ahora entendía por qué su madre había estado tan disgustada los últimos días. Hanaa le había cogido mucho cariño a aquel joven, había llegado incluso a quererlo como a un hijo.

—¡Ahora sí que estoy segura de que somos la razón de que haya enfermado! —exclamó, sintiéndose de repente como si se estuviese confesando con un amigo íntimo—. Ha sido por el disgusto de pensar que ibas a volver a Siria. Por eso estaba tan enfadada conmigo.

Doaa se encontraba en la puerta de la habitación de su madre y observaba cómo su pecho subía y bajaba mientras dormía. Se apoyó en la pared de fuera de la habitación, y se apretó el teléfono contra la oreja. Se dio cuenta de que no quería que colgara, y de que odiaba la idea de que, si se iba de Egipto, no podría hablar con él.

La voz de él se suavizó.

—Doaa, ¿crees que podrías cambiar de opinión? —le preguntó esperanzado —. Intenta pensar en ello un poco más, pero hazlo rápido. Me marcharé en unos días. Como muy tarde, el jueves. No soporto estar aquí más tiempo.

Faltaban solo tres días para el jueves. Doaa pensó en lo mucho que Basem cuidaba de ella y de su familia. Todos los días morían soldados del Ejército Libre Sirio, y si él se marchaba era posible que corriera la misma suerte.

—Dame un poco de tiempo; te llamaré —prometió Doaa, con lágrimas rodándole por las mejillas. Cuando colgaron, no estaba segura de si él la había oído llorar o no.

Tomar aquella decisión era una agonía. ¿De verdad pensaba volver a Siria? ¿Moriría por su culpa? Una parte de ella lo admiraba por tener el coraje de volver a su país y unirse a la lucha. ¿Acaso no había fantaseado ella con hacer lo mismo?

Pronto se corrió la voz de la inminente marcha de Basem y la gente empezó a murmurar que se iba porque tenía el corazón roto y no soportaba más el dolor.

Durante los días siguientes, Doaa no pudo dejar de pensar en él. No quería que muriese por su culpa. Dos días después de aquella llamada de teléfono, se estaba paseando por su cuarto, pensando en los amables ojos marrones de Basem y lo mucho que había cuidado de ella y de su familia. De repente, se dio cuenta de que tal vez no tenía por qué hacerlo todo sola. Su madre y su padre se apoyaban y eran más fuertes gracias a ello. Se admitió a sí misma que no soportaba la idea de no tenerlo cerca. Sin él, su barrio de Gamasa sería apagado y gris.

Doaa cogió su móvil y lo llamó.

—Me alegra oír tu voz, Doaa —la saludó, antes de preguntar, nervioso—. ¿Has vuelto a pensar en ello?

Las palabras salieron precipitadamente de sus labios, sin que se las hubiera preparado:

—¿Cómo es posible que digas que me amas y aun así quieras dejarme y volver a Siria? —lo desafió.

Él le respondió igual de rápido:

—Porque ardo de amor por ti, y no soporto verte y no tenerte. Prefiero ser un mártir en Siria. El dolor de no tenerte en mi vida es demasiado.

Y, como si su voz le perteneciera a otra persona, Doaa se oyó decir:

—Bueno, he pensado mucho en ello, y si sigues estando interesado puedes ir a pedirle mi mano a mi padre.

En cuanto pronunció las palabras, se dio cuenta de que las había dicho con toda el alma. El miedo que sentía por confiar en alguien no era nada comparado

con el de perder al hombre que podía ser el amor de su vida.

Basem se había quedado perplejo.

—¿Estás segura? ¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio.

—Vale. ¡Cuelga el teléfono ya! —gritó, rebosante de júbilo—. Voy ahora mismo a la barbería de tu padre a pedirle tu mano. ¡En cuanto lo haga voy para tu casa!

—No, bobo —se rio Doaa—. Ahora no puedes ir, es demasiado tarde. ¡Ya irás mañana!

Se quedó con el teléfono en la mano mucho rato después de colgar, pensando que tenía por delante la posibilidad de una nueva vida.

Seis

El compromiso

Al día siguiente, Shokri barría el suelo después de haber atendido a un cliente. Levantó la vista y vio a Basem, que entraba en la barbería seguido de un grupo de amigos. Llevaba un buen traje recién planchado, el pelo cuidadosamente peinado y la barba pulcramente recortada.

Shokri sonrió para darles la bienvenida a los jóvenes y les ofreció sentarse, pero todos se quedaron de pie. Basem, nervioso, cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

—He venido a decirle que le he propuesto matrimonio a Doaa —confesó al fin—. He venido a pedirle su apoyo.

Shokri se mostró incrédulo.

—Basem, me caes muy bien, pero Doaa no quiere casarse. —Negó con la cabeza y volvió a su escoba.

Él, perplejo, no supo cómo responder al rechazo de Shokri. Tras unos segundos de incomodidad, uno de sus amigos intervino a su favor.

—¡Basem habla en serio, señor! Hace ya tres meses que está enamorado de Doaa.

Pero Shokri creía conocer a su hija lo suficiente para saber cuál sería su respuesta. Levantó la vista y contestó con convicción.

—Mira, no es nada personal, pero estoy totalmente seguro de que Doaa no tiene ningún interés en comprometerse.

—Pe-pero... —tartamudeó el joven—. ¡Ha dicho que sí! Es verdad que durante un tiempo no quiso, pero ha cambiado de opinión.

Al oír aquello, a Shokri se le iluminó el rostro. No podía creerlo, y tampoco podía imaginar un candidato mejor para su Doaa que aquel joven trabajador y afectuoso. De repente, se sintió optimista y feliz de tener algo que celebrar. Sonrió a Basem y dijo:

—Bueno, si Doaa quiere, por supuesto que estoy de acuerdo.

Basem, emocionado, la llamó de inmediato para darle la noticia. Pusieron fecha para su ceremonia de compromiso unos días más tarde, el 28 de agosto de 2013, y planearon dar una fiesta para celebrarlo el 1 de septiembre.

Todos los días, después del trabajo, Basem iba a visitar a la familia de Doaa. Les llevaba pequeños regalos y después de cenar se quedaba un rato sentado junto a ella, charlando en susurros. Cuando tenía un descanso en el trabajo, la llamaba y le mandaba mensajes con emojis de corazón y poesías de sus poetas sirios preferidos.

El compromiso entre Doaa y Basem iluminó el hogar de los Al Zamel. La salud de Hanaa mejoró y la nueva pareja se convirtió en la comidilla del barrio. Todo el mundo se enteró de que Romeo Basem había conseguido por fin a su Julieta. El compromiso era un rayo de luz que penetraba en las dificultades diarias de la vida como refugiados.

El primer paso del compromiso era la ceremonia de la firma, un acontecimiento formal al que asistió un pequeño grupo de familiares y amigos y que se celebró en casa de los Al Zamel. Doaa llevaba un vestido negro con un velo negro y rojo, y estaba de pie a un lado de la ventana junto a las demás mujeres, mientras Basem y los hombres se encontraban al otro lado, en un balcón. El jeque, la autoridad religiosa local, sacó el contrato, llamado Katb al Kitab, un acuerdo islámico prenupcial que autorizaba su relación, y, desde el otro lado de la ventana, le preguntó a Doaa tres veces si aceptaba a Basem como su prometido. Cada una de esas veces, ella contestó, decidida:

—Acepto.

Estas respuestas los convirtieron en marido y mujer ante los ojos de Dios, y luego firmaron el contrato. Después, Doaa fue al balcón junto a Basem, mientras el resto de la familia los vitoreaba, y Hanaa y las chicas sirvieron té y tarta a todos los invitados. Más adelante tendrían que ir a un juzgado para hacer oficial el compromiso, pero, de momento, habían recibido la bendición como pareja con intención de casarse, y eso les daba la libertad de pasear en público de la mano.

Dos días después, continuaban con la preparación de la fiesta de celebración del compromiso. Basem fue a buscar a Doaa, a sus hermanas y a Hanaa para ir a comprar joyas. Según la tradición, el hombre compra un anillo, pulseras, pendientes, un reloj y un collar para su prometida, pero Doaa y Hanaa trataron de convencerlo de que con una sola joya era suficiente. Sabían que se le estaban acabando los ahorros y que no ganaba mucho dinero. Sin embargo, él insistió en comprarlas todas y pidió el oro más caro. Doaa eligió un collar, unos pendientes y un anillo doble, y prescindió del reloj. La inscripción del anillo era *Tag Elmalika*, o «la corona de una reina».

—Así es como la tratas —le dijo Hanaa—. Como a tu reina.

Para la fiesta del compromiso, Doaa se compró un vestido de una tela brillante de color azul cielo con un corpiño ajustado y una falda larga. Había tardado días en encontrarlo, tras ir de tienda en tienda con su madre.

Ahora que ya habían pronunciado juntos sus votos, estaba permitido que Basem y Doaa salieran a solas y se dieran la mano. Él la llevaba a cafeterías y de compras para consentirla. Tras haber pasado tanto tiempo viviendo con lo justo, Doaa disfrutaba de las atenciones.

—Me encanta cómo te vistes —le decía Basem, que bromeaba con que todos los hombres lo envidiaban por tener una futura esposa tan elegante.

Además, como sabía que le gustaban los dulces y las patatas fritas, le compraba bolsitas en los quioscos para ir de pícnic al parque del barrio. A veces salían juntos de paseo, y luego iban a un parque a subirse a los columpios, como adolescentes, donde se balanceaban entre risas y se hablaban en susurros.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Dodo —le decía él, usando el nuevo sobrenombre con el que la llamaba—. No tienes ni idea de lo mucho que me has hecho sufrir.

La mañana de la fiesta, Hanaa acompañó a Doaa a la peluquería. Tenía una melena larga que le llegaba a la cintura, y la estilista pasó más de una hora construyendo un elaborado peinado que se le enrollaba en la cabeza, mientras una maquilladora le transformaba el rostro. Cuando terminaron, con el peinado y el maquillaje a punto, Doaa ya no parecía una refugiada oprimida ni la trabajadora de una fábrica. Parecía una mujer enamorada que podía mirar hacia un futuro que tal vez no sería tan desolador, y así se sentía también ella.

Doaa estaba feliz porque Basem y ella hubiesen hecho oficial su relación y fuesen marido y mujer ante los ojos de su religión, pero en el taxi de vuelta a casa no pudo reprimir la tristeza al pensar en sus hermanas mayores, que no podrían acompañarla en su día especial. Alaa, Ayat y Asma estaban repartidas por toda la región: Alaa estaba en Abu Dabi, Ayat, en el Líbano y Asma, en

Jordania. Al ser refugiadas, sus pasaportes sirios no servían de nada sin visado, así que estaban atrapadas en los países a los que habían huido y no podían venir a celebrar el compromiso de Doaa. Esta lloró por la injusticia y se estropeó el maquillaje.

Cuando salió del taxi a las cuatro de la tarde, tras arreglarse un poco en casa y retocarse la máscara de pestañas, vio que alrededor de cien invitados, tanto sirios como egipcios, se habían reunido para celebrar con ella. Los amigos de Basem lanzaron fuegos artificiales y los invitados entraron en casa de la tía de Doaa, donde había mesas repletas de todo un despliegue de platos caseros, dulces y botellas de zumos de fruta. Doaa había encargado a Saya que se ocupase de la decoración, y ella, Nawara y sus tías habían construido un pequeño estrado para la ceremonia y habían comprado banderines, globos y manteles de papel. Había flores por todas partes: sobre las mesas, en el estrado, incluso en las cortinas, y no había un rincón del salón sin decoraciones festivas y llenas de color. Las chicas habían recortado las iniciales «D» y «B» y las habían pegado en la pared para que los invitados las viesen al entrar.

La multitud llevó a Doaa al interior, hasta el dormitorio de su tía, donde las mujeres se habían retirado. Habían alquilado un sistema de sonido de un hotel cercano y sonaba pop árabe; todo el mundo hablaba a la vez. Allí, llevaron a Doaa al centro de la habitación para el baile tradicional.

Pronto anunciaron que Basem estaba a punto de entrar. Siguiendo la tradición, todas las mujeres se cubrieron la cabeza, excepto Doaa. Él, recién afeitado y vestido con un elegante traje oscuro, se acercó a ella. Era la primera vez que la veía sin velo.

—¿Es esta la misma Doaa de siempre? —Estaba exultante—. Estás preciosa, aunque ¡creo que eres todavía más guapa sin maquillaje!

Se sacó una cajita del bolsillo, de la que extrajo los pendientes de oro que le había comprado y se los puso en las orejas. Las mujeres se unieron a los hombres, que ya estaban en el salón junto al bufé, y entonces empezó la fiesta. Después de comer, los invitados estuvieron bailando hasta bien entrada la noche al ritmo de música pop árabe. Para todos los presentes fue una de las pocas ocasiones de felicidad para recordar.

Una semana después de la celebración, al irse a la cama, Doaa metió la mano debajo de la almohada para tocar su anillo de compromiso. Lo guardaba ahí para que no se le perdiera; solo se lo ponía para salir. Pero, horrorizada, no encontró nada. Pasó las manos por las sábanas y levantó la almohada, desesperada. ¡Su anillo de compromiso no estaba! «No tengo suerte ninguna en esta vida», pensó mientras llamaba a sus hermanas para que la ayudaran a buscarlo. Aquella tarde

habían tenido invitados, amigos de las chicas. No pudo evitar preguntarse si alguien se lo habría robado. Llamó a Basem llorando, preocupada porque la tachara de descuidada.

—No te preocupes —la consoló—. No es importante. Te compraré uno nuevo.

De repente, un pensamiento oscuro se le cruzó por la mente: «¿Y si esto quiere decir que nunca tendremos una boda de verdad?». Sin embargo, intentó olvidarlo.

Basem ya no necesitaba invitación para ir a casa de los Al Zamel. Las hermanas de Doaa lo adoraban y para Shokri era como un hijo que ayudaba a su familia y amaba a su hija. Cuando la pareja discutía, siempre se ponía del lado de él y reñía a su hija:

—¡Debes tratar bien a tu futuro esposo!

Por su parte, a Doaa la asaltaban emociones que nunca antes había sentido. Horas antes de que su prometido fuera de visita, se subía por las paredes pensando en qué ponerse, y cuando le sonaba el móvil tras recibir un mensaje suyo sentía mariposas en el estómago. Empezó a imaginárselo encontrándose con otras mujeres y descubrió la sensación irracional de los celos.

—No seas tonta, Dodo, eres la única mujer que he amado y que amaré —la tranquilizaba él.

Ahora compartía con Basem el peso de la responsabilidad que había sentido por mantener a su familia a flote. Se dio cuenta de lo bonito que era sentirse apoyada y protegida.

Basem empezó a trabajar en una fábrica de carbón para ganar más dinero. Hacía largos turnos que empezaban a las siete de la mañana y terminaban a las ocho o las nueve de la noche, por un sueldo de quinientas a seiscientas libras egipcias, un poco más de lo que ganaba Doaa por coser y planchar, algo que seguía haciendo de vez en cuando. Cuando terminaba su turno por la noche, llegaba a casa de Doaa exhausto. Estaba perdiendo peso y tosía por culpa del polvo. Doaa le servía un plato de comida y cuando terminaba de cenar salían al balcón a fumar un narguile juntos hasta bien pasada la medianoche. A última hora, la conversación terminaba por derivar hacia el futuro. Acordaron retrasar tener hijos hasta que hubiesen terminado sus estudios y encontrado un buen trabajo.

A veces, Basem le decía que no veía futuro para ellos en Egipto. Una noche, mientras bebían té, le dijo que desde que había tenido lugar el golpe militar, otros egipcios lo acosaban. «¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntaban—. ¿Por qué no te vas a luchar en Siria?».Por lo general, él no contestaba, pero empezaba a pensar que tenían razón. Doaa le recordó que se había ido a Egipto porque en

Siria lo habían detenido.

—Me dijiste que en aquella cárcel te torturaron y te dejaron sin agua ni comida durante días.

Cada vez que Basem recibía noticias de Siria, parecían ser siempre sobre la muerte de otro de sus amigos. A veces, Doaa estaba con él cuando recibía la noticia por teléfono. Siempre que pasaba, ella le estrechaba la mano y se acurrucaba junto a él, escondiéndole la cabeza en el cuello, mientras a él le caían las lágrimas.

Para animarlo escuchaban sus canciones preferidas de Siria. Doaa le ponía un auricular en la oreja y ella se ponía el otro, inclinaba la cabeza hacia la de él y escuchaban juntos. A los dos les encantaba una famosa canción de la estrella del pop libanesa Carole Samaha que se llamaba *Wahshani Baladi*, o «Echo de menos mi país». Cuando llegaba el estribillo lo cantaban a coro.

Oh, Dios, oh, mi país querido, cómo echo de menos mi país...
No encuentro nada que ocupe el lugar de lo que ya no está, salvo un instante en los brazos de mi amado...
Mañana regresaré, y los dos volveremos a aquel lugar... y los días serán tan dulces.

Un fin de semana que fueron de paseo por la playa, ella se arrodilló en la arena y escribió «Basem» con los dedos. Él añadió «+ Doaa», y luego ella escribió «Siria» debajo en letras más grandes.

Mientras miraba el resultado, él dijo de repente:

—Volvamos a Siria. Echo de menos a mi familia. Nuestro sitio está allí.

—De ningún modo—contestó Doaa, aunque apenas unos meses antes ella quería lo mismo—. Soy responsable de mi familia y no puedo abandonarlos sin más. —Pensó en la posibilidad de que Basem regresara a Siria, muriese en la guerra y no volviera a verlo nunca más—. Si te vas, será el final de nuestra relación —le espetó, maquillando el miedo con ira—. Si quieres, coge todo el oro que me has comprado y vete tú solo —le dijo de forma desafiante.

—Pero aquí no tenemos futuro —insistió él, borrando los nombres en la arena con el pie.

—Allí podrían atacarme y violarme delante de ti y no podrías hacer nada por defenderme —gritó Doaa—. Además —añadió en tono más suave—, en Siria no hay trabajo para ti.

Basem se quedó en silencio unos instantes, mientras pensaba en lo que Doaa acababa de decir. Finalmente, admitió:

—Tienes razón.

Doaa le cogió la mano.

—Ten paciencia, mi amor. Si sigues buscando, encontrarás un trabajo mejor en Egipto —lo animó, intentando infundir seguridad a su voz, como si ella misma creyese en lo que decía.

Sin embargo, el clima que se respiraba en Egipto no les facilitaba las cosas. Un día que Doaa y Basem habían salido a pasear, se separaron momentáneamente mientras bajaban la calle. Una moto se acercó a Doaa y se detuvo a su lado. De repente, el conductor, un chico de diecinueve años que ella reconocía de haber visto por el barrio, la agarró del brazo y tiró de ella. Doaa le dio un codazo de forma instintiva para soltarse, pero cuando el muchacho volvió a agarrarla se dio cuenta de que estaba intentando subirla a la moto.

Doaa se apartó de él y corrió hacia su prometido, gritando:

—¡Basem, corre! Tenemos que irnos a casa ahora mismo.

De algún modo, él se había perdido toda la escena, pero al percibir el miedo de Doaa preguntó:

—¿Te ha hecho algo?

Ella, al ver que el rostro de él se tornaba rojo de ira, decidió que era mejor que se marchasen antes de que la situación fuese a peor.

—No —mintió—. No ha pasado nada.

—Eso no es verdad, te ha hecho algo, ¿verdad?

Antes de que ella tuviera tiempo de responder, Basem se acercó al joven motero egipcio a grandes zancadas y le dio un puñetazo en la cara. La moto se cayó al suelo y el hombre saltó contra Basem. Ambos empezaron a pelearse a puñetazos y cuerpo a cuerpo, intentando tirar al otro al suelo.

—Poe favor, Basem, para, por el amor de Dios, ¡para! —gritó Doaa, preocupada de que pudiera salir herido y de que la pelea llamase la atención de la gente y les acarreara algún problema.

—Vete a casa, Doaa, voy enseguida —gritó él, volviéndose hacia ella.

El chico, al ver que Basem estaba distraído, saltó en la moto y se marchó a toda velocidad.

La pareja se recompuso y emprendió el camino de vuelta a casa, pero al cabo de unos instantes vieron que la moto volvía. Esta vez, el motero llevaba a un amigo de paquete y detrás les seguían dos hombres más en otra moto. Llevaban palos de madera y los sacudían en el aire de forma amenazadora. Al acercarse a ellos, uno de los hombres se sacó una navaja del bolsillo. Basem empujó a Doaa detrás de él y les gritó que la dejaran en paz.

—¡Habéis venido a llevarnos a la ruina! ¡Vivís de nosotros! —les gritó el hombre de la navaja.

Doaa gritó pidiendo auxilio y se echó a llorar. Sacó su móvil para llamar a su madre y pedirle ayuda. Toda la familia se había vuelto a mudar al hotel que les había alojado al llegar a Egipto. Una vez más, no tenían que pagar alquiler, pues las temperaturas habían bajado y los veraneantes habían empezado a volver a casa. El hotel estaba a una manzana de donde Basem y Doaa se encontraban en aquel momento. Estaban rodeados: los hombres se habían bajado de las motos y los cercaban. Hanaa respondió al teléfono y alertó al gerente del hotel en cuanto entendió lo que estaba pasando. Jalid, que siempre había sido muy amable con toda la familia, salió corriendo y se interpuso entre Doaa y Basem y los hombres y les pidió que se marcharan. Jalid era un miembro muy respetado en la comunidad, y por fin los hombres dieron media vuelta, montaron en sus motos y se fueron.

Jalid, Basem y Doaa volvieron al hotel y el primero insistió que fuesen directamente a comisaría a denunciar el incidente.

—Si no decís nada, podrían volver y hacer algo peor —los advirtió.

Mientras Jalid intentaba convencerlos de que denunciaran, el joven que había agarrado a Doaa y su padre se presentaron en el hotel. El padre se disculpaba profusamente. Admitió que su hijo era muy problemático y les dijo:

—Si vuelve a hacer algo así, tienen todo el derecho a denunciarlo. —Luego se volvió hacia su hijo y, furioso, le ordenó—: Agáchate y besa los pies de Doaa y Basem.

Sin embargo, él se negó y se echó a llorar. Doaa y Basem se compadecieron del muchacho lloroso y conflictivo y decidieron no denunciar el incidente. Solo querían pasar página y no llamar la atención de las autoridades.

Esa noche, mientras estaba tumbada en la cama despierta, Doaa revivió la escena y se dio cuenta de lo cerca que había estado, una vez más, de ser secuestrada. Se sentía agradecida a Basem y a Jalid por haberlos librado de aquellos hombres, pero ya no se encontraba segura en Egipto, ni siquiera con su prometido a su lado.

El estrés de aquel encuentro tan desagradable también afectó a su relación de pareja. Un día, tras una discusión especialmente acalorada, Doaa le anunció que quería romper con él. Se quedó perplejo. Al día siguiente, se presentó en su casa con muy mal aspecto. Parecía enfermo. Con tono muy serio, le dijo:

—Doaa, tenemos que hablar. He decidido volver a Siria. Me había quedado aquí por ti, y he aceptado muchas dificultades y humillaciones en Egipto por ti. Así que, si no quieres estar conmigo, no tengo ninguna razón para quedarme. He decidido que si no quieres venir conmigo, eres libre. Podemos dar por terminado nuestro compromiso.

Al oír sus palabras, Doaa chilló:

—¡No te puedes ir! ¡Te matarán!

Sin embargo, Basem no dio su brazo a torcer. Doaa, consternada, salió corriendo de casa al darse cuenta del error que había cometido al romper con él. Si volvía a Siria, ella sería cómplice de su muerte. Doaa sabía que lo estaba pasando mal tras la reciente muerte de su hermano, que había fallecido luchando para el Ejército Libre Sirio. Le consumía la culpa por no haber estado a su lado. En realidad, ella no quería que Basem la dejase, ni tampoco romper su compromiso. Solo estaba agotada por el estrés y las dificultades de su vida en Egipto y había tenido un arrebato durante la discusión. Basem salió tras ella y, cuando la encontró sollozando, ella le rogó que cambiara de idea. Él estudió su rostro, negó con la cabeza y sacó un pañuelo para secarle suavemente las lágrimas.

—¡No lo decía en serio! —sollozó ella—. No quiero romper.

Al ver lo afectada que estaba y darse cuenta de que era sincera, él la abrazó y le prometió no dejarla nunca. Le juró que solo volverían a Siria cuando la guerra terminase, y que lo harían juntos. Desde aquel día, Doaa rezó todas las noches porque siempre estuvieran juntos.

Aquel otoño, Saya, Nawara y Hamudi empezaron a ir a la escuela, y Doaa volvió a trabajar. El instituto de Saya estaba en otra zona de la ciudad y tenía que caminar sola un buen trecho para llegar. Casi cada día encontraba en la puerta del colegio jóvenes que la insultaban al entrar.

Un día, mientras volvía a casa, se dio cuenta de que la seguía un *tuk tuk*. Dentro había dos hombres egipcios con mala pinta y los brazos llenos de tatuajes.

—¡Para, chica siria! —le gritaron—. Nos gustan las mujeres sirias y queremos ver si nosotros también te gustamos a ti.

Saya mantuvo la cabeza gacha y siguió caminando hacia las puertas de la escuela primaria, donde Nawara y Hamudi la estaban esperando. Al llegar, cogió a sus hermanos y fue directamente al despacho de administración a llamar a sus padres para que fuesen a recogerlos. Hanaa llegó hecha un mar de lágrimas junto a dos vecinos sirios, que la habían acompañado por si necesitaba protección. Más tarde, cuando Shokri se enteró de lo sucedido, se subía por las paredes al pensar que sus hijas estaban en peligro también en Egipto.

Hamudi igualmente lo estaba pasando mal. Aunque le encantaba estudiar y era muy buen alumno, tras la caída del Gobierno de Morsi y el cambio en el clima social, los niños egipcios que antes habían sido sus amigos habían empezado a meterse con él.

Y entonces, un día, la escuela de Hamudi anunció que ya no admitiría niños

sirios. Los padres protestaron y les recordaron a los trabajadores de la escuela que era la guerra en Siria lo que los había llevado hasta allí, y que lo único que querían era que sus hijos recibieran una educación. También esgrimieron como argumento que negar la educación a los niños refugiados iba contra las políticas del Estado, y que los profesores no tenían derecho a aplicar medidas semejantes. Al final llegaron a un acuerdo: la escuela permitió que los niños sirios continuasen asistiendo a clase, pero ya no podrían sentarse en pupitres, tendrían que hacerlo en el suelo.

En aquella misma época, un hombre de aspecto amenazador paró su ciclomotor en la plaza que había frente al hotel donde se alojaban Doaa y su familia y empezó a gritar. Los Al Zamel corrieron a su balcón para ver qué decía. Gritaba a pleno pulmón:

—¡Si alguno de vosotros manda a sus hijos al colegio, se los devolverán cortados en pedacitos!

Repitió la amenaza una y otra vez, a gritos, para que todos la oyeran. Los sirios del barrio que vieron la escena intentaron ir a por él, pero se fue a toda prisa antes de que consiguieran ver el número de la matrícula para denunciarlo. La sensación de terror con la que la familia de Doaa vivía en Siria y que creía haber dejado atrás empezó a abrirse paso de nuevo en su interior. Muchos de sus vecinos decidieron que a partir de entonces sus hijos permanecerían en casa, y Shokri y Hanaa también optaron por esa solución. Hamudi se quedó desconsolado, y se pasaba el día en casa, triste.

Mientras tanto, Shokri sufría para llegar a fin de mes con apenas un puñado de clientes fieles. Basem se dio cuenta de lo mal que le iba el negocio y le ofreció que fuesen socios en su barbería, a lo que Shokri aceptó agradecido. Para entonces, Basem ya tenía un buen número de jóvenes clientes, y aquello ayudó a revivir el negocio de su futuro suegro. Pese a que eso ayudó un poco a la familia, Basem sabía que quería algo más para su prometida y para él. Pese a que ambos trabajaban muchas horas, no podían albergar la esperanza de construir una vida más allá de la pobreza absoluta. En aquellas condiciones no podían formar una familia, y él tenía menos esperanzas de regresar a Siria con cada día que pasaba. Se sentía como si estuviesen desperdiciando sus vidas en Egipto, con una población que no parecía quererlos allí. No podía estar siempre con Doaa por lo mucho que trabajaba, y le preocupaba que llegase el día en el que ella lo necesitara y él no estuviera para protegerla. Basem sabía que algo tenía que cambiar.

Siete

Un pacto con el diablo

Era una agradable tarde de junio del año 2014, nueve meses después de que Doaa y Basem se comprometieran, y la familia Al Zamel estaba terminando de comer. Doaa seguía viviendo con su familia, pues su prometido y ella solo podrían irse a vivir juntos tras celebrar una boda formal.

Basem ayudó a retirar los platos y después sugirió que fuesen todos juntos a pasear, antes de que Shokri y él volviesen a la barbería. La joven pareja iba delante del resto de la familia, charlando y cogida de la mano. Cuando llegaron a la *Corniche*, Basem se volvió hacia Doaa y le habló con la voz más baja de lo habitual y de forma deliberada, como si hubiese ensayado lo que iba a decir:

—He de hablar contigo de algo importante. Quiero que nos vayamos a Europa. Aquí no tenemos futuro; estamos atrapados y tampoco podemos volver a Siria. —Miró el rostro perplejo de su prometida y continuó, a toda prisa—: Todo el mundo se está yendo. Un amigo mío se fue a Alemania y ha presentado una solicitud para llevarse a su familia. Allí se está mucho mejor, Doaa. Podrías volver a estudiar y yo, abrir una barbería. Podríamos construir un hogar juntos y formar una familia. —Observó a la muchacha, esperanzado, buscando algo en su expresión que le dijese que estaba de acuerdo con él—. ¿Qué te parece? Lo único que necesitamos es conseguir el dinero para ir.

Pero Doaa solo pensaba en la inmensidad del mar que se interponía entre Egipto y Europa, en que el agua le cubriese la cabeza y le anegase los pulmones. Todavía no había aprendido a nadar y la sola idea de cruzar aquella vasta masa de agua la aterrorizaba. Sabía que los refugiados no tenían forma legal de llegar a Europa. No conseguirían los documentos que necesitaban para viajar hasta allí en ferri, como el que habían tomado para llegar a Egipto. Si solicitaban un visado se lo denegarían, y para pedir asilo en Europa debías estar allí físicamente. Doaa sabía que la única forma de lograrlo era ilegal según las autoridades egipcias y peligrosa para todo el mundo.

—¿Quieres decir que vayamos en un barco de contrabando? —preguntó—. Quítatelo de la cabeza. No lo pienso hacer.

Sabía que esos barcos eran pequeños y destartalados e iban demasiado abarrotados; además, había oído historias de naufragios y refugiados que se ahogaban. No se podía creer que Basem quisiera correr ese riesgo. ¿Cómo iba a cruzar el mar subida en uno de esos barcos si ni siquiera era capaz de meter un pie en el agua?

—Pero el agua solo te llegaría a las rodillas —farfulló él— y luego estarías a salvo en el barco. Cuando estemos lo bastante cerca de Italia nos rescatarán y ¡luego podemos ir hasta Suecia!

Le explicó que se enviaban señales de auxilio en cuanto los barcos llegaban a aguas italianas y que la guardia costera italiana mandaba barcos para que todos llegasen a salvo a la orilla.

—Ni hablar. —Doaa se estremeció—. La respuesta es no, Basem.

Sin embargo, él empezó a sacar el tema a cada oportunidad que se le presentaba, tratando de encontrar la forma de convencerla. Doaa no entendía por qué continuaba insistiendo, siendo consciente de lo mucho que la asustaba el agua. Siempre que iban a la playa con toda la familia la veía quedarse lejos de la orilla y mirar cómo los demás chapoteaban en las olas. Basem era un buen nadador, y por un buen motivo. Le había contado a Doaa que en Daraa, cuando tenía unos trece años, solía ir a un lago con dos de sus amigos. Ninguno de ellos sabía nadar, pero se metían en el agua a jugar de todos modos, salpicándose los unos a los otros. Un día, uno de sus amigos se metió en una parte donde no hacía pie y empezó de repente a agitar los brazos y a intentar coger aire. Basem y el otro chico pensaban que estaba de broma, pero cuando por fin llegaron hasta él, tenía la cara sumergida en el agua y el cuerpo inmóvil. Se había ahogado. Aquel día, Basem se juró que aprendería a nadar.

—Me prometí que jamás me volvería a quedar a un lado, impotente, mientras alguien que me importa se ahoga —le había confesado a Doaa.

Y también le había contado otra historia: unos años más tarde, fue a un lago con unos amigos. Para entonces ya era un buen nadador. Desde la orilla rocosa, donde estaba sentado, vio en la distancia que un bote de remos volcaba y una adolescente caía al agua. Era evidente que necesitaba ayuda, así que corrió en dirección al barco y se lanzó al agua. Cuando llegó hasta la muchacha la envolvió entre sus brazos y la llevó a la orilla, posiblemente salvándole la vida.

Sin embargo, ninguna de estas historias tranquilizaba a Doaa. Cada vez que se imaginaba sumergida en el agua, sin que hubiera tierra a la vista, sentía ganas de vomitar.

—Basem, no quiero oro, ni muebles caros, ni una vida en Europa —le dijo una noche que él estaba, de nuevo, intentando convencerla.

Se encontraban a solas en el balcón de casa de Doaa, contemplando cómo el cielo se oscurecía, mientras el resto de la familia escuchaba la radio en el salón. Ella no era capaz de imaginar una vida lejos de ellos.

—Quiero vivir cerca de nuestra familia. ¿Y si nos fuésemos a Arabia Saudí? Antes trabajabas allí —propuso.

En Arabia Saudí podrían empezar de cero y estar lo suficientemente cerca de la familia, y para llegar hasta allí no hacía falta que se subiera a ningún barco.

—No te gustaría —repuso él—. Son demasiado conservadores. Tendrías que ponerte un burka e irías cubierta de negro de la cabeza a los pies, con solo una ranura de malla para poder ver. Ni siquiera podrías salir si no es conmigo. —Exasperado, añadió—: ¡La mitad de mis amigos se ha ido a Europa! Me mandan mensajes por Facebook todo el rato, desde Suecia y Alemania. Tienen buenos trabajos y están estudiando. Me han dicho que allí nos acogerían bien, no como aquí. —Basem esperó a que Doaa asimilara la información y añadió—: Los otros mensajes que recibo de continuo son de los amigos que me quedan en Siria, en los que me dicen quién ha muerto. ¿Te has olvidado de cómo era ver morir a gente todos los días?

—¿Te has olvidado de todas las historias horribles sobre esos barcos? —contraatacó Doaa—. ¿Y de las historias de los refugiados como nosotros que se ahogan?

Furiosa, se levantó de golpe y entró para ir junto a su familia, dejándolo solo en el balcón. Le dio la espalda para que no pudiese ver las lágrimas de tristeza y frustración que le caían por las mejillas.

Aquello continuó durante dos meses. Basem sacaba el tema siempre que podía y probaba formas distintas de convencerla.

—Doaa, ¡pareces cansada! ¡Este sitio no te hace bien! En Europa estarías mejor de salud.

Lo cierto era que la salud de Doaa empeoraba cada día que pasaba. Cada vez que Basem la veía dudar, le recordaba Europa.

—En Europa puedes estudiar. Podemos abrir una peluquería juntos, ganarás dinero y por fin podrás permitirte comprar ropa nueva. Allí podrías incluso tener una casa bonita. En lugar de despreciarnos, nos respetarán y nuestros hijos podrán tener una buena vida.

Le enseñaba las fotos que le enviaban sus amigos en las que aparecían sonrientes, delante de monumentos históricos y parques preciosos. Uno de ellos le había mandado una foto desde Ámsterdam, en un puente que cruzaba un canal con una bonita estampa de la ciudad al fondo. Al ver aquellas fotos, Doaa no podía evitar escucharlo y soñar. Europa parecía un lugar ordenado y lleno de esperanza, una tierra de fantasía y de posibilidades.

La vida que retrataban las fotos era muy distinta de la pobreza, las dificultades y los peligros que ella había llegado a aceptar como normales. En Egipto no había nada para ella y su familia, más que hostilidad y trabajos extenuantes a cambio de unos salarios tan bajos que jamás bastaban para proporcionarles todo lo que necesitaban. Apenas tenían suficiente para la comida y el alquiler, y siempre que necesitaban algo más, como medicamentos o un par de zapatos para Hamudi cuando los que tenía se le quedaban pequeños, debían pedir dinero prestado que luego no podían devolver o vender uno de los pocos objetos de valor que les quedaban. En Egipto, Doaa no tenía forma de terminar el instituto y ya había dado por perdido su sueño de ir a la universidad. Igual que otros miles de refugiados sirios, se sentía atrapada en una vida en el limbo, en un país donde sus propios ciudadanos debían enfrentarse a una economía hundida, una inflación alta y el incremento constante de los precios de la comida. En Egipto toleraban a los refugiados sirios, pero estos tenían pocas posibilidades de encontrar un buen trabajo e integrarse de verdad en la sociedad.

Doaa empezó a preguntarse cómo sería salir por la puerta sin temer que la secuestraran, que sus hermanas fuesen al colegio sin miedo a que las acosaran, les pegaran o algo peor. Recordó una vida en la que su madre no siempre estaba enferma y su padre no siempre estaba exhausto, y en la que Hamudi era un niño feliz con una infancia normal. Nada de eso era posible ya en Egipto.

Y en Siria la situación no hacía más que empeorar. Cientos de personas habían muerto en un ataque químico en Damasco del que la comunidad internacional había acusado al Gobierno de Asad. Los yihadistas extremistas se habían integrado entre los grupos rebeldes y habían empezado a luchar entre ellos, debilitando así la poca oposición moderada que quedaba en el Ejército Libre Sirio. Una organización particularmente violenta y cada vez más popular, el

Estado Islámico, estaba ganando terreno e imponiendo en Siria su doctrina fundamentalista y su rígida interpretación de la *sharía*, la ley islámica. Para entonces, al menos un tercio de la población estaba desplazada; tres millones de sirios se habían visto obligados a marcharse a los países vecinos del Líbano, Jordania, Turquía y Egipto, donde sufrían las dificultades propias de la vida como refugiados.

Poco a poco, Doaa empezó a valorar la posibilidad de irse; sin embargo, la determinación de Basem empezó a flaquear. Amaba a su prometida demasiado como para obligarla a hacer algo que la aterrorizaba, y las dudas comenzaban a asaltarlo. Decidió que lo mejor era que se marchase a Europa él solo y que, una vez estuviese instalado, se trajese a Doaa y a su familia. Había oído que allí tenían programas para reunificar a los refugiados con las familias que habían dejado atrás. Sus amigos le habían dicho que lo único que tenía que hacer era llegar allí y solicitar asilo para luego pedir que llevaran también a su familia. Entonces les expedirían un visado y un billete de avión.

—No tardarías nada en poder venir conmigo —le dijo a Doaa cuando le contó su nuevo plan.

Estaban sentados el uno al lado del otro en una mesita de su café preferido, bebiendo té y fumando un narguile en un descanso del trabajo de Basem. Doaa dejó su taza sobre la mesa, perpleja.

—No pienso dejar que vayas solo —le contestó sin pensárselo dos veces—. ¡No me puedo separar de ti!

—Solo estás celosa —la chinchó él—. Crees que si voy a Europa antes que tú encontraré un bellezón europeo para sustituirte.

Doaa le dio un puñetazo en el hombro.

—Pues vale —le espetó—. Vete a buscar una, y yo ya me buscaré un marido egipcio.

Aunque solo bromeaban, en el fondo a Doaa le dolía que Basem hubiera pensado en irse a Europa sin ella, y tal vez sí la asustaba un poco que encontrara una mujer elegante en Europa que le gustase más.

—Estoy de broma, Dodo. Jamás se me ocurriría buscarme a nadie más. Eres la única para mí. Encontrar a otra sería como intentar reemplazar la luna con las estrellas.

—Si nunca puedes ir a ningún lado sin mí —protestó ella, y, aunque seguía inquieta, le apoyó la cabeza en el hombro.

Se quedó así, sintiendo cómo su cabeza subía y bajaba al compás de la respiración de él. Se había dado cuenta de que Basem estaba decidido a irse, con o sin ella. Estaba cansada de verlo sufrir en Egipto y sabía que no tenía buenos

argumentos para convencerlo de que se quedara. Sentía que si se negaba a dejarlo marchar se estaría interponiendo en su futuro, pero tampoco soportaba la idea de quedarse allí si él se iba. Su vida estaba con él, de un modo u otro, y ninguno de ellos tenía una vida en Egipto. Empezó a pensar que quizá sería capaz de enfrentarse al agua si eso significaba tener la oportunidad de encontrar una vida digna con el hombre al que amaba. Se dijo que también estaría ayudando a su familia: podría enviarles dinero y, algún día, llevarlos a un lugar mejor.

Lo que no sabía entonces era que Basem ya había empezado a hablar de su idea con su madre.

—Depende de ti —le había dicho Hanaa al joven, al que quería como a un hijo—, pero creo que deberías romper con Doaa antes de irte.

—¡Jamás! —había exclamado él, dolido solo de pensarlo—. Me voy porque quiero darle a Doaa todo lo que desee.

Había continuado defendiendo su idea, y al final Hanaa había cedido y le había dicho que si estaba tan decidido a irse contaba con su aprobación, pero que pensaba que debía irse antes, encontrar un lugar para la familia y luego solicitar que Doaa se uniese a él como su esposa.

—No quiero que viaje con esos traficantes de personas —había dicho Hanaa —. Aunque, de todos modos, no va a consentir meter un solo pie en el agua

Unos días más tarde, Doaa le contó a su madre que había decidido irse a Europa con Basem. Hanaa se quedó destrozada al pensar en el viaje tan difícil y peligroso que haría su hija, pero comprendía que sintieran que era su única oportunidad para conseguir una vida mejor. Le horrorizaba solo imaginarse a Doaa apretujada en un barco con otros cientos de refugiados, pero sabía que si había tomado una decisión no daría su brazo a torcer y la llevaría a cabo.

—Puedes dejarme ir a Europa o mandarme de vuelta a Siria —le espetó Doaa a su madre la primera vez que esta protestó.

Hanaa miró a su decidida hija, una mujer de diecinueve años comprometida, y supo que no tenía forma de detenerla. Así pues, haría todo lo que estuviese en su mano para que el viaje fuese lo más seguro posible.

Ese año, más de dos mil refugiados y migrantes habían perdido ya la vida en su intento de navegar hasta Europa, y el mes de agosto acababa de empezar. El final del verano y el inicio del otoño, cuando los mares estaban en relativa calma y el tiempo era cálido, era la temporada alta para los refugiados que querían cruzar el Mediterráneo. Sería inevitable que el mar se cobrase más vidas. Las guerras en el mundo, los conflictos y las persecuciones habían obligado a huir de sus hogares para buscar refugio y seguridad a más personas que nunca desde que se había empezado a contabilizar el número de desplazados. Al terminar el año

2014, ACNUR había registrado cerca de sesenta millones de personas desplazadas por causa de fuerza mayor, ocho millones más que en el año anterior. La mitad de ellos eran niños. Cada día, una media de 42.500 personas se convertían en refugiados, solicitantes de asilo o desplazados internos, un número que se había cuadruplicado en solo cuatro años.

La principal razón de ese incremento masivo en el número de refugiados era la guerra en Siria. La población refugiada en los países vecinos se contaba por millones, y, ante las pocas posibilidades de trabajar y de que sus hijos recibieran una educación, cada vez más gente arriesgaba su vida en peligrosas travesías para conseguir un futuro mejor en Europa. La gente que quería huir de la violencia implacable que predominaba en Siria encontraba criminales en sus ciudades natales que no solo les ofrecían ayudarlos a cruzar la frontera ilegalmente sino que, por un precio, los ayudaban a atravesar el mar hasta la tierra prometida que supuestamente encontrarían en Europa.

El lucrativo negocio de sacar a la gente de las zonas de guerra y de la pobreza de África se había expandido rápidamente desde Libia hasta Siria y Palestina, donde había una demanda creciente de rutas por mar desde Egipto.

En los barrios de refugiados no era difícil encontrar traficantes de personas gracias al boca a boca, ni tampoco a través de Facebook, donde publicitaban lo que parecían paquetes de vacaciones en yates de lujo. Dos pasajes para Europa les costarían a Basem y a Doaa cinco mil dólares, la mitad de los cuales debían pagar por adelantado. La otra mitad la pagarían cuando estuviesen a salvo en Italia. El traficante que había encontrado Basem era un intermediario sirio que usaba un nombre falso, al que se conocía en la comunidad como el hombre al que acudir. Le aseguró que le vendería pasajes en un transatlántico seguro y que el viaje solo duraría unos pocos días.

Cuando ya se acercaba el día de su partida, Doaa empezó a tener malos presentimientos sobre el viaje. Un día que ambos estaban en su café preferido hablando sobre las medidas de seguridad que les habían prometido los traficantes, ella le confesó sus miedos. Le contó que había tenido una premonición: que el barco iba a naufragar.

—Te preocupas demasiado, Dodo —la reprendió Basem—. Yo tengo una sensación igual de fuerte de que todo irá bien.

Pero él no le confesó sus propios y oscuros miedos. Basem siempre quería mostrarse fuerte por ella, y eso implicaba guardarse sus tribulaciones para sí.

A él no le quedaban ahorros suficientes para pagar el viaje, y la familia Al Zamel no tenía dinero. Para conseguirlo, Doaa vendió las pulseras de oro y el collar que le había comprado con motivo de su compromiso, y también el

ordenador portátil que le había regalado. Hanaa también vendió algunas de sus joyas para aportar su granito de arena. No le gustaba desprenderse de ellas, pero quería invertir en el futuro de su hija y estaba dispuesta a pagar más por un barco más seguro. La familia de Basem, que estaba en Siria, le mandó otros doscientos dólares. La suma de todo ascendía a dos mil quinientos dólares, lo suficiente para el pago inicial, y otros quinientos euros para dar los primeros pasos en Europa. No tenían ni idea de cómo conseguirían el resto, pero decidieron que una vez estuvieran allí podrían pedir dinero prestado y trabajar para pagar su deuda. Basem pagó al traficante y este le dijo que esperase a recibir una llamada.

Esa llamada llegó el 15 de agosto del 2014. Doaa metió sus posesiones más preciadas en una bolsa de lona: su Corán, un top dorado y unos pantalones nuevos que Basem le había comprado, las joyas del compromiso que le quedaban, un conjunto de plata de pulsera, collar y anillo con diamantes falsos y un joyero de metal sirio decorado con corazones. Le dijo adiós entre lágrimas a su padre, que tenía que quedarse a trabajar. Lo abrazó con fuerza y respiró su olor familiar a crema de afeitado y los narguiles que tanto le gustaban, para retenerlo. Luego se subió a un taxi con su prometido, su madre y sus hermanos. Hanaa había insistido en que ella y los niños los acompañasen para despedirse. Basem le dio al conductor la dirección que el traficante le había mandado por mensaje, de un piso en la ciudad costera de vacaciones de Agami, a unos veinte kilómetros al oeste de Alejandría.

Cuando Doaa y Basem entraron en la vivienda de dos habitaciones situada en uno de los bloques de pisos que había a lo largo de la playa de Al Najil, les pareció mugrienta y calurosa. Había moscas que volaban de una esquina a otra de los pocos muebles llenos de polvo que quedaban, y los enchufes estaban recubiertos de una gruesa capa de herrumbre. Antes que ellos habían llegado otras dos familias sirias que estaban sentadas en la sombría habitación, en el sofá o en el suelo, con sus hijos, que no paraban quietos. Contando a Basem y a Doaa, eran un total de trece personas. Mientras tanto, Hanaa y los niños se habían instalado cerca de allí, en otro apartamento destartalado que pertenecía a los traficantes, donde esperarían hasta que la pareja se marchase. Basem llamó al traficante para preguntarle cuándo sería, y este le contestó que tuviese paciencia y que estuviese localizable, porque podía ser en cualquier momento, según el clima y lo fácil que resultase eludir a la policía. Tras varias horas, lo volvió a llamar. Nunca le dio muchos detalles a Doaa de lo que se dijeron en aquellas conversaciones, pero llegó a la conclusión de que se marcharían pronto.

Dejaron el piso un rato para tomar un poco de aire fresco y comprar unas

pitas con falafel en un puesto de la playa. Doaa se sentía cohibida por las miradas que le lanzaban los lugareños. Era evidente que ella, Basem y su familia no habían ido hasta allí de vacaciones, y todo el mundo sabía que los sirios de la zona estaban tratando de abandonar el país. Aquel día no recibieron ninguna llamada del traficante, y tampoco el siguiente. A Doaa se le empezaron a mezclar los días y las noches. Todo el mundo estaba angustiado y nervioso.

Por fin, una noche, mientras estaban en el piso, a Basem le sonó el teléfono.

—Preparaos —ordenó con brusquedad la voz al otro lado de la línea—. Salid del piso en media hora, a las nueve. Bajad a la calle y no llaméis la atención. El autobús os estará esperando justo detrás del edificio.

El traficante advirtió a Basem de que llevaran poco equipaje porque no habría espacio para maletas. Doaa empaquetó unos dátiles y dos botellas de agua y envolvió cuidadosamente los pasaportes en un embalaje de plástico. Luego los metió en una bolsa y los guardó en un bolsillo lateral de su bolsa de lona, junto con la cartera que contenía cinco billetes de cien euros y doscientas libras egipcias. A su alrededor, los demás refugiados también guardaban sus pertenencias.

Salieron todos del piso con sus mochilas y Doaa y Basem se encontraron con la familia de ella para despedirse. Abrazaron a Hanaa, Saya, Nawara y Hamudi. Doaa tenía los ojos llenos de lágrimas y los sollozos apenas la dejaban hablar. Le preocupaba que aquella fuese la última vez que los viera.

—Por favor, cuidaos mucho. Llamad cuando lleguéis. Estaremos preocupados y pensando en vosotros cada minuto —les dijo Hanaa, que, de repente había comprendido que aquello estaba ocurriendo de verdad—. ¿Estáis seguros de que no queréis cambiar de idea? Basem, puedes venir a vivir con nosotros. ¡Por favor, no os vayáis!

Hanaa había intentado ser valiente por Doaa, pero ahora se sentía abrumada de terror por su hija y su futuro yerno.

Doaa intentó razonar con ella.

—Mamá, aquí nada va a cambiar. —La muchacha intentaba contener las lágrimas y que no le temblara la voz, para sonar convincente—. No mejorará nunca. La decisión está tomada —concluyó con aire resolutivo.

En ese momento, Hamudi, que entonces tenía nueve años, se volvió hacia Basem y, con los brazos en jarras, le preguntó:

—¿Por qué no te vas tú solo y dejas aquí a Doaa? La voy a echar de menos.

Doaa sonrió y volvió a abrazar a su hermano.

—No te preocupes, cuando llegue te traeré conmigo, y todos estaremos juntos y las cosas irán mucho mejor.

Finalmente, en la oscuridad, Doaa y Basem doblaron la esquina, dejando atrás a sus seres queridos. En una esquina sombría los esperaban las otras dos familias sirias. Un rato después, un pequeño autobús blanco paró junto a ellos y de este bajó un hombre enorme y con pinta de cruel, sin afeitar y vestido de negro de pies a cabeza. Les ordenó que subieran al autobús, en el que ya había otras treinta personas, sentadas las unas encima de las otras para caber en el vehículo. En su voz no había ni rastro de bondad o cordialidad. Doaa se sentó en las piernas de su prometido y apoyó las manos en la bolsa de lona. Nadie les habló, pero la gente que ya estaba allí saludó con la cabeza a los recién llegados, como solidarizándose con ellos.

Cuando el autobús arrancó, Doaa susurró entre dientes:

—Estos traficantes son matones, Basem; no me inspiran confianza. Me dan miedo.

Él intentó tranquilizarla y le aseguró que todo iría bien, aunque aquello no era lo que le había prometido el traficante que le había vendido el viaje.

Uno de ellos recorrió el pasillo. Era menos corpulento que el hombre que les había ordenado subir, pero también iba vestido de negro y hablaba con la misma dureza. Cuando vio a Doaa, le preguntó de malos modos:

—¿Qué llevas en la mochila?

—Solo algo de ropa, dátiles y agua, como nos dijeron —contestó ella con timidez.

Él asintió.

—Ten el pasaporte contigo en todo momento, y escóndetelo en la ropa.

Luego siguió adelante y repitió la misma pregunta y la misma orden en la siguiente fila.

Tras lo que les pareció una hora, el minibús se detuvo y les ordenaron bajar. Llevaron de inmediato a todo el grupo a la parte de atrás de un camión para el transporte de arena. Aunque en el exterior ya estaba oscuro, cuando los traficantes cerraron la puerta y los enterraron todo se quedó negro. Todo el mundo estaba apretujado como en una lata de sardinas; no había espacio para moverse ni ventanas y el aire no circulaba. Los niños estaban inusualmente silenciosos y Doaa reparó en que había una mujer embarazada.

—Estos matones son inhumanos —susurró Doaa entre dientes—. Esto no me da buena espina.

Por los sonidos de las bocinas, la música y las voces, Doaa y Basem se dieron cuenta de que estaban viajando por zonas pobladas, pero al cabo de un rato el único ruido que se oía era el de las ruedas pasando por encima de baches y piedras. Doaa cogió a su prometido de la mano y miró a los demás refugiados a

través de la oscuridad, preguntándose qué circunstancias habrían llevado a cada uno de ellos a embarcarse en aquel viaje tan peligroso. Una hora después, el camión se detuvo con brusquedad y la puerta de atrás se abrió. Doaa inspiró una bocanada de aire fresco, agradecida. Tenía los músculos agarrotados de estar sentada y apretujada contra los demás, y cuando bajó del camión de un salto le temblaban las piernas. Descubrió que los habían llevado a una costa árida. Otros refugiados habían llegado antes que ellos y estaban arracimados en grupos de familias o amigos, sentados en la arena y esperando en silencio, en la oscuridad.

Contando a los otros cuarenta pasajeros que habían venido en el camión de Doaa y Basem, estimaron que en la playa habría unas doscientas personas, a merced de los diez criminales que estaban a cargo del viaje. Los traficantes iban descalzos y vestidos de negro, con los pantalones arremangados hasta las rodillas. Ordenaron a los refugiados que no hicieran ningún ruido y les explicaron que estaban haciendo todo lo posible para evitar a la policía y a la guardia costera, pero también se decía que pagaban a algunos agentes para que hicieron la vista gorda ante lo que sucedía. Doaa miró su reloj: eran las once de la noche.

La espera silenciosa era insoportable. Hacía frío, y Doaa deseó haberse puesto un jersey debajo de su fina chaqueta. Tras esperar durante dos horas más, los traficantes dividieron a los refugiados de la playa en tres grupos más pequeños sin darles ninguna explicación. En el primero había cien personas, mientras que en los otros dos habría unas cincuenta en cada uno. Doaa y Basem estaban en el primer grupo. En cuanto lo formaron, oyeron a un traficante gritar:

—¡Corred!

Basem cogió la mochila y, rodeados de la negrura de la noche, los dos echaron a correr en dirección al sonido de las olas que rompían. Estaba nublado y, por lo tanto, oscuro, y casi no veían. Doaa ni siquiera se distinguía las manos, que movía delante de ella para ayudarse a correr. Tras unos minutos, una voz les ordenó que se detuvieran, que no hicieran ruido y luego que volvieran a empezar. Oían el ruido de las olas y los jadeos de los demás viajeros, pero no había nada que los orientara, excepto los traficantes que los guiaban. Ya se les había acostumbrado la vista a la oscuridad, pero no se veía barco alguno.

Sin embargo, al acercarse más a la orilla, se toparon con un grupo de guardias costeros uniformados que dormían en la playa. Al verlos, el grupo entero dio media vuelta y echó a correr en todas direcciones. Doaa y Basem, que iban a la cabeza de la multitud, oyeron disparos y gritos:

—¡*Kilaab* (perros)! ¡Alto!

Aceleraron y advirtieron a los demás refugiados, gritando:

—¡Es una trampa! ¡Corred!

Basem cogió a Doaa de la mano y aceleró. La bolsa negra que llevaba atada a la espalda lo ralentizaba. Ella intentó que la soltase, diciéndole que nada de lo que había dentro merecía la pena un disparo.

—No —insistió él—, ahí llevamos todos nuestros recuerdos.

De repente, se tropezó y se cayó. Los guardias les iban ganando terreno. Doaa lo ayudó a levantarse y siguieron corriendo. El grupo de gente que huía junto a ellos iba menguando: las familias con niños y ancianos, incapaces de correr más rápido que los guardias, se habían rendido. Una chica de la edad de Doaa que iba a su lado había perdido a su familia y quería detenerse, pero Doaa la cogió de la mano y le dijo:

—Quédate con nosotros. Te ayudaremos.

Cuando por fin llegaron a la carretera principal, Doaa volvió a mirar el reloj. Eran las tres de la madrugada: llevaban casi dos horas corriendo. No se veía ninguna casa a lo largo de la carretera, solo el desierto vacío. Los otros sirios de su grupo que habían logrado escapar no tardaron en unirse a ellos. Uno hablaba en voz alta por teléfono con uno de los traficantes y le pedía que viniesen a buscarlos. Cuando colgó lo bombardearon a preguntas. ¿Dónde estaban? ¿Les habían tendido una trampa a propósito, a sabiendas de que la guardia costera estaría allí?

—Siempre hay detenciones —apuntó un hombre que parecía saber de lo que hablaba—. Eso permite que la guardia costera demuestre que está haciendo su trabajo. Se llevan una parte de lo que cobran los traficantes por dejar que parte del grupo consiga subir al barco.

«Por eso nos han dividido», pensó Doaa, furiosa.

Basem, Doaa y la chica a la que habían ayudado se fueron caminando a otra carretera cercana, donde Doaa atisbó un grupo de granjas a lo lejos. Basem y ella fueron en dirección a los edificios, pero cuando miró atrás se dio cuenta de que la muchacha se había quedado allí con otro grupo de sirios.

Continuaron adelante. Poco después, Doaa vio un grupo de más de veinte hombres jóvenes de aspecto amenazador que caminaban en dirección a ellos con palos y navajas.

—He hablado con vuestros organizadores —les dijo uno de ellos al acercarse. Intentaba sonar amable—. Me han dicho que os ayudemos. Os vamos a llevar de vuelta al barco.

A Doaa y a Basem aquellos hombres no les daban buena espina, pero no sabían qué otra cosa hacer. Al no tener alternativa, los siguieron por un camino lateral.

Al principio había con ellos otro grupo de refugiados, pero al cabo de un rato

miraron atrás y se dieron cuenta de que se habían quedado solos.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Basem.

Uno de los hombres lo miró y le contestó con brusquedad:

—¡No te preocupes por ellos!

—Ya llegarán. No pares o la policía te encontrará y te arrestará —añadió otro.

—No te separes de mí —advirtió Basem a Doaa.

Era la única chica del grupo y tenía miedo de que aquellos hombres la secuestraran o la violaran, y de no poder evitarlo. Doaa se acercó más a él. Tenía la sensación de que habían cometido un terrible error al seguirlos. Se las arreglaron para ponerse al final del grupo y empezaron a trazar un plan en susurros. Se detuvieron y Basem anunció:

—Queremos esperar a los demás.

En ese momento, los matones los rodearon, confirmando así los miedos de la joven pareja. Les ordenaron que les dieran el dinero que llevaban y las chaquetas.

—No tenemos nada, se lo hemos dado todo a los traficantes para el viaje —contestó Basem.

Cogió con fuerza la mano de Doaa y echaron a correr, mientras los delincuentes los perseguían y los insultaban. Llegaron a la carretera principal casi sin aliento, con la esperanza de que no intentasen hacerles nada delante de todos los coches que pasaban. Doaa lloraba de miedo y de agotamiento, mientras Basem intentaba parar a algún coche y consolarla al mismo tiempo. Ella no se separaba de su lado, con la esperanza de que los conductores empatizaran más con una pareja que con un hombre solo. Tenía la boca seca y sentía que estaba a punto de desmayarse por una combinación de sed, miedo y desesperación.

—¡Doaa, cuidado! —oyó que Basem gritaba de repente.

Sin que tuviera tiempo de comprender lo que sucedía, se abalanzó sobre ella y la derribó. Doaa levantó la vista desde el suelo y vio que un camión había girado hacia ella y la habría aplastado de no ser por su prometido, que la había apartado del peligro.

Pasaron varios coches zumbando, pero ninguno se detuvo a ayudarles. A ellos les preocupaba que la banda criminal los estuviera observando, esperando a que dieran media vuelta. Finalmente, Doaa vio que se acercaba un coche de policía y, aunque fuese extraño, se sintió aliviada.

—Entreguémonos, Basem —propuso—. Es mejor eso que el que nos ataquen esos matones.

Él estaba de acuerdo, así que juntos corrieron hacia la carretera. El coche de policía se detuvo de golpe junto a ellos y los agentes bajaron, empuñando sus

pistolas. Primero pusieron a Basem contra el coche de un empujón para registrarlo, mientras Doaa se echaba de nuevo a llorar. Después, la policía les preguntó por los demás refugiados.

—No sabemos dónde están. Hemos decidido entregarnos —mintió Doaa.

Cuando los metieron en el asiento de atrás del coche, les rogaron que les dieran una botella de agua que ambos compartieron.

La policía estuvo peinando la zona hasta el amanecer, en busca de más miembros del grupo que estuvieran intentando abandonar el país de forma ilegal. Sobre las seis de la mañana, se detuvieron en el mismo lugar de la playa donde los guardias costeros que dormían habían descubierto a los refugiados. A la luz del alba, Doaa vio un pequeño puesto militar que la oscuridad había mantenido oculto y reconoció a muchos de sus compañeros de viaje, incluidas unas cuarenta mujeres y varios niños. Los detenidos estaban sentados en el suelo, delante del puesto, y los hombres tenían las manos atadas a la espalda. Llevaron a Doaa y Basem con el resto del grupo y ellos se sentaron también, dejando su mochila entre ellos. Doaa estaba mareada y tenía ganas de vomitar. Había corrido durante horas sin comida, agua ni descanso. Reconoció a la mujer embarazada del camión, que le dijo:

—Tienes un aspecto horrible, cariño.

Le dio a Doaa un pequeño cartón de zumo de naranja con una pajita. Doaa sorbió el líquido dulce y caliente y se sintió mejor al instante.

Poco después, sin darles ninguna explicación, los agentes empezaron a confiscar las mochilas de todo el mundo. Doaa no creyó al policía cuando le dijo que se les devolvería todo; sentía como si le estuviesen arrebatando un pedazo de su identidad. A media mañana, cuando el calor empezaba a apretar, Doaa se impacientó y decidió ir en busca de su bolsa de lona. Un agente le ordenó que volviera al lugar donde estaba sentada y le dijo que él la buscaría. Unos minutos más tarde volvió y alegó que no la había encontrado.

Doaa no se lo creía.

—Por favor, mis cosas son importantes para mí. No me importa ir yo misma a buscarla —insistió.

Se puso de pie para enfrentarse a él. Al lado de aquel hombre y su ancha espalda, Doaa parecía diminuta. Él se enterneció y ordenó a tres de sus hombres que la acompañasen a buscar la mochila. Los llevó hasta el lugar donde había visto que llevaban las pertenencias de la gente, pero no vio más que algunas prendas de ropa desperdigadas por el suelo. Tras ver un par de pantalones suyos arrugados y pisoteados, Doaa volvió ante el agente y se enfrentó a él:

—¡Me han quitado el equipaje!

Él la miró por encima del hombro y respondió:

—¡¿Cómo te atreves a acusarnos de robar?!

Pero Doaa no se arredró. En aquella mochila tenía todo lo que poseía en el mundo.

—Me lo han robado. Las cosas que había ahí dentro son importantes para mí.

Pero no sirvió de nada. Había desaparecido el equipaje de todos los detenidos. Doaa pensó en el pequeño joyero que había traído de Siria, tan preciado para ella, y en su Corán. ¿Qué valor tenían esos objetos para los agentes? Se sentía agradecida porque, al menos, Basem y ella hubieran escondido su dinero y sus pasaportes en la ropa que llevaban puesta, pero algunos de los otros refugiados lo habían guardado todo en la mochila y lo habían perdido.

Tras una espera insoportable bajo el sol del desierto, pidieron a todo el grupo que se pusiera de pie para hacerles una fotografía. Luego ordenaron a las mujeres y a los niños que subieran a la parte trasera de un camión de caja abierta del ejército que los llevaría a la carretera principal. Doaa iba sentada detrás, al lado de una mujer que dijo llamarse Hoda y que estaba embarazada de unos cuatro meses. Doaa no podía ni imaginar cómo debía de ser hacer ese viaje tan difícil embarazada, y así se lo dijo a Hoda.

—No tenemos futuro —respondió ella, con una mano encima de la barriga—. Me voy por el futuro de este niño.

Aunque había espacio en el camión, a los hombres, que eran unos cincuenta, y entre los que se encontraba Basem, los obligaron a recorrer caminando los kilómetros que los separaban de la carretera principal como castigo, esposados y bajo el calor del mediodía. Cuando por fin les permitieron subir, Basem fue a sentarse junto a Doaa.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras le daba la mano. Tenía los labios secos y agrietados—. No pensé que sería tan duro.

El camión se volvió a poner en marcha y los guardias condujeron hasta el centro de internamiento de Birimbal, en la ciudad rural y pantanosa de Matubus, situada en las afueras de Alejandría. Allí los separaron; Doaa tuvo que esperar en la cola con las demás mujeres para que le hicieran la foto para el archivo y firmar un documento en el que confesaba que había intentado abandonar Egipto de forma ilegal. Un agente del departamento de seguridad nacional le hizo preguntas sobre los traficantes. ¿Cómo se llamaban? ¿Qué aspecto tenían? ¿Cuánto pagaste? ¿De dónde partisteis? Ella las respondió tan bien como pudo y contestó que uno de ellos se llamaba Abu Mohamed.

—Parece que todos se llaman Abu Mohamed —se burló el agente.

Otro de los policías la miró preocupado y le aconsejó amablemente:

—No vayáis con esos traficantes. No son trigo limpio.

Le comunicaron que ella y Basem serían condenados a pasar diez días en prisión por haber intentado abandonar el país ilegalmente y la llevaron a una sala que ya estaba abarrotada de mujeres y niños. A los hombres los tenían separados en otro sitio. No había agua corriente y la cadena del baño no funcionaba. El hedor y las moscas le daban náuseas y no era capaz de comer. A cada interna le entregaban un pequeño colchón para dormir, pero ninguna manta, y no había dónde ducharse. Doaa no tenía otra muda de ropa ni forma alguna de limpiarse, cosa que aumentaba más si cabe su sufrimiento.

A medida que pasaban los días, los niños contrajeron la sarna y sus madres no conseguían que dejasen de llorar. Recibían las visitas de trabajadoras de ACNUR, que entrevistaban a las prisioneras y comprobaban que estuvieran bien. También velaban por su bienestar y les traían comida, mantas, productos de limpieza y medicamentos. A Doaa le permitieron hacer una llamada a su familia, y logró hablar con Hanaa lo justo para apaciguar los miedos de sus padres y decirles que los soltarían en unos días.

Un doctor de Médicos sin Fronteras visitó a Doaa para examinarla. El hombre, muy comprensivo, le dijo que debía comer y le advirtió que cuidase de su salud. Cuando hizo la ronda en la sección de los hombres, examinó también a Basem. Le comunicó que su estado de salud tampoco era bueno, y señaló sus marcados pómulos como una señal de que no estaba comiendo lo suficiente y no estaba bien nutrido. Sin embargo, al médico no se le pasó por alto que estaba animado, así que se interesó por su situación. Basem le contó que se iba a Europa a empezar una nueva vida con su prometida, Doaa, que estaba en la sección de mujeres de la cárcel. Le contó sus planes de irse a Suecia a abrir su propia barbería y casarse. Cuando descubrió que aquel médico la había examinado también a ella, quiso indagar sobre su estado de salud. En cuanto terminaron la revisión, Basem se levantó y se acercó a uno de los guardias para rogarle que le permitiesen visitar a su prometida. El fornido policía se negó, pero él no se dio por vencido:

—¡Solo unos minutos, por favor! —suplicó.

Los demás hombres no tardaron en intervenir para apoyarlo.

—¿No ve que está enamorado?

El guardia recapituló y permitió que Basem visitara a Doaa unos minutos. Este ritual se repitió todos los días hasta que los pusieron en libertad, un día antes de cumplir la sentencia de diez días. La joven pareja se había convertido en la favorita tanto de los agentes como de los demás prisioneros.

Cuando los soltaron, llevaron a la pareja y a otros ocho sirios a Alejandría,

donde rellenaron unos formularios para renovar sus permisos de residencia y pagaron una multa. En el autobús de vuelta a Gamasa, Basem llamó a uno de los traficantes:

—¿Por qué nos denunciasteis? —preguntó.

El hombre negó tener nada que ver con lo sucedido y le preguntó si querían intentar llegar a Europa de nuevo. Les recordó que todavía tenía su dinero. Basem dijo que ya lo llamaría y le colgó.

Cuando llegaron al piso, la familia Al Zamel al completo los estaba esperando. Doaa y Basem se ducharon por primera vez en diez días. Hanaa preparó *mulujíe*, el plato preferido de Doaa, hojas de yute estofadas con semillas de cilantro, ajo y cebolla servidas con arroz blanco. Los vecinos acudieron a escuchar el calvario que habían pasado y les aconsejaron que no volvieran a intentar marcharse. Les dijeron que las autoridades habían empezado a actuar con más mano dura y que quizá no les sería tan fácil librarse si los atrapaban una segunda vez.

Pero en aquel entonces, en agosto del 2014, la población refugiada siria que había en Egipto estaba cada vez más inquieta. La guerra se había extendido hasta los confines del país y las esperanzas de volver a su tierra eran cada vez más frágiles. Los grupos extremistas ligados a Al Qaeda, así como nuevas organizaciones terroristas como el Frente Al Nusra y el Estado Islámico habían ocupado los espacios que no había conseguido controlar la oposición moderada, a la que ahora superaban en fuerza. En la batalla por Siria ya no había dos bandos, sino todo un abanico de jugadores que ansiaban poder y territorio. Muchos de aquellos que se habían alzado para protestar en marzo de 2011 habían perdido la vida o habían huido del país. En el cuarto año del conflicto, pocos de los que luchaban contra el régimen representaban los valores del movimiento de resistencia original. Además, cada vez surgían más conflictos armados entre los grupos de oposición. Las milicias más moderadas, como el Ejército Libre Sirio, ya no luchaban solo contra el régimen, sino también contra los extremistas radicales del ISIS. Por otra parte, el bando del Gobierno había añadido a sus filas cantidad de soldados extranjeros de Hezbolá, el grupo militante y partido político islamista chií libanés, y de Irán, empezando así una guerra internacional por poderes en la que se involucraría Rusia en el bando gubernamental y Arabia Saudí, Qatar y Turquía en el otro. Los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña acabarían por unirse también a la lucha tanto contra Asad como contra el ISIS. Los intentos bienintencionados de las Naciones Unidas de que se produjeran conversaciones pacíficas fracasaban, así como las promesas de alto al fuego.

En ciudades como Daraa ya no quedaba nadie de sus residentes originales,

que habían dejado atrás sus hogares destruidos para ir en busca de un lugar relativamente seguro a otras partes del país, al otro lado de la frontera o del mar Mediterráneo, opción por la que se decidía cada vez más gente. Muchos de los amigos de Basem que habían logrado llegar a Europa seguían animándolo a hacer lo mismo. Sería una travesía complicada de varios días, pero le aseguraban que después de aquello todo iría bien. Sus amigos habían cruzado el Mediterráneo hasta llegar a Alemania, Suecia y los Países Bajos, donde ahora estudiaban y trabajaban. Le dijeron a través del chat de Facebook que habían conseguido aprender el idioma en seis meses y que una vez hecho eso habían encontrado trabajo fácilmente.

En aquel entonces, a Europa todavía le quedaba compasión por los refugiados sirios. El número de ellos que llegaba al continente estaba aumentando, pero aún era relativamente bajo (en el año 2014 llegaron menos de ochenta mil) y los gobiernos sabían que estaban huyendo de la guerra, así que aceleraban el procedimiento para concederles el asilo.

A los Estados europeos siempre les había parecido políticamente más conveniente contener a las poblaciones refugiadas cerca de los países de los que habían huido, incluidos los tres millones de refugiados de Siria que había en los países vecinos. Gracias a los fondos recaudados, ACNUR y sus socios pudieron proporcionar cobijo, comida, educación, sanidad y otros servicios a los muchos refugiados desesperados en países como Egipto. Sin embargo, los millones de euros que provenían de los gobiernos del mundo no alcanzaban para satisfacer las carencias de un grupo de gente cada vez mayor y más necesitado. Antaño profesionales pertenecientes a la clase media, los sirios se veían obligados a vivir ahora de limosnas, a llegar a duras penas a pagar el alquiler de viviendas que no tenían las condiciones mínimas de habitabilidad y a aceptar trabajos en los que eran explotados. Desesperados por tener una fuente de ingresos, muchos decidían enviar a sus hijos pequeños a trabajar en lugar de a la escuela, a recolectar verduras por un sueldo tan ínfimo como de cuatro dólares al día, o a vender flores en las calles de la ciudad. Los refugiados estaban cada vez más nerviosos, ansiosos por trasladarse a países donde pudieran trabajar legalmente y sus hijos pudieran ir a la escuela.

Cuando un gran número de sirios empezaron a llegar a las orillas de Italia los políticos europeos buscaron la cooperación de países de origen como Egipto para que les ayudasen a detener los barcos. Se ofrecieron incentivos financieros por aplicar medidas severas contra los traficantes de personas y se impusieron arrestos y multas para los refugiados que intentasen salir del país de forma ilegal. El mensaje estaba claro: quedaos en vuestra región. Sin embargo, para sirios

como Doaa y Basem, Egipto era un lugar que asfixiaba sus sueños.

Cuando la joven pareja terminó la comida de bienvenida, Hanaa les rogó que no volvieran a marcharse; pero más tarde, cuando hablaban de qué paso dar a continuación, Doaa le dijo a su prometido:

—Es mejor una muerte rápida en el mar que una muerte lenta en Egipto.

Al oírla, Basem cogió el teléfono y volvió a llamar al traficante.

Un par de días después, los llamaron para decirles que partirían al día siguiente. Esta vez les dieron la dirección de un pequeño piso en Alejandría donde cuatro familias que habían llegado antes que ellos se habían reunido para esperar la señal para marcharse. En esa ocasión se subieron al autobús aquella misma noche. Una vez más, el vehículo estaba lleno de familias. Con ellos viajaban también dos traficantes que recibían llamadas cada pocos minutos. Luego, de malos modos, daban órdenes al conductor, que cambiaba de dirección.

—No saben lo que hacen —susurró Doaa a Basem mientras se echaba sobre él tras un volantazo.

El autobús aceleró y uno de los traficantes anunció que los seguía un coche de policía. El conductor giró para sacar el vehículo de la carretera y, con un acelerón, meterse en un camino de tierra que llevaba a una granja. Las ruedas golpearon contra los baches y el autobús estuvo a punto de chocar con las palmeras. Las mujeres chillaban y los niños lloraban, y la policía les disparaba, acertándoles en la parte trasera y los laterales del autobús. Lo siguiente que Doaa y Basem sintieron fue el impacto del vehículo al chocar con una pared y detenerse en seco. La policía lo rodeó y ordenó que saliesen primero los traficantes. Les taparon la cabeza con bolsas de plástico que les ataron al cuello y luego les obligaron a desnudarse, excepto la ropa anterior. La policía les ató los tobillos, los pateó y les pegó para humillarlos y dar un espectáculo para los perplejos refugiados que observaban la escena.

—¡Mira quién está de vuelta! —saludó a Doaa uno de los agentes entre risas —. ¡Bienvenidos, queridos visitantes!

Ella lo reconoció: era el que los había atrapado la primera vez. Basem le suplicó que no los llevase otra vez a la cárcel y ofreció pagarle para que lo dejase en libertad. Al principio, el agente se negó; pero luego volvió para hacerles una oferta absurda: los dejaría en libertad por cinco mil dólares. Basem y Doaa comprendieron que iban a volver a la cárcel.

Primero los llevaron a un estadio que usaban a modo de cuartel para pasar la noche, y al día siguiente, a la misma comisaría que en la ocasión anterior, para firmar por segunda vez los documentos en los que admitían su culpa por intentar salir del país de forma ilegal. Luego los llevaron también a la misma cárcel.

En su segundo día en prisión, Doaa se despertó con náuseas y un dolor de cabeza terrible. Era el 28 de agosto, el primer aniversario de su compromiso con Basem, y la muchacha estaba desesperada, preguntándose cómo era posible que todos los demás hubieran conseguido llegar a Europa y ellos no.

Sintió un dolor agudo en la parte baja de la espalda que se le extendió hacia los lados. Se sentó en una esquina y se llevó las rodillas al pecho. Pidió a los guardias que la viese un médico, pero tuvo que esperar con aquel dolor atroz a la ronda habitual del doctor de Médicos sin Fronteras, que no era hasta el día siguiente.

Cuando este vio el estado en el que se encontraba Doaa, exigió que la pusieran en libertad y la ingresaran de inmediato en un hospital. Tras varias llamadas a sus superiores, el policía encargado obtuvo el permiso necesario y dos agentes del centro de internamiento la llevaron junto al médico a la clínica más cercana, que estaba a treinta minutos. Doaa se sentía humillada por tener que ir acompañada por la policía, y cohibida por las miradas de la gente en la sala de espera.

Los agentes, que eran hombres de unos cincuenta años que le recordaban a su padre, le habían cogido cariño y dijeron a todo el mundo que no era una delincuente. Le pidieron al personal del hospital que la ingresaran para hacerle pruebas y una enfermera la llevó a una consulta para hacerle una radiografía. Cuando la ayudó a desnudarse y le vio el cuerpo, se echó a llorar.

—¡Estás muy flaca! —observó mientras la llevaba a la báscula y anotaba que pesaba solo cuarenta kilos.

Doaa le contó a la enfermera cómo había terminado en la cárcel, y esta admitió que detestaba a Bashar al Asad, pero adoraba a los sirios. Luego le dio diez libras para que se comprara un bocadillo y recitó una oración del Corán. Doaa se sintió muy conmovida por la bondad de la enfermera. Cuando el médico entró en la consulta, le dijo:

—Cuide de ella como si fuese su propia hija.

Durante el examen médico, el doctor descartó que tuviera apendicitis, pero le diagnosticó piedras en el riñón y una infección de estómago y decidió dejarla ingresada aquella noche para tenerla en observación.

Al día siguiente, cuando volvió a prisión, los guardias se mostraron muy protectores con ella. Llamaban a la puerta de la celda de mujeres para preguntar si había tomado la medicación. Basem también la visitaba cuando le daban permiso; contaba las pastillas que tenía que tomarse y pedía a las demás mujeres que no le quitasen ojo de encima. Diez días después los volvieron a poner en libertad.

—No volváis a intentar escapar de Egipto —les advirtió el agente al mando— y buena suerte.

Pero, de nuevo, Doaa tomo la decisión de tratar de llegar a Europa una vez más. Aunque su experiencia en la cárcel había sido degradante, le había cambiado la perspectiva, y la idea de retomar su vida en Egipto se le hacía insoportable. Basem era más reacio a volver a intentarlo, pero los traficantes todavía tenían sus dos mil quinientos dólares, así que los llamó y le dieron otra dirección en Alejandría. La escena era la misma, solo que el piso era distinto. Los recibió otra familia siria: esposo, esposa y cuatro hijos, refugiados como ellos, decididos a arriesgar sus vidas por la esperanza de un futuro mejor que el limbo donde estaban viviendo.

Ocho

El barco de los horrores

La llamada se produjo a las once de la mañana del 6 de septiembre de 2014. Doaa guardó cuidadosamente una muda de ropa para Basem y otra para ella, sus cepillos de dientes, una gran bolsa de dátiles envasada al vacío y una botella de agua grande en la mochila de Mickey Mouse que aún conservaba de cuando iba a la escuela en Siria. Envolvió los pasaportes y el contrato de compromiso en plástico, los metió en otra bolsa y la dobló por un extremo. Después cogió otra más y envolvió su teléfono móvil y su cartera con los quinientos euros y las doscientas libras sirias que les quedaban de sus anteriores intentos de huida y sujetó bien cada bulto debajo de los tirantes de su top rojo, la primera de las cuatro capas de ropa que había seleccionado cuidadosamente para el viaje. Con el calor húmedo de las últimas horas de la mañana, la piel empezó a sudarle bajo el plástico de inmediato.

Cinco minibuses los esperaban fuera del complejo de apartamentos de Alejandría, ya repletos de refugiados sirios y palestinos, que los miraron cuando las puertas se abrieron pero no dijeron nada. Doaa y Basem se sentaron en un único asiento que encontraron al fondo, tras colocar su mochila y sus dos chalecos salvavidas entre ellos y la ventana. La gente iba tan apretujada que Doaa apenas podía respirar. El autobús, en el que reinaba un silencio tenso, se dirigió

hacia la autopista con los otros, uno tras otro, como los vagones de un tren. Doaa se subió el cuello de la chaqueta, como si tapándose la cara pudiera protegerse de las fuerzas de seguridad que quizá estuvieran observándolos. Justo cuando pensaba que se iba a desmayar por lo enrarecido que estaba el aire del interior del vehículo, este se detuvo en una parada de camiones al lado de un autobús grande y desvencijado. Les ordenaron que bajasen del suyo y subieran a ese, en el que los pasajeros ya estaban sentados unos encima de otros o de pie, apretujados.

—¡Subid, perros! —oyeron desde el interior del autobús—. ¡Los hombres a un lado y las mujeres al otro!

Pero había más mujeres y niños que hombres, así que pronto rompieron la regla. Otro de los traficantes advirtió, aún con más hostilidad:

—¡Al que abra la boca lo tiraremos por la ventana!

De todos los traficantes con los que Doaa y Basem habían lidiado en sus anteriores intentos, estos eran los más duros y crueles.

Basem solía adoptar el rol de tranquilizar a Doaa, pero en esta ocasión estaba pensando en una forma de conseguir que bajasen del autobús. Los hombres que había al mando no le inspiraban ninguna confianza, y las palabras que Doaa había dicho al sentarse lo habían inquietado:

—Me siento como si nos estuviesen llevando a la muerte.

Unos días antes, mientras tomaban café en el balcón, le había dicho que por mucho que lo intentase, no lograba imaginarse en Italia, ni en Suecia, ni en ningún otro lugar de Europa. Para ella, todo estaba en blanco después de embarcar, como si se hubiese abierto la puerta de una casa y dentro no hubiese nada, solo el vacío.

—El barco naufragará —había sentenciado con voz inexpresiva.

Él no le había dado importancia al comentario y había bromeado con que su miedo al agua le estaba haciendo perder la razón, pero ahora no lograba quitárselo de la cabeza.

Estaba a punto de confesar sus dudas a Doaa cuando el autobús se detuvo en un área de descanso. Durante los instantes en los que pudieron abandonar sus asientos y entrar a la tienda a comprar algún refrigerio y usar el baño, se sintieron alegres, agradecidos por ese breve respiro, aunque fuese solo para obtener algo de comer. Pero cuando les indicaron que volvieran a subir al autobús, sin darles información de adónde se dirigían, cuánto tardarían en llegar, y sin tener confianza alguna en sus guías, el hecho de que estaban apostando sus propias vidas volvió a adquirir una claridad incuestionable. Basem quería quedarse en la estación de servicio, pero Doaa tenía miedo de que los traficantes, que estaban pegando y empujando a la gente que subía al vehículo con

demasiada lentitud, les hicieran daño si intentaban quedarse atrás. Así pues, volvieron a subir al autobús, sin tener ya su destino en las manos.

Cuando el vehículo arrancó de nuevo eran más de las nueve de la noche. Los llevó por carreteras secundarias abandonadas y junto a edificios a medio construir. Los traficantes paseaban por los pasillos con palos que movían de forma amenazadora, y de vez en cuando pegaban a cualquiera cuyos hijos llorasen demasiado alto, o que se atreviera a preguntar adónde iban. Doaa miró por la ventana y reconoció una señal que indicaba Jamastashar Mayo, una parte de la playa de Damieta.

—¡Estamos cerca de casa! —exclamó—. ¡Vinimos a esta playa con nuestra familia!

Era evidente que los traficantes habían elegido un punto de partida diferente al que había cerca de Alejandría y habían recorrido la costa, en dirección a donde vivía Doaa, Gamasa, que estaba solo a unos kilómetros de allí. No le quedaba batería en el móvil, así que le preguntó a un hombre que había sentado cerca si podía usar el suyo para llamar a su madre.

—¡Ya nos vamos! Rezad por nosotros. Os llamaremos al llegar.

—Cuidaos, *hayati*, ¡tened cuidado! —contestó Hanaa—. Que Dios os proteja.

A las once de la noche se detuvieron a aproximadamente medio kilómetro de una playa de arena desértica.

—¡Bajad y correr hacia la orilla! —gritaron los traficantes.

Al descender, los pasajeros vieron que había otros autobuses aparcados, y cientos de personas por delante y por detrás de ellos. Los que iban más avanzados ya caminaban entre las olas, en aguas poco profundas. Basem se quitó las chanclas de una patada, cogió a Doaa de la mano y echaron a correr hacia el agua. Por alguna razón, pensó que estarían más seguros si adelantaban a la multitud. La llevó hasta la orilla del mar, pasando por delante de familias con niños que eran más lentas que ellos. Cuando llegaron al agua, Doaa le suplicó que esperase un momento antes de meterse.

—Necesito reunir el coraje —le explicó.

—Confía en la voluntad de Dios, Doaa, y sé valiente, es nuestra única oportunidad —contestó él.

Le agarró la mano con fuerza y se lanzó hacia las aguas poco profundas. Doaa sintió que las olas se tragaban sus tobillos, y luego sus rodillas. El agua no tardó en llegarle a la cintura, y temió que la marea se la llevase. Se sentía como si estuviese atravesando su peor pesadilla.

Había dos barquitos de madera con motor fueraborda de unos tres metros y medio de largo, pintados de azul claro; uno se movía en dirección a ellos, pero

para llegar hasta él tuvieron que luchar contra las olas embravecidas hasta que el agua le llegaba a Basem a los hombros. A Doaa la habría cubierto por completo, pero gracias a su delgado chaleco salvavidas y a la fuerza con que se agarraba de Basem consiguió mantenerse a flote, aunque a duras penas. El chaleco subía a la superficie y le rodeaba la cara, manteniendo solo su barbilla por encima del agua. Comprendió que en el chiringuito donde habían comprado los chalecos por cincuenta dólares cada uno los habían estafado: eran falsos. Había nacido una nueva industria que producía chalecos salvavidas para explotar el comercio de refugiados. Los rellenos de algunos de ellos eran de un material absorbente barato o, según parecía en el caso de Doaa, delgadas hojas de espuma que solo le permitían flotar ligeramente: debía esforzarse al máximo para mantener la cara por encima del agua y para evitar que el chaleco flotase por encima de su cabeza. Cuando llegaron al barco, Basem se impulsó por un lado mientras que uno de los traficantes levantaba a Doaa para ayudarla a subir. Fueron subiendo a gente en el bote hasta que hubo al menos unas veinte personas allí apretujadas. Les ordenaron que se quedasen sentados y quietos, hombro contra hombro, y un hombre tiró de la cuerda para poner el motor en marcha y llevarlos a un barco más grande que esperaba en el horizonte.

Un hombre egipcio, claramente otro traficante, se puso de pie en el centro del bote y ordenó:

—¡Dadme vuestro dinero egipcio y vuestras tarjetas SIM ahora mismo! En Europa no os servirán de nada —añadió con aspereza cuando vio dudar a las personas que tenía más cerca.

La gente del bote no tuvo más remedio que darle su dinero y sus teléfonos. Doaa se sacó la cartera del top y la deslizó entre sus rodillas; de este modo consiguió sacar cien libras egipcias discretamente, dárselas a Basem y esconder el resto del dinero. El teléfono móvil se lo dejó escondido debajo del tirante del top. Cuando ya estaban cerca del barco con el que iban a cruzar el mar, Doaa sintió un escalofrío de pánico. Basem y ella nunca se habían creído del todo que el barco que los llevaría a Europa sería como los cruceros que publicitaban en las páginas de Facebook de algunos traficantes, ni el barco «de cuatro estrellas» que su contacto les había descrito por teléfono. Sin embargo, aquel barco tan decrépito estaba muy por debajo de sus expectativas. La pintura azul se le estaba descascarillando y tenía todo el borde oxidado. Además, el aparato que había a bordo para recoger redes dejaba bien claro que era un barco pesquero de arrastre, y no una embarcación de pasajeros. De todos modos, Doaa pensó, aliviada: «Por fin hemos pasado la primera fase del viaje; una vez suba a bordo ya no tendré que volver a meterme en el agua».

Cuando llegaron a cubierta, después de que los empujaran desde abajo y tiraran de ellos desde arriba, ya había cientos de personas en el barco. No tardaron en enterarse de que un buen número de aquellos viajantes de aspecto cansado llevaban ya días allí a la deriva, esperando con impaciencia a que llegase el grupo de Doaa y Basem para que los traficantes de personas pudiesen llenar hasta el último centímetro cuadrado del arrastrero. Cuanta más gente apelotonasen en aquel barco, más beneficios sacarían. Basem estimó que, en el momento de partir, debía de haber al menos quinientos refugiados a bordo. Si cada pasajero había pagado lo mismo que ellos, dos mil quinientos euros, los traficantes habrían recaudado un millón de dólares por ese viaje, todavía más si cobraban por los niños. Había al menos un centenar de ellos a bordo.

El barco estaba ya tan abarrotado que Doaa, al mirar a su alrededor, se preguntó cómo meterían a la gente que venía en los autobuses siguientes en los milímetros que quedaban libres. De repente, alguien gritó

—¡Policía! ¡Policía!

Y entonces oyó el ruido de las balas chocando con el casco.

—¡Abajo! —gritaron los traficantes.

El barco hizo rugir el motor y se alejó a toda prisa. La gente empezó a tirarse al suelo de la cubierta, rezando en voz alta porque no les disparasen. Doaa se agarró con fuerza al borde del barco y escondió la cabeza entre las rodillas, aterrorizada por la posibilidad de caerse por la borda mientras el barco aceleraba sobre las olas espumosas. No se atrevió a levantar la cabeza hasta que no estuvieron fuera del alcance de las balas. Miró al horizonte y se dio cuenta de que ya no conseguía ver la orilla en medio de tanta oscuridad.

Doaa se agarró con más fuerza al borde del barco, asustada, pues la habían separado de Basem. Al subir al arrastrero le habían indicado que se sentase en el suelo de la sección de las mujeres en la parte techada de la cubierta, mientras que a él lo habían mandado a la cubierta superior, donde estaban los demás hombres. Doaa se apretujó entre otras dos mujeres y se llevó las rodillas al pecho, sola y temblorosa. A las familias les habían ordenado que buscasen sitio al otro lado del barco o bajo cubierta. El arrastrero olía a pescado y los lavabos despedían un hedor repugnante que mareaba a todo el mundo. Algunas de las personas que había a su alrededor vomitaban a causa de las olas y la peste.

Los pasajeros empezaron a presentarse en susurros desesperados, intentando crear una sensación de comunidad, un vínculo entre tanto miedo y tanta miseria. La mayoría de ellos eran sirios, pero también había veintisiete familias palestinas de Gaza y unos veinticinco africanos de Sudán y Somalia, además de unos diez egipcios menores de edad. Solo la mitad de los emigrantes tenía chalecos

salvavidas, y Doaa sospechaba que muchos de ellos no eran mejor que el suyo. Un adolescente que Doaa conoció llevaba un chaleco de niño que solo le llegaba hasta la mitad del pecho. Empezó a rezar por la seguridad de todos ellos.

El domingo, al amanecer, tras una noche de insomnio para todos los refugiados a bordo, otro arrastrero se acercó a la embarcación. Pararon el motor y los traficantes ordenaron a los pasajeros que cambiasen de barco. Doaa no comprendía la lógica del movimiento, pero había oído que era un procedimiento habitual en esa clase de travesías clandestinas. Los distintos barcos pesqueros tenían licencias para operar en zonas distintas del mar, y eso hacía que el tráfico de personas pasara todavía más inadvertido para las patrullas. Los dos arrastreros se detuvieron el uno al lado del otro y, aunque los habían atado, las olas los separaban y los hacían chocar de nuevo. A Doaa le costaba permanecer de pie, pero trató de mantener el equilibro al saltar de un barco destartalado al otro. Aceptó a regañadientes la mano que le ofrecía uno de los traficantes para ayudarla a saltar a la cubierta del segundo barco, mientras otro de ellos la empujaba hacia él.

En aquel segundo arrastrero, a los pasajeros se les permitió sentarse donde quisieran, así que Basem y Doaa pudieron reencontrarse. Él la llevo hasta un lugar de la cubierta donde podían apoyar la espalda en un lado del barco. Se sentaron sobre sus chalecos salvavidas y se acurrucaron juntos. No había espacio para tumbarse, así que Doaa apoyó la cabeza en el hombro de su prometido y él apoyó la suya en la de ella.

Después de zarpar, la tripulación, en un patético intento de mostrar benevolencia, recorrió la cubierta repartiendo latas de carne caducada y podrida. Basem optó por comer algunos de los dátiles que habían llevado, pero Doaa no era capaz de llevarse nada a la boca. Cuando el barco se movía, todo lo que había en los baños se movía con él, despidiendo aquel terrible hedor que se le quedaba pegado a la nariz, dificultándole incluso el respirar. «Solo tres días más, entonces los italianos nos rescatarán y esta pesadilla habrá terminado», se decía una y otra vez. Cuando el mar estaba en calma, la sensación de mareo se aliviaba momentáneamente y los pasajeros sacaban los refrigerios que habían llevado consigo: galletas, fruta deshidratada y pequeños cartones de zumo que compartían con los demás. Durante unos breves instantes, la gente se sentía más animada y se contaba sus sueños para el futuro.

Doaa observaba a las personas que había a su alrededor y se preguntaba qué los habría llevado hasta allí. Siempre le había interesado la situación de los palestinos; había tenido algunos amigos que vivían en el barrio palestino de Daraa y siempre que veía las noticias se indignaba por las injusticias que sufrían

en Gaza. Se enteró de que muchas de las familias refugiadas que había en el barco habían huido de la última ofensiva israelí. Otros venían de Siria, que antaño había sido un refugio para ellos y ahora se había convertido en un lugar donde el Gobierno ya no los protegía, donde se habían convertido en un objetivo enemigo o bien por su relación con el Gobierno de Asad o bien por no estar dispuestos a tomar las armas por ningún bando. Doaa vio a una familia de cuatro personas sentada cerca de ella, y empezó a charlar con la madre. Venían del campo de refugiados para palestinos de Yarmuk, situado en Damasco. Ella y su marido, Imad, hacían todo lo posible para consolar a sus dos pequeñas, Sandra, de seis años, y Masa, de dieciocho meses, que estaban muy inquietas y no dejaban de llorar. Doaa les preguntó cuál era su destino y la madre respondió que iban a Suecia, el lugar al que su cuñado había ido un año antes con su hija mayor, Sidra, que tenía ocho años. Habían pensado que si mandaban a su hija allí antes tendrían más oportunidades de que sobreviviera alguien de la familia. La madre le preguntó a Doaa si podía sujetar a la pequeña Masa y luego se puso de pie y le pidió que se la devolviera para llevarla al baño. Doaa estrechó aquel cálido cuerpecito contra su pecho un breve instante y luego se la entregó a su madre.

«Todo el que hay a bordo de este barco debe de tener una triste historia que contar», pensó Doaa mientras observaba a Masa y a su madre cruzar la cubierta en dirección al baño. Sin embargo, se había dado cuenta de que eran pocas las personas que mencionaban su pasado. Las conversaciones se centraban en el futuro, en sobrevivir al calvario que suponían aquellos terribles días en alta mar y en empezar una nueva vida. A medida que pasaron los días se fue formando un vínculo de solidaridad entre los pasajeros. La gente se esforzaba sobre todo en ayudar a los niños: los entretenían contándoles cuentos, les ofrecían tragos de agua o abrían paquetes de galletas para que comieran algo dulce. No existía ninguna división étnica, religiosa ni sectaria; allí solo había personas que intentaban ayudarse las unas a las otras a sobrellevar el día.

Doaa echaba de menos el Corán que se había llevado a Egipto desde Siria, su posesión más preciada. Lo había leído cada noche antes de acostarse desde su más temprana adolescencia, y también en algunos momentos del día, cuando necesitaba unas palabras de consuelo que la tranquilizaran. Después de leer algunas de sus páginas, Doaa volvía a meterlo en la caja en la que lo guardaba, repujada con un estampado geométrico rosa y blanco. Pensó que en aquel momento su Corán la habría reconfortado, pero al recordar que lo tenía en la bolsa de lona negra que le habían confiscado en su primera detención sus pensamientos no tardaron en convertirse en ira. De repente, sintió que no

albergaba más que odio hacia los traficantes e ira hacia la policía y hacia todo aquel que intentaba aprovecharse de la desesperación de refugiados como ella.

Unos instantes después, uno de los traficantes se acercó a su sección del barco con un libro en la mano.

—Alguien ha tirado este Corán. ¿Alguien lo quiere?

Era el primero que se dirigía a ellos con cierta amabilidad. Basem estaba hablando con un hombre palestino que había a su lado, Walid, que aceptó el libro. Sin embargo, luego, para no parecer egoísta, se volvió hacia la pareja y se lo ofreció.

—La verdad es que quiero ese Corán —susurró Doaa a su prometido.

Walid le sonrió con amabilidad y se lo dio. Al tomar el pequeño libro sagrado entre las manos sintió que su cuerpo recuperaba energía y alivio. Solo el tacto del suave cuero en los dedos la reconfortaba. Besó la cubierta del libro y lo abrió, ansiosa, leyó en él las palabras de Dios y se sintió como si tuviese con ella un objeto de protección. Al pasar las páginas, encontró pedacitos de papel con oraciones escritas a mano. Cuando terminó de leerlas cerró el libro con cuidado para asegurarse de que no se cayeran y lo guardó debajo de su camiseta, cerca del corazón.

A veces, cuando Doaa sacaba el Corán, las mujeres que había cerca de ella la acompañaban recitando oraciones y le pedían a Dios que hiciese que el barco llegase bien a Italia. La mujer que Doaa tenía sentada justo a su derecha entabló una conversación con ella en la que le hablaba de lo difícil que era la vida en uno de los campos de refugiados palestinos en el Líbano. Le preguntó qué la había llevado a marcharse de Siria y adónde se dirigía. Cuando la joven mujer, que se hacía llamar Um Jalil («madre de Jalil», su hijo de dos años, al que le estaban saliendo los dientes) se enteró de que Doaa y Basem se habían comprometido en Egipto y pensaban casarse en Europa, se mostró encantada.

—¡Eres una novia! —exclamó—. Cuando lleguemos a Europa te organizaremos una boda preciosa. ¡Cantaremos y bailaremos toda la noche!

Doaa estaba conmovida. La otra mujer que había a su lado, una sirio-palestina de mediana edad, intervino:

—Cuando lleguemos a Italia te compraremos el vestido más bonito que encontremos y organizaremos dos grandes fiestas: ¡una por tu boda y otra para celebrar que hemos llegado!

—Eres muy afortunada de tener a Basem —le dijo Um Jalil.

Entonces lo miró y le sonrió. De repente, Doaa se sintió muy posesiva y se volvió hacia Basem, apartándose de la mujer. Él reconoció de inmediato la expresión de inseguridad y celos en el rostro de su prometida.

—¿Por qué no sigues charlando con ella? ¡Es maja! —le susurró al oído.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Doaa, desconcertada. ¿Acaso la estaba utilizando para acercarse a la otra mujer?

Él le sonrió.

—¿Estás celosa? —la chinchó. Pero luego, al ver que estaba afectada de verdad, la tranquilizó—: Solo tengo ojos para ti, mi amor.

Al oír sus palabras, Doaa se acurrucó contra él y le cogió de la mano.

—En solo dos días estaremos en aguas italianas —predijo él—. Entonces iremos a Suecia, nos casaremos y formaremos una familia.

Los amigos que habían logrado llegar a Europa le habían contado que una vez estuvieran en Italia los traficantes mandarían una señal de socorro para alertar a la guardia costera de dónde estaban mediante un GPS. Basem le explicó que, a veces, socios de los traficantes venían a recogerlos antes de que llegase la embarcación de rescate y dejaban a los refugiados sin capitán ni tripulación. Si no, hacían que los pasajeros jurasen no revelar su identidad y fingían ser refugiados para que no los arrestaran, para luego fugarse en la primera oportunidad que se les presentaba.

Ninguno de los pasajeros a bordo tenía ni idea de dónde se encontraban. No había nada que les guiase, lo único que los rodeaba era una vasta masa de agua. De vez en cuando la gente miraba sus teléfonos móviles para ver si tenían cobertura, pero nunca era así.

Esa noche los pasajeros tiritaron de frío, ya que sus finas capas de ropa estaban empapadas por toda el agua que las olas habían arrojado a cubierta. Doaa se removió al notar que el pequeño de Um Jalil le tocaba la cara y le tiraba del collar, pero no le molestó que la despertara, al contrario: descubrió que su tacto la tranquilizaba.

Al salir el sol el tercer día, empezaron a secarse poco a poco, pero pronto comenzó a hacer un calor abrasador. A Doaa se le pegaba la ropa al cuerpo y sentía que los documentos y el móvil envueltos en plástico se le derretían contra la piel. Por la tarde, se les acercó otra embarcación.

—Moveos —dijeron los traficantes para ordenarles que cambiasen de barco otra vez.

Los pasajeros se quejaron, pero obedecieron. Si querían avanzar a la siguiente etapa del viaje tenían que cambiar de barco. Para sorpresa de Doaa, solo alrededor de ciento cincuenta pasajeros desembarcaron junto a ella y Basem, mientras que los demás se quedaron en el barco anterior. Uno de los traficantes explicó que las olas eran demasiado altas y no podía ir tanta gente en una misma embarcación, así que tenían que dividirse. Resignados, Doaa y Basem siguieron

las instrucciones de los traficantes. Él se mostró optimista; argumentó que quizá llegasen a Italia más rápido con menos pasajeros a bordo. Doaa miró a su alrededor, confundida pero esperanzada, y reparó en que las dos pequeñas Masa y Sandra, así como sus padres, iban también a bordo de aquel barco. Era la cuarta embarcación a la que subían desde el inicio de la travesía y esperaba que fuese la última.

El martes 9 de septiembre por la mañana, en el cuarto día de travesía, Doaa y Basem atisbaron otro barco pesquero en la distancia. Cuando se acercaron más se dieron cuenta de que era el mismo en el que habían estado hasta el día anterior. De nuevo sin que ellos recibieran ninguna explicación, los barcos se detuvieron uno al lado del otro y los traficantes les ordenaron que cambiaran de embarcación. Era un día ventoso y el mar estaba agitado. Los traficantes lanzaron cuerdas a sus socios del arrastrero grande y ambas embarcaciones chocaron. A Doaa le recordó al estruendo de la explosión que había oído en Daraa y al terror que había sentido entonces.

La gente formó una fila para volver al barco original. Lanzaban a los niños llorosos como sacos de patatas a los brazos de los corpulentos hombres que esperaban en el otro barco. Cuando le tocó a Doaa y la soltaron en la cubierta del nuevo barco se resbaló y se cayó de lado, golpeándose en los codos. Basem la ayudó a levantarse y después observaron horrorizados cómo a Walid, el hombre palestino que le había dado a Doaa el Corán, se le quedaba atrapada la mano entre los dos arrastreros al saltar de uno a otro. El impulso de las olas hizo que los laterales de ambos barcos chocaran, y, en ese momento, el hombre gritó. Cuando por fin llegó a la cubierta, vieron que le había cercenado varios dedos y que la sangre manaba en todas direcciones. Otros pasajeros corrieron a envolverle la mano en gasas para detener la hemorragia, pero había perdido los dedos. Se sentó en la cubierta sollozando de dolor y Doaa se lo quedó mirando horrorizada, demasiado impactada para moverse.

Sin embargo, los traficantes se mantuvieron impertérritos y continuaron dando órdenes a diestro y siniestro y empujando a los pasajeros que quedaban a bordo. Un hombre se tropezó, cayó de morros contra un mástil de hierro y se abrió la cabeza. Doaa observó cómo una mujer que lo conocía sacaba aguja e hilo de su mochila y le cosía el corte con calma, y sintió ganas de vomitar.

Una vez los pasajeros estuvieron instalados y el barco puso de nuevo los motores en marcha, un miembro de la tripulación recorrió la cubierta con una bolsa enorme llena de pan de pita duro. Cuando le dio unos pedazos a Basem, este miró a Doaa y le dijo:

—Lo necesitas para conservar las fuerzas.

Doaa negó con la cabeza.

—Gracias, pero no tengo hambre —respondió con voz inexpresiva.

Basem estaba furioso con ella, pero cogió su ración de pan de todos modos. Era el tercer día que pasaban en alta mar y apenas había tomado unos bocados, solo un poco de atún de una lata que alguien le había dado. Walid estaba cerca de ella, agarrándose la mano, visiblemente dolorido.

—Siento que voy a morir, duele muchísimo —le dijo a Doaa temblando.

Ella se arrodilló junto a él y le leyó algunos versos del Corán, con la esperanza de que lo consolaran un poco.

La tripulación de aquel barco era más amable que la del primero. Shukri al Asuli, un pasajero palestino de Gaza que viajaba con su esposa y sus dos hijos pequeños, Ritaj y Yaman, se había enterado charlando con el capitán de que no era un traficante de personas, sino que también iba camino de Europa con la esperanza de obtener asilo. El capitán le había contado a Shukri que había pasado años en prisión y que ahora que había salido necesitaba encontrar una forma de mantener a su familia. Así pues, él y algunos de sus amigos habían hecho un trato con los traficantes: tripularían el barco a cambio de un pasaje gratis a Europa, donde querían buscar trabajo. Le rogó a Shukri y a los demás que no lo entregasen al llegar a Europa, ni a él ni al resto de la tripulación. Le explico que eran iguales que ellos: personas que no habían conseguido salir adelante en Egipto y que buscaban una vida mejor.

Los refugiados prometieron no denunciarlo, pero empezaban a impacientarse y a frustrarse cada vez más con la travesía. Les habían dicho que el viaje duraría como máximo dos días, y ya habían pasado casi cuatro.

Esa tarde, alrededor de las tres, observaron consternados que se acercaba otro barco. «¡Otra vez no!», pensó Doaa. Era todavía más pequeño que la embarcación en la que estaban ya apretujados, y apenas parecía estar en condiciones de navegar, con la pintura descascarillada y las partes metálicas oxidadas. Una tripulación de unos diez hombres les ordenó:

—Al que no cambie de barco lo mandaremos de vuelta a Egipto.

Los refugiados, que habían construido un vínculo tras haber pasado días juntos y gracias al objetivo común de llegar a Italia con vida, hicieron un frente común y se negaron a desembarcar. El barco nuevo estaba, sencillamente, demasiado deteriorado.

—Ya nos hemos cambiado muchas veces —se quejó un hombre.

Un padre se puso de pie y protestó:

—No subiremos a ese barco, de ningún modo. ¡Los niños ya han sufrido demasiado!

Doaa pensó en los dedos cortados de Walid y se estremeció ante la posibilidad de volver a cambiar de barco. Todo el mundo se negó en rotundo a hacerlo, así que los traficantes no tuvieron más opción que ceder. Hicieron un trato: los pasajeros podrían quedarse en aquel barco siempre que todos accedieran a contar la versión de la historia en la que el capitán y la tripulación también eran refugiados que escapaban de la guerra en Siria y que no había ningún traficante a bordo, que ellos mismos habían conducido el barco.

Cuando los pasajeros aceptaron, la tripulación pareció sentirse aliviada. El capitán puso el barco en marcha y dejó a la otra embarcación atrás.

—¿Cuánto falta? —preguntó alguien.

—En diecinueve horas llegaremos a Italia —les aseguró el capitán.

Los pasajeros gritaron de júbilo y aplaudieron al oír sus palabras.

—¡Llegaremos a Italia, *inshalah* (si Dios quiere)! —corearon.

Um Jalil abrazó primero a Doaa y luego a Basem. Por primera vez desde que se había metido en el agua, Doaa pensó que quizá conseguirían llegar a Europa.

Nueve

Lo único que queda es el mar

Doaa y Basem volvieron a su sitio en la cubierta, a estribor, donde se apretujaron entre los demás para la última parte del viaje. Al sentirse ya tan cerca de su destino, la gente había empezado a relajarse y estaba un poco más animada. Padres aliviados ayudaban a sus hijos a quitarse los chalecos salvavidas para que estuviesen más cómodos y los dejaban en el suelo. El barco parecía avanzar más rápido ahora que surcaba un mar más calmo, y los pasajeros se reían y bromeaban juntos. El sol brillaba sobre sus cabezas y al notar el calor del día algunas personas se habían refugiado bajo sacos de arroz de plástico que habían cosido y montado en forma de toldo para que les proporcionaran sombra. Sin embargo, Doaa prefirió quedarse al sol y disfrutar del calor en la piel. «Diecinueve horas más —se dijo— y todo esto habrá terminado. Entonces Basem y yo estaremos en Europa, camino a una nueva vida juntos». El tiempo que habían pasado en la cárcel, las horas de miseria en la parte trasera de camiones y en autobuses abarrotados, la agotadora carrera por el desierto... Todo habría merecido la pena. Estrechó la mano de su prometido y le apoyó la cabeza en el hombro. Él le sonrió, confiado, y susurró:

—Lo conseguiremos, Doaa.

Ella esbozó una sonrisa y se permitió cerrar los ojos y dar una cabezadita,

arrullada por el balanceo del barco y el calor de los rayos del sol. Cuando apenas llevaba unos minutos dormida, la despertaron de golpe los ruidos de un motor y los gritos de unos hombres que insultaban en un dialecto egipcio. Habría pasado una media hora desde el encuentro con el otro barco. Basem y ella se pusieron de pie, se agarraron de la barandilla y se asomaron para localizar la fuente del conflicto. Vieron un barco pesquero azul con el número 109 pintado en el lateral que se acercaba a toda velocidad. Era de dos plantas, más grande y de un modelo más nuevo que el barco en el que viajaban ellos. Doaa contó unos diez hombres a bordo que iban vestidos con ropa normal, y no los atuendos negros que llevaban los traficantes. Algunos de ellos llevaban gorras de béisbol para taparse la cara, pero a otros no parecía importarles que los pasajeros pudieran identificarlos. Doaa nunca había visto piratas antes, pero la malevolencia que vio en los rostros de aquellos hombres le trajo aquella palabra a la mente.

—¡Perros! —gritaron—. ¡Hijos de puta! ¡Parad el barco! ¿Dónde os creéis que vais? ¡Deberíais haberos quedado a morir en vuestro país!

Cuando el barco solo estaba a unos metros de distancia, uno de los traficantes del barco de Doaa les gritó:

—¿Qué cojones estáis haciendo?

—¡Mandar a estos sucios perros al fondo del mar! —respondió otro de ellos, también a gritos.

De repente, con mirada salvaje y llena de odio, empezaron a arrojar tablas de madera a los pasajeros del barco de refugiados. La embarcación enemiga aceleró y se alejó unos instantes, pero luego dio media vuelta y fue a por ellos. Doaa miró horrorizada cómo se abalanzaban sobre ellos a toda velocidad, directos a estrellarse justo contra el lugar en el que estaban Basem y ella, agarrados a la barandilla. Doaa estaba paralizada de terror.

—¡Doaa, Doaa, ponte el chaleco! —gritó Basem desesperado, zarandeándola para que se moviera—. ¡Nos van a matar!

A su alrededor, todos los pasajeros buscaban sus chalecos salvavidas, presas del pánico. Se oían rezos desesperados interrumpidos por gritos de terror y por los llantos de los niños. El barco que se avecinaba sobre ellos aceleró. Cuando Doaa acababa de coger su chaleco, embistió el lateral de su embarcación justo debajo de donde estaban ellos con un gran estruendo, producto del chirrido del metal y el crujido de la madera al despedazarse. El impacto fue tan repentino y violento que les recordó a la caída de un misil. Doaa se tropezó hacia delante y estuvo a punto de precipitarse hacia abajo, pero Basem alargó los brazos y la cogió a tiempo. Al volver a la seguridad del barco se dio cuenta de que otras personas no habían corrido la misma suerte y sí se habían caído, aterrizando

sobre la cubierta inferior y los pasajeros que había allí. Un grito resonó en el oído de Doaa, pero fue incapaz de discernir de dónde venía. Ella tenía un nudo en la garganta y era incapaz de emitir un solo sonido. En todo el tumulto, a Doaa se le había caído el chaleco y no lo encontraba. Lo buscó a su alrededor como pudo, hasta que Basem la atrajo hacia él. Vio entonces que el barco empezaba a inclinarse. «Oh, Dios mío —pensó—. El agua no. Ahogarnos no. Permite que muera ahora y no termine en el mar». Con una mano se cogía de la barandilla para no perder el equilibrio y con la otra se aferraba a la de su prometido.

—Escúchame, Doaa —le dijo él—. No me sueltes la mano. No te sueltes y lo conseguiremos. Te prometo que no permitiré que te ahogues.

Doaa oía las risas de los hombres del barco atacante mientras arrojaban más pedazos de madera contra el suyo. Aquellas carcajadas eran tal vez los sonidos más espantosos que jamás había oído. No podía creer que estuvieran pasándolo bien mientras cometían un acto tan vil, mientras intentaban hundir un barco en el que viajaban niños pequeños. A su alrededor solo se oían alaridos de terror y los rezos desesperados de la gente, que oraba a gritos.

Por fin, el barco agresor dio marcha atrás y se apartó de ellos, y Doaa pensó por un instante que el ataque había terminado, que aquellos hombres solo pretendían asustarlos. Sin embargo, unos segundos después volvieron a acelerar contra ellos y Doaa comprendió que no tendrían piedad, que estaban decididos a matar a todo hombre, mujer y niño que hubiese a bordo. Esta vez, cuando embistieron el lateral de su barco, la desvencijada embarcación cayó en picado hacia el mar de forma violenta y repentina.

Doaa sintió que de repente se soltaba de la mano de Basem, al intentar él recuperar el equilibrio tras la acometida. Lo perdió de vista entre la masa de gente que se precipitaba hacia delante. Estaba apretujada contra el lado del barco y se mantenía en pie gracias a la multitud de personas que hacían presión contra ella.

Cuando la gente caía al agua los atacantes vitoreaban y gritaban que todos y cada uno de ellos merecían ahogarse.

—¡Que los peces devoren vuestra carne! —gritaron mientras se alejaban a toda velocidad. La despiadada mofa resonó en los oídos de Doaa.

La mitad del barco de los refugiados estaba ya bajo el agua, y se hundía con rapidez. Pensó en los cientos de personas que se encontraban atrapadas en el casco. «Están condenadas —se dijo, aferrada al borde del barco que se hundía— y nosotros también».

Se agarraba al lado del barco con toda la fuerza que tenía, pero mientras este se hundía, se le resbalaron los dedos y cayó al mar, donde se sumergió por

completo en un instante. Acabó bajo los sacos de arroz que los pasajeros habían atado para que arrojasen un poco de sombra. Agitó los brazos de forma frenética para intentar llegar a la superficie solo para darse cuenta de que estaba atrapada bajo los sacos junto a otras docenas de personas. Luchando contra el pánico, cerró los ojos y, al volver a abrirlos, vio cómo la gente peleaba para salir de debajo del pesado plástico; no había aire para respirar ni modo de llegar a la superficie. Recordó aquella vez que su primo la había arrojado al lago y ella había tragado un agua densa que la asfixiaba. En esta ocasión no estaba su familia para sacarla, no había nada excepto el agua fría y salada y la opresión que crecía en su pecho y detrás de sus ojos mientras intentaba recuperar el resuello y tragaba más agua. En ese momento, gracias a un rayito de luz, descubrió una raja en el plástico. Estiró las manos por la abertura, con la sensación de que se movían a cámara lenta, y se impulsó por el pequeño agujero hasta sacar la cabeza a la superficie y, por fin, respirar. Se dio cuenta de que los sacos de arroz seguían unidos al barco, y de que si se arrastraba por encima de ellos lograría llegar a la popa, la única parte que seguía a flote, donde podría agarrarse del extremo del navío. Se abrió paso entre ellos y cuando llegó a la popa se aferró a ella con tanta fuerza que dejó de sentirse las manos. Recuperó el aliento dando grandes bocanadas de aire y después se volvió para mirar debajo de ella. La gente que había bajo el plástico había dejado de moverse.

Oía gritos a su alrededor, alaridos amortiguados solo por el sonido del motor del barco. Se volvió hacia el mar y vio grupos desperdigados de gente que gritaba los nombres de sus seres queridos y clamaba por la ayuda de Dios. Se agarraban desesperadamente a cualquier cosa que flotase, a maletas, garrafas de agua e incluso a otras personas, arrastrándolas con ellos hacia el fondo. Doaa reparó en que el mar se había vuelto rojo y comprendió que la hélice estaba succionando a la gente, para luego desmembrarla con sus palas. A su alrededor flotaban miembros y partes de cuerpos; era peor que nada que hubiera presenciado nunca durante la guerra en Daraa. Vio horrorizada cómo un niño lloraba e intentaba agarrarse al barco para un momento después soltarse sin querer y acabar succionado por las palas, que cortaron su cuerpecito en pedazos. Solo había sangre y gritos. Se obligó a darse la vuelta y se concentró en la cubierta. Vio a un hombre sin vida atrapado en el artilugio de metal que se usa para las redes de pesca, con una cuerda alrededor del cuello, la cara llena de sangre y los brazos y las piernas cercenados.

Doaa, presa del pánico, empezó a gritar desesperadamente:

—¡Basem!

Le aterrorizaba pensar que quizá él también estuviera muerto. Gritó su

nombre una y otra vez sin dejar de mirar el cuerpo mutilado del hombre que había quedado atrapado en la cuerda. Largos segundos después, oyó la voz de su prometido:

—¡Doaa! ¡Doaa, no lo mires, mírame a mí!

Doaa se volvió hacia el sonido de su voz y por fin lo vio en medio del mar. Tenía el borde metálico del barco clavado en las manos y las piernas dentro del agua; quería ir junto a él, pero no se veía capaz de saltar al mar. El barco se estaba hundiendo con una inclinación que la empujaba hacia la hélice, que seguía absorbiendo a la gente hacia sus palas afiladas, pero, por alguna razón, no conseguía atreverse a soltarse y dejar que el mar se la tragara.

—¡Suéltate o te cortará también a ti! —chilló Basem. Intentaba nadar hacia ella, pero las olas se lo impedían.

Oyó una voz a su lado.

—¡Haz lo que dice, Doaa!

Era Walid. Estaba agarrado con la mano sana a la popa que se hundía y miraba fijamente la hélice. Apartó la vista de ella y miró a Doaa, con una expresión de miedo, y dijo:

—No sé nadar. No tengo chaleco salvavidas.

—Yo tampoco sé nadar —contestó ella.

El chaleco lo había perdido hacía ya rato, y ambos se acercaban peligrosamente a la hélice.

Basem volvió a chillar:

—¡Doaa! ¡Salta! ¡Ahora!

—¡Tenemos que soltarnos! —le gritó Doaa a Walid, pese a que la sola idea la petrificaba.

En el rostro de él, la tristeza reemplazó al terror.

—Pon tus esperanzas en Dios —le aconsejó con una amabilidad que casi la hizo llorar—. Si crees en Dios, él te salvará.

Doaa cerró los ojos y abrió las manos. Cayó hacia atrás, y chocó con la superficie del agua con los brazos y las piernas extendidos. Flotó boca arriba durante unos segundos, pero entonces notó que alguien le tiraba del pañuelo, que se deslizó de su cabeza y se hundió en el mar. Flotando sobre su espalda, sintió que tiraban de las puntas de su larga melena desde debajo del agua. La gente que se estaba ahogando había perdido la razón, se agarraba a cualquier cosa que estuviera a su alcance para intentar salir a la superficie. Sus manos le asían la cabeza y le sumergían la cara en el agua. De algún modo, Doaa se las arregló para apartarlas y cogió aire, se puso recta y movió brazos y piernas para intentar mantener la cabeza fuera del agua. Recordó que nadar consistía precisamente en

eso, así que hizo todo lo que pudo para mantenerse a flote mientras observaba cómo el último pedazo del barco desaparecía entre las olas. No quedaba nada más que el naufragio, la sangre, los cadáveres y un puñado de supervivientes. Sentía cosas que se movían debajo de ella y sabía que eran personas que se ahogaban y que en cualquier momento una de ellas le cogería los pies y la arrastraría.

En ese momento vio a Basem, que nadaba hacia ella con un flotador azul como los que usan los bebés en las piscinas pequeñas y en la playa, donde el agua no cubre.

—Ponte esto para que puedas flotar —le dijo mientras le ponía el flotador a medio hinchar por encima de los hombros.

Doaa, que tenía miedo de que alguien intentase agarrarla bajo el agua, se impulsó para subir al flotador, dejando las piernas y los brazos colgando por los lados. Luego se desmayó del impacto y el agotamiento. Basem le salpicó la cara con agua de mar para que recuperase la conciencia.

El sol había empezado a ponerse en el horizonte, y el mar se había tornado calmo y liso, lo que hacía que la escena que tenía ante sus ojos fuese aún más escalofriante. Los supervivientes estaban divididos en pequeños grupos; algunos llevaban chalecos salvavidas que apenas les servían para mantener la cabeza fuera del agua. A muchos de ellos les habían vendido chalecos falsos que casi no flotaban. Doaa se preguntó si la intención de los traficantes que les habían dado aquellos chalecos habría sido que se ahogasen desde el principio.

Basem nadaba a su lado, agarrado al flotador. Vio a un hombre que conocía con una botella de agua pequeña y le rogó que le diese un trago a Doaa. Ella dio un sorbito y de inmediato vomitó toda el agua salada que había tragado. Expulsarla de su organismo la ayudó a sentirse más despierta. De repente, reparó en toda la gente que gemía a su alrededor. No muy lejos de donde estaban, se oían los gritos de angustia de Shukri al Asuli, el palestino que habían conocido en el barco. Iba flotando encima de una bolsa de plástico llena de botellas de agua vacías, y gritaba una y otra vez los nombres de su esposa y sus hijos:

—¡Hiyam! ¡Ritaj! ¡Yaman!

Con la mano que tenía libre, iba impulsándose para llegar hasta los demás supervivientes, a los que preguntaba:

—¿Los habéis visto? ¿A mi mujer, a mis hijos?

Se detuvo cuando se encontró con un amigo suyo que lloraba. También había perdido a su esposa y a sus hijos.

—¿Cómo voy a contarle a mi madre que ya no están? —le preguntó a Shukri.

Una mujer sacó un teléfono móvil resistente al agua e intentó llamar a todo

número de emergencias que a ella y a los que había a su alrededor se les ocurriera, pero no había cobertura. Otra mujer sacó el suyo de debajo de todas las capas de plástico con las que lo había envuelto. Todavía estaba seco y esperaba tener más suerte, pero no le quedaba batería.

La oscuridad descendía lentamente sobre los supervivientes que flotaban en el agua, y el mar se tornó negro y picado. Doaa tiritaba, con la ropa fría y mojada pegada al cuerpo. Las olas separaron a los grupos de supervivientes que se habían dado la mano, pensando que si se mantenían juntos tendrían más oportunidades de que los vieran y los rescataran. Basem seguía agarrado del flotador de Doaa, que lo asía con fuerza del brazo, aterrorizada de perderlo también a él. Con el paso de las horas, los fuertes sollozos de los niños se convirtieron en débiles quejidos. Doaa acarició el Corán que Walid le había dado y le reconfortó que siguiera a salvo justo encima de su corazón. Empezó a recitar versos en voz alta, y pronto se le unieron las personas que había a su alrededor. Durante un breve instante, en aquel círculo se sintió reconfortada y más cerca de Dios. La luna y las estrellas eran la única luz que había, e iluminaban a los vivos y a los muertos. Cuerpos y más cuerpos flotaban a su alrededor.

—Perdóname, Doaa, no deberías estar viendo todo esto —se disculpó Basem.

Como toda respuesta, ella negó con la cabeza y le sujetó el brazo con más fuerza.

Aproximadamente unas cien personas habían sobrevivido al naufragio, pero esa noche, a medida que pasaban las horas, más de ellos murieron de frío, agotamiento y desesperanza. Algunos de los que habían perdido a sus familias se rendían: se quitaban el chaleco salvavidas y se hundían, dejando que el mar se los llevase. En una ocasión, Doaa oyó unos gritos desesperados, mientras algunos de los pasajeros supervivientes intentaban dar esperanzas a un joven que se había quitado el suyo.

—¡No lo hagas! —le rogaban—. ¡No te rindas, por favor!

Pero el joven apartó el chaleco y se hundió boca abajo en el mar. Doaa estaba tan cerca de él que casi podía tocarlo.

Entre toda aquella desesperación, se formó un vínculo de solidaridad entre las personas que quedaban con vida. Quien tenía chaleco se acercaba a los que no disponían de uno y les ofrecían el hombro para que se apoyasen y pudieran descansar. Quienes tenían algo de comida o de agua la compartían con los demás. Aquellos que aún tenían ánimos y fuerzas reconfortaban y animaban a quienes querían rendirse.

Basem se quitó los vaqueros para que su peso no lo hundiera más, pero estaba perdiendo las fuerzas. Llevaban ya doce horas en el agua.

—Lo siento, Doaa, lo siento muchísimo —seguía disculpándose. Le atormentaba haber insistido en viajar por mar, sabiendo lo mucho que la aterrorizaba—. Esto ha pasado por mi culpa. No tendría que haberte hecho subir al barco.

—Tomamos esta decisión los dos juntos —le respondió ella con firmeza. A él le castañeteaban los dientes y se le habían puesto los labios azules. A ella, al ver lo débil que estaba, le rodaban lágrimas por las mejillas, pero logró que no le temblase la voz—: Lo conseguiremos, Basem —afirmó, repitiendo las palabras que él había utilizado en el barco para reconfortarla—. Nos rescatarán y formaremos una familia juntos.

—Lo juro por Dios, Doaa, te amo más que a nada en este mundo —le respondió él mientras le estrechaba la mano.

Cruzó los brazos sobre el borde del flotador, apoyó la cabeza encima y se durmió, aunque de vez en cuando se despertaba. Doaa le agarraba la mano como si fuese lo único que la anclaba allí, lo único que evitaba que se uniese a aquellos que el mar había consumido.

Al día siguiente, cuando salió el sol, Doaa vio claramente que la noche se había llevado consigo al menos a la mitad de los supervivientes. A su alrededor flotaban cantidad de cadáveres, boca abajo, azules e hinchados. Doaa reconoció a algunos de ellos, pero no pertenecían al grupo inicial de supervivientes. Comprendió que eran las personas que se habían ahogado al hundirse el barco, cuyos cuerpos debían de haber subido a la superficie. La gente que se había ahogado ante sus ojos a lo largo de la noche había desaparecido, pues los pulmones se les habían llenado de agua y no de aire y se habían hundido en el mar a causa del peso. Muchos de los cuerpos que flotaban en el agua tenían las manos juntas y pegadas al pecho, como si tuviesen frío. Algunos de los supervivientes que habían conseguido llegar con vida a la mañana y que no tenían chaleco salvavidas se aferraban a los cadáveres en un recurso desesperado por mantenerse a flote.

A Doaa la asfixiaba el hedor de los muertos. Cuando Basem se despertó y observó la escena, empezó a disculparse de nuevo. Sin embargo, esta vez Doaa notaba la resignación de su voz, como si hubiese perdido la esperanza de sobrevivir. A ella le daba la impresión de que las disculpas de su prometido eran en realidad una despedida.

—No te preocupes —le dijo para tranquilizarlo. Sentía por él un amor desbordante, un amor que le llenaba el pecho. Ella también había aceptado que era posible que no aguantasen mucho más—. Este es nuestro destino.

Un hombre que había cerca debió de notar que a Doaa y a Basem les fallaban

las fuerzas.

—¡No pares de moverte o se te agarrotará el cuerpo! —le gritó a Basem.

Este soltó el flotador y nadó durante unos minutos, buscando algo que llevarle a Doaa: una botella de agua para hidratar sus bocas secas, o un cartón de zumo para luchar contra el mareo que ambos sentían. Pero no había nada más que el mar interminable, pedacitos de madera y cabezas que se movían arriba y abajo. Volvió junto a Doaa negando con la cabeza. El sol empezaba a picar, y aunque sus rayos los hacían entrar en calor también empeoraban su sed. Basem se encontraba mal debido al agua salada que había tragado, así que Doaa le metió los dedos hasta la garganta para ayudarlo a vomitarla. Después volvió a cruzar los brazos sobre el flotador de Doaa y apoyó la cabeza en ellos para descansar.

Un pequeño grupo de supervivientes rodeó a la pareja, moviéndose para mantenerse a flote. Algunos parecían delirar, y decían cosas sin sentido. Un hombre dijo:

—Aquí cerca hay una cafetería, ¡id a buscar té!

Basem miró a Doaa a los ojos, levantó la voz lo suficiente para que todo el mundo lo oyera por encima del alboroto y declaró solemnemente:

—Te amo más que a nadie que haya conocido nunca. Siento haberte decepcionado. Solo quería lo mejor para ti.

Doaa vio su mirada febril, y que clavaba en ella sus ojos como si fuese la última vez que la vería. Hablaba con una necesidad que no había oído en su voz desde que había amenazado con volver a Siria si no aceptaba casarse con él. Era como si pronunciar aquellas palabras fuese lo más importante que había hecho nunca.

—Cuidarte era mi trabajo —continuó— y he fracasado. Quería que tuviésemos una nueva vida juntos. Quería lo mejor para ti. Perdóname antes de que muera, mi amor.

—No hay nada que perdonar —le respondió Doaa entre sollozos—. Siempre estaremos juntos, en la vida y en la muerte.

Le rogó que aguantase y le repitió una y otra vez que él no tenía la culpa de nada. Al alargar una mano para acariciarle la mejilla, vio un hombre mayor que nadaba hacia ellos con un bebé en el hombro, pataleando con fuerza para alcanzarlos. Con la otra mano se agarraba a una garrafa de agua. Cuando llegó, miró a Doaa con ojos suplicantes y le dijo:

—No puedo más. ¿Podrías sostener a Malak un rato?

El bebé llevaba un pijama rosa, tenía dos dientecitos y lloraba. Doaa pensó que tenía el aspecto de lo que significaba su nombre, Malak: un ángel. El hombre

le explicó que era su abuelo. Era un pescador de Gaza y habían huido para escapar del último bombardeo de los israelís. Había veintisiete miembros de su familia a bordo y todos los demás se habían ahogado.

—Somos los dos únicos supervivientes. Por favor, no sueltes a la niña —le suplicó—. Solo tiene nueve meses. Cuídala. Considérala parte de ti. Mi vida ha terminado.

Doaa cogió a Malak se la puso sobre el pecho y le apoyó la mejilla sobre el Corán que seguía junto a su corazón. La niña se relajó en sus brazos y dejó de llorar, y a Doaa la consoló de inmediato tener el cuerpo de la bebé junto al suyo.

El abuelo de Malak acarició la cara de la niña.

—Mi angelito, ¿qué hiciste tú para merecer esto? Pobrecita mía. Adiós, pequeña, perdóname. Voy a morir.

Y luego se fue nadando. Doaa y Basem centraron su atención en la niña. Aquella joven vida pareció animarlo un ratito, mientras estuvo acariciando las mejillas suaves y frías de Malak. Unos instantes después, el abuelo volvió para ver cómo se encontraba su nieta. Comprobó que estaba bien cuidada y se despidió de nuevo. La siguiente vez que miraron en dirección a él, lo vieron flotando boca abajo a solo diez metros de distancia.

Malak tiritaba. Tenía los labios azules y cuarteados. Doaa mojó el dedo en el mar y se los humedeció con cuidado. Pensó que sería mejor usar su propia saliva, para que la niña no tuviese que saborear la sal, pero a Doaa no le quedaba ninguna humedad en la boca. Había oído en algún lado que frotar las muñecas de una persona, donde estaban las venas, la ayudaba a mantener el calor, así que intentó hacer eso y le cantó las canciones que su madre le había cantado a ella cuando era un bebé.

El canto de Doaa también parecía dormir a Basem, y ella sabía que tenía que mantenerlo despierto, o quizá se soltaría y lo perdería. Doaa dio varias palmadas a los lados de su cabeza para despertarlo.

—Tengo miedo, Basem —le dijo, inclinándose hacia él—. Por favor, ¡no me dejes sola aquí, en medio del mar! Aguanta un poco más y llegaremos a Europa juntos.

Doaa se dio cuenta de que el rostro, antes amarillo, se le estaba poniendo azul. Él empezó a hablar:

—Alá, entrégale a Doaa mi espíritu para que ella pueda vivir.

—No digas eso, Basem —le suplicó Doaa—. Estaremos juntos con Dios.

Pero se daba cuenta de que se encontraba agotado y de que lo estaba perdiendo. Doaa se echó a llorar, consciente de que no podría salvarlo. Sabía que el único poder que le quedaba era su conocimiento de las palabras de Dios.

—Basem, antes de morir, debes jurar por el Corán para asegurarte de morir como un musulmán, y de que tu fe vaya contigo —lo apremió—. Repite conmigo: Juro que solo hay un Dios y que Mahoma es su profeta.

—Juro que solo hay un dios y que Mahoma es su profeta —repitió él, y entonces cerró los ojos. Doaa le dio una bofetada para mantenerlo despierto, pero él empezó a murmurar, delirante—: Mamá, la plata es para ti.

Estaba alucinando. Doaa decidió seguirle la corriente para mantener su atención.

—Está bien, Basem, cuando estés mejor, iremos a buscar la plata. Pero ahora quédate conmigo y aguanta. No me dejes sola.

Doaa se dio cuenta de que estaba perdiendo la conciencia y de que había estado intentando despedirse de ella. Comprendió que debía hacerle un último regalo y, pese a las lágrimas, se las arregló para pronunciar una promesa:

—Elegí el mismo camino que tú. Te perdono en esta vida, y en el más allá también estaremos juntos.

Doaa agarró los dedos de Basem con la mano derecha, mientras mecía a Malak con el brazo izquierdo.

Un rato después sintió que las manos de él se le escapaban y vio que su cuerpo fláccido se deslizaba en el agua. Empezó a alejarse de ella flotando, así que alargó el brazo, desesperada, para intentar atraerlo de nuevo hacia ella, pero no llegaba. No podía bajar del flotador sin soltar a Malak.

—¡Basem! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, no te vayas! ¡Contéstame! No puedo vivir sin ti.

Ella lo llamó a gritos una y otra vez, sollozando. Un hombre nadó hacia él y le comprobó el pulso.

—Lo siento, pero está muerto —la informó sin emoción.

Doaa comprendía que, para aquel hombre, la muerte de Basem solo era una de muchas; al menos dos docenas de personas habían muerto ese día, desde que había salido el sol. Pero para ella todo había terminado. Había perdido a la persona más valiosa de su vida y quería morirse con él. Se imaginó deslizándose a través del flotador y perdiéndose en el mar junto a él, pero entonces sintió los bracitos de Malak alrededor del cuello y se dio cuenta de que ella era la única responsable de aquella niña. Doaa supo que debía intentar mantenerla con vida.

Basem flotaba boca abajo en el mar, pero entonces empezó a hundirse poco a poco. Lo último que Doaa vio de él fue su grueso pelo negro levantándose entre las olas mientras el agua oscura se tragaba su cabeza. Después desapareció. Gritó una sola vez al verlo, permitiéndose un instante de agonía. Un hombre que había cerca de Doaa intentó reconfortarla. Lo reconoció del barco. Le hablo de él

mientras el sol empezaba a ponerse, marcando así el final de otro día. Mientras intentaba mantenerse a flote al lado de ella le contó que era de Damasco y que lo único que quería era darle a su hijo una educación y un futuro sin bombas. Rompió a llorar al confesarle que había visto con impotencia cómo las hélices del barco se tragaban a su hijo pequeño y le cortaban la cabeza. Su esposa también se había ahogado ante sus ojos.

—Tú también lo viste. ¡Viste morir a mi mujer y a mi hijo! —gritó.

«¿Sería su hijo el niño que he visto morir cortado por las hélices?», se preguntó Doaa.

—No llores —le dijo al hombre—. Os reencontraréis en el paraíso.

—Eres una bendita —respondió él—. No te mereces esto.

Pronto, más gente empezó a acudir cerca de Doaa en busca de consuelo y oración, pero también para pedirle ayuda para vomitar el agua salada que habían tragado. Se había corrido la voz de que tragar agua del mar adelantaba la llegada de la muerte. Debían de haberla visto ayudar a vomitar a Basem aquella mañana, y uno a uno, acudieron a ella para que se sirviera de la mano que tenía libre para ayudarlos a devolver. Se lavaba los dedos en el mar después de cada uno, y aunque solo escupían agua, el olor le ponía el estómago del revés. Sin embargo, su alivio evidente y sus palabras de gratitud la reconfortaban.

Era jueves por la tarde. «Llevo dos días en este infierno», pensó Doaa. Vio que solo quedaban unos veinticinco supervivientes. Malak dormía casi todo el rato, pero cuando se despertaba, lloraba. Aunque no pudiera hablar para decírselo, Doaa sabía que la niña estaba desesperada de sed.

Entre los supervivientes se hallaba la familia que había conocido en el barco con sus dos hijas pequeñas, Sandra y Masa. Todos llevaban un chaleco salvavidas que los mantenían a flote, pero la hija mayor, Sandra, había empezado a sufrir convulsiones y le temblaba todo el cuerpo. Su padre la abraza y le hablaba en voz baja sin dejar de sollozar. Cuando el cuerpecito de la niña se quedó inerte, Doaa creyó ver cómo su alma lo abandonaba. La madre de Sandra, con una expresión decidida, nadó hacia Doaa con su hija pequeña, Masa, en brazos.

La mujer se agarró de un lado del flotador de Doaa y la miró directamente a los ojos.

—Por favor, salva a nuestro bebé. Yo no sobreviviré.

Doaa cogió a Masa sin pensárselo dos veces y se la colocó en el lado izquierdo, justo debajo de Malak, que ahora tenía la cabecita acurrucada bajo su barbilla. Apoyó la cabeza de Masa en sus costillas, bajo el pecho, y cuando lo hizo esta le estiró su cuerpecito sobre la barriga. «No tiene ni dos años y ya ha tenido que ser testigo de este infierno», pensó Doaa mientras le acariciaba el pelo

y se preguntaba si aquel flotador tan pequeño podría sostenerlas a las tres. Masa tenía el torso sumergido en el agua y las olas las empujaban y las salpicaban.

Un sonoro gemido interrumpió sus pensamientos. Sandra estaba muerta y sus padres sollozaban junto a su cuerpo, que flotaba. Doaa sujetó a Masa con fuerza e intentó reconfortar a la apesadumbrada mujer con algunas palabras de consuelo. Sin embargo, pocos minutos después fue el cuerpo de su marido el que se quedó inerte: se había rendido. Su mujer lo contempló, incrédula:

—¡Imad! —gritó.

Y entonces, de repente, también ella se quedó en silencio y murió ante la mirada de Doaa.

Al caer la noche, el mar se volvió negro y se cubrió de una densa niebla. Las niñas empezaron a moverse y a llorar, inquietas, y Doaa hacía todo lo que podía por calmarlas. Le dolían los brazos, pero tenía miedo de moverlos por si las pequeñas se caían. El peso sobre el pecho casi no la dejaba respirar y oprimía su constante necesidad de toser. Necesitaba agua. Aquella mañana, alguien les había dado un pedacito de *halva*, hecho con *tahini* dulce y nutritivo, que había encontrado flotando en el agua.

—Que lo coman los bebés —había dicho el desconocido al dárselo.

Doaa lo había partido en pedacitos y lo había metido en las boquitas abiertas de las niñas. El sabor dulce parecía haberlas calmado. Se había guardado un poco para ella, pero solo le había incrementado la sed.

El agua se había convertido en una obsesión para los supervivientes. Los hombres orinaban en botellas de plástico vacías y se bebían el líquido para seguir con vida. Doaa apartaba la vista.

A unos metros de distancia, Shukri al Asuli se movía, manteniéndose a flote, junto a otro grupo de supervivientes. Había logrado sobrevivir a los últimos días, como Doaa, y, al igual que ella, lo había perdido todo. Ahora parecía estar perdiendo también la razón. Era evidente que las personas que había a su alrededor sufrían alucinaciones. Una dijo:

—¡Entra en mi coche! ¡Abre la puerta y entra en mi coche!

Otra pidió una silla en la que sentarse. Un hombre invitó a todos los demás a su casa; decía que estaba cerca. Un hombre llamado Foad Eldarma le pidió a Shukri que llamara a su mujer para que viniese a recogerlo, y luego le rogó que lo llevase a casa con ella. Otro hombre que Shukri conocía y que también era de Gaza fue nadando hacia él y le hizo gestos para que lo acompañase porque, según decía muy convencido, conocía un lugar donde podían conseguir agua. Shukri lo siguió de cerca, pataleando en el mar, pero allí no había nada. Otro hombre dijo que conocía un café donde encontrarían toda el agua que quisieran beber y

donde también podían fumar narguiles. Dijo que tenía cien dólares y que pagaría las consumiciones de todos, y preguntó:

—¿Quieres ir?

—Sí —contestó él.

—Pero nadando ¡tardaremos dos horas en llegar!

—No pasa nada, ¡vamos!

A medida que se desplazaban por el agua, unos cuantos hombres más se unieron a ellos.

—Tenemos que ir recto y luego llegaremos a un sitio donde tendremos que girar a la izquierda —les indicó el hombre.

Shukri recuperó la lucidez por un instante y se dio cuenta de que aquel hombre estaba alucinando y él también. Regresó nadando con los demás, para unirse al grupo de supervivientes que estaba cerca del de Doaa. La fría niebla los envolvía, los cegaba y los hacía temblar. Una mujer que había perdido a sus dos hijas sollozaba.

—Tengo mucho frío. Por favor, ayudadme a entrar en calor.

Shukri y su amigo Mohamad formaron un círculo a su alrededor para protegerla.

Esa noche, mientras Shukri soñaba que estaba en casa con su familia, soltó la bolsa de botellas de agua que lo mantenía a flote. En cuanto empezó a hundirse recuperó la conciencia y se volvió a agarrar a ella. Más tarde, se imaginó llegando a tierra y lanzando flotadores para salvar a la gente, y después ofreciéndoles agua. A medida que pasaban las horas, iba perdiendo y luego recuperando la lucidez. No sabía con seguridad si estaba vivo o muerto.

Doaa, por su parte, deseaba ser capaz de apagar el sonido del mar. Era como la música de las películas de terror, que hacía las escenas de muerte todavía más terroríficas; era como si la gente se estuviese ahogando al ritmo de las olas. Cada vez que alguien moría se le rompía el corazón. ¿A cuántos hombres había visto quitarse el chaleco salvavidas tras haber decidido morir? Había perdido la cuenta. «No los culpo», pensaba, pese a que su religión veía el suicidio con malos ojos. «La angustia era insoportable y no pudieron más. Y ¿quién soy yo para juzgar a alguien que se quita la vida? No soy más que un punto en un vasto mar que pronto me devorará a mí también». De no ser por la fuerza que le daban las dos pequeñas aferradas a su pecho, ella también se habría deslizado entre las olas.

Doaa estaba exhausta, pero tenía demasiado miedo de dormir por si las pequeñas se le caían de los brazos. Contó los cadáveres que flotaban a su alrededor: eran siete. Al menos se encontraban boca abajo y no tenía que verles

la cara. Sus espaldas desnudas estaban hinchadas y de color negro-azulado, del tono de las ballenas. El hedor era insoportable. Cada vez que las olas empujaban un cadáver hacia ella, lo apartaba con los manos o los pies. Un hombre llamado Momen la ayudó a mover algunos. Era uno de los pocos supervivientes y ahora ya no se separaba de ella. Sus palabras de aliento le daban fuerzas.

—Qué generosa eres, Doaa. He estado observando cómo ayudas a los demás. Eres fuerte y valiente, y quiero mantenerte a salvo. Si sobrevivimos, me gustaría casarme contigo.

De algún modo, allí, a Doaa esas palabras no le resultaron extrañas ni demasiado directas, solo afectuosas. Era la forma que aquel hombre tenía de seguir adelante, algo que quizá le diera esperanzas por si conseguían salir del agua con vida. Ella le contestó:

—Aguanta y ya lo hablaremos más adelante, cuando todo esto haya quedado atrás.

La mañana del tercer día, cuando se alzaba el sol, Doaa vio a un hombre, una mujer y un niño pequeño. Los adultos estaban agarrados a un flotador como el de Doaa, que estaba alrededor de la cintura del niño. Pero, de repente, el salvavidas reventó y el niño se hundió en el agua agitando los brazos. Doaa se dio cuenta de que la mujer no sabía nadar bien: en cuanto perdió el flotador al que aferrarse también ella se hundió bajo la superficie del agua. Sacó la cabeza para tomar una última y desesperada bocanada de agua antes de que le cayera la cabeza hacia delante y se quedase quieta.

El hombre consiguió ayudarlo. Se puso los brazos del pequeño alrededor del cuello y nadó hasta Doaa.

—Por favor, sujétalo un rato —le suplicó.

Estaba tan exhausto que no vocalizaba. Le dijo que el niño era su sobrino y que la mujer que acababa de morir era la madre. Doaa vaciló.

—¡No hay espacio suficiente!

El niño tenía unos tres años y era más grande que las niñas, y si el flotador se hundía Masa y Malak se ahogarían. Sin embargo, el pequeño la miraba tan angustiado que Doaa no pudo evitar compadecerse de él.

—Ya encontraremos la manera —accedió, alargando una mano hacia él y colocándoselo sobre las piernas estiradas.

El niño se movía, inquieto, levantaba la cabeza para mirar a su alrededor y suplicaba una y otra vez:

—Quiero agua. Quiero a mi tío. Quiero a mi mamá.

Doaa no sabía qué hacer para consolar al desesperado pequeño y temía que, al no parar quieto, acabase reventando el flotador y ellas también se ahogaran.

No había nada que Doaa desease con más fervor que mantenerlos a todos con vida. El niño le recordaba a Hamudi, y pensó en lo mucho que la destrozaría verlo ahogarse. El pequeño preguntaba por su madre sin parar.

—Tu madre ha ido a buscar agua y comida para ti —le decía Doaa.

Eso lo calmaba unos minutos, pero luego se quejaba de sed. Para tranquilizarlo, Doaa acabó por darle un poco de agua del mar con la mano. Durante las dos horas siguientes, su tío se iba a nadar para mantener el cuerpo en movimiento, sin alejarse demasiado, y luego volvía para ver cómo estaba. No tenía nada que lo ayudase a mantenerse a flote. El niño empezó a temblar y los labios se le pusieron azules; su pequeño pecho subía y bajaba con violencia. Su tío, agarrándose del flotador de Doaa, lo cogió en brazos y empezó a llorar.

—¡No nos dejes! —le rogó.

El niño dijo débilmente:

—Por favor, tío, ¡no te mueras tú también!

Y entonces, de repente, su cuerpo se quedó fláccido sobre el hombro de su tío. El hombre abrazó al niño contra su pecho, se apartó del flotador de Doaa y esta observó cómo él y el pequeño se hundían ante sus ojos, mientras el cuerpo de la madre del niño flotaba junto a ella.

—Dios mío —oyó decir a Momen—. Todo el mundo se muere: he visto morir a mi hijo y a mi mujer. ¿Por qué nos pasa esto a nosotros? ¿Por qué nos han hundido? ¡Nadie va a venir a salvarnos!

—Vendrán a por nosotros, *inshalah*, Momen —le contestó Doaa en voz baja —. Sé fuerte y reza, para que la esperanza no te abandone.

Pero, mientras pronunciaba aquellas palabras, Doaa no pudo evitar echarse a llorar. Solo había tenido al pequeño en brazos durante unas horas, pero sentía que se había convertido en parte de ella.

—Dicen que el dolor que siente una madre cuando pierde a su hijo es el peor del mundo. Yo me siento así. Amaba a ese niño. —Había visto muchas muertes, pero esta última le hacía sentir que el corazón estaba a punto de partirse en mil pedazos—. Es culpa mía que haya muerto —le dijo a Momen llorando—. Tendría que haber sido capaz de salvarlo.

—¡No, no! —replicó él—. Era la voluntad de Dios. Tú eres buena, has intentado protegerlo.

Pero Doaa no podía evitar sentir que le había fallado a aquel niño. Recuperó la determinación y se dijo que no fallaría a Malak y a Masa. Ya nada le importaba más que mantenerlas con vida.

Cuando las niñas empezaban a moverse y a estar agitadas, les cantaba su canción infantil preferida: «Vamos, vamos a dormir, dormiremos juntas, y la

paloma moverá sus alas». También se inventaba juegos con los dedos para distraerlas. Descubrió que Malak tenía cosquillas debajo de la barbilla y se reía cuando usaba los dedos para fingir que un ratón le correteaba por el pecho y el cuello. Cuando las pequeñas se dormían, Doaa les frotaba el cuerpo para que no se quedaran frías, y cuando pensaba que estaban perdiendo la conciencia chasqueaba los dedos cerca de sus ojos y decía con firmeza:

—Malak, Masa, despertad, bonitas, ¡despertad!

Masa pronunció una sola palabra: «mama».

Doaa notaba una conexión tan profunda con aquellas niñas que empezó a sentirse como si fuese su madre. Que sobrevivieran era para ella más importante que su propia vida.

Cuando Doaa no estaba reconfortando a las niñas recitaba el Corán, y muchos de los supervivientes que quedaban se reunían a su alrededor para escucharla y rezar. Algunos de ellos conocían también las palabras del Ayat al Kursi, una oración que ella recitaba antes de ir a dormir y se sabía de memoria. Sus voces calmaban a las bebés, y las palabras reconfortaban a Momen y a los demás supervivientes. A Doaa, recitar los versos le daba fuerzas, y sentía que esa sensación venía directamente de Dios. Se aferró a la esperanza de que alguien vendría pronto a rescatarles.

El viernes, en la cuarta mañana que pasaban en el océano, Doaa se dio cuenta de que Malak y Masa dormían casi todo el tiempo y apenas se movían. Les medía el pulso constantemente para asegurarse de que estuvieran vivas.

Momen se había convertido en una especie de guardaespaldas de Doaa y las niñas; protegerlas le hacía sentir que tenía un propósito. Ya no quedaban más mujeres entre los vivos. Los otros hombres que buscaban consuelo en Doaa habían formado un círculo a su alrededor y algunos intentaban apoyarse en el flotador para descansar. Momen intentaba ahuyentarlos y les advertía:

—¡Lleva a esas niñas en brazos! ¿Y si pierde el equilibrio?

Sin embargo, Doaa les permitía quedarse.

—Apóyate con suavidad, por favor, por el bien de las niñas.

Momen no tenía chaleco salvavidas, pero era un buen nadador. Sin embargo, hacia el final de la tarde Doaa se dio cuenta de que empezaba a perder las fuerzas.

—¡No me dejes tú también! —lloró Doaa, pensando que era el único adulto que quedaba al que se sentía cercana, el único en quien había confiado desde la muerte de Basem. No sabía qué haría sin su ayuda y su consuelo.

Momen estaba flotando boca arriba con los ojos cerrados cuando, de repente, su cuerpo se quedó inmóvil y se dio la vuelta, dejando la cara sumergida en el

mar. Doaa sintió que se había quedado completamente sola, salvo por las dos niñas cuyas vidas dependían de ella.

Recostada en el flotador con Malak y Masa sobre el pecho, Doaa perdía y recuperaba la conciencia. Cuando abría los ojos todo estaba borroso. Se salpicó la cara de agua para mantenerse despierta y comprobó que las niñas todavía respiraban. Echó la cabeza hacia atrás de nuevo y miró el cielo, pero no vio nada más que formas borrosas. Entonces, de repente, creyó atisbar un avión blanco y resplandeciente sobre su cabeza. «Debo de estar alucinando», pensó, y descartó la idea. Pero en ese momento recordó las palabras de Basem: «Rezo para que Dios se lleve mi alma y la ponga en Doaa, para que ella viva». Empezó a buscar en el agua el lugar donde su prometido había muerto, pero todo le parecía igual: aguas quietas y cadáveres que flotaban a su alrededor. Intentó apartar el pensamiento del cuerpo de su amado hundiéndose bajo el agua, devorado por los tiburones, sin un entierro como es debido.

Angustiada, volvió a mirar el cielo en busca de cualquier señal de un avión, pero solo vio un pájaro pequeño, gris y negro. Fue hacia ella, voló en círculos sobre su cabeza y luego se marchó. Volvió en tres ocasiones, y en cada una de ellas pareció mirarla a los ojos. «¿Significará esto que estamos cerca de la orilla?», se preguntó. No había visto ni un solo pájaro en cuatro días, ni siquiera una gaviota. «Este pájaro debe de ser una señal de Dios —pensó—. Quizá alguien nos salve».

No mucho después de que el pájaro se marchase, oyó el sonido de un motor y vio el mismo avión blanco sobrevolándola. Esta vez supo que no se lo estaba imaginando.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Alguien ha visto eso?

Los pocos supervivientes que quedaban flotaban a la deriva, y ella estaba sola con Malak y Masa. Dos hombres nadaron hacia ella: Mohamad, un palestino que conocía, y un hombre africano que no había visto antes. El primero tenía chaleco salvavidas y el segundo iba cogido de una garrafa de plástico grande. Doaa miró al cielo y vio lo que le parecieron diamantes que caían como fuegos artificiales. El avión estaba sobrevolándola en círculos de nuevo.

—¡Hay un avión de verdad! —exclamó esperanzada—. ¡Acercaos para que nos vean! —dijo a los hombres.

—Yo no veo nada —contestó Mohamad, mirando al cielo con los ojos entornados.

—Dame tu botella de agua —ordenó Doaa.

Cuando se la dio ella la levantó y la inclinó para que se reflejara contra el sol y el avión los viera. Empezó a volar más bajo y cuando lo hizo los tres empezaron

a mover los brazos y a gritar:

—¡Socorro! ¡Salvadnos!

Sin embargo, el avión desapareció de repente y el sol empezó a bajar hacia el horizonte. «Por favor, Dios, tienen que habernos visto», rezó Doaa, aterrorizada ante la idea de pasar otra noche en las aguas negras.

El sol le daba en los ojos y la cegaba con sus rayos, pero no dejaba de mirar al horizonte esperanzada. Cuando vio un enorme barco en la distancia, le rogó a Mohamad, que estaba cerca:

—Quédate conmigo, por favor, ayúdame a llegar al barco.

Doaa sabía que no podía nadar con las dos bebés en brazos.

—No puedo seguir moviéndome así para mantenerme a flote —le respondió él—. Estoy demasiado cansado. Iré nadando hacia al barco y les diré que vengan a por ti.

Los dos hombres se fueron y Doaa los observó esforzándose por llegar al barco, hasta que dejó de ver a Mohamad. Sin embargo, el hombre africano aún se veía, y ella se preguntó por qué se habría detenido ahora que estaba tan cerca de que lo rescataran, hasta que se dio cuenta de que no se movía. Había muerto justo cuando se encontraban a punto de salvarlo.

Cayó la noche y Doaa ya no veía ni el barco ni nada más en la oscuridad. El mar estaba embravecido y algo golpeaba un lado de su flotador. Se volvió y vio que se trataba del cadáver del africano, que tenía la cara hinchada y los ojos muy abiertos. Doaa chilló y apartó el cuerpo, pero la corriente seguía empujándolo y haciéndolo chocar contra ella, una y otra vez. Se puso a las bebés en el centro del torso, las cogió con una mano y, con la otra, aunó toda la fuerza que le quedaba para remar en la dirección en la que había visto el barco.

Sin embargo, sentía que no iba a ninguna parte. Se dio la vuelta y miró atrás. En la distancia, vio las luces de otro gran navío. Cogió un poco de agua con la mano y la echó en las caras de las niñas para mantenerlas despiertas.

«¿Cómo voy a llegar hasta ese barco? —se preguntó—. Está muy lejos. Dios, tengo la voluntad para llegar hasta allí, pero, por favor, dame la fuerza».

Empezó a remar hacia el barco con una mano y mantuvo la otra alrededor de las dos niñas. No le importaba lo que pudiera sucederle a ella, pero si Malak y Masa vivían sentiría que su vida había tenido sentido. Aguantaría lo suficiente para asegurarse de haber salvado a las pequeñas, y después podría dejar de sufrir y volver junto a Basem.

Diez

Un rescate a última hora

El buque quimiquero *CPO Japan* navegaba por el Mediterráneo en dirección a Gibraltar cuando recibió una señal de socorro de la guarda costera maltesa: un barco en el que viajaban refugiados había naufragado y se requería que todas las naves disponibles proporcionaran asistencia. La ley internacional establece que todas las embarcaciones deben «prestar auxilio a toda persona que se encuentre en peligro de desaparecer en el mar», así que el capitán del *Japan* cambió el rumbo tras oír la llamada de socorro. Asignó a más vigilantes que ocuparan sus posiciones por toda la zona de carga de cubierta. Las tripulaciones de los barcos de la región solían hacer guardias por si encontraban refugiados y migrantes que se hubieran arriesgado a cruzar el Mediterráneo, pues sabían que a menudo estos intentos terminaban con sus muertes. La tripulación del *Japan* haría lo que estuviera en su mano para salvar a los supervivientes. Sin embargo, cuando llegaron a las coordenadas que les habían dado en la señal de socorro, lo único que se encontraron fueron docenas de cadáveres hinchados flotando en el mar.

El barco disminuyó la velocidad para no chocar contra los cuerpos. Desde un buque portacontenedores que ya había estado allí les habían dicho que su tripulación había salvado a cinco personas, pero que se disponían a dar por terminada la operación de rescate porque estaba oscureciendo. Intentar encontrar

más cuerpos en la oscuridad era una tarea fútil.

Desde el comienzo de la crisis de refugiados en Europa, en el 2014, los barcos mercantes habían tenido un papel fundamental a la hora de salvar vidas, ya que el número de migrantes y refugiados que osaban hacer la peligrosa travesía hasta el otro lado del Mediterráneo no tenía precedentes. Se estima que, solo en el año que naufragó el barco en el que viajaba Doaa, estos navíos rescataron a unas cuarenta mil personas. Sin embargo, no están equipados para ocuparse de operaciones de búsqueda y salvamento y cada intento de rescate cuesta tiempo y recursos a la empresa que los opera.

El capitán del *CPO Japan* pensó que había cumplido con la parte que le tocaba. Había respondido a la señal de auxilio y si daba media vuelta y seguía su curso, nadie se lo reprocharía. Sin embargo, al mirar los cadáveres que flotaban a su alrededor, decidió ordenar a la tripulación que bajasen el bote salvavidas al mar. «Si el otro barco ha encontrado a cinco personas con vida, quizá haya más», pensó. No soportaba la idea de rendirse cuando lo único que veía bajo la tenue luz eran cadáveres.

Entre la tripulación prevaleció un consenso silencioso y decidido, así que se prepararon para iniciar la búsqueda. Eran marinos mercantes, hombres de Europa del Este y de Filipinas que habían acabado por coincidir en aquel buque. No eran rescatadores profesionales, pero no eran capaces de abandonar el lugar sin al menos intentarlo.

Empezaba a levantarse viento, el mar estaba agitado y había muy poca visibilidad. Tres miembros de la tripulación se subieron a un bote salvavidas cerrado y otro hizo girar la manivela para bajarlo al mar. Este modelo hermético de alta tecnología había sido diseñado para poder operar en condiciones climatológicas adversas y en mareas altas sin que le entrase agua. Se pusieron en marcha, pasando junto a docenas de cadáveres.

—No recojáis a los muertos —les ordenó el capitán por radio—. Buscad solo a los posibles supervivientes.

Los marinos inspeccionaron la zona, pero no encontraron más que cadáveres. Parecía que su búsqueda era en vano, pero, de repente, les llegó la voz del capitán a través de la radio. A un vigilante apostado en la proa del barco le había parecido oír la voz de una mujer pidiendo auxilio. Allí, en la inmensidad del mar, aún quedaba alguien con vida. Los hombres del bote salvavidas viraron hacia proa con la esperanza de localizar de dónde venían los gritos de socorro.

El viento empezó a soplar con más fuerza mientras continuaban la búsqueda, lo que les dificultaba oír nada más allá del ruido. De vez en cuando, paraban el motor del barco para escuchar mejor. A veces les llegaba el eco amortiguado de

la voz de una mujer, pero parecía venir de un lugar distinto en cada ocasión.

—¡Sigue gritando! —le decían una y otra vez, conscientes de que si callaba no la encontrarían jamás.

Tras haber pasado cuatro días y cuatro noches en el agua, sin nada para comer ni para beber, a Doaa casi no le quedaban fuerzas. Le dolían los brazos y estaba tan mareada que temía desmayarse. Ya no se sentía la parte baja de las piernas y tenía la garganta irritada de tanto gritar. Quería rendirse, pero el peso de Masa y de Malak, que descansaban sobre su pecho, le daba la determinación necesaria para seguir viviendo. Siguió remando para mantenerse a flote, y cada vez que se impulsaba en el agua con la mano gritaba:

—¡*Ya Rab*!

«¡Oh, Dios!». Sin embargo, su voz parecía desaparecer, engullida por el viento.

Había visto el *CPO Japan* cuando se había aproximado la primera vez, y le había parecido que estaba muy cerca, pero ahora ya no lo veía por ninguna parte. «¿Adónde habrá ido?», se preguntó, presa de la duda que empezaba a atormentarla. Cada vez estaba más segura de que las niñas y ella morirían antes de que nadie las encontrara.

Pero entonces, como si Alá por fin hubiera escuchado sus plegarias, Doaa oyó unas voces que la llamaban. Consiguió entender algunas palabras en inglés:

—¿Dónde estás? ¡Sigue hablando para que podamos seguir tu voz y encontrarte!

De repente, las voces se amortiguaron tras el vaivén de una ola, como si se estuviesen alejando. Y entonces se apagaron.

Doaa pensó de forma febril y desesperada, intentando recordar cómo se decía «ayuda» en inglés. Como no lo conseguía, decidió emplear cualquier palabra que conociera y todas las fuerzas que le quedaban en lograr que llegasen a los oídos de sus rescatadores. «¿Es que no pueden verme?», se preguntó mientras subía y bajaba en el agua, preocupada de que tal vez no estuviera haciendo ningún ruido, o de que estuviera alucinando. Pero veía un halo de luz que se deslizaba sobre el mar y cada vez que gritaba parecía barrer por encima de olas más cercanas a ella. Empezó a remar hacia la luz con desenfreno, mientras le ordenaba mentalmente que la iluminara. Su determinación por salvar a Malak y a Masa le dio unas fuerzas que no sabía que tenía.

Las pequeñas apenas se movían ya; habían empezado a perder la conciencia. Doaa les mojó la cara para mantenerlas despiertas y fue sorteando los cadáveres tan rápido como podía en dirección al sonido de su única esperanza. No podía permitir que Masa y Malak muriesen ahora que tan cerca estaban de ser

rescatadas.

Doaa tenía la boca tan seca que el sonido que salía de entre sus labios parecía un graznido. No sabía cuánto tiempo podría continuar gritando, ni manteniéndose a flote junto a las niñas. Sin embargo, el miedo a que, si dejaba de gritar, los rescatadores se rindiesen y Masa y Malak murieran la impulsaba a continuar haciéndolo. Los cuerpos de las pequeñas estaban ahora inertes, estirados, lánguidos, contra su pecho. Doaa sentía como si la sangre de ellas circulase por sus venas y sus tres corazones latieran al unísono. Sus vidas dependían de que ella consiguiera llegar a aquel barco de rescate. «Cuando Masa y Malak estén a salvo —pensó— puedo volver al lugar donde Basem se ahogó y reunirme con él». Pensar que solo tenía que aguantar un poco más y que después podría descansar y estar con su prometido la reconfortaba.

Por fin, tras dos horas, un marinero que miraba por la ventanilla del bote salvavidas exclamó:

—¡La veo!

De repente, la luz giró hacia Doaa. Ante ella flotaba una cápsula roja futurista del tamaño de un pequeño autobús, algo como salido de una película. Al principio pensó que se lo estaba imaginando; no se parecía en nada a ningún otro barco que hubiese visto. Los hombres que había a bordo la miraban anonadados, impactados al ver a una joven tan menuda en un flotador de playa normal y corriente, con la mitad inferior del cuerpo sumergida en el agua.

Una puerta lateral se abrió y de ella emergió algo que parecía la entrada de una jaula. Un hombre asomó, llamó a Doaa y le tendió una barra, a la que ella se agarró con fuerza mientras tiraban de ella y de las niñas hacia dentro. Al acercarse al bote, Doaa le habló al hombre que había al otro extremo de la barra, con voz débil pero tono apremiante. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no entendía ni una palabra de lo que decía.

Cuando Doaa llegó por fin al bote, los hombres la cogieron de brazos y piernas para intentar subirla a bordo con ellos, pero ella se resistía. Con lo poco que le quedaba de voz rogó en árabe a sus rescatadores que salvaran a Malak y a Masa. Se señaló el pecho de forma desesperada y se levantó la delgada chaqueta para enseñarles a las dos pequeñas aferradas a su pecho, a las que sostenía pese a la debilidad de su brazo. Los hombres se quedaron atónitos. Aquella mujer de aspecto tan frágil no solo había sobrevivido cuando muchos otros habían muerto sino que, de algún modo, había sido capaz de mantener con vida también a dos bebés. Uno de los oficiales del barco, Dmitro Zbitniev, cogió a una de las niñas de los brazos de Doaa y luego a la segunda y se las tendió a sus compañeros, que las envolvieron en mantas térmicas y las estrecharon entre sus brazos; sus diminutas

vidas eran valiosísimas entre tanta muerte. Finalmente, Dmitro alargó los brazos para meter a Doaa en el barco, pero ella, una vez más, se resistió.

«Amo profundamente a estas niñas. Por favor, permite que se pongan bien —pensó, recordando la dulce sonrisa de Malak, con sus dos dientecitos—. Al menos ahora están a salvo y ya no tengo que seguir luchando por ellas. Ahora puedo reencontrarme con Basem». Sola por primera vez en días y colmada de una profunda sensación de alivio por haber cumplido su cometido, Doaa levantó las rodillas para apartarse del bote de un empujón. «Quiero volver con Basem y morir con él». Doaa no estaba segura de si lo había dicho en voz alta o no.

En aquel momento, uno de los miembros de la tripulación la cogió de la pierna y tiró de ella para que pudieran subirla al calor de la cabina. Deliraba de sed y agotamiento y había empezado a confundir qué era real y qué solo un producto de su imaginación. «No soporto vivir sin Basem», pensó para sí. Sin embargo, aunque se había resignado a perecer en el mar junto a él, estaba demasiado débil para resistir ante los hombres que intentaban salvarla. Pese a estar totalmente exhausta y haberse desplomado en sus brazos, Doaa era muy ligera y Dmitro la levantó sin esfuerzo para luego depositarla en el suelo del barco con cuidado. La envolvieron rápidamente con una manta y le colocaron una esponja mojada en los labios para que pudiera humedecérselos. Al saborear el agua fresca se sintió más sedienta de lo que había estado en todos esos días flotando en el mar. Pidió más con gestos e intentó alargar la mano hacia la botella de agua, pero no conseguía moverla. Un hombre le llevó una pajita a los labios cuarteados para que pudiera llenarse la boca con el líquido fresco y que este se filtrase por todo su cuerpo reseco. El agua le sabía a gloria, pero Doaa la tragó tan rápido que vomitó.

Mientras tanto Masa y Malak no se movían.

—¡Debemos hacer todo lo posible para mantenerlas con vida! —ordenó Dmitro a sus colegas antes de llamar por radio al oficial al mando del barco para que alertase a la guardia costera y pidiese un helicóptero de rescate.

Dmitro, que miraba la escena atónito, más tarde se preguntaría: «¿Es esto un milagro? ¿O el destino? Para marinos mercantes como nosotros, que no estamos entrenados en búsqueda y rescate, encontrar una persona en el mar en estas condiciones es como dar con una aguja en un pajar. Y con aquellas condiciones climáticas, jamás habrían podido sobrevivir una sola hora más en aquel flotador tan pequeño».

Doaa estaba desplomada en el bote salvavidas, macilenta, débil, incapaz de mover un solo músculo. Cuando alcanzaron el *Japan* sintió las olas que empujaban al bote hacia él; hicieron falta varios intentos para conseguir alzarlo y

asirlo bien al quimiquero. Cuando por fin subieron a bordo del buque, los hombres la levantaron y la colocaron con cuidado en una camilla. Perdió de vista a Masa y a Malak, pero vio pares de ojos curiosos, preocupados y amables a su alrededor. Nadie hablaba árabe, pero la entendieron cuando les dijo que no era la madre de Masa ni de Malak.

Doaa se quedó tumbada en la camilla, temblando en su ropa mojada. Un hombre sacó un mono naranja recién planchado, como el que vestían todos los miembros de la tripulación. De algún modo, se las arregló para transmitirle que quería vestirse sola y en privado. Ellos parecieron comprenderla, formaron un círculo con mantas a su alrededor y le dieron la espalda, para que pudiera quitarse discretamente la ropa mojada y ponerse el mono. Para conseguirlo tuvo que usar todas las fuerzas que le quedaban. Se pasó la mano por la cabeza, que le martilleaba, y rozó con los dedos el coletero blanco que le recogía el cabello. Recordó la sonrisa en el rostro de Basem cuando se lo había regalado y le entraron ganas de llorar. Abrumada por las emociones, se sentía repentinamente expuesta; deseó tener un pañuelo con el que cubrirse el pelo. Nunca había estado con la cabeza descubierta delante de hombres que no fueran de su familia. Necesitaba consuelo, así que se llevó una mano al cuello para acariciar otro regalo de Basem que significaba mucho para ella, un collar al que le tenía mucho cariño y en el que lucía dos colgantes: una bandera de la oposición siria y una bala utilizada que Basem se había llevado de Daraa antes de huir.

Doaa se recompuso y examinó el montón de ropa y los documentos que tan cuidadosamente había envuelto en plástico, que estaban a su lado. Eran las únicas posesiones que le quedaban, y se sentía aliviada de que estuviesen intactas. Se las entregó una a una al hombre que la había sacado del agua: su pasaporte y el de Basem, su contrato de compromiso, los quinientos euros en billetes enrollados, su teléfono móvil y su Corán, que tan preciado era para ella. Aún era capaz de confiar. Luego se derrumbó en la cubierta; había agotado sus últimas fuerzas. Los miembros de la tripulación la ayudaron a volver a la camilla y la llevaron bajo cubierta, a un pequeño camarote. La depositaron en una cama con cuidado, le colocaron una almohada suave debajo de la cabeza y la taparon con una manta calentita.

El cuartel de la guardia costera más cercano estaba en Grecia, en la isla de Rodas, demasiado lejos para que un helicóptero de rescate llegase a la ubicación del buque. La tripulación recibió instrucciones para ir a la isla griega de Creta para que el helicóptero se encontrara con ellos en la costa suroccidental. Tardarían al menos cuatro horas en llegar al punto de encuentro y, por tanto, en conseguir la asistencia médica que Doaa y las niñas necesitaban tan

desesperadamente. El capitán oteó el mar y puso los motores a toda velocidad.

Mientras tanto, bajo cubierta, los miembros de la tripulación recurrían a todas las técnicas de primeros auxilios que conocían para cuidar de Masa, Malak y Doaa. Un hombre le quitó el envoltorio a una chocolatina y se la ofreció a Doaa, que dejó que se le derritiera en la lengua. El sabor era maravilloso, pero de repente se atragantó con el azúcar y empezó a toser descontroladamente, quedándose sin respiración. Le pusieron una máscara de oxígeno y no tardó en relajarse. Se sentía como si siguiera meciéndose arriba y abajo con las olas del mar y, cuando abrió los ojos, apenas podía creer que estuviera en un barco, a salvo y con vida.

Esa noche, Doaa no durmió de un tirón. Una vez se despertó y vio que la tripulación se estaba haciendo fotos y *selfies* con ella, pero no le importó. Sabía que eran buenas personas y tenerlos cerca la hacía sentir segura. Volvió a dormirse, pensando que era Dios quien la había llevado hasta ellos. La asaltaban sueños en los que se ahogaba y se asfixiaba. En una ocasión se despertó sin poder respirar. En su sueño, estaba atrapada bajo el agua e intentaba llegar a la superficie para tomar aire. Se despertó sobresaltada, y le sorprendió encontrar a uno de los hombres en su habitación, dejándole su ropa junto a la cama. La habían lavado, planchado y doblado con mimo y despedía un fresco aroma a jabón. Después, el hombre colocó sus documentos, su dinero y su Corán encima de la camiseta y lo metió todo en una bolsa de plástico. Este pequeño gesto de bondad la reconfortó, así que volvió a tumbarse en la cama y cerró los ojos de nuevo.

Mientras Doaa luchaba contra las pesadillas, la tripulación intentaba salvar a las niñas desesperadamente. Uno de ellos habló por radio con un médico de la guardia costera maltesa para que lo asistiera. Como no había ningún médico a bordo, la tripulación había tenido que recurrir a su entrenamiento básico de primeros auxilios. Informaron al doctor de que ambas niñas tenían mal aspecto: seguían inconscientes, respiraban de forma superficial y tenían la temperatura corporal peligrosamente baja. El estado de Doaa tampoco era bueno: estaba muy débil y solo hablaba despacio y de forma ininteligible. Sin embargo, las dos pequeñas parecían al borde de la muerte. El médico les aconsejó que les ofrecieran solo pequeños sorbos de agua cálida y envolvieran a las bebés en mantas con botellas de agua caliente dentro. Era probable que estuviesen sufriendo hipotermia y que sus cuerpos necesitaran calentarse poco a poco. Se asignó a un vigilante que monitorease su respiración y les fuese tomando la temperatura.

Cinco horas después de que la sacaran del agua, Doaa oyó el ruido de un

helicóptero. Se removió, medio dormida, y entonces vio que algunos miembros de la tripulación entraban a toda prisa y le decían con gestos que era hora de irse. Intentó ponerse de pie, pero las piernas le fallaron y volvió a caer. Seis hombres rodearon la cama y la levantaron con ella encima para subirla hasta la cubierta, que el helicóptero sobrevolaba. De él colgaba una cesta de rescate plegable que descendió poco a poco hasta la cubierta. En la parte inferior, la cesta era cuadrada, con un marco de metal y de cuerdas, e iba enganchada a un cable con una red de gruesas cuerdas y amortiguadores de goma. Cuando tiraban de ellas, las cuerdas formaban una especie de jaula resistente en forma de pirámide. Doaa se estremeció mientras el viento le azotaba el cabello. Un hombre que llevaba un chaleco y un casco la cogió y metió en la cesta. Estaba tan débil que no podía ni sentarse. El hombre se arrodilló en la abertura junto a ella, se cogió de las cuerdas y le sonrió para tranquilizarla. Se sentía segura envuelta en aquella cesta, así que, mientras los elevaban hacia el helicóptero, bajó la vista hacia las aguas negras y embravecidas y pensó: «Ya no puedo volver a odiar el mar, porque ahora Basem es parte de él». Recordó algunas de sus últimas palabras: «Si muero, lo único que quiero es que seas feliz».

Del interior del helicóptero salieron un par de fuertes brazos que la alzaron para subirla a la cabina. Doaa se sorprendió al descubrir que había más supervivientes dentro. El primero que vio era Mohamad, el hombre que había nadado hasta el primer barco aquel día seguido del hombre africano. Al final, resultaba que aquel barco no había sido producto de su imaginación.

—Estás aquí —observó él sin emoción.

Doaa apartó la vista. Luego reparó en Shukri, el palestino que había perdido a su esposa y sus dos hijos pequeños justo después del naufragio y se había quedado destrozado. Estaba sentado en silencio, mirando el mar por la ventana. Reconoció a dos hombres más, pero no recordaba sus nombres. Y finalmente, en los brazos de un miembro de la tripulación del helicóptero, estaba la pequeña Masa, envuelta bien apretada en una manta blanca de vellón. De un extremo sobresalían sus piececitos descalzos, desplomados hacia un lado. Estaba totalmente inmóvil. «Por favor, por favor, permite que siga con vida», rezó Doaa. Buscó a Malak, desesperada, pero no la vio. Pensó que quizá era la siguiente en ser trasladada desde el barco, pero en ese momento la puerta se cerró y el vehículo dio un bandazo hacia delante. Doaa llamó a uno de los tripulantes del helicóptero:

—¿Malak? —preguntó desesperada—. ¡¿La bebé?!

Sin embargo, en el helicóptero había demasiado ruido y no consiguió entender la respuesta del hombre y, aunque lo hubiera hecho, le hablaba en

inglés. Preguntó de nuevo y esta vez uno de los supervivientes tradujo la respuesta: la pequeña Malak había muerto. La tripulación había hecho todo lo posible para resucitarla, pero no había sobrevivido. Doaa se quedó sin respiración y empezó a sollozar. Se sentía como si le hubiesen arrancado el corazón del lugar exacto donde Malak le había apoyado la cabecita. No soportaba tanta injusticia. La pequeña había sobrevivido cuatro días a la deriva solo para morir justo después de que la rescataran. Doaa habría preferido morir a cambio de que Malak viviera. Se preguntó, rota de dolor, si la bebé habría sobrevivido si ella hubiese insistido en seguir sosteniéndola en brazos y le hubiera cantado y recitado versos del Corán, tal y como había hecho en el agua. Un médico se acercó a ella, preocupado, y le tomó el pulso. Luego se dio la vuelta abruptamente y corrió hacia Masa, la tumbó boca arriba y empezó la reanimación cardiopulmonar, presionándole el pecho con la mano. Doaa contuvo el aliento: no podría soportar perder también a Masa. Tras unos instantes de tensión, el médico detuvo las compresiones torácicas y se sentó, esbozando una sonrisa de alivio. Masa respiraba de nuevo; una chispa de esperanza parpadeó en el corazón de Doaa.

Una hora después, el helicóptero aterrizó en una base militar cerca de la ciudad portuaria de La Canea, al oeste de Creta. Allí les esperaban dos ambulancias. Se llevaron a Doaa en camilla cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte.

Al despertar, estaba en una cama de hospital y tenía un policía al lado que le hablaba en un idioma que nunca había oído. A su lado había otro hombre que tendría la edad de su padre, y que le habló en árabe con acento egipcio. Le preguntó su nombre y de dónde era y le explicó que estaba a salvo en un hospital griego. Empezó a traducir las preguntas del policía: ¿De dónde había partido el barco? ¿Quiénes eran los traficantes? ¿Cómo se había hundido? Tantas preguntas la mareaban; Doaa solo quería volverse a dormir. Les contó tan rápido como pudo que una banda de hombres malvados había hundido el barco a propósito y que casi todos los quinientos pasajeros se habían ahogado. El policía le preguntó a Doaa si las niñas que habían rescatado junto a ella eran sus hijas. Cuando ella negó con la cabeza, le preguntó:

—¿Cómo es que no son tuyas?

A ella le pareció una pregunta extraña, pero explicó que la niña que seguía con vida se llamaba Masa y que era siria, igual que Doaa, y que la bebé, Malak, era de Gaza, la única superviviente de una familia de veintisiete personas que también iban en el barco, pero al final también había muerto. Hecha un mar de lágrimas, Doaa les contó que las familias de las niñas se las habían confiado y que había intentado mantenerlas con vida. Pensar en el fallecimiento de Malak la

sumió de nuevo en una profunda tristeza; sollozó y sollozó antes de volver a caer en un profundo sueño.

La siguiente vez que se despertó, Doaa se dio cuenta de que se encontraba en una habitación grande de hospital que compartía con otros pacientes. Apartó las mantas, se miró los brazos y las piernas y vio que estaban cubiertos por espantosos moratones negros y violetas. Intentó levantarse para ir al baño, pero se cayó. Al tratar de incorporarse, sintió un dolor agudo que se le extendía por las piernas y se preguntó si habría perdido la capacidad de andar. También le dolían los músculos de los brazos de haber sujetado a Masa y a Malak en la misma postura durante tanto tiempo. Una enfermera acudió corriendo, la subió a una silla de ruedas y la empujó hasta el baño. Doaa le indicó con gestos que quería intimidad, así que la enfermera cerró la puerta. Cuando se quedó sola, se levantó con ambas manos y se apoyó en el lavabo para mirar su imagen en el espejo. Casi no reconocía su propio rostro. Estaba quemado del sol y se estaba pelando, y le parecía que los ojos profundamente tristes que la miraban desde el reflejo eran los de una desconocida. Se pasó los dedos por la despeinada melena y se quedó con mechones enteros en la mano. Debió de gritar, porque la enfermera abrió la puerta de golpe y entró con una expresión preocupada. La ayudó a volver a la silla de ruedas y la llevó de vuelta a la cama. Doaa sintió alivio al alejarse de aquel reflejo tan inquietante y angustioso de sí misma.

Una vez en la cama pensó en llamar a su madre, pero no sabía qué decirle. ¿Cómo le iba a confesar lo que había ocurrido? Además, estaba tan mareada y desorientada que no lograba recordar ningún número de teléfono. Doaa cogió su móvil e intentó encenderlo, pero no funcionaba. Se lo quedó mirando y pensó: «Me siento como si estuviera muerta, por viva que esté».

A la pequeña Masa se la llevaron a otra clínica, al Hospital Universitario de Creta en Heraklion, donde la ingresaron en la unidad de cuidados intensivos de pediatría. La doctora Diana Fitrolaki, que se encargó de su tratamiento, dijo que la niña se encontraba al borde de la muerte en el momento de su llegada. Sufría de insuficiencia renal aguda, hipotermia y deshidratación severa, y estaba letárgica y semiconsciente. La doctora temía que, de sobrevivir, sufriera daños cerebrales. En aquel hospital no se habían enfrentado jamás a un caso como el de Masa, y el personal trabajó día y noche para hacer todo lo posible por salvarla. Le pusieron ventilación mecánica y una vía para restablecer sus niveles de glucosa y de líquidos. La llamaron Nadia y a menudo la mecían en brazos y le cantaban canciones. Nunca la dejaban sola.

La prensa no tardó en llegar, y la lucha de Masa por vivir se convirtió en una de las noticias más comentadas de Grecia. Los periódicos, tanto online como en papel, publicaron una foto de ella en su cama de hospital en la que miraba a la cara con los ojos muy abiertos y colmados de tristeza. El cuarto día tras su rescate, el director del hospital, Nikos Haritakis, habló con los periodistas:

—La niña luchó contra las olas durante días y noches. Cuando llegó estaba completamente deshidratada y quemada por el sol y sufría multitud de desequilibrios bioquímicos. Y, aun así, en solo cuatro días ha dejado de necesitar respiración asistida. Hoy tiene una conciencia excelente de su entorno, come y bebe con normalidad y está en muy buenas condiciones físicas. A una niña tan pequeña, la deshidratación podría haberle causado un daño cerebral irreparable.

En cuanto saltó la noticia de que la bebé milagro había sobrevivido al naufragio tras cuatro días en el mar, la centralita del hospital recibió una cantidad abrumadora de llamadas de familias griegas que querían adoptarla. El director Haritakis calcula que hubo hasta quinientas ofertas: nadie podía resistirse a la pequeña que había sobrevivido pese a tenerlo todo en contra.

Mientras tanto, tras cuatro días de tratamiento, Doaa se iba recuperando poco a poco, al menos físicamente. La trasladaron a una residencia de ancianos para que siguiera reponiéndose. Los medios decían que era una heroína por haber salvado a la pequeña Nadia y por haber sobrevivido tanto tiempo a la deriva en el Mediterráneo. El hombre egipcio que le había hecho de intérprete cuando se había despertado en Grecia por primera vez iba a verla a menudo acompañado de su esposa. Le llevaron ropa y se ofrecieron a acogerla en su casa. Tenían cuatro hijas y una de ellas era de la edad de Doaa. La pareja le aseguró que sería bienvenida en su hogar y que acogerla no les supondría ningún problema y le recordaron que estaba sola en un país desconocido y necesitaría protección. Como alternativa, las autoridades griegas le ofrecieron un pequeño piso, un estipendio y la oportunidad de solicitar asilo.

Doaa sabía que no estaba en condiciones de vivir sola en un país extranjero, así que decidió aceptar la oferta de la familia egipcia. Tras pasar dos días en la residencia para ancianos se mudó a su casa, que estaba en La Canea. Le habían preparado una cama en la habitación de sus hijas. Aquel hogar modesto y acogedor, los rituales familiares y la comida casera egipcia pronto la hicieron sentir mejor.

Sin embargo, era consciente de que sus padres debían de estar preocupadísimos. Hacía más de una semana que no sabían nada de ella, y durante su estancia en el hospital se había sentido demasiado enferma y desorientada como para llamarlos. No había conseguido recordar sus números

ninguna de las veces que había cogido el teléfono para hacerlo, y cuando pensaba en lo que les diría, la idea de articular lo que les había pasado a ella y a Basem la dejaba exhausta, y lo único que quería era dormir. Sin embargo, sabía que tenía que llamarlos en algún momento. Doaa se estrujó el cerebro para recordar alguno de sus números, o el de cualquiera de sus hermanas o sus amigas, pero no se acordaba ni de uno solo. Se le ocurrió quitar la tarjeta SIM de su móvil estropeado e insertarla en uno que le habían dado sus anfitriones. Recordó que cuando mandaba fotos a sus amigos a través del servicio de mensajería Whatsapp aparecía el nombre del destinatario encima de ellas. Abrió la aplicación en su nuevo teléfono y miró la lista de contactos. El primer número que encontró que podía serle útil era el de una de sus amigas de Egipto. Marcó el número, pero estaban en mitad de la noche y nadie respondió. Se sentía lenta y cansada, pero siguió mirando los números de teléfono. Al final encontró una foto que le había enviado su hermana Ayat, que entonces vivía en el Líbano. Encima de la foto estaba su número, así que Doaa lo marcó de inmediato.

Tras varios tonos, oyó la voz adormilada de su hermana:

—¿Sí?

—¡Ayat, soy Doaa! —Todavía le costaba mucho hablar. Su voz le sonaba extraña después de tantos gritos de socorro.

—¡Doaa! ¿Dónde estabas? —Ayat parecía aliviada.

Doaa casi rompió a llorar al oír la voz de su hermana. Le dijo que su madre había llamado hacía dos días, desesperada por saber si había tenido noticias de ella. Así es como Ayat se había enterado de que Doaa y Basem estaban en un barco rumbo a Italia que ya hacía tiempo que debía haber llegado a su destino. Llevaba preocupada desde entonces.

—¿Dónde está Basem?

—Está durmiendo en la mezquita porque aquí somos todo chicas y no se puede quedar —mintió Doaa.

Simplemente, no era capaz de confesarle a su hermana mayor que su prometido había muerto. Si pronunciaba las palabras se haría realidad. Le dijo a su hermana con brusquedad que tenía que colgar porque la llamaba desde un teléfono prestado.

—¡Tienes que llamar a mamá y decirle que estáis bien!

—La llamaré, pero no me acuerdo de su número. Por favor, dámelo y la llamaré —le prometió Doaa antes de colgar a toda prisa.

No era capaz de pensar con claridad y se pasó el resto de la noche en vela, preguntándose qué le diría a su familia de Basem. Ya no recordaba qué era real y qué se había imaginado. Durante días, lo único en lo que había pensado era en

sobrevivir y en mantener a las pequeñas con vida, pero ahora no sabía qué hacer. Masa y Malak le habían dado un propósito, pero ya no tenía ninguno. Antes, sus planes consistían en construir una vida nueva junto a Basem, y ahora estaba sola. Si hablaba con sus padres, tendría que reconocer que él ya no estaba, y eso significaba que tendría que descubrir cómo vivir sin él, y también enfrentarse a la sensación de que ella era la responsable de su muerte. Cuando estaban en el autobús camino al barco, Basem había querido dar media vuelta y había sido ella quien había insistido en seguir adelante, pese a sus propias premoniciones.

En el momento en el que supo que no podía posponerlo más, cogió el teléfono y llamó a su madre.

Hanaa y Shokri vivían atormentados por la preocupación desde el momento en que se habían despedido de Doaa y Basem. Hanaa tenía el presentimiento de que nunca volvería a verlos. Después de la última llamada de su hija, en la que los había informado de que estaban a punto de llegar a la playa desde la que partiría el barco, habían pasado en casa todo el tiempo posible para evitar que nadie les preguntase si habían recibido noticias. Tras cinco días sin saber nada de ellos, Hanaa se subía por las paredes. El viaje debería haberles llevado como mucho cuatro días. Telefoneó a las amigas de Doaa y les pidió que mirasen «Escapar de la muerte y hacia la muerte», una página de Facebook que seguía la pista de los barcos de refugiados que viajaban a Europa y anunciaba cuando uno de ellos llegaba bien. Habían mencionado muchas embarcaciones, pero entre ellas no estaba la que había salido de Gamasa el 6 de septiembre.

Hanaa intentó convencerse de que habían llegado y, simplemente, todavía no habían encontrado la forma de contactar con ellos. O tal vez el barco había tenido algún problema con el motor en el mar y estaban esperando a que los rescataran. Shokri se preguntaba en voz alta si lo que habría pasado no sería que no habían llegado a subir al barco, como en las anteriores ocasiones, y estarían en la cárcel, desde donde no les dejaban llamar. Lo único que ninguno de ellos se atrevía a decir al otro era que quizá Doaa y Basem habían muerto en el mar.

Empezaron a recibir informaciones contradictorias por parte de su familia y sus amigos. De camino a la tienda, Nawara oyó el rumor de que el barco se había hundido, pero que Doaa y Basem estaban entre los doscientos supervivientes. En otra ocasión, unos vecinos le dijeron a Saya que habían muerto. Las dos hermanas decidieron no compartir aquellos rumores con sus padres, para no asustarlos.

Unos seis días después de la última vez que había hablado con Doaa, llegó a

oídos de Hanaa el rumor de que el barco había naufragado y no había supervivientes. Empezó a temerse lo peor, pero se mantuvo en silencio. No quería preocupar a su familia ni admitirse a sí misma que era posible que su hija estuviese muerta. El 18 de septiembre, doce días después de la marcha de Doaa y Basem, un grupo de vecinos llamaron a su puerta y les pidieron que les dejasen pasar: tenían noticias. Hanaa adivinó al ver la expresión de sus rostros que se trataba de ellos dos, pero no se atrevió a preguntar. Las mujeres salieron al balcón y los hombres se sentaron en el salón adyacente con gesto sombrío.

Justo cuando estaban a punto de hablar, a Hanaa le sonó el teléfono. Lo cogió, aliviada de romper el tenso silencio y retrasar el momento en el que le dieran las noticias, que tenía la impresión de que no serían buenas.

—¿Quién es y qué quiere? —respondió, con una brusquedad poco propia de ella.

—¡Mamá, soy Ayat! ¡Escúchame! ¡Doaa está viva!

Ayat le contó enseguida que Doaa la había llamado a las tres de la madrugada y le había dicho que estaba a salvo con una familia griega.

—¡Gracias a Dios!

Hanaa temblaba de alivio. Le dijo a su hija que había oído hacía días que había habido un naufragio pero que no había dicho nada para no preocupar a los demás. Luego le preguntó por Basem.

—Me ha dicho que estaba durmiendo en una mezquita, pero su voz sonaba un poco rara —contestó Ayat—. No lo sé. Estaba un poco desorientada, pero hay algo en lo que dijo que parecía extraño.

Ayat le dio el número de Doaa en Grecia para que pudiese hablar con ella, y Hanaa marcó en cuanto colgó. Le respondió una mujer que hablaba en árabe. Hanaa, ansiosa, le pidió que le pasara a su hija.

Tras unos segundos eternos, Doaa cogió el teléfono.

—Mamá, estoy bien. Te llamaré cuando me encuentre mejor.

Doaa sonaba distante y hablaba con un hilo de voz. Hanaa se sentía muy aliviada, pero no podía creer que le fuese a colgar tan rápido.

—¿Dónde está Basem?

—En el supermercado —respondió Doaa de forma inexpresiva.

Por su respuesta y la prisa que tenía por colgar, Hanaa se dio cuenta de que algo no andaba bien, así que pidió a su hija que la volviera a pasar con su anfitriona, a la que le preguntó más detalles.

—Su hija está bien —le aseguró ella.

Le prometió que en su familia tratarían a Doaa como a su propia hija y la protegerían. Cuando Hanaa preguntó por Basem, la mujer solo le dijo que no

estaba, pero no le dio más detalles. Por su tono de voz, Hanaa supuso que Doaa estaba presente, así que le pidió que hablasen en privado. Unos instantes después, la mujer empezó a hablar con más franqueza. Le confesó que sospechaba que se había ahogado, igual que la gran mayoría de los pasajeros, y que Doaa todavía estaba en fase de negación. Le contó que Doaa era una heroína que había sobrevivido cuatro días a la deriva y había salvado a una niña pequeña.

—Doaa tiene buen corazón y está a salvo con nosotros. Dé gracias a Dios porque esté viva. —Luego, en susurros, añadió—: Y que Basem descanse en paz.

Luego se ofreció a devolverle el teléfono a Doaa. Su voz sonaba tan débil que costaba reconocerla. Lo único que Hanaa quería hacer era llorar, pero sabía que tenía que ser fuerte por su hija.

—Di algo, hija mía, para que tu padre y nuestros vecinos sepan que eres tú.

Familia y amigos se habían reunido alrededor de Hanaa tras oír que seguía con vida. Hanaa puso el altavoz y le dijo:

—Está aquí todo el mundo preguntando por ti.

—Estoy bien —le aseguró Doaa a todos los presentes. No fue capaz de decir nada más.

Todo el mundo rompió a llorar al oír su voz.

—Descansa, Doaa —le dijo Hanaa, y prometió volver a llamarla al día siguiente.

Las pesadillas la despertaban cada noche. Veía a Basem alejándose de ella y hundiéndose en el mar una y otra vez. A medida que estos sueños se repetían, ella luchaba por aceptar que eran una realidad. Poco a poco, fue asimilando que su prometido había muerto. Durante el día, cuando se quedaba sola en casa, la pena la consumía.

Algunos días salía al balcón, miraba al cielo y se imaginaba allí a Basem.

—Ojalá estuvieses hoy aquí conmigo —decía mirando hacia las nubes, y esperaba en vano una respuesta—. Mi felicidad está rota sin ti.

Otros días, Doaa fingía que seguía vivo. Soñaba despierta y se imaginaba que se encontraba con él mientras bajaba por la calle de tiendas principal de La Canea. Entonces se abrazaban y retomaban su historia de amor en el punto en el que la habían dejado.

Todavía no era capaz de admitir su muerte ante su familia. En una de las conversaciones telefónicas con sus padres, Shokri le preguntó cómo llevaba la muerte de Basem, y Doaa contestó sin pensar:

—No está muerto, papa, está vivo.

Mientras tanto, a través de las redes sociales árabes se había corrido la voz sobre la joven mujer que había sobrevivido a uno de los peores naufragios de barcos de refugiados en el Mediterráneo y había salvado a un bebé. Los amigos y familiares de los pasajeros desaparecidos buscaban ansiosos noticias de sus seres queridos, y la historia de Doaa les daba esperanza. Un amigo de su familia de acogida publicó su número de teléfono en una página de Facebook para aquellos que buscaban información sobre el naufragio. A los pocos minutos empezó a recibir oleadas de mensajes y llamadas. «¿Sabes qué le ha pasado a mi hija?», «¿Sigue mi hijo con vida?», «¿Sobrevivió mi madre?», «¿Viste a mi padre?», «¿Viste a mi tío?», «¿Viste a mi amigo?». Los mensajes la abrumaban, pero se esforzó por contestar a todos. Le pedía a la gente que le enviase fotos para ver si reconocía a alguien. ¿Cómo iba a decirles que no había esperanza? ¿Que solo conocía a seis supervivientes, incluyéndola a ella, que estaban en Grecia, y a otros cinco que habían llevado a Malta? Eso era todo. ¿Cómo iba a decirles que sí que reconocía a algunas personas, pero por haber visto cómo se ahogaban?

Algunos mensajes eran desagradables: «¿Cómo es posible que seas una de las únicas que sobrevivió? Debieron de ayudarte los traficantes». Leer el aluvión de mensajes la dejaba exhausta; le recordaban a las muertes de las que había sido testigo, y le hacían revivir la tristeza de haber perdido a Basem y a Malak. Pero, un día, un mensaje de texto de un tal Mohamad Dasuqi llamó su atención. «Doaa, creo que salvaste a mi sobrina, Masa». Había adjuntado una foto de una niña pequeña con un vestido azul con flores blancas. Doaa la examinó de cerca. En efecto, la pequeña que sonreía a la cámara era la misma Masa que Doaa había mecido en el mar durante cuatro días.

Doaa le enseñó el teléfono a su madre de acogida y exclamó:

—¡Masa tiene familia!

Por primera vez desde el naufragio sintió una oleada de felicidad. Respondió de inmediato, con una sonrisa de oreja a oreja, aliviada de por fin poder darle buenas noticias a alguien. «Sí, ¡es la misma Masa que rescataron conmigo!».

Mohamad Dasuqi le dijo entonces que era el hermano de veintiocho años de Imad, padre de Masa, y que vivía refugiado en Suecia con la hermana mayor de Masa, Sidra, que tenía ocho años. En su momento, el dinero solo había alcanzado para el viaje de él y de su sobrina, así que había solicitado que trajeran a Suecia al resto de la familia, incluyendo su esposa e hija bebé, y los padres y hermanos de Sidra, mediante un procedimiento de reunificación familiar. Sin embargo, había pasado un año entero sin que llegasen los documentos y el padre de Masa se había cansado de esperar; había decidido tomar las riendas de la situación y comprar un pasaje para su familia. Estaba seguro de que, como Mohamad y Sidra

habían llegado a Europa sanos y salvos, el resto de la familia también lo conseguiría. Antes de subir al barco, había hecho una foto de Sandra y de Masa, una al lado de la otra, con sus chalecos salvavidas de un vivo color naranja. Sandra, confiada, había puesto el brazo sobre los hombros de su hermana pequeña. Imad le había mandado la foto a su hermano, seguro de que pronto estarían de nuevo juntos.

Cuando Mohamad se había enterado del naufragio y de que casi todos los pasajeros habían muerto se le había caído el alma a los pies. Sabía que su hermano, su cuñada y sus sobrinas iban en aquel barco y que lo más probable era que hubiesen fallecido. Pero luego leyó sobre la mujer siria de diecinueve años que había sobrevivido y había salvado a una niña de dos años. Vio una foto de la niña rescatada y la comparó con la foto que tenía. ¡Masa estaba viva!

Al día siguiente, Doaa le envió un mensaje a Mohamad para confirmarle que Masa estaba bien, así que él cogió un avión a Creta, fue al hospital y pidió ver a su sobrina. ACNUR y la embajada sueca de Atenas tardaron un año en confirmar que era familiar de la niña y en reconocerlo como su tutor legal para concluir con el proceso de reunificación. Durante todo ese tiempo, la pequeña vivió en un orfanato de Atenas especializado en tratar a niños traumatizados. Allí jugaba con los otros niños y pronto aprendió a hablar griego. Tras los análisis de ADN y los juicios, Masa consiguió por fin ir a vivir con su tío, su tía, su hermana mayor y su prima, que ya se habían reunido con el primero, y empezar una nueva vida en Suecia.

Encontrar a la familia de Masa marcó un antes y un después para Doaa. Aquella experiencia le hizo sentir que tal vez su corazón estaba empezando a curarse. En algunos momentos fugaces incluso creía que podría reencontrarse con su propia familia y volver a empezar. Sin embargo, las noticias que recibía de ellos no eran buenas. Las semanas posteriores a su rescate, medios de todo el mundo habían solicitado entrevistarla y le habían preguntado por las circunstancias del naufragio. En varios reportajes la habían citado acusando a los traficantes de embestir al barco y de ser responsables de la muerte de quinientas personas. Doaa no comprendió el alcance que podían llegar a tener aquellas entrevistas, ni tampoco las consecuencias, hasta que no recibió una llamada de su madre, que estaba muy alterada.

—¡Me han amenazado, Doaa! —le dijo, con el mismo miedo que le había teñido la voz cuando aquel hombre egipcio había amenazado con violarla a ella y a sus hermanas—. Me ha dicho: «Dile a Doaa que cierre el pico y deje de nombrar

a gente. Sabemos dónde vives».

Fue la primera de muchas llamadas de números desconocidos, y en todas amenazaban con hacer daño a su familia.

Hanaa le dijo que había denunciado las llamadas a la policía y había contactado con ACNUR, que se había tomado las amenazas muy en serio. Habían mandado a una persona a hablar con la familia y les habían aconsejado que se cambiaran de piso.

—No quiero volver a mudarme —admitió Hanaa a su hija.

Ella le aseguró a su madre que no daría más entrevistas, y ambas esperaron que aquellos hombres las dejasen en paz.

Sin embargo, unos días más tarde, Doaa recibió otra angustiosa llamada de su madre. Cuando toda la familia estaba en casa, alguien había llamado a la puerta. Al otro lado había un hombre egipcio elegantemente vestido que les pidió los pasaportes con educación, tras decirles que era un agente de policía. Sin pensárselo dos veces, Hanaa sacó los documentos y se los tendió. Él los hojeó y leyó los nombres en voz alta.

—Ahí es cuando empecé a sospechar —relató Hanaa. Le quitó los pasaportes al hombre y le preguntó—: ¿Para qué los quería?

—Solo quería comprobar si aquí vivían sirios —respondió, y se marchó de forma repentina.

Tras su marcha, Hanaa fue a la comisaría local para preguntar si habían mandado a un agente a su casa para comprobar los documentos de identidad. Le respondieron que no, lo que la dejó muy preocupada. ¿Y si había puesto a su familia en peligro? Más tarde, recibió un mensaje de texto lleno de obscenidades que, además, decía: «Sé cómo se llaman tus hijas».

Un día, poco tiempo después, Saya y Nawara sintieron que alguien las seguía mientras volvían caminando a casa. Se dieron la vuelta para mirar y vieron a un hombre alto y bien vestido con lo que parecía un cuchillo en la mano derecha. Lo reconocieron: era el mismo que había llamado a su puerta y les había pedido los pasaportes haciéndose pasar por un policía. Aterrorizadas, cruzaron la calle para ir junto a un vecino que conocían. Más tarde, cuando las chicas le contaron a Hanaa y a Shokri lo sucedido, la familia al completo se dio cuenta de que no les quedaba más remedio que mudarse. Hanaa volvió a llamar a ACNUR y unos asesores legales acudieron a visitarla para saber más sobre lo ocurrido. Ella les contó lo que le había sucedido a Doaa y les habló de las amenazas, incluyendo el acoso sexual que habían sufrido las chicas y que había obligado a Hanaa y a Shokri a sacarlas de la escuela. El asesor de ACNUR les dijo que, debido a la precariedad de su situación, cumplían los requisitos para su programa de

reasentamiento. Suecia era uno de los países que admitían a refugiados sirios «vulnerables».

—Suecia —repitió Hanaa—. Allí es donde Doaa y Basem querían ir.

Doaa estaba decidida a hacer todo lo que estuviera en su mano para sacar a su familia de Egipto. Su ira contra la gente que los amenazaba la hizo olvidar temporalmente la pena y lanzarse a la acción. Pidió ayuda a Erasmia Roumana, una trabajadora social de ACNUR en quien confiaba, que le explicó que el proceso sería largo y complejo. Pese a que la familia de Doaa tenía argumentos convincentes, Grecia no tenía ningún programa de reasentamiento establecido con otros países de la Unión Europea. Erasmia le dijo que tenía la opción de pedir asilo en Grecia; podía instalarse allí y entonces tendría derecho a viajar y, con el tiempo, solicitar la ciudadanía. Sin embargo, Doaa estaba decidida a ir a Suecia; Basem y ella habían planeado construir allí su vida juntos. Si no podía ir con él, llevaría allí a su familia, y si eso tampoco era posible tendría que irse sola. Una vez estuviese en Suecia, cumpliría sola con el plan que ella y Basem habían trazado: solicitaría el programa de reunificación familiar sueco y se traería a su familia.

Doaa luchaba todos los días contra el desaliento, pero pelear por la seguridad de su familia le daba un nuevo propósito, y durante los meses siguientes su vida empezaría a asentarse. Su historia había cautivado a la sociedad griega. El alcalde de La Canea había pedido a las autoridades nacionales que le concedieran la ciudadanía griega por su heroísmo. Por desgracia, aquello no llegó a nada, pero la solicitud ayudó a Doaa a verse bajo una nueva luz: como una mujer fuerte y valiente.

Más adelante, el 19 de diciembre de 2014, la prestigiosa Academia de Atenas le otorgó a Doaa su premio anual de tres mil euros por su coraje. Visitar la capital griega y el orgullo que sintió al aceptar el premio supuso un punto de inflexión para ella: empezó a mirar hacia el futuro. Se dijo que no se rendiría sin conseguir reunirse con su familia, y después estudiaría para ser abogada y luchar por la justicia. En lo que llevaba de vida no había visto mucha.

Le dolía estar lejos de su familia; le costaba superar la desesperación y la pena que a veces la consumían. Había pasado los primeros diecinueve años de su vida rodeada de sus seres queridos y ahora que estaba sola le resultaba más sencillo guardarse sus recuerdos para sí que compartirlos. Se sentía distinta a las otras chicas de su edad, y pese a que disfrutaba de la compañía de sus hermanas de acogida, que la trataban muy bien, sabía que jamás podrían entender por lo que ella había pasado. No encontraba las palabras para expresar el horror de las muertes y el sufrimiento del que había sido testigo, ni tampoco lo profundo de su

tristeza. Cada vez que intentaba hablar sobre su pena, sentía que estaba a punto de sucumbir a ella. Tras toda la maldad que había visto, le resultaba difícil volver a confiar en la gente. Doaa sentía que podía superarlo ella sola y nunca recurría a nadie que la ayudase a superar su trauma.

A veces, durante los rituales ordinarios de la vida cotidiana, la asaltaba un recuerdo de sus días en el agua con tanta violencia que sentía de nuevo todo aquel dolor. Un día, mientras se cepillaba el pelo delante del espejo, olió la colonia de Basem y se dio la vuelta para ver si estaba detrás de ella. Unos amigos de Egipto le habían contado que se rumoreaba que estaba vivo, encerrado en una cárcel de allí. Parte de ella quería creer que era cierto, pese a que casi todas las noches revivía el momento en el que se había ahogado ante sus ojos. Intentaba pensar en formas en que podría haberlo ayudado a seguir con vida. Después de aquello, tardaba horas en volver a dormirse, y a la mañana siguiente, cuando se despertaba, deseaba que las visiones de su muerte fuesen solo un sueño y que él la estuviese esperando al otro lado de la puerta.

En el verano de 2015, casi un año después de su rescate, Doaa todavía estaba lidiando con las pesadillas y aquel hondo pesar, así como con el miedo de no lograr jamás pasar página y seguir adelante. Un día vio una noticia en televisión sobre los miles de refugiados de su país que estaban llegando a Grecia. Habían cruzado el mar desde Turquía y recorrían los Balcanes en dirección a Austria, Alemania o Suecia. A menudo pensaba en coger el dinero de su premio y pagarle a otro traficante para que la ayudase a llegar a Suecia, como hacían los otros refugiados. Sin embargo, el personal de ACNUR que estaba trabajando en su reasentamiento le advirtió de que era un viaje peligroso, sobre todo para una mujer joven y sola. Insistieron en que tuviese paciencia hasta que hubiese otra solución. Estaban trabajando para reasentar a su familia en Suecia y encontrar la forma de que ella se reuniese con los demás. Cuando terminasen con los trámites burocráticos, Doaa podría ir en avión hasta allí y empezar su vida de nuevo, legalmente y junto a su familia. A Doaa le parecía casi imposible tener paciencia o confiar en nadie que prometiese ayudarla, pero si eso significaba que podía lograr que su familia estuviese a salvo, estaba dispuesta a intentarlo. Mientras tanto, se lamía las heridas bajo el ala protectora de su familia de acogida.

Un día de aquel verano, tras un año de lidiar con la tristeza, las pesadillas y el terror a no ser capaz de pasar página, Doaa fue con su familia de acogida de pícnic a la playa. Cuando terminaron de comer, en un impulso, Doaa se puso de pie, se quitó las sandalias y se metió en el mar hasta que el agua le llegó a los hombros. El agua estaba clara, fresca y en calma. Se quedó allí de pie, conteniendo la respiración, y luego, con tranquilidad, dejó que su cuerpo se

hundiera hasta que el agua le tapó la cabeza y se quedó allí unos instantes. Salió, volvió a la orilla, se dio la vuelta para mirar al horizonte y pensó: «Ya no te tengo miedo».

Epílogo

Doaa estaba a salvo en Creta, y poco a poco se iba sintiendo mejor, pero pronto empezó a estar inquieta y a preocuparse por su futuro. El Gobierno griego le ofreció la oportunidad de pedir asilo, pero, pese a la amabilidad de la gente de su entorno, Doaa no sentía que Grecia fuese su hogar. Cada día que pasaba allí debía enfrentarse al mar en el que Basem se había ahogado, y aunque verlo ya no la colmaba de terror, quería apartarse de todo aquello que le recordaba. Basem y ella siempre habían soñado llegar a Suecia, y ella quería cumplir aquel sueño. Al mismo tiempo, Doaa tenía mucho miedo por su familia: las amenazas de los traficantes eran cada vez peores y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Pero lo que más pesaba era lo mucho que echaba de menos los afectuosos brazos de su madre, y sentarse en la animada compañía de sus parientes. Había pasado toda su vida rodeada de su cháchara reconfortante, y eso no había WhatsApp ni Skype que lo reemplazara. Además, se sentía responsable de que estuvieran en peligro, y aunque no tenía ni idea de cómo, estaba decidida a sacarlos a todos de Egipto para que pudieran empezar una nueva vida juntos.

Conocí a Doaa en enero de 2015. Pasé varias horas en el salón de su familia de acogida, bebiendo té y entrevistándola acerca de su terrible experiencia. Su determinación por contar su historia me impactó y pronto me di cuenta de que si me confiaba esta tarea a mí era por dos razones: para que la ayudara a ella y a su familia a reasentarse en otro país y para advertir a otros refugiados que se

sintieran tentados de hacer la misma peligrosa travesía. Pronto comprendí que sentía la responsabilidad que suelen atribuirse los primogénitos en las culturas árabes, la de cuidar a sus parientes. Doaa sentía que era la única que podía cambiar el destino de su familia. Era evidente que para entonces ya había perdido la confianza en que los gobiernos la ayudasen, y la fe en que encontrasen y juzgasen a los culpables del naufragio.

—A los sirios solo nos apoya Dios, nadie más —me dijo—. Quizá haya interés por nosotros, pero son solo palabras. Estoy exhausta. No puedo volver con mis padres; mi familia no puede venir aquí. Me han hecho montones de promesas, pero lo que quiero ver son actos.

Yo estaba decidida a llevar su historia al primer plano de la escena mundial, pero también a ayudarla a empezar una nueva vida en Suecia. La prensa griega había reconocido ampliamente su heroísmo y, unos meses después de ser rescatada, la prestigiosa Academia de Atenas le había otorgado su premio anual. Sin embargo, yo estaba convencida de que su historia merecía la atención de una audiencia global; no dudaba de que quedaría grabado en la memoria de todo el mundo.

Mis colegas iniciaron un procedimiento formal para su reasentamiento, algo inusual en Grecia en aquella época, que también formaba parte de la Unión Europea. Sin embargo, Doaa era considerada un caso especial —una joven traumatizada con una familia en situación de riesgo—, así que solicitaron atención especial. Se había establecido un sistema de reasentamiento para países que habían acogido refugiados, como Egipto, y debido a la precaria situación de la familia cumplían los criterios de «vulnerabilidad» de ACNUR. Las solicitudes de Doaa y su familia iban juntas y se había presentado una solicitud extraordinaria para que los reasentaran en el mismo lugar.

En octubre de 2015 estaba con Doaa en la terraza de una cafetería en La Canea, Creta, cuando recibí una llamada en la que me comunicaron que el Gobierno sueco había aceptado la solicitud de reasentamiento de ella y de su familia y que debía prepararse para partir en unas semanas. Vi, por primera vez desde que habíamos empezado a trabajar juntas en el libro, una expresión de verdadera felicidad en su rostro. Pedí unos helados para celebrarlo mientras ella, extática, llamaba a sus padres para darles la noticia.

El 18 de enero de 2016, Hanaa, Shokri, Saya, Nawara y Hamudi subieron a un avión de El Cairo a Estocolmo, donde hicieron escala para ir hasta el aeropuerto de Östersund. Allí los recibieron los funcionarios suecos a los que habían asignado su caso para llevarlos en furgoneta a su nuevo hogar, el pueblecito de Hammerdal, en el nevado noroeste de Suecia, que estaba a unas

horas en coche del aeropuerto. Esa misma mañana, Doaa subió a un avión que la llevó de La Canea a Atenas, y luego pasó por Copenhague, Estocolmo y finalmente Östersund. Cuando llegó a su nuevo hogar, alrededor de la medianoche, y caminó hasta la entrada sobre una capa de nieve de casi un metro de grosor, tiritaba de un frío que no había experimentado jamás. Llamó a la puerta principal con timidez y al cabo de unos segundos Hanaa la abrió de golpe y extendió los brazos para recibir a su hija. Shokri estaba detrás, con los ojos llenos de lágrimas. Tras un año y medio, Doaa por fin sentía el cálido abrazo de su madre, y no quiso volver a soltarla jamás.

Pese a haber perdido todo lo que antes los definía —su hogar, su comunidad, su modo de vida—, los refugiados como Doaa se niegan a abandonar la esperanza. ¿Qué opciones les quedaban a Doaa y a su familia? ¿Seguir viviendo en Egipto como refugiados, con pocas oportunidades de recibir una educación o encontrar un trabajo decente? ¿Regresar a una zona de guerra donde el futuro era aún más desolador y, además, peligroso? ¿O arriesgarse y enfrentarse al mar en lo que se conoce como un barco de la muerte para ir en busca de la seguridad y de más oportunidades a Europa?

Para la mayoría de los refugiados, ya no queda nada a lo que volver y llamar hogar. Sus casas, negocios y ciudades están destruidos. Desde que empezara la crisis en Siria en el 2011, la lucha ha ido sepultando progresivamente todas las regiones, y la economía y los servicios se encuentran en un estado de colapso general. La mitad de la población siria (casi cinco millones de personas) se ha visto obligada a huir de sus países para salvar la vida. Otros seis millones y medio están desplazados en el interior del país. Desde marzo de 2011, más de un cuarto de millón de sirios han muerto en batalla (aunque según algunas estimaciones, el número de muertos es el doble) y más de un millón han resultado heridos. La esperanza de vida de los sirios se ha reducido en más de veinte años y se estima que trece millones y medio de personas, entre los que se encuentran seis millones de niños, precisan asistencia humanitaria. Sin embargo, la mitad de esas personas necesitadas están en zonas sitiadas o difíciles de alcanzar, lo que dificulta en gran medida que lleguen las ayudas, y en algunos lugares incluso lo imposibilita.

En la fecha de publicación de este libro, la guerra de Siria se encuentra en su sexto año y cinco millones de refugiados han llegado a los países vecinos para buscar protección en campos desiertos y desoladores, viviendas improvisadas o pisos que se caen a pedazos en el Líbano, Jordania, Turquía, Egipto e Irak. Cada día ven en las noticias que sus hogares y sus ciudades son reducidas a escombros;

se enteran de las muertes de sus amigos y seres queridos, lo que tiene un profundo impacto psicológico.

Las comunidades en las que viven, que antaño los recibían con los brazos abiertos, están hoy abrumadas con la carga de acoger a tanta gente necesitada. En el Líbano, un país pequeño que lidia con la pobreza y la inestabilidad, el 25 % de la población es refugiada. No hay suficientes escuelas, redes de abastecimiento de agua, instalaciones de saneamiento ni alojamientos con los que proveer a esta población que no deja de crecer.

Tras más de cinco años de conflicto con pocas perspectivas de paz, muchos sirios han perdido toda esperanza de volver algún día a sus hogares. Allí no les queda nada y en los lugares donde se han exiliado la presión es cada vez mayor, así que se sienten obligados a viajar hasta mucho más lejos para encontrar un lugar seguro en el que también se les permita educar a sus hijos y reconstruir sus vidas, pese a que ese viaje implique arriesgarse a morir en el peligroso cruce del mar Mediterráneo o el mar Egeo.

Hasta que no tuvo lugar el aluvión de llegadas de sirios a Europa en 2014 y 2015 los gobiernos no prometieron dar más apoyo a los refugiados de la zona. De repente, Europa admitió que no podía dejar al Líbano, Jordania y Turquía sin ningún apoyo mientras los refugiados vivían en condiciones nefastas. Una conferencia internacional celebrada en Londres en enero de 2015 cosechó unos compromisos de donación sin precedentes para las organizaciones humanitarias y los países que recibían refugiados, así como para los programas de educación y empleo. Se hizo un trato con Turquía en el que se ofrecieron miles de millones de dólares a cambio de ayuda para evitar que los refugiados huyeran y se instalaron vallas en los Balcanes para bloquear el paso a los que ya estaban en Grecia y para desalentar a aquellos que quisieran viajar a Europa. Sin embargo, las promesas de financiación que se materializaron tras la conferencia se quedaron cortas para satisfacer las necesidades de los refugiados y ha habido pocas mejoras visibles en sus condiciones de vida.

La historia de Doaa es la historia de millones de personas que viven en un limbo, esperando a que se les garantice asilo mientras miran las noticias de la guerra que asola sus hogares. También es la historia de cómo los poderes internacionales se ven envueltos en sus rivalidades territoriales y son incapaces o reacios a parar la guerra.

Doaa y su familia están ahora empezando una nueva vida en la segura y generosa Suecia. Doaa, Hanaa y Shokri pasan el día en clase de sueco para aprender el idioma, mientras que Saya, Nawara y Hamudi asisten a la escuela local. Sin embargo, no me queda otro remedio que preguntar: ¿por qué Doaa

tuvo que arriesgar su vida, perder a su prometido y ser testigo de la muerte de quinientas personas para llegar por fin a un lugar de refugio y oportunidades?

¿Qué habría pasado si a Basem le hubiesen concedido un visado para trabajar en el extranjero? ¿Y si a Masa y a su familia les hubiesen dado la oportunidad de reunirse formalmente con los demás miembros de su familia, que ya estaban en el norte de Europa? ¿Qué habría pasado si ninguno de ellos hubiese tenido que correr ese riesgo? ¿Y si hubiese un camino legal para ir de Egipto a Europa para estudiar en el extranjero? ¿Por qué no hay programas de reasentamiento masivo para los sirios, las víctimas de la peor de las guerras de nuestro tiempo? ¿Por qué a los países y comunidades vecinos que acogen a cuatro millones de refugiados sirios se les ofrece tan poca financiación y apoyo destinado a infraestructuras y desarrollo? Y, por supuesto, la pregunta principal: ¿por qué se hace tan poco para parar las guerras, la persecución y la pobreza que obliga a tanta gente a huir en dirección a las costas de Europa?

La simple verdad es que los refugiados no arriesgarían su vida en una travesía tan peligrosa si pudiesen prosperar en el lugar en el que están. Los migrantes que huyen de la miseria no subirían a esos barcos si pudiesen alimentarse ellos y a sus hijos en sus hogares o en los países vecinos que los acogen. A nadie se le ocurriría gastarse los ahorros de toda una vida en pagar por los servicios de los tristemente famosos traficantes de personas si pudiesen solicitar un reasentamiento en un país seguro de forma legal. Hasta que no se aborden estos problemas la gente continuará cruzando el mar y poniendo sus vidas en peligro para pedir asilo. Nadie que huya de la guerra o la persecución debería morir intentando salvarse.

Doaa tiene la esperanza de que ninguno de los pasajeros que viajaban en su barco haya muerto en vano. Le indigna que el fondo del mar fuese el único lugar donde quinientos refugiados, entre los que se encontraba el hombre al que amaba, pudieran encontrar descanso. Está agradecida con Suecia por haberle ofrecido asilo y un nuevo comienzo a ella y a su familia, pero está preocupada por sus dos hermanas mayores, que siguen sufriendo junto a sus familias las dificultades de la vida como refugiadas en Jordania y el Líbano.

Hoy Doaa pasa varias horas al día en clases de sueco y espera poder ir un día a la universidad para estudiar Derecho. Está convencida de que cuando se gradúe podrá luchar por la justicia.

En mayo de 2015, Doaa viajó a Viena, Austria, para recibir el premio anual al Desarrollo del Fondo OPEP para el Desarrollo Internacional. El comité eligió a Doaa por «su valentía y su determinación para llamar más la atención sobre la crisis de refugiados compartiendo su historia». El dinero del premio será

destinado a su educación y a ayudar a otros refugiados supervivientes de naufragios. Cuando lo aceptó, se puso delante de una multitud llena de admiración formada por miembros de alta sociedad, ataviados con vestidos de gala y chaqués, y les dijo: «Ningún hombre quiere poner fin a su vida quitándose el chaleco salvavidas. Ninguna familia sueña con vivir desplazada... Estos viajes llevan a los refugiados de la desesperación a la muerte. Hoy me habéis dado cierta paz».

Nota de Doaa

En este libro te he contado mi sufrimiento. Solo es una pequeña parte del dolor y las dificultades que soportan los refugiados de todo el mundo. Yo solo represento una voz entre los millones que arriesgan su vida cada día para conseguir una existencia digna.

El peligroso viaje al que se enfrentan los refugiados para alcanzar la seguridad de Europa a menudo los lleva a la desesperación y la muerte. Sin embargo, si ponemos nuestras vidas en las manos de traficantes de personas crueles y despiadados es porque no tenemos otra opción. Hemos visto cara a cara los horrores de la guerra y hemos sufrido la humillación de perder nuestros hogares. Nuestro único deseo es vivir en paz. No somos terroristas, somos seres humanos igual que tú. Tenemos corazones que sienten, anhelan, aman y sufren.

Todas las familias de mi país han perdido tanto que se han visto obligadas a reconstruir su hogar en sus corazones. Hemos perdido nuestra patria y todos nuestros sueños se han quedado en el pasado. Ojalá todas las tragedias a las que hemos sobrevivido fuesen solo una pesadilla de la que poder despertar.

A los responsables de la guerra en Siria no les importa derramar la sangre de un niño, destruir familias ni hogares. Y el mundo no parece llorar demasiado por todas las personas que se han ahogado en el mar mientras buscaban un lugar seguro.

Mi prometido, que era el amor de mi vida, se resbaló de entre mis dedos y se

ahogó delante de mis ojos, y no pude hacer nada para evitarlo. Mi vida sin él es como un cuadro sin colores. Desearía más que ninguna otra cosa que todavía estuviese conmigo.

Mientras flotaba en el mar a la deriva, hice todo lo que pude para mantener a Masa y a Malak con vida. Durante aquellos cuatro días de horror se convirtieron en una parte de mí. Cuando me enteré de que la preciosa Malak había respirado por última vez después de que nos rescataran, me sentí como si me hubiesen arrancado el corazón del pecho. Sin embargo, me consuela pensar que está en el cielo, un cielo donde por fin está a salvo y donde no hay batallas ni guerras.

Me siento agradecida con todos aquellos que se niegan a sentir indiferencia. Quiero sobre todo dar gracias a nuestros amigos egipcios, que nos hicieron a mí y a mi familia sentir como en casa, y al capitán y la tripulación del *CPO Japan*, que me rescataron, a los pilotos que nos llevaron en helicóptero, a los médicos de Creta que nos salvaron la vida y a mi familia de acogida en Creta, que me dio un hogar y un espacio donde recuperarme. También quiero agradecer especialmente la labor de ACNUR, por encargarse de nuestro reasentamiento, y la del Gobierno de Suecia, por darnos un nuevo hogar, seguro y prometedor.

Espero poder regresar a Siria un día para poder volver a respirar. Aunque sea solo por un día. Eso sería suficiente.

Nota de la autora

La primera vez que supe de la historia de Doaa fue en la página web de ACNUR Grecia. Como jefa de comunicación de ACNUR, siempre estoy buscando testimonios peculiares de supervivencia y resiliencia que ilustren los apuros por los que pasan los refugiados, mientras me dedico también a construir puentes con el público para despertar su empatía. Era marzo de 2015 y en mayo yo tenía que dar una charla TEDx en Tesalónica, Grecia, sobre la crisis de los refugiados del Mediterráneo. Supe de inmediato que la historia de Doaa conmovería al público griego y que tendría un impacto en todo aquel que, fuera de donde fuese, quisiera entender qué llevaba a miles de refugiados a arriesgar su vida cruzando el mar hasta Europa, algo que los alejaba todavía más de sus países tras haber escapado ya de los horrores de la guerra.

Concerté una llamada por Skype con mi colega de Atenas, Erasmia Roumana, a quien le habían asignado el caso de Doaa y de Masa, para ver de qué forma ACNUR podía ser de ayuda. Erasmia había entrevistado a Doaa después de que le hubiesen dado el alta en el hospital para valorar cuáles eran sus necesidades y para informarla de que tenía derecho a pedir asilo en Grecia. Me di cuenta, mientras Erasmia me contaba la historia de Doaa, de que el caso la había impactado. En su trabajo con los refugiados había visto y oído todo tipo de historias trágicas, pero ninguna le había llegado al corazón tanto como la de Doaa. Unas semanas más tarde, yo misma viajé a Creta para conocer a aquella

superviviente.

Mis colegas del departamento de comunicación de Atenas (Ketty Kehayioylou, Stella Nanou y Katerina Kitidi) organizaron mi visita y buscaron y tradujeron toda la cobertura del caso en los medios griegos para que yo pudiera prepararme. Estos artículos, así como las fotografías y demás informes, serían muy útiles más adelante para el libro, pese a que había algunas imprecisiones en las noticias que se aclararon tras ser contrastadas.

Mis colegas Ana White y Sybella Wilkes viajaron a Creta conmigo, y la segunda me ayudó durante todo el proceso de escritura del guion para la charla TED. Mi primera entrevista con Doaa tuvo lugar el 21 de abril de 2015 en el salón de la casa de su familia de acogida en Creta. Doaa solo habla árabe y nuestro intérprete únicamente podía interpretar del árabe al griego, así que Erasmia interpretó la conversación de tres horas del griego al inglés. Pronto tuve claro que los reportajes que habían publicado los medios apenas habían retratado de forma muy superficial la pesadilla y las dificultades que Doaa había sufrido en Siria, Egipto y el mar Mediterráneo. Doaa era amable y cordial, pero también muy frágil, y estaba claramente traumatizada. En un momento de la conversación, después de darme los detalles de cómo se había ahogado Basem, le pregunté si quería continuar.

—Pregúnteme lo que quiera —respondió—. Esta es mi vida. Vivo con ella.

En aquel momento se mostraba muy reservada, pero era evidente que nos veía como personas en las que podía llegar a confiar. Solo quería una cosa: su reasentamiento en Suecia junto a los miembros de su familia que seguían en Egipto y de cuya protección se sentía responsable, y sabía que éramos las únicas personas que podían ayudarla.

La familia de acogida de Doaa, que la había cuidado como a una hija más durante los dieciséis meses que habían pasado desde su rescate, nos ayudó a acceder a ella. Sin embargo, no quisieron ser entrevistados para el libro: alegaron que creían que lo que habían hecho por ella era «la voluntad de Dios» y que por lo tanto no merecían que se les reconociera su generosidad. Esta es la razón por la que mantengo su anonimato en esta obra, pero sí que querría reconocer su labor. Le dieron a Doaa un espacio donde curarse, un lugar de amor y protección, y eso fue un acto noble y hermoso.

El día después de conocer a Doaa viajamos a Heraklion para visitar el hospital universitario donde habían tratado a la pequeña Masa. Conocimos a la doctora Diana Fitrolaki, la médica encargada del caso. Me confirmó que Masa estaba «al borde de la muerte» cuando la ingresaron.

—Le dimos glucosa, líquidos y oxígeno —me informó—. Y le cantamos, la

abrazamos, la cogimos en brazos y paseamos con ella. Dos días después empezó a sonreír. Siempre nos pedía que la cogiéramos; quería estar en brazos todo el tiempo. El personal la cogía y la acariciaba a todas horas. Adoran a los niños en general, pero nunca habían visto un caso como este.

Ese día, me fui del hospital convencida de que a Masa no la había salvado solo la medicina moderna, sino también el amor que le habían demostrado la doctora Fitrolaki y el personal del Hospital Universitario desde el momento en el que la habían ingresado.

Tras salir del hospital, llevaron a Masa a un orfanato, el hogar de acogida Mitera de Atenas. Cuando la visité, pasé un par de horas jugando con ella y hablando con el personal y la encargada. No me quedó ninguna duda de que aquella pequeña dicharachera que tan rápido había aprendido la lengua griega estaba en el mejor lugar posible para superar aquella experiencia traumática y la trágica muerte de sus padres y su hermana.

Más tarde, en la oficina de ACNUR en Atenas, me entrevisté a través de Skype con Mohamad Dasuqi, el tío de Masa, que vivía en Suecia. Su esposa, sus dos hijos y la hermana mayor de Masa, Sidra, entraban y salían del cuadro mientras hablábamos. Mohamad estaba esperando el resultado de un procedimiento legal que confirmaría su relación genética con Masa y su capacidad de cuidar de ella, para que pudiera llevarla a Suecia a vivir con su hermana mayor y su familia y convertirse en su tutor legal.

Aquella misma tarde, mis colegas organizaron una reunión en nuestra oficina de Atenas con otro de los supervivientes, Shukri al Asuli. Cuando nos reunimos con él estaba en unas condiciones terribles. La Autoridad Nacional Palestina había dejado de pagarle su pequeño estipendio mensual debido a la falta de fondos, y unos días antes, en un parque del centro de Atenas, miembros del grupo de extrema derecha Amanecer Dorado le habían dado una paliza a él y a un amigo por ser extranjeros. Los dos habían terminado en el hospital. Estaba arruinado y destrozado; nos enseñó entre lágrimas una foto de la bonita habitación rosa en la que dormía su hija fallecida cuando vivían en Gaza. Shukri quería contar su historia, y quedamos en que Jowan Akash, un periodista sirio con el que había entablado amistad y que nos hacía de intérprete, le haría mis preguntas cuando llegase el momento. Esta entrevista, junto con otra que tuvimos meses más tarde, cuando Shukri ya había vuelto a Gaza, corroboró algunos detalles y añadió otros a la descripción de lo sucedido durante la travesía y los días que lucharon para sobrevivir en el mar.

Cuando decidí que había reunido suficiente información para escribir el guion para mi conferencia, enseñé el texto a los curadores de TEDxThessaloniki,

Katerina Biliouri y Elena Papadopoulou, que quedaron de inmediato convencidas de que la historia de Doaa conmovería profundamente al público griego, y también de que les ayudaría a comprender mejor las razones por las que tantos refugiados morían en sus costas. Durante los días anteriores y posteriores al evento, Katerina y Elena se esforzaron especialmente para promocionar la charla. Bruno Giussani, el director de TED Europa y curador de la conferencia internacional TEDGlobal, también se ofreció a revisar el guion; me dio consejos muy oportunos e hizo correcciones muy útiles que mejoraron en gran medida el guion resultante. También le estoy agradecida a Mark Turner, que me ayudó a que las palabras del texto fluyeran. Ensayé la charla una y otra vez, y mis colegas, sobre todo Sybella Wikles, Edith Champagne, Cristopher Reardon, Alexandre St-Denis y Médéric Droz-dit-Bussed, ejercieron de público paciente y activo y me hicieron muchos comentarios al respecto. El speaker coach T. J. Walker me ayudó durante todo el proceso con su rutina de ensayos y sus críticas a los vídeos de los mismos. Cuando di la charla, el 23 de mayo de 2015, el público me escuchó en silencio, cautivado, y se puso de pie para aplaudir cuando terminé. Muchos de ellos tenían lágrimas en el rostro. Otro de los oradores, Alexis Pantazis, un importante hombre de negocios de Atenas, se conmovió tanto con la historia de Doaa que le concedió una beca en nombre de su empresa.

Decidí mandarle un enlace de la charla a la agente literaria Mollie Glick, que entonces trabajaba en Foundry Media y ahora en CAA, y que ya había contactado conmigo anteriormente con el propósito de que escribiera un libro tras ver mi primera charla TED sobre los refugiados.

—¿Crees que aquí hay un libro? —le pregunté.

Su respuesta fue muy clara:

—¡Sí!

Con la apasionada participación de Mollie y su convencimiento de que era el momento propicio para contar la historia de una refugiada como Doaa, nos pusimos a trabajar en una propuesta. Me recomendó que pidiera ayuda, tanto con la propuesta como con la escritura del libro, a Dorothy Hearst, una editora con experiencia en la no ficción y una novelista de éxito. La ayudante de Mollie, Joy Fowlkes, que era quien le había mostrado mi primera charla TED, administraba todos los contactos en las distintas zonas horarias, y Kirsten Neuhaus de Foundry consiguió asegurar tratos con ocho editoriales extranjeras solo con la propuesta del libro, y sigue trabajando en obtener más.

Al final, mi libro fue a Flatiron Books, una divisón de Macmillan. Mi editor, Colin Dickerman, me impresionó con su interés por las historias humanas que conmueven, educan e influencian a los lectores. Desde entonces, Colin me ha

guiado de forma experta durante el proceso de escritura y el de marketing, me ha ayudado a cumplir con las fechas de entrega y me ha animado a escribir el mejor libro que fuese capaz de alumbrar. Cuando el manuscrito llegó a sus fases finales, la editora de Flatiron, Jasmine Faustino, mejoró de forma significativa la fluidez y la forma del texto con su talento y su frescura para la estructura y el estilo. El editor Steve Boldt y el abogado editorial Michael Cantwell revisaron el borrador final en busca de imprecisiones y acabaron de perfeccionar el texto.

Revelar parte de su historia para una corta charla TED fue ya un gran paso para Doaa, pero exponer toda su vida de forma detallada para un libro le resultaba más intimidante. Yo estaba convencida de que contar su historia la ayudaría a aceptar la tragedia que había vivido, y también de que le proporcionaría una ayuda financiera que necesitaba mucho. También estaba segura de que la historia permitiría que los lectores comprendieran mejor la guerra de Siria y la vida de miseria a la que se enfrentan los refugiados en los países vecinos y, por tanto, los factores que hacen que tanta gente arriesgue su vida cruzando el mar Mediterráneo en busca de la promesa de Europa. Mi colega siria Firas Kayal, a quien el calvario de Doaa conmovió profundamente, fue clave para convencer a Doaa y a su familia de que la publicación del libro era lo mejor para ellos, y de que podían confiar en mí para dicha tarea. El instinto de Doaa era retirarse y esconderse en su propio trauma, y Firas la ayudó a comprender que podría ayudar a otras personas si compartía su historia con el mundo.

Para alcanzar el nivel de detalle que necesitaba, era obvio que tenía que trabajar con un colaborador que no solo hablase árabe con fluidez, sino que también estuviese sensibilizado con la grave situación del pueblo sirio. Encontré a esa persona en Zahra Mackaui, una periodista audiovisual y realizadora de documentales que había trabajado para ACNUR cubriendo historias de refugiados sirios desde el Líbano. Zahra siempre me ha impresionado por su talento para contar historias individuales y a la vez representativas de su contexto y para generar compasión por el sufrimiento y las circunstancias de sus protagonistas. No tardó en construir un vínculo muy estrecho con Doaa y su familia; se ganó su confianza gracias a su forma sensible y cuidadosa de abordar la situación. Hicimos la mayoría de las entrevistas juntas, aunque algunas las hizo ella sola cuando yo no tenía disponibilidad para viajar. En total, estas entrevistas supusieron unas setenta horas de conversaciones. Algunas sesiones resultaban tan dolorosas para Doaa que teníamos que interrumpirlas y retomarlas al día siguiente. Éramos las únicas personas con las que había hablado de lo sucedido con tanto detalle, y revivirlo parecía ayudarla. Zahra sabía cómo consolarla cuando se sentía triste y hacerla reír para animarla. Durante los siete meses que

pasamos trabajando juntas en la investigación previa, Zahra se convirtió en una mentora y una amiga muy querida para Doaa. Las transcripciones en las que trabajó, que fueron traducidas gracias a Naglaa Abdelmoneim, proporcionaron un detallado relato de lo ocurrido en la vida de Doaa, pintaron escenas muy vívidas y capturaron también el espíritu de las conversaciones de la familia Al Zamel. Zahra se aseguró de que las transcripciones fuesen coherentes y completas, de que la cronología fuese exacta y de que se resolviera cualquier laguna hallada en los recuerdos, así como de que quedasen capturadas las emociones de cada momento. También proporcionó comentarios de carácter muy observador y contribuyó a las descripciones que ayudaron a dar forma a la narrativa en general y a perfilar y desarrollar el carácter de Doaa.

Más o menos al mismo tiempo que empecé a trabajar en el libro, en octubre de 2015, el equipo editorial de TED, liderado por Helen Walters y Emily McManus, publicaron mi charla en TED.com. La respuesta fue espectacular. Para cuando terminé de escribir el libro, en agosto de 2016, más de un millón trescientas mil personas la habían visto y había sido subtitulada a treinta idiomas gracias al trabajo de los talentosos traductores voluntarios. Me siento muy agradecida al equipo editorial de TED por reconocer el poder de la historia de Doaa y por contribuir con su plataforma a que la población comprenda la crisis global de refugiados.

No podría haber escrito este libro sin el apoyo y el talento para la escritura de Dorothy Hearst. Me enseñó los pormenores de la edición y el arte de la escritura en su forma más extensa. También me infundió confianza cuando me sentía bloqueada o torpe y me dio consejos para mejorar. Revisó capítulo a capítulo, y sus cambios y añadidos ayudaron a que las escenas fuesen más vívidas, coloridas y emotivas.

También querría reconocer la labor de Jane Corbin, cuyo influyente documental sobre el levantamiento de Daraa para la BBC me ayudó a dar forma a las escenas que dieron lugar a la guerra de Siria. Otros trabajos que se han convertido en importantes referencias fueron *País en llamas*[1] de Robin Yassin-Kassab y Leila al Shami, y *La nueva odisea*[2] de Patrick Kingsley. También querría reconocer la labor de los periodistas ciudadanos que fueron testigo de los acontecimientos, cuyos valientes vídeos son utilizados por los medios de comunicación, los historiadores y los escritores como yo misma para pintar un retrato de la guerra. Muchas gracias a Maher Samaan por contrastar los datos de los capítulos de Siria.

Las correcciones y acertadas sugerencias de Bruno Giussani mejoraron mucho el estilo y el contexto a lo largo del proceso. También doy gracias a Ariane

Rummery, Sybella Wilkes, Edith Champagne, Cristopher Reardon, Elizabeth Tan, Yvonne Richard y Elena Dorfman por haber leído el manuscrito y haberme ofrecido tantas palabras de aliento. Gracias también a Elena, por los impresionantes retratos que hizo de Doaa.

Me siento muy agradecida con Pat Mitchell, curadora de TED-Women, que me puso en contacto con el programa de residencias del Rockefeller Center en Bellagio, Italia. Me concedieron una beca de un mes en su hermosa residencia del lago Como en abril de 2016 que me proporcionó el ambiente y el espacio ideales para escribir capítulos muy importantes para este libro, así como el tiempo que necesitaba. Quiero dar las gracias especialmente a la directora ejecutiva, Pilar Palacia, por su sincero interés por el proyecto y por acoger a Doaa y Zahra para realizar entrevistas durante tres días en la tranquilidad de las instalaciones del centro.

Además del testimonio de Doaa, hubo varias entrevistas cruciales para este libro. Estoy tremendamente agradecida a Hanaa, Shokri, Saya y Nawara por responder a todas mis preguntas y darme tantos detalles sobre su vida familiar, sobre Doaa como persona y sobre la historia de amor de Doaa y Basem. Mis entrevistas con las hermanas mayores de Doaa, Ayat, desde el Líbano, y Asma, desde Jordania, me ayudaron a comprender la personalidad de Doaa y sus dificultades para aceptar la muerte de Basem.

Quiero dar las gracias también al médico del MSF Egipto que, pese a preferir el anonimato, me proporcionó un relato conmovedor, no solo de la fragilidad de la salud de Doaa o el delicado estado de salud de Basem, sino también de su optimismo y del profundo amor que sentían el uno por el otro.

Agradecimientos especiales también a Svante Somizlaff del Offen Group, una empresa alemana de Hamburgo que gestiona barcos portacontenedores y cisterna. El barco que rescató a Doaa, el *CPO Japan,* es uno de los buques de su flota. Svante fue de gran ayuda a la hora de localizar a los rescatadores de Doaa. Puso en marcha al departamento de personal para dar con los tres hombres que tripulaban el barco aquel día, el capitán Vladislav Akimov, el primer oficial de puente Dmitro Zbitniev y el ingeniero Vladislavs Daleckis, que respondieron a mis preguntas detalladamente de forma escrita. Estas entrevistas corroboraron los tiempos del rescate y añadieron detalles a la historia que Doaa no estaba en condiciones de recordar, como la decisión del capitán de buscar supervivientes pese a que el otro buque mercante que había estado allí se había rendido ante la poca visibilidad y el estado de agitación del mar, o el momento en el que oyeron sus gritos y cómo trabajaron para llegar hasta ella, las medidas médicas que tomaron para cuidar de la gente que rescataban, y cómo murió Malak.

También doy gracias a los pilotos John Fragkiadoukis y Antonios Kollias de la Fuerza Aérea Helénica Griega, que me dieron detalles relevantes del rescate en helicóptero de Doaa, Masa y los otros supervivientes, y que me proporcionaron el conmovedor vídeo que grabaron cuando los subieron al helicóptero desde el barco. Para ellos fue un rescate casi rutinario, pero aún recuerdan ese episodio en particular porque en él estaban involucrados una mujer joven y una bebé que estaba claramente al borde de la muerte, y cuya supervivencia en medio del mar Mediterráneo durante tanto tiempo parecía un milagro.

Mi más sincero agradecimiento a Aurvasi Patel y Diane Goodman, por sus esfuerzos trabajando con los gobiernos griego, egipcio y sueco para el reasentamiento de Doaa y su familia. Gracias a ellos, Doaa vuelve a tener esperanza.

Muchas gracias al fotógrafo de *Humans of New York*, Brandon Stanton, y a los autores Khaled Hosseini y Neil Gaiman por respaldar este libro y a mi colega Coco Campbell por haber apoyado tanto este proyecto.

Aunque escribí este libro a título personal, el entonces alto comisario de las Naciones Unidas para los Refugiados, António Gutierres, apoyó el proyecto, pues creía que podía ser una herramienta de comunicación muy útil para despertar empatía por los refugiados. Quiero subrayar que la mayoría de los beneficios que se obtengan con este libro se donarán para apoyar a los refugiados.

El proceso de escritura tuvo lugar en un periodo en el que la crisis de refugiados en Europa era noticia todos los días y mi carga de trabajo para ACNUR era mayor que nunca. Muchas gracias a mi marido, Peter, y a mis hijos, Alessi y Danny, no solo por aceptar que dedicase las noches y los fines de semana a escribir el libro, sino por animarme durante todo el proceso.

Un relato estremecedor basado en hechos reales sobre la dura realidad de los refugiados sirios.

Esta es la historia de Doaa, una chica normal y corriente de un pueblo de Siria que, en 2015, se convirtió en una de las quinientas personas que se vieron obligadas a subir a un barco de pescadores rumbo a Europa. Solo sobrevivieron once, que fueron rescatados cuatro días después de que el barco se hundiera. Doaa fue una de las supervivientes. Su prometido, con el que emprendió este viaje a la fuerza para huir de su tierra natal, no.

Melissa Fleming, la portavoz principal del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, conoció la historia de Doaa y la muerte de los 489 refugiados que viajaban con ella el mismo día que la joven siria era rescatada del mar. Después de escuchar este impactante relato, Melissa decidió viajar hasta Creta para conocer a la extraordinaria Doaa.

Entre las dos mujeres nació un fuerte vínculo desde el primer momento. Melissa vio en Doaa la personificación de todas las historias sobre la guerra de Siria y decidió contar su historia -los peligros que tuvo que enfrentar y el largo y

arriesgado viaje hacia Europa para escapar del infierno en el que se había convertido su hogar-. Doaa es la cara de millones de madres, padres, hermanas, hermanos, hijas e hijos que lo arriesgan todo con tal de huir de la guerra, la violencia y la muerte.

Esta historia cambiará la manera que tenemos de ver a los miles de personas que mueren cada año en busca de un hogar y nos enfrentará a uno de los dilemas morales más importantes de nuestra época: ¿Seguiremos siendo meros espectadores mientras vemos como cada vez más personas fallecen buscando una vida mejor o pasaremos por fin a la acción?

Melissa Fleming fue Portavoz del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) hasta 2019. Como parte de su trabajo, viajaba a zonas de guerra y a campos de refugiados para dar voz a los millones de personas que se han visto forzadas a desplazarse de sus hogares. El trabajo de Melissa ha sido tan relevante que la han citado en medios como el *New York Times*, el *Washington Post*, la CNN y la NPR. Antes de escribir este libro, Melissa contó la historia de Doaa sobre el escenario de las charlas TED y sus vídeos están disponibles en TED.com.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *A Hope more Powerful than the Sea*

Primera edición: noviembre de 2022

© 2017, Melissa Fleming
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Elena Macian Masip, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial por la adaptación del diseño de Jack Smyth - LBBG

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19085-98-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Yassin-Kassab, Robin y Al Shami, Leila, *País en llamas. Los sirios en la revolución y en la guerra*, Madrid, Capitán Swing, 2017. Trad. de Begoña Valle.

[2] Kingsley, Patrick, *La nueva odisea: La historia de la crisis europea de refugiados*, Barcelona, Ediciones Deusto, 2016. Trad. de Montse Meneses Vilar.

Índice

Una esperanza más poderosa que el mar

Uno: Una niñez en Siria
Dos: Estalla la guerra
Tres: El asedio de Daraa
Cuatro: La vida como refugiada
Cinco: Amor en el exilio
Seis: El compromiso
Siete: Un pacto con el diablo
Ocho: El barco de los horrores
Nueve: Lo único que queda es el mar
Diez: Un rescate a última hora
Epílogo
Nota de Doaa
Nota de la autora

Sobre este libro
Sobre Melissa Fleming
Créditos
Notas